A black and white close-up photograph of Itamar Rabinovich. He is shown from the chest up, wearing a dark suit jacket and a white shirt. His right hand is raised to his face, with his fingers resting against his cheek and chin in a contemplative or thoughtful pose. His eyes are looking slightly to the left of the camera. The background is a plain, light-colored wall.

**Itamar
Rabinovich**

Isaac Rabin

**Soldado, líder,
estadista**

RBA

ITAMAR RABINOVICH

ISAAC RABIN

Soldado, líder, estadista

Traducción de
ALBINO SANTOS

RBA

Rabinovich, Itamar

Isaac Rabin / Itamar Rabinovich - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires:
RBA, 2018. 384 p.; 21 x 14 cm.

Traducción de: Albino Santos Mosquera

ISBN: 978-987-4404-34-3

I. Biografía. I. Santos Mosquera, Albino, trad. II. Título.
CDD 920.71

Título original inglés: *Yitzhak Rabin. Soldier, Leader, Statesman.*

© Itamar Rabinovich, 2017.

© de la traducción: Albino Santos Mosquera, 2018.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2018.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rballibros.com

La presente edición ha sido realizada por convenio
con RIVERSIDE AGENCY SAC

Primera edición en RBA EDICIONES ARGENTINA SRL: abril de 2018.

REF.: ARLA094

ISBN: 978-987-4404-34-3

FOTOCOMPOSICIÓN - SAFEKAT

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser
reproducida, almacenada en soporte informático o transmitida por medio
alguno mecánico o electrónico, fotocopiada, grabada, ni difundida por
cualquier otro procedimiento, sin autorización escrita del editor.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Impreso en Elías Porter

Plaza 1202 - C1427CVL

Ciudad de Buenos Aires - Buenos Aires

en el mes de febrero de 2018

Hecho el depósito previsto en Ley 11.723

Tirada: 1.500 ejemplares

Isaac Rabin no era un hombre carismático, sino más bien un capitán hábil y guiado por la lógica. No fue bendecido con la pasión profética de un Ben Gurión, ni con la cálida elegancia de un Levi Eshkol. No poseía la arrebatadora simplicidad de una Golda Meir, ni la energía populista de un Menájem Beguin. La multitud nunca reaccionó a sus palabras exclamando «¡Rabin, Rabin!». Pero su personalidad de ingeniero minucioso y de navegante de precisión encarnó como pocas el espíritu del nuevo Israel, un país que no busca redención, sino soluciones.

AMOS OZ, 1996

CONTENIDO

<i>Prólogo: Muerte de Isaac Rabin, vida de Isaac Rabin</i>	II
1. LA FORJA DE UN SOLDADO (1922-1948)	17
2. DE LA INDEPENDENCIA A LA GUERRA DE LOS SEIS DÍAS (1949-1967)	51
3. EMBAJADOR EN WASHINGTON (1968-1973)	93
4. PRIMER MANDATO (1974-1977)	133
5. CAÍDA Y AUGE (1977-1992)	189
6. LA POLÍTICA DE PAZ DE RABIN (1992-1995)	229
7. POLÍTICA, POLÍTICAS, INSTIGACIÓN Y ASESINATO (1992-1995)	283
<i>Epílogo</i>	311
<i>Agradecimientos</i>	323
<i>Notas</i>	325
<i>Índice onomástico y analítico</i>	335

PRÓLOGO

MUERTE DE ISAAC RABIN, VIDA DE ISAAC RABIN

La mayoría de las muertes no son más que el final de una vida. Un asesinato político, sin embargo, es distinto de cualquier otra forma de fallecimiento. Es una muerte que adquiere su propia significación; una muerte con consecuencias. Un asesinato no solo es el punto terminal de la vida de una persona, también es el punto inicial de una nueva realidad que ese deceso mismo ha creado. El líder asesinado se erige en muchos casos en el protagonista de una nueva mitología nacida del recuerdo y la conmemoración misma del acto de su muerte, que hacen que veamos con otros ojos su vida y su historial político previos.

Tras el asesinato de Isaac Rabin en 1995, una conmocionada ciudadanía israelí comenzó a buscar elementos y precedentes con los que contextualizar lo ocurrido. Se invocó con insistencia el magnicidio de Abraham Lincoln, coincidiendo con la publicación de una nueva traducción al hebreo del «¡Oh, capitán, mi capitán!» de Walt Whitman, y con la composición de una melodía popular para ese poema. Pero se trataba de una analogía errónea. El cadáver del capitán de Whitman yacía sobre la cubierta de un barco que había llegado a puerto. Lincoln había completado su misión; su asesinato fue un acto de venganza contra aquel logro. Mucho más fiel era la análo-

gía con la actitud de la derecha radical francesa y los colonos argelinos que habían intentado asesinar a Charles de Gaulle para frenar las negociaciones de paz del gobierno francés con el Frente de Liberación Nacional.¹ De haberse materializado, aquel magnicidio habría abortado una solución al problema de Argelia. De hecho, el asesino de Rabin, Yigal Amir —un fanático judío ortodoxo de familia yemení—, se inspiró en Jean-Marie Bastien-Thiry, el oficial francés ejecutado en 1963 por su tentativa de asesinato de Gaulle. Amir apreciaba similitudes entre la situación en Francia en el apogeo de la crisis argelina y la problemática de Israel a comienzos y mediados de la década de 1990. Para él, Rabin era una versión israelí de De Gaulle: un héroe de guerra que se había desviado del camino correcto y al que había que matar antes de que cediera una preciada parte del territorio nacional.

Otra interesante analogía es la que algunos establecen con el asesinato del presidente John F. Kennedy. Como en el caso de Kennedy, también contra Rabin se incitó una campaña de animadversión previa a su asesinato en la que se le acusaba de traición y de desmanes aún peores. Con anterioridad a la llegada de Kennedy a Dallas, donde fue asesinado, se habían repartido por toda la ciudad octavillas con fotografías del presidente en las que se podía leer: «Se busca a este hombre por actividades sediciosas contra Estados Unidos».² El asesinato de Kennedy generó igualmente cierto anhelo de revivir un periodo dorado perdido, reforzado por la imagen y el mito de un supuesto Camelot presidencial. El escritor Norman Mailer, por ejemplo, escribió que «durante un tiempo sentimos que el país era nuestro. Ahora ha vuelto a ser de ellos».³ Tras el asesinato de Rabin, sus partidarios, los miembros de la llamada «generación de las velas», y otras muchas personas también ansiaban revivir la que pasó a percibirse como una edad de oro en la historia y la política de Israel.

Miles de jóvenes hicieron vigilia con velas encendidas en las inmediaciones del domicilio de Rabin y en el escenario del magnicidio. Hace veinte años que cada 4 de noviembre, aniversario del asesinato, se celebra una siempre concurrida concentración. A finales de 2015, tanto en las fechas previas como en las posteriores al vigésimo aniversario del magnicidio, se palpaba en Israel una especie de añoranza de Rabin que reflejaba tanto la sensación de pérdida que dejó como la extendida insatisfacción con los actuales dirigentes del país y con su incapacidad para hacer frente al endémico problema palestino.

El asesinato de Rabin puso asimismo de relieve un marcado contraste entre «nosotros» y «ellos». Amir mató a un hombre cuya vida y trayectoria representaban la esencia del *establishment* primigenio del Israel moderno: los orígenes europeos orientales, el movimiento laborista, el Palmaj (la unidad militar de élite del Israel preestatal) y las Fuerzas de Defensa de Israel (las FDI), y la laica y septentrional Tel Aviv. Los años que precedieron al asesinato se habían caracterizado por una especie de guerra cultural: un choque entre los colonos, la derecha radical y una gran parte de la comunidad ortodoxa, por un lado, y el sector secular moderado de la población israelí, por el otro, no solo a propósito del proceso de paz, sino también en cuanto a la orientación general del país. Como la violenta muerte de Kennedy en su día, la de Rabin iba a tener en los años siguientes una extraordinaria repercusión en esa guerra cultural. Pero por trascendental que el asesinato de Rabin fuera, es su vida —sus decisiones y sus actos— y no su muerte la que define su legado. El impacto y el legado de Kennedy están muy influidos por la crisis de los misiles de Cuba, por bahía de Cochinos, por el discurso de Berlín, por la deriva hacia la guerra en Vietnam y por el aura de glamur que creó a su alrededor. El legado de Lincoln con-

siste en el fin de la esclavitud, el mantenimiento de la Unión y la aportación de todo un modelo para el poder presidencial en Estados Unidos. El legado de Rabin viene determinado por la política de paz que impulsó en su segundo mandato como primer ministro, las audaces decisiones que tomó tanto en la cuestión palestina como en la siria, y la elevada calidad de su liderazgo.

La vida de Rabin es la fascinante historia de un israelí de nacimiento que creció y se crio en el *establishment* del Israel preestatal y pasó por los hoy consabidos estadios de muchos vástagos de aquel *establishment*: el colegio laborista, la escuela agrícola, el Palmaj, la guerra de 1948 y la carrera militar. El talento y la perseverancia de Rabin —y los ocasionales guiños de la fortuna— lo llevarían con el tiempo a la cima del escalafón militar y, finalmente, al sillón de primer ministro. Pero la suya no fue una ascensión tranquila ni fácil. Rabin no poseía el carisma de líderes como Moshé Dayán o Yigal Alón, a quienes ya se reconocía como tales siendo aún muy jóvenes. Él ascendió poco a poco y no llegaría a ser un verdadero líder hasta los años ochenta. El primer mandato de Rabin como jefe de Gobierno, en la década de los setenta, se vio lastrado por el escaso atractivo que despertaba su figura política entre la ciudadanía israelí. No sería hasta su impresionante actuación como ministro de Defensa en los ochenta cuando su singular combinación de autoridad y credibilidad lo facultarían para regresar de la segunda fila política y retomar el puesto de primer ministro.

Fue en ese segundo mandato de Rabin cuando su liderazgo evolucionó y se convirtió en un estadista. Demostró su capacidad para tomar decisiones audaces e históricas, para ir contra su propia tendencia natural y arrastrar a la gente consigo. Y el éxito de Rabin continúa ilustrando hasta hoy un aspecto crucial de la política israelí actual: la posibilidad de

impulsar una política de paz efectiva cuando esta viene promovida por un líder centrista creíble, dotado de unas credenciales de seguridad capaces de persuadir a la siempre angustiada población israelí para hacer las concesiones y asumir los riesgos que el avance hacia la paz requiere. No es extraño que, en un país que continúa lidiando con los mismos problemas fundamentales que trataba de resolver en tiempos de Rabin, esté tan viva la añoranza por un líder de la talla y las cualidades del primer ministro asesinado.

LA FORJA DE UN SOLDADO (1922-1948)

«Salvo por su inteligencia y su tenacidad, no era un embajador al uso. Taciturno, tímido, pensativo y poco amigo de la charla trivial, Rabin poseía pocos de los atributos que se asocian normalmente con la diplomacia. Las personas repetitivas lo aburrían y los tópicos lo ofendían; por desgracia para él, no puede decirse que esas dos cosas escaseen en Washington. Detestaba la ambigüedad, que es la sustancia misma de la diplomacia. [Pero] su integridad y su brillantez analítica a la hora de llegar al fondo de un asunto eran asombrosas». ¹ Así de acertada y sutilmente describió Henry Kissinger a Isaac Rabin, con quien colaboró en Washington entre 1969 y 1973. Las cualidades que hicieron de él un embajador tan insólito como eficaz lo convertirían posteriormente en un político aún más insólito. Pero algunas de esas mismas cualidades explican también la transición que transformó a un político desmañado en un estadista impresionante.

Rabin nació en Jerusalén en 1922, hijo de Rosa Cohen y Nehemías Rabin (nacido Rubijev). De su infancia escribió que «la inspiración de las personalidades de mis padres, de nuestro hogar y también del colegio en el que estudié determinaron decisivamente mi camino. Prácticamente me veía destinado en mi infancia a una vida agrícola, en el kibutz, y si alguien me hubiera dicho que terminaría siendo un militar, casi me habría reído de él». ² Tanto el padre como la madre de

Rabin habían nacido en el Imperio ruso y ambos se radicalizaron frente a la oscura autocracia de aquel régimen; llegaron a Palestina al término de la Primera Guerra Mundial. Rosa, a quien se conocía por el sobrenombre de «Rosa la Roja», era la progenitora dominante. Su poderosa personalidad está muy bien ilustrada por una fotografía que la capta desfilando en una manifestación del Primero de Mayo en Tel Aviv, con la barbilla levantada y una expresión decidida en los ojos y en el rostro. Rosa nació en 1890 en Gomel. Su padre era el adinerado ortodoxo antisionista Isaac Cohen, de quien su nieto heredaría el nombre de pila. Ya desde muy temprana edad destacó por ser una decidida individualista de convicciones izquierdistas, populistas y antisionistas. Recelaba de los grupos organizados y estructurados, por lo que no se sumó a los socialrevolucionarios rusos ni a la izquierda antisionista del Bund judío. Rompiendo con todos los moldes de una jovencita de familia judía ortodoxa tradicional, Rosa estudió en una escuela politécnica rusa. Se negó a aceptar la ayuda económica de su acaudalado padre e incluso llegó a escaparse de casa en pleno *sabbat* para asistir a clase. Su radicalismo izquierdista se canalizó a través de un populismo típicamente ruso preocupado por los pobres y los necesitados. Vivía entre trabajadores rusos que la adoraban, cortando leña en bosques propiedad del gran príncipe ruso (pero de los que la familia de Rosa era arrendataria). Su peligroso estilo de vida la puso en el punto de mira tanto de la policía secreta zarista como de la variante comunista que la sucedió. Radical genuina, el régimen comunista la decepcionó. Rosa dirigía una fábrica próxima a San Petersburgo (más tarde Leningrado) transformada en planta de producción de munición. En 1919, a raíz de su despido como directora por negarse a ingresar en el partido, los trabajadores se declararon en huelga. No tardó en verse en una comprometida situación

de aislamiento: sin trabajo y señalada como persona peligrosa en unos tiempos tan políticamente tumultuosos como aquellos.

Rosa, que no era sionista, decidió visitar a su familia en Jerusalén para ver si podía encontrar su sitio en Palestina. Escribió en yidis a Berl Katzenelson, alto dirigente del movimiento laborista a quien conocía por conexiones familiares y le pidió que la aconsejara sobre si «la tierra de Israel solucionará mi problema». Preocupada por la idea de dejar la vida que conocía, Rosa le preguntó si creía que ella podría arreglárselas allí. «Viajar a la tierra de Israel me obliga a cortar con un estilo de vida para empezar otro; ya no hay vuelta atrás», escribió.³ El tío de Rosa, Mordecái Ben Hilel Hachohen, se había llevado consigo a su familia a Palestina en 1903 y vivía en Jerusalén, y ella tenía previsto quedarse un tiempo en su casa. En diciembre de 1919, en Odesa, se embarcó en el SS Ruslan, un navío que se haría posteriormente famoso en la mitología sionista. A bordo viajaba también un grupo de pioneros con destino a Kineret, un kibutz a orillas del lago Tiberíades.⁴ El SS Ruslan atracó en Jafa el 19 de diciembre de 1919.

A su llegada a Jerusalén, y a través de su primo David Hachohen, Rosa conoció a Moshé Sharet (nacido Shertok), futuro ministro de Exteriores y jefe de Gobierno de Israel. Sharet entregó a Rosa una carta para que se la llevara a su hermana, que estaba en Kineret, en la que le pedía a esta última que cuidara de la recién llegada. En la misiva, Sharet describía a Rosa como «una joven “importante”, ingeniera, socialista pero no bolchevique, aunque trabajó unos años en una fábrica bolchevique próxima a Petrogrado. [...] No ha visto una cara judía en años y ahora la idea la tiene un poco preocupada. También le inquieta la vida colectiva, a la que no está acostumbrada. Aquí está muy sola. El hogar de los Cohen le

resulta asfixiante (ya sabes: una muchacha rusa inteligente, de la alta burguesía, que ha cortado todos los lazos con su familia y su círculo social, y que ya no los soporta)». ⁵

Aunque llegó a Palestina no siendo sionista, Rosa se fue haciendo poco a poco una ferviente partidaria del movimiento. Tras una breve estancia en Kineret, se mudó a Jerusalén a vivir con sus parientes. Los árabes palestinos organizaron una revuelta en la Ciudad Vieja de Jerusalén en 1920 y Rosa acudió en ayuda de los residentes judíos, ejerciendo tanto de enfermera como de combatiente, pues había adquirido experiencia en defensa personal durante los pogromos en Rusia. Luego se trasladó a Haifa y se convirtió en activa organizadora del laborismo judío en el puerto de dicha ciudad, al tiempo que se ganaba el sustento trabajando en una tienda de sus parientes.

Poco se sabe de los primeros años de vida del padre de Rabin, Nehemías Rubijev. Nació en el seno de una familia pobre en un pueblecito cercano a Kiev y se sumó a la actividad revolucionaria contra el régimen del zar. Partió hacia Estados Unidos huyendo de un posible arresto y fue a parar a San Luis (Misuri), donde trabajó de sastre y participó activamente en sindicatos judíos. En 1917, Nehemías trató de alistarse en la Legión Judía, organizada por Zeev Yabotinski, para luchar con los británicos en Palestina, pero fue rechazado por razones médicas (problemas en una pierna). Nehemías se cambió el apellido a Rabin y probó suerte de nuevo en otra oficina de reclutamiento, esta vez con más suerte. Llegó a Palestina y allí se quedó. En 1920, convertido ya en uno de los miembros iniciales de la primera versión de la Haganá, la organización de autodefensa judía en la Palestina de la época del Mandato británico, Nehemías participó en la defensa del barrio judío de la Ciudad Vieja de Jerusalén contra los árabes rebeldes. Allí, en la Ciudad Vieja jerosomitana, conoció a

Rosa, que prestaba asistencia médica voluntaria. Nehemías fue arrestado por las autoridades británicas, que sofocaron las revueltas pero también encarcelaron a los defensores judíos por portar armas. Rosa y Nehemías se casaron en 1921 y se instalaron por un tiempo en Haifa. Rosa se mudó a Jerusalén para estar cerca de su familia cuando naciera Isaac, cosa que ocurrió el 1 de marzo de 1922. La pareja y el bebé se mudaron a Tel Aviv en 1923, donde Rosa trabajó en un banco y Nehemías hizo lo propio en la Palestine Electric Company. En 1924 nacería su hija, Raquel.

La familia vivió modestamente en una sucesión de pisos de dos dormitorios que algunos de los amigos de infancia de Rabin calificaban incluso de espartanos. Fuera de las horas de trabajo, sus padres participaban de lleno en actividades públicas; ambos pertenecían a la Haganá, Nehemías estaba muy implicado con los sindicatos y Rosa también lo estaba en el ayuntamiento de Tel Aviv y en un buen número de organizaciones benéficas. Era una familia que, al parecer, ponía más el acento en los valores que en las emociones; los niños se criaron básicamente solos e Isaac cuidaba a menudo de su hermana. La de los viernes era la noche familiar. En el pequeño piso en el que vivían, sin apenas muebles, se celebraban numerosas reuniones de sindicalistas y de miembros de la Haganá, pero los Rabin también alojaban a invitados llegados de fuera de la ciudad. Rosa era una mujer muy activa, conocida y respetada, pero se negaba a integrarse en ningún partido político o a asumir un cargo público de autoridad. Tenía un problema cardíaco y sus hijos vivían con el miedo constante a perderla. Y, de hecho, murió joven, en 1937: tenía cuarenta y siete años y su hijo Isaac, solo quince. Su funeral fue todo un acontecimiento público al que asistieron miles de personas, incluido David Ben Gurión, presidente de la Agencia Judía, la principal organización de la comunidad

hebrea en el Israel preestatal. Para entonces, Ben Gurión era ya el líder indiscutido de la comunidad judía.

En muchos sentidos, la infancia de Rabin fue la típica de un muchacho criado en la corriente dominante del movimiento laborista en la Palestina del Mandato. Estudió en un colegio de primaria afiliado al movimiento laborista, ingresó en un movimiento de juventudes, continuó sus estudios en la escuela agrícola en un kibutz al este de Tel Aviv y, por último, acudió a uno de los mejores centros de educación secundaria avanzada del país: el Instituto Agrícola Kadoorie, a los pies del monte Tabor de Galilea. El Kadoorie —fruto de la donación de una familia adinerada de Hong Kong que construyó dos centros educativos de ese estilo en la Palestina del Mandato, uno para muchachos judíos y otro para árabes— era famoso por sus elevados niveles de exigencia académica y por su código de honor. Los maestros podían salir del aula cuando sus alumnos estaban en pleno examen, pues estaban seguros de que estos no iban a copiar. Rabin floreció en Kadoorie. Había sido un alumno de desarrollo tardío, debido a sus dificultades con la lectura y la escritura durante los dos primeros cursos de educación primaria. La llegada a su centro educativo de Eliezer Smoli, escritor y maestro inspirador, resolvió el problema. Ese desarrollo tardío sería algo característico de Rabin, que también se iniciaría «tarde» en otras facetas y fases de su vida. Con la ayuda de Smoli, Rabin obtuvo muy buenos resultados en los difíciles exámenes de ingreso en el Instituto Kadoorie y, ya en esta última institución, se reveló como un estudiante excepcional que incluso recibió un premio especial del alto comisionado británico en el momento de su graduación. Rabin consiguió así una beca pública que le permitió ir a Estados Unidos a estudiar Ingeniería Hidráulica en California. Pero los acontecimientos en Palestina y el estallido de la Segunda Guerra Mundial alteraron

sus planes. Durante la Gran Revuelta Árabe de 1936-1939, Rabin conoció de primera mano los problemas de inseguridad a los que se enfrentaba la comunidad judía y recibió su primer adiestramiento en el empleo de armas. Tras su graduación, ya no pudo ir a California y se marchó con unos amigos a vivir y trabajar en varios kibutz, aunque sin ingresar de lleno en ninguno. En sus memorias y en otros relatos de su infancia y su juventud, Rabin menciona ese hecho, pero no lo explica. Según parece, su carácter un tanto individualista fue lo que le impidió integrarse en un colectivo.

No obstante, la vida de Rabin tenía otra dimensión importante en aquel entonces. Durante el verano, cuando no tenía clases, lo enviaban unos días a casa del tío de su madre, Mordecái Ben Hilel Hacoheh, en Jerusalén. Ben Hilel era una figura imponente: además de escritor e intelectual, era un empresario adinerado. En su familia (tanto los familiares más próximos como los parientes más lejanos), se contaban algunas de las más destacadas figuras de la comunidad judía del Israel preestatal (el Yishuv). El hijo de Ben Hilel, David Hacoheh, vivía en Haifa y se convirtió en el enlace con la inteligencia británica durante la Segunda Guerra Mundial. Una de sus hijas se casó con Arthur Ruppín, máximo responsable del Departamento Económico de la Agencia Judía. Ben Hilel y su familia estaban relacionados con las familias de Moshé Shertok, Eliyahu Golomb y Dov Hoz, que se contaban entre los líderes más destacados de aquel momento. Durante las temporadas que pasaba en casa de su tío abuelo, Rabin fue conociendo un entorno y un estilo de vida totalmente distintos a aquellos a los que estaba acostumbrado. La de los Hacoheh era una vivienda espaciosa y elegante. Muy diferente de los pisos pequeños y apenas amueblados de los Rabin en Tel Aviv, la mansión Hacoheh disponía de una gran biblioteca cuya organización fue encomendada al joven Ra-

bin y a su primo, Rafael Ruppín, como una de sus tareas para el verano. Rabin incluso bajaba con su primo a jugar a la pista de tenis, deporte totalmente desconocido en su universo proletario de Tel Aviv.

Durante la última de sus estancias con sus parientes en Jerusalén, Rabin envió una reveladora carta a su amiga Hana Rivlin (nacida Guri). Ambos pertenecían a un pequeño grupo de estudiantes autodenominado Telem, cuyos miembros iban a las mismas escuelas en Tel Aviv y Guivat Hashlosha, y formaban parte del mismo movimiento juvenil de afiliación laborista. Era un grupo estrechamente unido; sus miembros conversaban sobre temas generales y personales con la seriedad y la apertura típicas de los movimientos juveniles de aquella época. La carta de Rabin a Guri arroja luz sobre cómo percibía él mismo la timidez y la reserva que definían su carácter. El 6 de agosto de 1937 escribió: «¿Soy yo el único miembro de Telem que se queda callado? Da igual. Eso no me libera [de la obligación] de expresar ideas bien expresadas, pero hay motivos que dificultan esa expresión [...]. Si quienes callan quieren ser parte de la sociedad, tienen que expresar lo que sienten y si no lo expresan es porque la sociedad les impidió hablar y, por muchas veces que lo intentaran siempre chocaron con el desprecio de esa sociedad [...]. Puede que yo tenga cierto complejo de inferioridad porque no estoy seguro de que a los miembros les interese lo que yo pueda decir».⁶

En 1941, Rabin se alistó en el Palmaj. El Palmaj, acrónimo de «unidades hebreas de choque», fue constituido por los dirigentes judíos ese mismo año con dos objetivos en mente. Uno era el de crear una fuerza militar permanente. La Haganá contaba con una pequeña estructura continua, pero carecía de una fuerza militar a tiempo completo. En 1941, acechaba

la posibilidad de una invasión alemana. El mariscal de campo alemán Erwin Rommel avanzaba por el norte de África y, antes de ser derrotado por el mariscal de campo Bernard Montgomery en El Alamein, se creía probable que sus tropas invadieran Egipto y, a continuación, Palestina. La finalidad de las seis compañías del Palmaj no era frenar el ejército de Rommel, sino ralentizar su avance al tiempo que la comunidad judía se parapetaba para su autodefensa en la zona del macizo del monte Carmelo. En aquellos momentos, la Haganá y el Palmaj colaboraban estrechamente con los británicos. En junio de 1941, cuando los británicos se preparaban para invadir Siria y el Líbano —territorios controlados en aquel entonces por tropas leales a la Francia de Vichy—, varias brigadas de la Haganá recibieron la orden de colaborar en labores de reconocimiento y sabotaje. El jefe de la seguridad local preguntó a Rabin, que en esa época vivía en el kibutz Ramat Yohanan, si quería presentarse voluntario para una misión. Rabin dijo que sí y tuvo una entrevista con una de las jóvenes estrellas emergentes de la Haganá, Moshé Dayán. Fue el primer encuentro entre dos hombres cuyos caminos se cruzarían en muchas y significativas ocasiones, con diversos altibajos (en realidad, con más «bajos» que «altos»). En sus memorias, Rabin escribió lo siguiente sobre aquella entrevista: «Me preguntó qué tipo de arma sabía usar yo; le dije que estaba familiarizado con el revólver, el rifle y las granadas de mano, pero no con otras armas más pesadas o más sofisticadas. Tras un par de preguntas más, mascullo secamente: “Es usted apto”».7 Rabin estaba ya integrado en el equipo de Dayán cuando este se internó en el Líbano el 7 de junio, en apoyo a la unidad australiana encargada de la invasión propiamente dicha. Aquella fue la operación en la que Dayán perdió un ojo: mientras observaba por sus prismáticos, fue alcanzado por el disparo de un tirador francés y, a partir de entonces,

llevaría el parche por el que tan públicamente se caracterizaría su imagen en años posteriores. Dado que por entonces el rango de Rabin era muy bajo, se le encomendó en aquella misión la labor de subirse a los postes telefónicos para cortar las líneas. Fue su primera experiencia de combate. Posteriormente, ingresaría en el recién fundado Palmaj.

Rabin ascendió por el escalafón hasta convertirse en oficial de operaciones y, de hecho, en la mano derecha de Yigal Alón, el comandante general del Palmaj. Tras la fundación de esta fuerza militar en 1941, los dirigentes judíos tuvieron que afrontar la cuestión de cómo mantenerla. Las restricciones presupuestarias hicieron que el Palmaj fuese «adoptado» por el movimiento de los kibutz y, en especial, por Hakibutz Hameujad, una organización identificada con la Facción B, una de las que componían el Mapai, el partido dominante dentro del movimiento laborista en el Israel preestatal y también durante los primeros años de la política del Israel independiente. El líder de la Facción B, Isaac Tabenkin, era considerado un rival de Ben Gurión (en 1944, la Facción B se escindió del Mapai y formó un nuevo partido llamado Ajdut Haavodá). Para entonces, Ben Gurión se había convertido ya en líder del Yishuv (la comunidad judía en la Palestina del Mandato británico). Ben Gurión no era muy amigo del Palmaj. Él creía que la mejor opción para la generación joven de la comunidad judía de Palestina durante la Segunda Guerra Mundial pasaba por unirse a la lucha del ejército británico en Europa. Así se contribuiría a la guerra contra los nazis y a dar a miles de hombres judíos jóvenes una valiosa experiencia militar en las filas de un gran ejército moderno. Ben Gurión, hábil político además de estadista, tampoco se fiaba de la orientación política del Palmaj. Fuera como fuere, las unidades del Palmaj permanecieron principalmente ancladas en los kibutz, dividiendo su tiempo entre el trabajo y la instrucción. Fue así

como una comunidad que andaba muy corta de recursos económicos se las arregló para mantener una fuerza militar permanente.

Rabin fue enviado al primer curso de jefes de escuadra del Palmaj, bajo las órdenes de Alón, un hombre apuesto y carismático apenas unos años mayor que él. Natural de Kfar Tabor, un asentamiento agrícola a los pies del monte Tabor, Alón había sido miembro del kibutz Guinosar, a orillas del lago Tiberíades, y, al igual que Rabin, se había graduado en el Instituto Kadoorie. Ahí nació una de las relaciones más importantes que tendría Rabin durante sus primeros años de carrera militar, pues Alón fue el responsable de su rápido ascenso: fue el descubridor del talento de Rabin y el cultivador de su figura como militar, y también quien lo convirtió en su oficial de operaciones (es decir, en su segundo a todos los efectos). En 1942, Rabin fue nombrado instructor y, luego, ascendido a jefe de pelotón. Uno de los que fueron jefes de pelotón al mismo tiempo que él recordaba años más tarde que Rabin se caracterizaba por su «original forma de pensar», propia de alguien «que no se atascaba en patrones convencionales, que se hacía preguntas, que reflexionaba sobre las cosas, que planteaba temas que no todos estaban dispuestos a aceptar, que desestimaba y restaba importancia a quienes eran populares y conocidos, y cultivaba en su lugar la amistad de aquellas personas que lo entendían y se avenían con él. En general, era un joven serio y un mando militar muy serio también que hacía bien su trabajo, aunque no se le consideraba nada fuera de lo común».⁸

En 1944, el Palmaj se transformó y pasó de ser una organización constituida en compañías a otra erigida sobre batallones. Rabin fue ascendido a instructor de batallón, lo que en la práctica equivalía a ejercer de subcomandante de batallón; en 1945, dirigió un importante curso para jefes de

escuadra. Ese fue el puesto en el que Rabin comenzó a distinguirse como militar. Su profundo conocimiento de las cuestiones castrenses y del ejercicio del mando, y su talento para la instrucción, convirtieron aquel curso en una experiencia memorable para muchos. Al mismo tiempo, el curso contribuyó a acrecentar la reputación de Rabin. Uno de los graduados dijo que había sido el curso militar más relevante al que había asistido en toda su carrera, ni siquiera superado por una estancia en la prestigiosa École de Guerre francesa.

En 1945, Rabin vivió su primera experiencia como comandante de una operación militar a gran escala. En los primeros años, la actividad del Palmaj se había basado en colaborar con los británicos contra una posible invasión alemana. Cuando ese peligro desapareció, la colaboración terminó. Los británicos se convirtieron en rivales, cuando no en enemigos, y el Palmaj comenzó a dirigir sus operaciones contra ellos. La inmigración judía ilegal en Palestina era en aquel entonces un importante punto de enfrentamiento entre el Yishuv y las autoridades británicas. Para el Yishuv, la idea de que Gran Bretaña negara el acceso a aquellas tierras a supervivientes del Holocausto en Europa resultaba abominable. Para los británicos, esa era la política que debían seguir si querían mantener su papel de árbitro del conflicto entre judíos y árabes en Palestina. Los inmigrantes ilegales apresados en barcos que llegaban a tierras palestinas eran conducidos a un campo de internamiento de Atlit, al sur de Haifa. El cuartel general de la Haganá ordenó al Palmaj asaltar dicho campo, liberar a los allí detenidos y distribuirlos luego por varios pueblos judíos. El comandante de batallón Nahum Sarig estaba al mando de la operación, y Rabin era uno de sus adjuntos. La misión fue un éxito. Para la siguiente, Rabin y sus hombres recibieron la orden de hacer volar varias líneas férreas británicas, lo que llevaron a cabo sin sufrir baja alguna.

Estaba previsto que su tercera operación fuese un ataque contra la comisaría de la policía británica de la localidad de Yenín. Para entonces, la colaboración con los británicos había dejado paso a una hostilidad abierta, pues los antiguos aliados en la guerra contra la Alemania nazi habían pasado a ser considerados no solo unos defensores de los árabes palestinos, sino también un obstáculo para la creación de un Estado judío en esas tierras. Pero Rabin resultó herido en un accidente de moto y pasó meses postrado en cama. Mientras se recuperaba, escribió con frecuencia a su hermana, Raquel, quien había ingresado joven en el kibutz Manara, en la frontera libanesa, donde todavía vive en la actualidad. Las cartas que Rabin le dirigió reflejan la cálida relación que mantenían y revelan una faceta desenfadada, humorística incluso, que solo compartía con su círculo más íntimo y que contrastaba con esa imagen suya a menudo más seria y áspera. El 17 de enero de 1946 escribió: «Puesto que mi “limitado” tiempo está en estos momentos racionalmente dividido entre la inactividad total y la inactividad a medias, he encontrado por fin un rato para escribir la obra literaria que tienes ahora ante ti. Para empezar, tengo que reproducir algunos detalles del objeto principal, que no es otro que mi gloriosa pierna envuelta en una escayola, una de las creaciones del honorable Dr. Pizer». En otra carta, Rabin parodiaba el estilo bíblico; otra terminaba con la firma «Tu hermano cojo».

El 29 de junio de 1946, día que pasó a formar parte de la historia israelí con el sobrenombre de Sábado Negro, las autoridades británicas arrestaron a miles de mandos de la Haganá y de dirigentes del Yishuv, y los internaron en un campo de detención de Rafah, en el Sinaí septentrional. Rabin, todavía escayolado, se hallaba entre los detenidos y pasó varios meses bajo arresto, durante los que siguió recibiendo tratamiento para la pierna herida. Al escritor israelí Natan

Shajam, miembro del Palmaj y también arrestado entonces, le llamó la atención la presencia grave e imponente de Rabin. Así dejó constancia de su primer encuentro con Rabin en Rafah:

El asombro que [Rabin] me inspiró la primera vez que me encontré con él no decayó con el tiempo, al ir conociéndolo mejor. A pesar de que no me gustaban ni la ordinariez de su lengua (involuntariamente insultante), ni ese movimiento de desdén con la mano (que, a veces, se hacía incluso más ofensivo que las palabras mismas), y pese a que estaba rotundamente en contra de algunas de sus declaraciones públicas, en todos estos años nunca ha disminuido el respeto que siento por él. Su honestidad compensaba todos sus defectos. [...] La primera vez que lo vi [fue] en el campo de detención de Rafah. [...] Yo estaba de pie, tras la valla, para encontrarme allí con un alto mando de seguridad que estaba detenido en el otro campo. [...] Junto a él apareció cojeando un joven de pelo rubio con la pierna escayolada. [...] Me sentí incómodo ante la mirada fija de aquel joven desconocido. [...] Su severa mirada me indujo a hablar con brevedad e ir directo al grano. Luego me dijeron que aquel era Isaac Rabin, un joven comandante cuya reputación lo precedía. Yo no era ningún inocentón impresionable, [...] pero, aun así, la gravedad de aquel muchacho rubio de ojos azules me impactó. [...] No dijo ni una palabra; solo fijó aquella mirada fría en mí: no exactamente en mi rostro, sino más bien en algún punto ligeramente a la derecha de mi oreja derecha. [...] El caso es que, cuando miró tan fijamente hacia ese punto situado al lado de mi oreja derecha —que era adonde siempre miraba cuando escuchaba a los demás, salvo que se hubiera convencido ya de que su interlocutor había hablado demasiado, en cuyo caso se lo hacía saber muy a las claras y sin palabras, fulminándolo con esa mirada suya—, consiguió (o eso me pareció a mí) leerme como un libro abierto y descubrir en mí cierta frivolidad que impedía que él y yo pudiéramos ser amigos. Los hombres de acción no enta-

blan amistad con personas de imaginación, que se limitan a contemplar las experiencias de aquellos desde fuera.⁹

Al acabar 1946, tras cinco meses de detención, Rabin fue liberado de Rafah cuando los británicos decidieron poner fin a esa fase de su conflicto con la dirección del Yishuv. Rabin fue nombrado comandante del segundo regimiento del Palmaj, dentro de la estrategia de expansión del propio Palmaj como parte de los preparativos del Yishuv para la colisión con los árabes palestinos y con los Estados árabes, que se preveía inevitable. Ben Gurión creó la cartera ministerial de Seguridad dentro de la Agencia Judía y se convirtió en el virtual ministro de Defensa del Yishuv. Había llegado a la conclusión, años antes, de que la instauración de un Estado judío en Palestina implicaría ir a la guerra contra los palestinos y que los Estados árabes se involucrarían en la contienda. Así que asumió la cartera de Defensa para preparar ese conflicto bélico; los preparativos avanzaban a un ritmo vertiginoso. Ese esfuerzo puso de relieve la tensión existente entre los mandos del Palmaj y los oficiales que habían regresado tras prestar servicio en el ejército británico. La tradición del Palmaj ponía especial énfasis en el combatiente individual y en la espontaneidad, mientras que la tradición de la Brigada Judía de las fuerzas armadas británicas hacía hincapié en los procedimientos previa y debidamente ensayados. Ben Gurión simpatizaba con la tradición británica. Desdeñaba el (para él escaso) valor militar del Palmaj y recelaba de la afiliación de este con sus rivales del movimiento laborista y de los kibutz. Estas tensiones continuaron siendo importantes durante la guerra de 1948 y en los momentos posteriores. Hasta entrada la década de los cincuenta, Ben Gurión no perdió ninguna ocasión para favorecer el ascenso de oficiales procedentes del ejército británico (y otras fuerzas armadas regulares) y para

retrasar el de los oficiales del Palmaj. A los oficiales del Palmaj que habían permanecido en las FDI no les llegaría el turno de asumir el papel director principal de estas hasta unos años después, ya entrada la década de los sesenta.

Rabin no se quedó en el rango de comandante de batallón mucho tiempo. Alón, que tenía en muy alta estima las aptitudes de Rabin como estrategia militar y como oficial de Estado Mayor, se lo llevó consigo al cuartel general del Palmaj en calidad de oficial de operaciones y de adjunto suyo. El comandante primero del Palmaj era Isaac Sadeh, una figura heroica y de más edad que contaba con experiencia militar rusa. Pero los dirigentes políticos preferían que fuese Alón quien actuase como jefe del Palmaj y optaron por mantener a Sadeh como comandante de campaña. En el cuartel general del Palmaj, la responsabilidad principal de Rabin a finales de 1947 y principios de 1948 era planificar los convoyes de suministros civiles y militares que se desplazaban por la sinuosa carretera que cruzaba las colinas de Judea, elevándose desde la llanura costera hasta Jerusalén y otros núcleos y pueblos judíos asediados. Esa seguiría siendo la responsabilidad de Rabin hasta su nombramiento como comandante de la Brigada Harel del Palmaj. Proteger los convoyes significaba defenderlos, pero también procurar tomar las zonas y las localidades por las que tenían que cruzar en su ruta hasta Jerusalén. También hubo momentos en que la brigada de Rabin fue enviada a esta última ciudad para que participara en la batalla por su control.

La guerra de la Independencia de Israel sería un hito que marcaría la carrera política de Rabin y uno de los periodos que moldearían su vida posterior, pues lo catapultó desde la categoría de oficial de rango medio en el Palmaj hasta convertirlo en uno de los más conocidos altos oficiales de las FDI. Rabin tomó parte en algunas de las campañas más difí-

ciles e importantes de una guerra que le aportaría una gran experiencia militar y política. Los combates en Jerusalén y, en particular, en la ruta de acceso a la ciudad, donde su brigada sufrió un elevado número de bajas, tendrían un profundo y duradero impacto en aquel joven oficial.

La guerra de la Independencia duró más de un año y supuso un esfuerzo difícil y costoso. El Yishuv perdió en ella a un 1 % de su población: 6000 personas de un total de 600000. Hubo momentos, sobre todo a comienzos de la primavera de 1948, en que dio la impresión de que el bando judío estaba a punto de perder la contienda. Aquella guerra civil en Palestina estalló oficialmente a raíz de la Resolución para la Partición aprobada por la ONU el 29 de noviembre de 1947, pero la violencia había comenzado ya con anterioridad a esa fecha. La guerra civil entre las comunidades judía y árabe duró desde noviembre de 1947 hasta el 15 de mayo de 1948. Durante esa primera fase, las partidas de tropas irregulares palestinas y de árabes voluntarios se centraron en atacar asentamientos judíos aislados y en lanzar emboscadas contra el tráfico judío de personas y suministros. Se puso especial empeño en bloquear la carretera de acceso a Jerusalén. El Plan de Partición preveía que Jerusalén tuviera estatus de ciudad internacional, pero ambos bandos se emplearon a fondo en intentar hacerse con el control de la histórica localidad, pues comprendieron a la perfección que ahí radicaba la clave del futuro del país. Bloquear la carretera hacia Jerusalén les resultó relativamente fácil a los palestinos, pues controlaban los altos de las colinas que dominaban el lecho fluvial vacío por el que discurría la serpenteante carretera. Conseguir refuerzos y suministros para la ciudad asediada representaba un desafío de primer orden para los dirigentes políticos y militares del Yishuv, y el trabajo de Rabin en el cuartel general del Palmaj consistía en planificar esos convo-

yes. El 15 de abril de 1948 fue nombrado comandante de la nueva Brigada Harel (que no era propiamente una brigada, pues estaba formada por dos batallones en vez de tres). Durante los dos meses siguientes, Rabin y sus hombres combatieron en algunas de las más feroces batallas de aquella guerra.

Fueron misiones imponentes y peligrosas para Rabin y sus hombres, y lo fueron por la virulencia de la guerra en sí, pero también por las dificultades planteadas por el politiquero interno en las fuerzas armadas. Hubo que lidiar con líderes hostiles y con discordancias presentes dentro y fuera del propio ámbito militar. Durante aquellas arduas semanas, Rabin llegó a cuestionarse en varias ocasiones la idoneidad de las órdenes que se le iban transmitiendo.

Uno de los comandantes de los dos batallones de Rabin, Yosef «Yosef'le» Tabenkin —hijo de Isaac Tabenkin, líder de Hakibutz Hameujad y de Ajdut Haavodá (una de las facciones políticas del movimiento laborista), y uno de los potentados del movimiento de los kibutz—, se consideraba superior a Rabin y se negó a aceptar su autoridad.¹⁰ Rabin y Tabenkin ya habían chocado en el pasado y, de hecho, los dirigentes habían nombrado a Rabin para el puesto, en parte porque ya sabían que no se llevaba bien con Tabenkin. Pero Tabenkin simplemente rehusaba obedecer las órdenes y las instrucciones de Rabin, de modo que su regimiento actuaba por su propia cuenta la mayoría de las veces y no como una unidad de la Brigada Harel. Ese fue uno de los motivos por los que dicha brigada no fue empleada como si de una única entidad propiamente dicha se tratara, sino como una serie de unidades más pequeñas. En Jerusalén, la Brigada Harel recibió el encargo de prestar apoyo a las acciones de la Brigada Etzioni, comandada por David Shaltiel, otro mando militar difícil de controlar cuyas aptitudes castrenses eran bastante cuestionables. Tampoco había que olvidar el problemático factor de

que, hasta el momento en que abandonó Jerusalén el 15 de mayo, el ejército británico obstruyó las acciones de las FDI en varias ocasiones. Y a partir de ese día, el ejército jordano, la Legión Árabe, se incorporó a la contienda. Era el mejor ejército árabe de aquel momento y el rey Abdalá de Jordania estaba decidido a reclamar como suya toda la parte de Jerusalén que sus tropas pudieran ocupar.

Rabin y sus hombres tuvieron éxito en su misión en lo que se refiere a la parte sur de Jerusalén, pero no tanto en la parte norte ni en los accesos a esta. Shaltiel presionó a Rabin para que le prestara apoyo en su campaña para salvar el barrio judío de la Ciudad Vieja de Jerusalén. Rabin pensaba que el plan de Shaltiel era totalmente equivocado, pero como comandante compañero de filas no podía negarse a atender tal petición. Así que los hombres de Rabin, pese a su desacuerdo con la idea, participaron en la intentona de Shaltiel. La misión fracasó estrepitosamente. Los combatientes de la Harel se retiraron del barrio judío, que, finalmente, se rindió a la Legión Árabe jordana. El episodio se convertiría en raíz de una fuerte controversia entre Rabin y Shaltiel, y dejaría una cicatriz permanente en Rabin.

La Brigada Harel tuvo que pagar un precio atrozmente alto por los combates en la carretera hacia Jerusalén: el índice de bajas fue del 50%. Los hombres de Rabin quedaron apabullados y conmocionados por la situación. Uno de aquellos soldados, el novelista Yoram Kaniuk, escribiría en su novela 1948 que «antes de partir para la batalla, decíamos a los líderes de los kibutz que fueran cavando tumbas cuanto antes, porque pronto estaríamos allí de vuelta». ¹¹ Tan aturridos estaban los combatientes de la Harel que cuando, el 14 de mayo de 1948, «una antigua radio del kibutz Maaleh Ha-Hamisha, situado a unos pocos kilómetros de Jerusalén, nos trajo la voz de Ben Gurión —escribiría Rabin en sus memo-

rias— proclamando la fundación del Estado de Israel, a nuestras agotadas tropas les costó mucho captar la trascendencia de aquellas palabras suyas. Un soldado, que estaba acurrucado en el rincón en un estado de absoluta extenuación, abrió un ojo adormilado y suplicó: “Eh, chicos, apagad eso. Me muero por dormir un poco. Ya oiremos todas esas bonitas palabras mañana”. [...] Ninguno de nosotros habría soñado jamás que así sería como recibiríamos el nacimiento de nuestro Estado». ¹²

Rabin salió de la batalla por Jerusalén más experimentado, pero también más dolido. Como escribió en sus memorias, no podía entender por qué los dirigentes del Yishuv no se habían preparado antes y mejor para aquella guerra inevitable: «Ese [el 20 de mayo de 1948] fue para mí un día amargo, un día de examen de conciencia. Durante el periodo de los convoyes, en las jornadas de feroces combates en Jerusalén, antes y después de la invasión de los ejércitos árabes regulares, me acuciaba la pregunta de por qué aquella guerra nos había cogido tan mal preparados. ¿Era necesario?». ¹³

En vísperas de la primera tregua, el 11 de junio de 1948, Alón asignó una nueva misión a Rabin. A Alón y al coronel voluntario estadounidense Mickey Marcus (cuyo verdadero apellido era Stone) los pusieron al mando de una fuerza relativamente numerosa bajo órdenes directas de Ben Gurión de proteger la carretera hacia Jerusalén. El objetivo era controlar posiciones clave más lejanas de la ciudad, como la localidad Palestina de Ramala y el bastión de Latrún. ¹⁴

Ben Gurión había asignado una importancia primordial al control judío de Jerusalén y de las carreteras de acceso a la ciudad desde el principio mismo de la guerra, así que, antes de la tregua, quería asegurarse de que Israel disponía de libre acceso a la ciudad. Latrún era un punto clave en la carretera de Tel Aviv a Jerusalén; los intentos previos de las FDI por

conquistar aquella localidad habían fracasado y tomarla se había convertido en una obsesión para Ben Gurión. El 10 de junio, Alón y Marcus habían llegado ya a la conclusión de que sus fuerzas estaban agotadas y no se hallaban en disposición de atacar Latrún. Para entonces, también estaban al tanto de que se había descubierto una ruta alternativa para acceder a Jerusalén, la llamada «carretera de Birmania», y que las FDI la estaban adecuando para su posterior uso. Aquellos dos altos oficiales temían enfrentarse directamente a Ben Gurión dándole en persona la noticia de que ni podían ni querían lanzar otro ataque sobre Latrún, así que pidieron a Rabin que lo hiciera por ellos. Rabin sabía perfectamente que se expondría así a las iras del Viejo, como fue finalmente el caso. Ben Gurión se enfadó tanto que incluso dijo al joven Rabin que «Yigal Alón se merecía que lo fusilasen».

Cuando el coronel Stone falleció en un trágico incidente a causa de los disparos de un soldado de guardia de las FDI que lo había confundido con un intruso, Rabin pasó a ser el adjunto de Alón y su jefe de operaciones. El periodo de la primera tregua se aprovechó para planificar la fase siguiente de la campaña dirigida a asegurarse el control de la carretera a Jerusalén y el área situada entre dicha ciudad y Tel Aviv. Al alto mando de las FDI le preocupaba la posibilidad de que el ejército jordano lanzara una ofensiva para abrirse paso a lo largo de esa zona y amenazar así tanto Tel Aviv como el área costera. Pero la planificación y la preparación durante esas semanas se vieron ensombrecidas por dos inoportunos problemas políticos en los que Rabin tuvo una implicación directa.

Uno de ellos fue el incidente del Altalena. El Altalena fue un barco enviado a Israel desde Francia por el Irgún, o Étzel, acrónimo de Irgun Tzevai Leumi, la derecha clandestina afiliada al movimiento revisionista y liderada por Menájem Be-

guin. Iba cargado de armas proporcionadas por el gobierno francés. Los franceses se decidieron a apoyar a esa organización derechista para así debilitar el componente izquierdista de la dirección política israelí, y también para respaldar las acciones militares del Irgún en Jerusalén con el fin de desgastar la posición de Abdalá, en quien París veía a un mero agente de los británicos. El Irgún se había disuelto a raíz de la fundación del Estado de Israel, pero no lo había hecho su delegación en Jerusalén, que, recordemos, había sido declarada ciudad internacional por el Plan de Partición. El Altalena arribó a las costas israelíes, al norte de Tel Aviv, el 20 de junio, y atracó en la propia Tel Aviv el 22 de junio, en las inmediaciones del hotel Ritz, sede del cuartel general del Palmaj. Ben Gurión exigió la rendición total de los combatientes que iban a bordo. Tenía la firme convicción de que para que Israel sobreviviera, nadie debía impugnar la autoridad del Estado, lo que significaba que no podían tolerarse bajo ningún concepto ejércitos ni milicias privadas. Son muchos los detalles del caso Altalena que todavía son objeto de controversia hoy en día, pero de lo que no hay duda es de que los hombres del Irgún que viajaban a bordo desembarcaron y que, en ese momento, se inició un enfrentamiento entre ellos y la pequeña fuerza que estaba destinada en el cuartel general del Palmaj. La posibilidad de una guerra civil judía se volvió tan real como aterradora. Rabin estaba aquel día en la mencionada sede del Palmaj visitando a su novia, Leah. Al ser el oficial de más alto rango allí presente, tomó el mando de la respuesta armada contra los hombres del Irgún. Al final, el papel de Rabin en el incidente del Altalena fue bastante menor y se limitó a los combates que se libraron en la playa; los papeles protagonistas de verdad los interpretaron Ben Gurión y Alón. Ben Gurión ordenó el bombardeo del navío por parte de la artillería de las FDI, que lo hundieron. Él mismo

se referiría con orgullo a aquella acción bautizando el cañón que había hundido el Altalena como «Cañón [por “Canon”] Sagrado».* Por su parte, a Alón se le encomendó el mando de la operación general contra el Irgún en el área de Tel Aviv en los días posteriores a los combates en la playa.

Durante las décadas siguientes, el episodio del Altalena no dejó de ser un controvertido punto de tensión entre la derecha y la izquierda en la política israelí. En un peculiar giro de los acontecimientos, la relación de Ben Gurión con el líder del Irgún, Beguin, mejoraría a partir de 1967. En junio de ese año, Beguin y su partido se integraron en un gobierno de unidad nacional del que siguieron formando parte hasta el verano de 1970, lo que normalizó su presencia en la escena política israelí. El propio Ben Gurión se había retirado ya para entonces y situado por encima de las pugnas y las cuitas del día a día político de Israel. Gracias a ello, la mitología de la derecha redujo sensiblemente el papel de Ben Gurión en el incidente y su responsabilidad en el hundimiento del Altalena se hizo recaer en otros protagonistas: primero en Israel Galili y más tarde, a mediados de la década de los noventa (cuando la derecha israelí estaba demonizando a Rabin por haber firmado los Acuerdos de Oslo), pasó a aumentar la larga lista de «pecados» de Rabin.

Rabin tuvo una implicación menos directa en un segundo gran conflicto político de aquel periodo. Todo comenzó con una disputa en torno al nombramiento de un comandante para el Frente Central, considerado el frente crucial de la siguiente fase de los combates de la guerra. El problema subyacente seguía siendo la actitud hostil de Ben Gurión hacia el

* En el original, *cannon* y *canon*. Este último término se refiere al canon bíblico, el conjunto de libros que, según el judaísmo, recogen la historia del pueblo judío y que constituyen la Biblia. (N. del t.)

Palmaj. El alto mando de las FDI quería que Alón fuese ese comandante. Desde su nacimiento, el Palmaj había estado afiliado al Hakibutz Hameujad y al Ajdut Haavodá, y el líder de esta facción, Isaac Tabenkin, era rival de Ben Gurión. El Ajdut Haavodá se unió al Hashomer Hatzair en enero de 1948 para crear el Mapam, acrónimo del nombre en hebreo del Partido de los Obreros Unidos. El Hashomer Hatzair era un movimiento sionista marxista, mientras que el Ajdut Haavodá conjugaba el socialismo con el nacionalismo israelí. Ben Gurión recelaba mucho de ese Partido de los Obreros Unidos, un movimiento político prosoviético, y consideraba que el Palmaj venía a ser una especie de ejército privado del mismo. Ben Gurión respetaba las aptitudes militares y de liderazgo de Alón, pero no sentía el mismo aprecio ni por su ambición ni por su carácter. El candidato favorito de Ben Gurión, Mordecái Maklef, había servido en el ejército británico. Cuando Ben Gurión, enfrentándose a los dirigentes de las FDI, insistió en nombrar a su preferido para dirigir el Mando Central, varios generales decidieron presentar su dimisión. Se nombró entonces una comisión de mediación formada por cinco miembros del gabinete. Aquel comité, que celebró sus sesiones del 3 al 6 de julio e hizo comparecer ante sí a varios testigos —Rabin entre ellos—, entendió que su mandato lo facultaba para investigar mucho más que la cuestión de la relación entre Ben Gurión y Alón. En su interrogatorio a Rabin, por ejemplo, se centró en la malograda defensa de la Ciudad Vieja, y Rabin aprovechó la oportunidad para quejarse de la decisión tomada en su momento de acabar con el mando único para las operaciones militares en Jerusalén: «Creo que, al inicio de la operación, había un mando único, en él estaba Isaac Sadeh, era el jefe del “Estado Mayor jebuseo”. En todo caso, ese mando [...] creo que era importante en aquel entonces. Yo no era quién para exigir que tanto el

mando que estaba por encima de mí como Shaltiel fueran apartados. Pero creo que fue un error dar poder a David Shaltiel y concederle la autoridad para emitir órdenes, pues él quedaba así como único responsable de la ciudad. Si hubo fallos militares es difícil de decir, porque si se dice algo, hay que demostrarlo y, para ello, habría que analizar la cuestión de la defensa de Jerusalén en su totalidad». ¹⁵ Rabin creía que la importancia del episodio radicaba en cómo había exacerbado las tensiones y la desconfianza entre Ben Gurión y el Palmaj, y en las sombras que había arrojado sobre los altos mandos de este último. Como adjunto y protegido de Alón, Rabin no pudo evitar verse afectado por la actitud negativa de Ben Gurión hacia su protector, por lo que su progresión en las FDI se retrasó en 1948 y en años posteriores.

En cualquier caso, dos decisiones cruciales se habían tomado ya para cuando se reemprendieron los combates al término de la primera tregua, el 11 de julio de 1948: concentrar los mayores esfuerzos de las FDI en su Mando Central, en vez de en el sur, y confiar el mando de la operación a Alón. La operación recibió el nombre en clave LRLR (Lod-Ramla-Latrún-Ramala), aunque posteriormente se la conoció como Operación Danny. Tenía que llevarse a cabo en dos fases: la primera consistía en la conquista de Lod y Ramla, a fin de consolidar el control del recién creado Estado sobre el centro del país; la segunda era la conquista de Latrún y Ramala, dirigida a asegurar el control de la carretera a Jerusalén. La primera parte de la operación se completó con éxito y dos aspectos de esta quedaron grabados en la memoria colectiva de Israel. Uno fue la audaz incursión de Dayán, que facilitó la toma de Lod, un hecho que contribuyó a cimentar su reputación de comandante de campaña brillante y poco convencional. El otro fue la expulsión a gran escala de población civil árabe.

La cuestión de la expulsión ha planeado posteriormente sobre todos los debates historiográficos y políticos que analizaban el lado positivo y negativo de la guerra de 1948 y el grado de rectitud moral de Israel. Como alto oficial del Estado Mayor, Rabin no estuvo directamente implicado en los combates, pero sí influyó en la expulsión. De ello escribió con bastante franqueza en sus memorias, concretamente en una sección del libro que fue censurada en 1979 por el comité ministerial encargado de inspeccionar las memorias y los relatos de hechos históricos escritos por funcionarios públicos. Sin embargo, el traductor inglés del libro, Peretz Kidron, era un activista de la izquierda radical que filtró los pasajes censurados a la prensa internacional:

Mientras se libraban los combates, tuvimos que afrontar un problema complicado [...]: el destino de la población civil de Lod y Ramla, unos 50 000 habitantes en total. Ni siquiera Ben Gurión ofreció solución alguna; durante los debates sobre el tema en el cuartel general de operaciones, él guardó silencio, como era su costumbre en tales situaciones. Era evidente que no podíamos dejar a la población hostil y armada de Lod instalada en nuestra retaguardia, donde podía poner en peligro nuestra ruta de suministros hacia la (Brigada) Yiftah, que avanzaba hacia el este. Salimos y Ben Gurión nos acompañó. Alón reiteró su pregunta: «¿Qué hacemos con la población?». Ben Gurión gesticuló con la mano y dijo: «Echadlos».

Alón y yo consultamos un rato entre nosotros. Yo estuve de acuerdo en que era imprescindible echar a aquellos habitantes de allí. Los condujimos a pie hacia la carretera de Bet Horón, considerando que la Legión [jordana] se sentiría obligada a ocuparse de ellos.

«Echar» es un verbo que tiene una connotación ciertamente dura. Desde el punto de vista psicológico, aquella fue una de las acciones que más nos costó emprender.¹⁶

El incidente de Lod marcaría así un hito en el debate sobre la cuestión de los refugiados palestinos. Unos treinta años más tarde, el escritor israelí Ari Shavit otorgaría una dimensión casi épica a la suerte corrida por Lod: «Lod es nuestra caja negra. Dentro de ella yace el oscuro secreto del sionismo. La verdad es que el sionismo no podía tolerar Lod. [...] Para que el sionismo pudiera existir, Lod no podía existir. Para que Lod existiera, el sionismo no podía existir. Visto con la perspectiva que da el tiempo, queda totalmente claro».¹⁷

Sea cual sea la perspectiva que sobre aquellos hechos adoptemos en esta segunda década del siglo XXI, sin lugar a dudas estará muy lejos de las consideraciones que los líderes políticos y militares se vieron obligados a tener en cuenta en julio de 1948, cuando debatieron la cuestión de la población civil de Lod y Ramla.¹⁸

La segunda parte de la Operación Danny se saldó con un fracaso: tanto Latrún como Ramala permanecieron bajo control jordano y siguieron formando parte de Cisjordania hasta 1967. Pero la operación consolidó la relación entre Alón y su jefe de operaciones (y virtual segundo en el mando) Rabin. Según la describe la biógrafa de Alón, «aquí la combinación entre él [Alón] y Rabin fue ideal. Alón aportaba su liderazgo, su optimismo inagotable, la seguridad que irradiaba y su audacia planificadora. Rabin, por su parte, era quien convertía las ideas en planes operativos, detallados y precisos, que calculaban riesgos frente a posibilidades. Juntos formaban un equipo ganador. Para los soldados, Alón era el gran líder militar por quien estaban dispuestos a hacer un esfuerzo adicional. Rabin era un excelente número dos, aunque carecía de las cualidades que convertían a Yigal en objeto de admiración de sus soldados».¹⁹

La segunda tregua, declarada a partir del 21 de julio de 1948, fue aprovechada por las FDI para prepararse ante la

siguiente fase de la guerra. Para entonces, la balanza ya se había inclinado claramente hacia el lado de Israel. Habían llegado armas nuevas y mejores, se había movilizado a más hombres, se habían aprendido las lecciones de la ronda previa de combates y se habían corregido errores. Las FDI pasaron enseguida a la ofensiva para sacar partido de la ventaja de la que disponían, a fin de terminar la guerra con una rotunda victoria. Pero la tregua también sirvió para atender otros menesteres.

Rabin aprovechó el respiro que se tomaron entonces los contendientes para casarse con la que era su novia desde hacía varios años, Leah Schlosberg. Rabin era un joven apuesto, atractivo en opinión de muchas jóvenes del Palmaj y de los kibutz en los que había estado, pero se enamoró de la guapa y vital Schlosberg. Fueron pareja varios años, una verdadera pareja de póster del Palmaj. Los orígenes de Leah —que había nacido en Alemania, en el seno de una familia judeogermana de clase media alta— eran muy distintos de los de Isaac. Era una mujer decidida y muy leída, le gustaban el arte y la literatura, y rara vez eludía expresar su opinión cuando tenía la oportunidad. Su unión matrimonial funcionó muy bien. Más tarde, cuando Rabin llegó a ser jefe del Estado Mayor, embajador y primer ministro, Leah se convirtió también en una figura pública muy pujante en los círculos de Washington, donde se distinguió como una anfitriona diplomática muy activa y exitosa. Frente a la timidez y el carácter introvertido de Rabin, Leah desempeñó un importante papel de conductora de la vida social de la pareja. Rabin escribió en sus memorias sobre la relación entre ambos:

El nuestro fue un romance en tiempos de guerra. Comenzó con un encuentro fortuito en una calle de Tel Aviv en 1944: una mirada, una palabra, un algo que se agitó en nuestro interior y,

luego, un nuevo encuentro. Pero hubo obstáculos que nos impidieron profundizar en la relación. Yo estaba en el Palmaj y los permisos eran escasos. Intimamos más en 1945, cuando Leah ingresó en el Palmaj y sirvió en el batallón del que yo era subcomandante (una de las raras ocasiones en nuestra vida juntos en las que ella estuvo bajo *mi* mando). Yo hacía todo lo que podía por visitar con frecuencia el kibutz en el que ella estaba destinada y dábamos largos paseos por ahí en mi motocicleta. [...] Cuando ya habíamos empezado a tejer nuestros sueños de futuro, los británicos me arrestaron; nuestra única comunicación en ese tiempo era por carta. Luego llegó la guerra de la Independencia, con su cruenta lucha y su alto precio en vidas. Dejamos a un lado nuestros planes personales y Leah logró finalizar sus estudios de magisterio. Durante la segunda tregua, decidimos aprovechar la oportunidad y sellar nuestra unión.²⁰

Como era habitual por entonces, la joven pareja no podía permitirse aún un piso propio, así que se mudaron a una habitación del domicilio de los padres de Leah, en el centro de Tel Aviv. Tuvieron que esperar hasta 1952 para trasladarse a una casa propia, en un barrio residencial para altos oficiales de las FDI.

El segundo hecho tuvo lugar en el kibutz Naan a partir del 14 de septiembre de 1948. Varias decenas de altos oficiales del Palmaj fueron invitados a una reunión con Ben Gurión. El Viejo endulzó las amargas noticias que tenía que darles felicitando al Palmaj por lo mucho que había contribuido al esfuerzo bélico, pero luego dijo a sus invitados que ya no existía justificación alguna para seguir manteniendo un alto mando separado: el Estado tenía un ejército y el Palmaj tenía que pasar a ser parte integral de este. Conservaría íntegras sus tres brigadas, pero tendrían que someterse plenamente a la autoridad de los respectivos mandos regionales. Rabin se abstuvo de participar en el debate que siguió. Estaba de

acuerdo en lo fundamental con la postura de Ben Gurión, pero él creía que el Palmaj debía seguir contando con un Estado Mayor propio y que se le tenía que encomendar una misión especial que le permitiera preservar su legado y su espíritu. Se dio cuenta, sin embargo, de que si presentaba ese punto de vista tan complejo, los demás lo percibirían como un apoyo personal implícito a la decisión de Ben Gurión, así que optó por callar. Como era de esperar, ese proceso no terminó ahí y Ben Gurión acabó desmantelando por completo el Palmaj. Para él, se trataba de respetar el mismo principio que había guiado sus decisiones durante el incidente del Altalena. Si el nuevo Estado tenía alguna opción de sobrevivir como tal, solo podría hacerlo contando con un único ejército: las milicias privadas no podían ser toleradas.

A finales de septiembre de 1948, Israel ya estaba listo para reanudar los combates y poner un fin victorioso a la guerra. La opción de comenzar la ofensiva por el frente sur era la obvia, pues el ejército egipcio tenía el control del Néguev, la extensa, árida y escasamente poblada zona sur del país. Aquella era la reserva de terreno de Israel; por otro lado, la salida al mar Rojo en su extremo sur significaba un futuro acceso naval a África y Asia. Folke Bernadotte, el mediador de Naciones Unidas asesinado el 17 de septiembre por la Banda de Stern —un movimiento nacionalista radical clandestino—, recomendó en su informe (publicado póstumamente el 20 de septiembre) que el sur del Néguev no se incluyera en el territorio del nuevo Estado de Israel y se sustituyera por alguna otra parte del país. Egipto y, posiblemente, también Gran Bretaña consideraban el Néguev septentrional como un puente en tierra firme que conectaba el territorio egipcio (que, por entonces, todavía era un protectorado británico) con la parte oriental del mundo árabe. Así que no había tiempo que perder.

Se asignaron cuatro brigadas a ese frente sur. Alón era el comandante de aquella fuerza y Rabin, de nuevo su segundo y su jefe de operaciones. Pero la división de tareas entre ambos cambió y Rabin desempeñó un papel más importante y destacado en aquellas operaciones. Si hasta entonces se le veía como la mano derecha de Alón, a partir de ese momento se le empezó a considerar un estratega militar de primera, el oficial que había diseñado meticulosamente las principales operaciones en el sur y que luego había supervisado su puesta en práctica.

De octubre de 1948 a marzo de 1949, las FDI completaron tres grandes operaciones en el sur: Yoav, del 15 al 22 de octubre de 1948; Jorev, del 22 de diciembre de 1948 al 7 de enero de 1949, y Uvdá, del 6 al 10 de marzo de 1949. La Operación Yoav fue un éxito y abrió la carretera de acceso al Néguev, insertando así una cuña en el centro mismo del despliegue del ejército egipcio en la zona. La Operación Jorev, que pretendía expulsar al ejército egipcio del territorio del Mandato británico de Palestina, se completó con la única excepción de la «bolsa» de Faluya, donde una significativa fuerza egipcia permaneció asediada. Las tropas israelíes, victoriosas, penetraron en la península del Sinaí, territorio nacional egipcio. Por las presiones internacionales, y por su consabida preocupación por los límites políticos de toda acción militar, Ben Gurión ordenó a Alón y a Rabin (nada contentos con la idea) que retiraran sus tropas hasta la línea de la frontera internacional. Durante las operaciones Yoav y Jorev, las FDI hallaron una férrea oposición egipcia, pero el ejército de Israel operaba ya a una escala muy diferente que lo capacitaba para lanzar complejas operaciones combinadas por tierra, mar y aire.

El éxito de la Operación Jorev sirvió para que finalmente Egipto se sentase a la mesa de negociaciones. El 12 de enero

de 1949 comenzaron las conversaciones para el armisticio en el hotel Roses de la isla griega de Rodas; las presidía Ralph Bunche, el nuevo mediador de la ONU. El segundo al mando de las FDI, Yigael Yadin, encabezaba el equipo militar que formaba parte de la delegación israelí. Rabin era miembro de dicho equipo en calidad de representante del frente sur y de experto de la delegación en los temas concretos que se iban a discutir allí. Alón, dolido todavía por la orden de retirarse del Sinaí, se negó a asistir. Rabin también estaba descontento con la forma en que se había procedido en general y tenía la sensación de que a las FDI se les había negado la oportunidad de infligir una derrota total al ejército egipcio, lo que les habría dado mayor ventaja en las conversaciones de paz. Durante las negociaciones, se opuso a la petición egipcia de desmilitarizar el área conocida como Auya al Hafir. Los diplomáticos del Ministerio de Exteriores adoptaron una línea más blanda. Atribuían especial importancia al hecho de que se llegara a una pronta conclusión de un armisticio con el principal Estado árabe y estaban dispuestos a hacer concesiones en materia militar. El punto de vista y el estado de ánimo de Rabin durante las reuniones se reflejan perfectamente en la carta que escribió a Alón el 10 de febrero de 1949:

Estoy convencido, basándome en todo lo que he visto y oído aquí, de que los egipcios necesitan mucho este acuerdo de armisticio, porque les permitirá sacar a la brigada que tienen atrapada en la «bolsa» [de Faluya] y reducir las fuerzas desplegadas en el sector costero. En mi opinión, toda concesión en este momento es prematura e innecesaria. A mi entender, tenemos mucho más margen que los egipcios y podemos perseverar más que ellos en una guerra de nervios. Estoy casi seguro de que prevaleceríamos en ella. Y si no, siempre estaríamos a tiempo de hacer alguna concesión entonces. [...] Estoy harto de política y de diplomacia.²¹

Las negociaciones egipcio-israelíes concluyeron el 24 de febrero de 1949. Rabin y sus colegas fueron desoídos. En virtud de una especie de compromiso, Rabin recibió autorización para abandonar la delegación el 20 de febrero, cuatro días antes de la firma, para ahorrarle la obligación de ser uno de los signatarios de un acuerdo al que se oponía.

Las negociaciones de Rodas fueron la primera experiencia diplomática de Rabin y su primera interacción real con árabes no palestinos. En aquellas reuniones aprendió una lección que tendría muy presente en las décadas siguientes: a Israel no le interesaba negociar con una «comunidad» de Estados árabes. En ese tipo de negociaciones, la dinámica de grupo siempre inclinaba la tendencia del colectivo árabe en el sentido del liderazgo planteado por el Estado más radical. A Israel le iba mejor pactando por separado con los distintos Estados árabes.

Pero de aquellas negociaciones de Rodas se pudo extraer también otra lección: Egipto era el único país árabe con un sentido de razón de Estado. Sus dirigentes fueron los primeros en llegar a la conclusión de que les convenía terminar la guerra; su acuerdo con Israel se firmó el 24 de febrero de 1949. Otros Estados árabes (Siria, en particular) se tomaron su tiempo, y no concluyeron sus negociaciones hasta julio de 1949. Pero incluso mientras se desarrollaban las conversaciones, Israel no cejó en su ofensiva hacia el sur y la concluyó —por medio de la Operación Uvdá— haciéndose con el control de todo el Néguev y asegurándose así una salida al mar Rojo en Um Rashrash (actual Eilat). Conducir con éxito a tan numerosa fuerza militar por territorio inexplorado constituyó una impresionante proeza logística.

Cuando la guerra terminó, en 1948, Rabin era teniente coronel, segundo de Alón en el Mando Sur. Se había ganado la reputación de ser un estratega militar y un oficial de Estado

Mayor de primera. Tenía una gran experiencia adquirida sobre el terreno en puestos de alto mando, pero también en la mesa de negociaciones. Sin embargo, el legado más duradero de la guerra para Rabin sería el que se llevó de los difíciles combates en la carretera a Jerusalén. Como escribió en repetidos pasajes de sus memorias, Rabin tenía entonces la sensación de que las FDI no habían recibido preparación suficiente antes de la guerra de 1948 y que sus hombres y otros muchos habían pagado un precio muy alto por ello. Se prometió a sí mismo que esa falta de prevención no volvería a repetirse.

DE LA INDEPENDENCIA A LA GUERRA DE LOS SEIS DÍAS (1949-1967)

A medida que la guerra entraba en sus últimas semanas y, poco a poco, se iba instalando una nueva rutina de posguerra, la tensión entre Ben Gurión y los dirigentes del Palmaj alcanzó nuevos niveles. Algunos de los altos mandos del Palmaj fueron apartados de las FDI, mientras que otros optaron por irse en señal de protesta. Rabin prefirió quedarse. En sus memorias, lo justificó así: «En la encrucijada de mi vida personal en la que me hallaba, me dominaba un profundo sentido de responsabilidad moral, una especie de deuda de honor hacia los hombres que habían bloqueado el avance árabe con su valor y con su propio cuerpo. [...] En los momentos más trágicos de la guerra, [...] muchos de mis camaradas oficiales y yo asumimos un compromiso personal. [...] Dedicaríamos nuestra vida a asegurarnos de que el Estado de Israel no volviera a estar nunca mal preparado para responder a una agresión. [...] Construimos un ejército poderoso».¹

Pero había más motivos que ese. Para empezar, las opciones disponibles en aquel Estado joven y todavía pobre eran limitadas. Rabin se identificaba con el Palmaj, pero también era el solitario independiente —el hijo de Rosa— que no había ingresado en ningún kibutz ni en el Ajdut Haavodá, y que tomaba sus propias decisiones. Era el mismo Rabin que, en la reunión del kibutz Naan en la que Ben Gurión y los líderes

del Palmaj habían aireado sus diferencias, había optado por guardar silencio. Rabin estaba de acuerdo con la esencia de la decisión de Ben Gurión de dismantelar el alto mando del Palmaj, pero no quería alinearse con el Viejo en contra de sus camaradas. Las de Rabin eran posiciones políticas próximas a las del Ajdut Haavodá, pero se abstuvo de ingresar realmente en el partido. Como escribió a su hermana a mediados de la década de los cuarenta, «no soy un hombre de partido y, pese a que me identifico en algunos temas con el movimiento del Ajdut Haavodá, no logro ver en él ningún proyecto, ninguna voluntad de tomar la iniciativa, de liderar y mostrar el camino; es más bien una entidad moderada que se limita a apuntar un camino un tanto diferente al de los dirigentes actuales».²

Nada de esto afectó a su lealtad hacia Alón, a quien Ben Gurión apartó de su puesto en el Mando Sur y sustituyó por Dayán. Alón se encontraba de hecho en Europa visitando al ejército francés y, pese a aquella desautorización de que había sido objeto en Israel, alargó inexplicablemente su visita. La carrera de Alón había alcanzado su apogeo durante la guerra de 1948, pero empezó a declinar justo después. Aquel episodio fue un primer indicio de que la personalidad de Alón había sufrido un profundo cambio. Rabin mantuvo informado a Alón mientras estaba fuera y luchó por él en su nombre. Así relataba a Alón los esfuerzos que estaba haciendo por él, citando una carta que había escrito al entonces jefe del Estado Mayor, Yacov Dori, el 12 de octubre de 1949: «Le exigí una explicación por escrito en lo referente a ti. También añadí una petición verbal para reunirme con él. Pese a las tres solicitudes que presenté en un mismo día a su ayudante de campo, no recibí respuesta». Las cartas que envió a Alón estaban escritas en un código primitivo, y el nombre en clave elegido para referirse a Dayán era «el anticuario». Eran muy

críticas con él. En una del 23 de octubre, Rabin escribió: «Dayán se ha presentado. Lo estoy domando un poco. El hombre no tiene ni idea. A mi juicio, carece del entendimiento militar mínimo para una escala superior a la de una compañía o un batallón. No tiene tacto alguno para tratar con las personas».³

La antipatía y la falta de aprecio eran mutuas. Dayán no perdió un segundo en apartar a Rabin de su puesto de segundo en el Mando Sur. Se le nombró entonces comandante de la 12.^a Brigada, que, según el criterio de aquel entonces, se consideraba una brigada acorazada. Pero esa solución no duró mucho. La 12.^a Brigada era vista por muchos como la Brigada del Palmaj, así que fue disuelta con el pretexto de que todos los elementos acorazados debían quedar concentrados en la 7.^a Brigada. Rabin envió una indignada carta al jefe del Estado Mayor criticando la decisión: «¿Me pregunto por qué y con qué fin? —escribió—. Se me ocurren dos posibles razones: o argumentos personales contra mí que yo no puedo entender, o argumentos contra la brigada por sus orígenes en el Palmaj».⁴

Las tensiones a propósito del Palmaj alcanzaron su punto máximo el 24 de octubre, día previsto para una concentración del Palmaj que debía servir como despedida oficial, pero también como acto de protesta. El Estado Mayor de las FDI emitió una orden que prohibía a los oficiales en activo participar en lo que, según consideraban, no dejaba de ser un acto político. Era muy importante para Ben Gurión que Rabin, en particular, no tomara parte, pues él era el oficial del Palmaj de más alto rango en las FDI. Su participación —o su ausencia— se notaría. Ben Gurión, que sentía cierta debilidad por Rabin, posiblemente también quería protegerlo de las consecuencias de la desobediencia directa de una orden. Así que lo invitó a su residencia de primer ministro aquel mismo día por

la tarde, para mantener una conversación. Rabin deja claro en sus memorias que ya se estaba preparando para irse de casa de Ben Gurión cuando el Viejo le pidió que se quedase también a cenar. Rabin se disculpó y acudió a la concentración, sabedor de que pagaría un precio por aquel acto de desafío. Quedarse en las FDI era una cosa, pero la lealtad a sus amigos y colegas estaba por encima de todo.

Ben Gurión montó en cólera. Se tomó la conducta de Rabin como una ofensa personal y retrasó su ascenso durante una década. Ben Gurión no fue el único político contrariado por aquel incidente. En una reunión del gabinete, el líder del Partido Mizraji (el posterior Partido Religioso Nacional o Mafdal), Haim Moshé Shapira, dijo que «Rabin no es simplemente un jovencito que estaba confuso entre dos mandos: se reunió con el Sr. Ben Gurión, discutió con él, expresó con plena libertad lo que pensaba y, luego, ante el dilema de qué es más importante, la disciplina de partido o la disciplina militar, optó por la disciplina de partido. Imagínense que el segundo al mando en un frente, ante la primera prueba de fuego que lo obligara a elegir entre esas dos opciones, decidiera mantenerse fiel al partido. ¿Qué sucederá si el partido le ordena ir contra el gobierno? Se verá de nuevo enfrentado a la alternativa entre el partido y el gobierno y no sé yo por dónde saldrá ante ese dilema. [...] Lo digo muy a las claras: no estoy dispuesto a confiar el destino de una brigada a un comandante capaz de quebrantar la disciplina de semejante modo». Ese, de hecho, no sería el último choque entre Shapira y Rabin.

El incidente terminó cuando el jefe del Estado Mayor, Dori, tomó medidas disciplinarias el 21 de octubre de 1949. El encuentro de Rabin con Dori, transcrito en los archivos, fue un momento insólito: pocos altos oficiales con tan claras perspectivas de alcanzar el mando supremo son sancionados

por no obedecer una orden. Las respuestas de Rabin a Dori fueron breves, secas y directas:

DORI: Se le ha convocado a un juicio disciplinario por infringir la disciplina. ¿Recibió usted la orden que prohibía la participación en la concentración?

RABIN: Recibí la orden.

DORI: ¿Participó usted?

RABIN: Sí.

DORI: ¿Cómo encaja el incumplimiento de esa orden con el juramento que usted prestó de obedecer todas las instrucciones que le dictara el mando supremo?

RABIN: No encaja de ningún modo. Admito haber incumplido la orden. Me guie por un sentido de lealtad personal hacia unos amigos [...] fue una cuestión de amistad. [...] Sentí que tenía que reunirme con mis amigos.

DORI: ¿Hubo alguna otra orden?

RABIN: No hubo ninguna orden más; fue una decisión personal. Es verdad que no obedecí una orden, pero no recibí órdenes de ninguna otra fuente.

DORI: ¿Cómo encaja eso con el juramento?

RABIN: Es cierto que había una orden, pero ninguna ley prohíbe a un soldado, en cuanto que ciudadano, participar en concentraciones públicas si está de permiso.

Rabin recibió una dura reprimenda oficial y fue rescatado de la difícil situación que vivió durante aquel periodo por Haim Laskov, que lo invitó a unirse a él en la Escuela de Comandantes de Batallón (un nuevo curso de formación militar inaugurado poco después del final de la guerra como parte de la institucionalización de las FDI) y, posteriormente, a sustituirlo como comandante director de esta. Rabin invitó a su vez a varios de sus colegas del Palmaj a trabajar con él en calidad de instructores. Para algunos de ellos, la invitación se

convirtió en un incentivo para quedarse en (o para volver a) las FDI. Laskov, antiguo mayor en la Brigada Judía del ejército británico, era todo un modelo del exoficial británico que Ben Gurión prefería como antítesis de los oficiales del Palmaj. Pero, a pesar de poseer una experiencia militar muy distinta, Laskov y Rabin se llevaban estupendamente bien. Su colaboración y el papel desempeñado por los colegas de Rabin fueron cruciales a la hora de integrar tanto las lecciones de la guerra de 1948 como las dos diferentes tradiciones militares dentro de la doctrina que caracterizaba las FDI. Los cincuenta alumnos de la escuela terminarían convirtiéndose en los años siguientes en el núcleo central del mando de las FDI; juntos, los comandantes instructores y los aspirantes a comandante desarrollaron un nuevo lenguaje profesional en hebreo. El meticuloso método de Rabin podía resultar exasperante en ocasiones para sus alumnos, pero aceptaban y respetaban igualmente su autoridad.⁵ Rabin tenía una memoria excelente y combinaba sus aptitudes analíticas con una gran atención a los detalles. Incidía especialmente en la precisión y la perfección, cualidades que no siempre eran apreciadas por las personas que trabajaban a sus órdenes.

El siguiente destino de Rabin fue como jefe del Departamento de Operaciones del Cuartel General (CG), cargo que ejerció de enero de 1951 a diciembre de 1952. Se trataba de un puesto clave en la división más importante del CG. El departamento se encargaba de tres áreas: operaciones, seguridad presente, y organización y movilización de reservistas. Los documentos redactados por Rabin durante ese periodo reflejan su dominio de los asuntos militares, desde las cuestiones doctrinales hasta las de mando y control, pasando por las tácticas.⁶ Sus comentarios a un documento de estudio elaborado por el Departamento de Planificación de las FDI son un muy buen ejemplo del ejercicio de su cargo en aquellos

meses. Rabin era un hombre agudo e incisivo que demostraba un profundo conocimiento del papel de la fuerza aérea en los conflictos armados modernos: hacía hincapié en que la función y la actuación de la aviación militar no tenían que venir determinadas por la propia fuerza aérea sin más, sino que también debían decidir las el Estado Mayor. La principal contribución de Rabin al trabajo y la metodología de las FDI durante ese periodo fue llevar a cabo una transición desde la planificación militar de los tiempos de la guerra de 1948 hacia un tipo de planificación más ordenado y sistemático, como era el requerido por las FDI de posguerra. Dicha contribución quedaba perfectamente ilustrada en el trabajo que escribió el 24 de diciembre de 1951, «Planificación bélica en las FDI». Rabin establecía allí una distinción entre la planificación estratégica y la operativa, lo que resolvía el dilema al que se enfrentan todos los ejércitos modernos. Planificar un escenario hipotético podría dar pie a rigideces; el reto del estratega estriba en mantener un elemento de flexibilidad que permita a los mandos militares afrontar la realidad que pueda surgir cuando un plan preparado con antelación haya de aplicarse bajo unas circunstancias imprevistas.

Durante ese periodo, Rabin mejoró y consolidó su estatus y su reputación como pensador y estrategia militar, y como oficial de Estado Mayor excepcionalmente eficiente. El general Israel Tal, legendario arquitecto de la división acorazada de las FDI, describió a Rabin como «la más alta autoridad intelectual en temas militares». ⁷ Otro general de las FDI, Elad Peled, escribió: «Isaac era considerado entre los representantes de la generación de 1948 en las FDI como el profesional militar de más categoría. [...] En cada ejercicio, en cada maniobra, en cada conversación o debate al que asiste, todo el mundo le presta atención y sabe que está escuchando al *admor* [rabino jasídico], al profesional». ⁸

La ascensión de Rabin en el escalafón de las FDI quedó patente cuando el jefe del Estado Mayor, Mordecái Maklef, decidió nombrarlo jefe de operaciones en 1953 y situarlo así como su segundo al mando, en vez de Dayán, con quien Maklef no congeniaba. Pero Ben Gurión, que sí le tenía cariño y mucho aprecio a Dayán y que, posiblemente, todavía se sentía dolido por la desobediencia de Rabin en aquel acto de concentración del Palmaj, abortó la iniciativa de Maklef.

En 1953, Rabin y su familia se encontraban en realidad en Inglaterra, en el Staff College («Academia de Oficiales») que el ejército británico tenía en Camberley. Rabin fue uno de los primeros oficiales que se envió a una academia militar occidental, en el marco de una política dirigida a evitar que las FDI cayeran en cierto provincianismo de ejército pequeño de un país aislado, y a integrar a Israel en el fondo (si no incluso en la forma) en el sistema de defensa occidental. Para Rabin supuso una oportunidad para abrirse al mundo exterior, aprender de la rica experiencia de un gran ejército, mejorar su dominio del inglés y pasar algo más de tiempo libre con su esposa, Leah, y su hija, Dalia (su hijo, Yuval, no nacería hasta 1955). Al regreso de Rabin, Dayán —a la sazón jefe del Estado Mayor— demostró que no le guardaba rencor al nombrarlo jefe de la División de Instrucción del CG y ascenderlo a un rango equivalente al de general de división. De hecho, Dayán hizo todo lo posible por convencer al ministro de Defensa, Pinjas Lavón, de que accediera al ascenso de Rabin. Los dirigentes del Mapai seguían considerando a Rabin como alguien políticamente poco fiable debido a su indisciplina durante el incidente de la concentración del Palmaj. Dayán calmó a Lavón diciéndole que la División de Instrucción no contaba con tropas bajo su mando y que, por lo tanto, Rabin no podría (ni aunque lo quisiera) incumplir una orden con la que no estuviera de acuerdo. Lavón siguió resistiéndose a

aceptar aquel ascenso con el argumento de que, en aquellos momentos, las FDI tenían ya demasiados generales de división. Dayán le replicó por escrito que él también lo creía así, pero le pidió que hiciera una excepción con Rabin. Lavón finalmente consintió. El biógrafo de Dayán, Shabtai Tevet —que conocía muy bien tanto a Dayán como a Rabin—, elogia con razón a Dayán por su actuación en aquel episodio, cuando ascendió a Rabin a pesar de la tensa relación que existía entre ambos. Dayán, según explica Tevet, estaba decidido a transformar el espíritu de las FDI y consideraba que Rabin era el candidato perfecto para trasladar esas ideas suyas a un sistema de instrucción ordenado y eficaz. Pero pese a aquel apoyo político de Dayán, entre ambos hombres siempre existió una tensión constante. Supieron trabajar juntos de manera efectiva, pero su relación personal continuó siendo incómoda. Tevet escribió:

Es algo que se explica en parte por sus caracteres tan distintos. Rabin no sentía especial afecto por el modo de operar de Dayán. Pero también había diferencias típicas de la distancia entre un comandante de campaña puro y duro y un oficial de Estado Mayor igualmente típico, o entre un líder natural o carismático y un excelente profesional o tecnócrata, o entre un hombre que actuaba según sus instintos y su juicio práctico y un hombre racional de una lógica aplastante, o entre alguien que se sentía cómodo entre la gente y alguien caracterizado por su timidez. A esto cabría añadir la tendencia de Rabin a formular comentarios críticos y mordaces sobre sus superiores. [...] Fue Rabin quien acuñó la frase que persiguió a Dayán durante mucho tiempo: «Sabe usar la fuerza, pero no sabe construir una».⁹

En la cultura organizativa de las FDI, siempre ha sido costumbre que los oficiales sirvan tres o cuatro años en un pues-

to de alto mando para, luego, pasar a otro. El siguiente puesto de Rabin —el de comandante general del Mando Norte, que ejerció de abril de 1956 a abril de 1959— fue muy distinto. En lugar de un cargo de alto oficial del Estado Mayor, pasó a estar al mando de una entidad militar territorial que se encargaba de la seguridad de una parte del país limítrofe con Siria y el Líbano. El principal reto lo representaba gestionar la difícil relación fronteriza con Siria. Los Acuerdos de Armisticio de 1949 se consideraban en aquellos tiempos meras soluciones temporales de trámite que habría que reemplazar por unos tratados de paz propiamente dichos. Dado que eso no ocurrió, el conflicto se fue enconando. La política en Siria se iba militarizando y radicalizando por momentos; cuatro habían sido los golpes militares allí acaecidos entre 1949 y 1954. A mediados de los años cincuenta seguía presentando la apariencia de un régimen parlamentario, pero el poder y la influencia políticas reales estaban en manos de unos partidos y unas facciones militares de ideología radical. Los complejos y delicados acuerdos alcanzados en materia de labores de labradío en las zonas desmilitarizadas y de aprovechamiento del agua en torno al lago Tiberíades y el río Jordán eran fuente de continuas fricciones. Israel y Siria chocarían muchas veces a propósito del acceso sirio al lago Tiberíades, principal reserva hídrica israelí. El Acuerdo de Armisticio de 1949 con Siria definía como zona desmilitarizada el pequeño territorio que se extendía al oeste de la frontera internacional entre Siria y Palestina, controlado por el ejército sirio al término de la guerra. La soberanía de Israel sobre ese territorio era limitada y Siria se oponía al derecho israelí a cultivar tierras en aquellas áreas desmilitarizadas que hubieran sido propiedad árabe antes de la guerra de 1948. Cuando los tractores israelíes labraban esas fincas, los tiroteaban desde los altos del Golán. Rabin fue un férreo defensor de las posiciones de

Israel frente a Siria y sus tres años en el Mando Norte acentuaron en él la impresión de que los sirios eran enemigos acérrimos y de que los altos del Golán tenían una importancia estratégica y táctica fundamental. Al ser comandante general del Mando Norte, Rabin no tuvo implicación alguna en la campaña del Sinaí de 1956, un verdadero trampolín que catapultó a Dayán hacia la fama y la gloria. La campaña del Sinaí se luchó en el sur y no tuvo repercusiones directas en las relaciones de Israel con Siria.

La llegada de 1959 marcó el fin del mandato de Rabin en el Mando Norte y fue un año muy importante para él. Al principio, pudo parecer incluso que iba a señalar el final de su carrera militar. Dayán, en su último año como jefe del Estado Mayor de las FDI, había intentado reconducir la trayectoria de Rabin por derroteros externos al ejército sugiriéndole que se matricularan los dos en la Universidad Hebrea cuando Dayán acabara también su mandato. Rabin dejó claro entonces que a él solo le interesaba estudiar en el extranjero: en concreto, hacer realidad su viejo sueño de estudiar Ingeniería Hidráulica en Estados Unidos. Dayán, en su calidad de jefe del Estado Mayor, descartó tal posibilidad y Rabin se quedó en el ejército. Gracias a que su relación con Laskov —sucesor de Dayán— era más amistosa, el nuevo jefe del Estado Mayor lo dispuso todo para que Rabin, que ya había completado su turno de servicio en el norte, estudiara en la Universidad de Harvard, en Cambridge (Massachusetts, Estados Unidos). Rabin y su familia se prepararon entonces para partir hacia Cambridge en el verano de 1959; pero en abril de ese mismo año, un ejercicio de movilización de reservistas mal gestionado por las FDI provocó una innecesaria alarma de guerra inminente. Ben Gurión apartó de sus puestos al jefe de la División de Oficiales de las FDI y al director de Inteligencia Militar, y Rabin fue nombrado nuevo jefe de

la División de Oficiales del CG. Pasó a ocupar así el tercer cargo de más alto rango en la jerarquía de las FDI, tras el del jefe del Estado Mayor, Laskov, y el del adjunto de Laskov, Zvi «Tsera» Tsur, convirtiéndose así en un candidato con grandes posibilidades de relevar a Laskov al término del mandato de este.

Desde su nueva condición de jefe de la División de Oficiales, Rabin pudo integrarse en el reducido grupo de personas que configuraban la política de seguridad nacional de Israel y expandir así su actividad más allá de los estrictos confines de los asuntos militares. Ben Gurión andaba ocupado construyendo «la alianza de la periferia», un acuerdo de cooperación con vecinos regionales de Israel, como Turquía, Irán y Etiopía, opuestos a la Unión Soviética y al panarabismo revolucionario del presidente egipcio Gamal Abdel Náser. Rabin efectuó varios viajes a Etiopía para asesorar e instruir a militares de aquel país. Golda Meir, ministra de Exteriores en aquel momento, quería cultivar relaciones con África, y Rabin fue enviado al Congo. Participó también en el debate sobre la política de aprovisionamiento y se mostró en desacuerdo con el influyente director general del Ministerio de Defensa, Simón Peres. El conflicto entre los dirigentes civiles del sistema de defensa nacional y la alta jerarquía militar es endémico en Israel, como en casi cualquier otro país. En este caso, Rabin sostenía que las decisiones relativas al aprovisionamiento y las adquisiciones debían tomarlas los mandos militares y no los funcionarios civiles. Había otros muchos temas en los que Peres y Rabin tenían visiones opuestas. Peres abogaba por una orientación europea (Francia y Alemania, en particular) en lo que al aprovisionamiento de defensa se refería, mientras que Rabin y otros querían convertir a unos todavía reticentes Estados Unidos en una fuente fundamental de suministro de material militar. Peres, considerado

el padre de la industria de defensa israelí, creía en la producción local, mientras que Rabin prefería comprarlo todo ya hecho del extranjero. Peres era el principal impulsor del proyecto de construcción del reactor nuclear de Dimona, sobre el que Rabin (y sus amigos de la facción del Ajdut Haavodá, Galili y Alón) tenía serias dudas. Él creía más bien en la disuasión convencional y prefería destinar los limitados recursos de Israel a ampliar y reforzar las FDI antes que a un caro proyecto nuclear. Rabin cambió de opinión en 1963, cuando se convenció de que Israel tendría muchas dificultades para sostener una interminable carrera armamentística con el mundo árabe. Esas serían las raíces de la rivalidad y la animosidad entre Rabin y Peres que tan relevantes se volverían para la política israelí en la década de los setenta.

El principal acontecimiento militar de ese periodo sería la llamada Operación Rotem: la remilitarización del Sinaí por parte de Egipto en 1960. Egipto estaba unido en aquel entonces (de febrero de 1958 a septiembre de 1961) a Siria en virtud de la llamada República Árabe Unida (RAU). La escalada de la tensión en la frontera sirio-israelí, generada por la fricción en las zonas desmilitarizadas y por el miedo a un ataque israelí a gran escala, animó a Egipto a enviar un gran número de tanques al Sinaí, contraviniendo así las disposiciones acordadas en 1957. Aquello cogió desprevenido a Israel, pero la situación terminó apaciguándose porque a ninguno de los dos bandos le interesaba un enfrentamiento militar. Fue todo un ejemplo de gestión exitosa de una crisis. Pero uno de los principales empeños de Rabin en los años siguientes sería desarrollar la capacidad de inteligencia necesaria para impedir que algo así volviera a cogerlos por sorpresa nunca más.

La finalización prematura del mandato de Laskov como jefe del Estado Mayor fue otro jalón en la lenta progresión de

Rabin hacia la cima de la pirámide de las FDI. Ben Gurión sentía aprecio por Laskov, pero los conflictos de este con Peres y con varios altos oficiales terminaron cobrándose su precio. Rabin se sentía con derecho a suceder a Laskov como jefe del Estado Mayor, pero Ben Gurión optó por Tsur. Invitó a Rabin a una reunión para explicarle aquella elección. Rabin sabía perfectamente que Peres había presionado a favor de Tsur, pero Ben Gurión no le mencionó nada al respecto. En una carta personal dirigida a su amigo Uzi Narkís, que ejercía de agregado militar en la embajada en París, Rabin escribió: «Ben Gurión me ofreció una larga lista de explicaciones, comenzando por la antigüedad de Tsera, etc. [...] También habló de dos "pecados": primero, el hecho de que yo hubiera desobedecido su orden yendo a la concentración del Palmaj [...] y, segundo, que cree que soy cauteloso en exceso. [...] Luego, le pregunté si debía quedarme en las FDI conservando mi puesto actual [...] con el riesgo que eso suponía de que se desarrollase una relación personal poco deseable [con Tsur]. Para no extenderme te diré que casi saltó de la silla y me preguntó entonces que cómo se me ocurría tener ideas así, y tal y tal. En cualquier caso, al final resulta que está de acuerdo con que, además de mi puesto de jefe de la División de Oficiales, se me asigne el estatus de jefe adjunto del Estado Mayor, aunque esa es una oferta que no ha venido originalmente de él».¹⁰

A Rabin se le concedió finalmente el título de jefe adjunto del Estado Mayor, otro paso en su arduo viaje hacia la jefatura militar suprema de las FDI. Pero el tramo final del trayecto no fue en absoluto tranquilo. La pregunta que Rabin le había formulado a Ben Gurión sobre las posibles tensiones futuras con Tsur se demostraría profética. A comienzos de diciembre de 1960, Tsur habló favorablemente de Rabin a Ben Gurión. El 8 de diciembre, el primer ministro escribió en

su diario que «es Isaac, a juicio de Tsur, y no Haim [Laskov], quien dirige el ejército y es un buen dirigente. Conoce el oficio. Trabaja sin armar ruido». Sin embargo, cuando Tsur reemplazó finalmente a Laskov, su relación con Rabin comenzó a deteriorarse a marchas forzadas. Tsur no lo quería de segundo al mando y, tras un periodo trabajando juntos (aunque, eso sí, salpicado de agravios y quejas), le dijo que quería sustituirlo. Lo irónico del caso es que el principal valedor de Rabin en su conflicto con Tsur fue Ben Gurión, de manera que, cuando Tsur quiso apartarlo disimuladamente, Rabin insistió en verse con Ben Gurión para tratar de resolver el conflicto. Rabin había puesto sus miras en llegar a ser jefe del Estado Mayor y no quería apartarse de su objetivo. El 26 de febrero de 1963, Ben Gurión escribió en su diario a propósito de la posibilidad de sugerir un «permiso por estudios» a Rabin. «Tengo previsto —escribió— mantener a Tsur en su puesto durante dos años más y, si sigo ocupando el cargo, el puesto de jefe del Estado Mayor le estará luego reservado a él, a Isaac». Pero Rabin hizo caso omiso de aquella insinuación del primer ministro y decidió quedarse. Sabía de sobra que marcharse al extranjero mientras esperaba un ascenso era demasiado arriesgado.

Fue la decisión correcta. En la primavera de 1963, Ben Gurión optó por retirarse de la política. Antes de marcharse pidió a su sucesor, Levi Eshkol, que respetara la promesa que le había hecho a Rabin. Eshkol así lo hizo y, por añadidura, decidió poner fin al mandato de Tsur tras tres años. Rabin se convirtió en jefe del Estado Mayor el 1 de enero de 1964.

En aquellos años, la cúpula militar de las FDI estaba compuesta por un pequeño grupo de hombres capaces y ambiciosos; algunos de ellos eran amigos, mientras que otros eran rivales acérrimos. La competencia por los puestos de alto mando era feroz, pero moderada por un sentimiento de per-

tenencia a un mismo club. Algunas de esas relaciones, tanto buenas como malas, persistieron en las décadas siguientes, cuando varios de aquellos altos oficiales y funcionarios de defensa entraron en política y siguieron compitiendo por el poder y la influencia. Las relaciones de Rabin con Alón, Dayán, Peres, Ariel Sharón, Ezer Weizman, Haim Bar-Lev y Aarón Yariv se forjaron en las décadas de los cuarenta y los cincuenta y continuaron siendo una parte importante de su universo hasta bien entrados los años noventa.

Tras haber formado su gobierno el 26 de junio de 1963, Eshkol celebró dos importantes reuniones con el Estado Mayor de las FDI en las que se le informó detalladamente de la situación del ejército en aquel momento y de qué se estaba planeando. En la segunda reunión, mantenida el 8 de julio, Weizman, máximo mando de la fuerza aérea, argumentó que las fronteras de Israel en aquel momento planteaban un peligro y amenazaban la seguridad de la propia fuerza aérea y de sus campos de aviación. Las FDI, dijo, debían aspirar a expandir las fronteras del país, aunque esa estrategia no concordase con «el enfoque político». Rabin —quien, como jefe de la División de Oficiales que aún era, presentó una plataforma para el debate— tenía una visión diferente de la cuestión: «No creemos que, para cumplir la misión del Estado, para garantizar su existencia, la condición sea ampliar las fronteras. [...] En lo que a las tareas de las FDI respecta, [...] otorgamos la máxima prioridad a la defensa del Estado y de su integridad territorial, y a la protección de sus derechos de soberanía dentro de su territorio (y fuera de él). Y si ese es el objetivo, es mejor que se alcance sin guerras».¹¹

Aquella declaración reflejaba muy bien qué concepto tenía Rabin de la seguridad nacional del país y cuál era su enfoque en cuanto a recurrir a la acción militar: fundamentalmente, defensivo. Él creía más en la disuasión que en el uso preven-

tivo de la fuerza. Al mismo tiempo, y teniendo en cuenta la poca extensión de Israel, la ventaja árabe en cuanto a territorio y la dimensión de los ejércitos árabes, Rabin apoyaba la doctrina según la cual, en caso de guerra, Israel no debía centrarse en la defensa, sino en trasladar rápidamente la guerra a territorio del enemigo. Cuando le llegó el momento de ser jefe del Estado Mayor, Rabin construyó la fuerza militar del país y supervisó su planificación con la mente puesta en llevar a la práctica su concepto de la seguridad nacional de Israel.

La lenta progresión de Rabin hasta la cima de la pirámide de las FDI tuvo una consecuencia positiva para él: llegó al puesto de jefe del Estado Mayor convertido en el líder indiscutido del generalato de las FDI, tanto en autoridad moral como en poder efectivo. Rabin era el jefe del Estado Mayor de mayor edad hasta entonces durante el ejercicio efectivo del cargo: en concreto, fue el primero en superar los cuarenta años en el momento de acceder al puesto. Gracias a su servicio en varios puestos de las FDI, Rabin había acumulado una experiencia y profundidad que se sumaban a la autoridad de la que ya gozaba entre sus colegas y subordinados.

Rabin reunió a un equipo que todavía se considera el mejor Estado Mayor que jamás hayan tenido las FDI. Ezer Weizman, Haim Bar-Lev, Aarón Yariv, Zvi Zamir, Yeshayahu Gavish, Amos Jorev y David Elazar eran algunos de sus miembros destacados. Rabin también incluyó expresamente a tres oficiales poco convencionales: Ariel Sharón, Mati Peled e Israel Tal. Fue una fórmula que proporcionó originalidad y frescura a un equipo compuesto de excelentes generales al estilo tradicional. Ascender a Sharón fue el cumplimiento de lo que Rabin le había prometido a Ben Gurión: cuidar de Sharón. Ben Gurión era consciente de que el carácter de Sharón tenía una faceta problemática —se le consideraba indisciplinado y muy

capaz de mentir—, pero lo admiraba por su condición de gran soldado, una opinión que Rabin compartía con él. En 1964, Sharón era un coronel al mando de una base de poca importancia y parecía haber entrado en el triste ocaso de su carrera militar. Rabin lo nombró segundo del comandante general del Mando Norte y le dijo que, si se comportaba como era debido durante un año, lo ascendería. El año transcurrió sin problemas y, un año más tarde, nombró a Sharón jefe de instrucción de las FDI, ascendéndolo de paso al rango de general.

Como jefe del Estado Mayor, Rabin siguió conjugando una muy completa visión general de la situación con un excepcional dominio de los detalles. En vísperas de las operaciones e inmediatamente terminadas estas, solía ir allí y estudiar sobre el terreno hasta el más mínimo detalle de cada ejercicio, para lo cual hablaba con oficiales de menor rango y con soldados de tropa. La famosa incomodidad e impaciencia que le despertaban los eternos debates en las reuniones del Estado Mayor se transformaban en insólita paciencia y buen talante cuando Rabin hablaba con los soldados.

Entre 1949 y 1964, Rabin había ocupado varios puestos desde los que había ejercido un papel importante en la construcción de las FDI y en el diseño de su doctrina. Naturalmente, siguió haciendo lo mismo como jefe del Estado Mayor de las FDI. De particular importancia sería su colaboración con Weizman en el desarrollo de Kurnass, el plan secreto para la destrucción de las fuerzas aéreas árabes diseñado como táctica inicial en el caso de una futura guerra inevitable.

EL CAMINO HACIA LA GUERRA

Cuando Rabin comenzó su mandato como jefe del Estado Mayor de las FDI, en enero de 1964, la inteligencia israelí

consideraba poco probable que el mundo árabe iniciase una guerra en un futuro más o menos cercano. En enero de 1964, una gran parte del ejército egipcio estaba empantanado en Yemen, en un esfuerzo inútil por ayudar al régimen republicano local a derrotar una rebelión tribal apoyada primordialmente por Arabia Saudí. En su primer día en el cargo, Rabin expuso su visión de la posición de la seguridad nacional de Israel a los miembros de su Estado Mayor: «Creo que no existe peligro de un ataque inmediato contra Israel, siempre y cuando seamos capaces de mantener un razonable equilibrio de poder; como mínimo, en su nivel actual. Pero es importante que inclinemos esa balanza a nuestro favor. Yo creo que es posible mantener un equilibrio de poder que, en la práctica, signifique la renuencia y la negativa (no solo presentes sino también futuras) de nuestros potenciales enemigos a entrar en conflicto con nosotros».¹²

No obstante, tres eran los fenómenos que se estaban materializando en aquel entonces y que modificarían los términos de la ecuación árabe-israelí hasta culminar —tres años y medio más tarde— en la crisis de mayo de 1967 y la guerra de los Seis Días: el declive del naserismo (y del régimen mismo de Náser) en Egipto, la reactivación del nacionalismo palestino y la radicalización de la política en Siria.

La fracasada aventura en Yemen fue solo un aspecto más de la decadencia del naserismo tras su apogeo a finales de los años cincuenta. Siria se separó de su unión con Egipto en septiembre de 1961, en lo que el experto estadounidense Malcolm Kerr llamó «la guerra fría árabe» de comienzos de la década de los sesenta, tanto contra los Estados árabes conservadores como contra los regímenes baasistas de Siria e Irak; Egipto pasó a ser más un cliente que un aliado de la Unión Soviética, y Náser comenzó a tener problemas para lidiar con las dificultades políticas y económicas que se le

planteaban en su propio país. Una de esas dificultades —no del todo comprendida en Israel en aquel momento— se derivaba de la pérdida de control del rais egipcio sobre sus fuerzas armadas, que pasaron a ser un dominio exclusivo de su segundo al mando, el mariscal de campo Abdel Hakim Amer.

Durante el periodo álgido del naserismo, la mayoría de los palestinos eran fervientes entusiastas del régimen. Tenían la sensación de que sus cuentas pendientes se saldarían por fin cuando el mundo árabe se uniera y desarrollara la formidable fuerza necesaria para derrotar a Israel. Pero cuando el naserismo empezó a decaer, varios grupos palestinos (algunos de orientación islamista) comenzaron a organizarse para actuar por su cuenta. El más destacado de todos era Al Fatah, liderado por Yasir Arafat. Al Fatah («conquista», en árabe) era el acrónimo inverso del Movimiento (Árabe) para la Liberación de Palestina. Fundado a finales de los años cincuenta y mantenido en la clandestinidad hasta 1965, Al Fatah era un grupo nacionalista palestino con cierto tinte islamista cuyo objetivo era reavivar la dimensión palestina del conflicto árabe-israelí tras la derrota y la dispersión de 1948-1949.

Pero el más importante de los fenómenos que condujeron a la crisis de mayo de 1967 fue la radicalización de la política en Siria. Los tres años y medio de malograda unión con Egipto, que se prolongaron de febrero de 1958 a septiembre de 1961, avivaron el sentimiento de la diferencia siria. Siria se segregó de la unión, pero la secesión era más sencilla que reconstruir un sistema político nacional estable. Egipto se negó a reconocer la recién independizada Siria, y Náser conservaba todavía por entonces suficiente influencia como para privar al nuevo país de toda legitimidad. Arremetió contra los nuevos gobernantes sirios tachándolos de traidores a la causa del nacionalismo panárabe; los castigaba así por haber malogra-

do su más significativo logro: la primera unión entre dos Estados árabes.

En marzo de 1963, un grupo de oficiales afiliados al Partido Baaz dieron un golpe en Siria e instauraron allí el régimen baasista. Como el naserismo, el baasismo propugnaba la unidad árabe y una versión propia de socialismo árabe; sin embargo, tras un período de estrecha cooperación a finales de los cincuenta, Náser y el Baaz se habían convertido en enconados rivales. El nuevo régimen baasista sirio se sostenía sobre una base política muy reducida, constituida básicamente por una facción de las fuerzas armadas y por la pequeña ala izquierdista radical del partido, y tenía en su contra a la mayoría de los árabes musulmanes suníes. Pero hacia finales de 1963, el Baaz trató de convertir un problema en una oportunidad. Israel anunció que estaba a punto de finalizar el acueducto que llevaría agua desde el lago Tiberíades hasta el sur del país. Esa obra era considerada por el mundo árabe un punto de inflexión extraordinario porque, desde el momento en que el agua llegase a la árida parte meridional de Israel, este país podría incrementar su población y consolidar su existencia. En la década de los cincuenta, los gobernantes conservadores de Siria habían logrado frenar la primera iniciativa de construcción de aquel proyecto. ¿Cómo podrían sus sucesores radicales superar la humillación de no haber sabido parar esta otra nueva iniciativa constructora? La solución ideada por la dirección del régimen baasista consistió en anunciar que Siria declarararía la guerra para detener tal proyecto. No se trataba simplemente de una fórmula para salvar la dignidad del régimen, sino también de una amenaza dirigida a Egipto: si los nuevos líderes radicales de Siria empezaban de verdad una guerra contra Israel y la perdían, ¿sería capaz Egipto de mantenerse al margen de esa contienda? Aquel era un riesgo que Náser no podía correr. Así que, para

contener a los sirios, convocó una cumbre árabe en enero de 1964.

El propósito de aquella conferencia era abordar el nuevo desafío israelí. Náser esperaba reunir un consenso árabe para frenar a Siria. Pero la agenda de la cumbre de El Cairo se amplió: la respuesta árabe no se limitaría solamente a la cuestión del acueducto israelí, sino que también incluiría la formulación de una estrategia completa contra el enemigo sionista. Se tomaron entonces tres grandes resoluciones. La primera de ellas: desviar los afluentes del Jordán; la segunda: formar un «mando árabe unificado» para proteger los trabajos de desvío, y la tercera: fundar la Organización para la Liberación Palestina (OLP) con el fin de crear, por vez primera desde 1949, una entidad propia de los palestinos que transformara su problema de tal modo que, en vez de como una crisis de refugiados, se entendiera como un choque entre Israel y una entidad equivalente por el lado palestino. Al igual que sus rivales baasistas, Náser trataba de convertir la adversidad en una ventaja. Más que limitarse simplemente a contener a Siria, lo que se proponía con la instauración de aquel Mando Árabe Unificado basado en el poder militar era ejercer una presión sobre Arabia Saudí que le permitiera salir honrosamente de Yemen. De ese modo, serían los saudíes quienes tendrían la responsabilidad de acordar una solución política para Yemen que posibilitara que Egipto se llevara sus tropas de vuelta a casa y las situara bajo el nuevo Mando Árabe Unificado. La formación de la OLP iba dirigida no solo a Israel, sino también a Jordania, uno de los enemigos árabes conservadores de Egipto. Abdalá, abuelo del rey Huseín de Jordania, se había anexionado Cisjordania y concedido a los palestinos la ciudadanía jordana. La creación de una nueva entidad palestina representaba una amenaza directa para Jordania, a la

que la nueva organización prometía arrebatarse la lealtad de su propia población palestina.

La cumbre de El Cairo fue la primera de una serie de conferencias que establecieron el marco de las relaciones interárabes. Las principales decisiones de aquella cumbre se implementaron rápidamente. Se formó un Mando Árabe Unificado bajo la dirección de un general egipcio; también se fundó la OLP bajo la presidencia de Ahmed Shukeiri, un protegido de los egipcios, y se trazaron planes para desviar los afluentes del Jordán en Siria y el Líbano.

La puesta en práctica de esas resoluciones exacerbó el conflicto árabe-israelí y llevó a la crisis de mayo de 1967. La dirección de la OLP impulsó el afloramiento de los grupos palestinos auténticos que habían empezado a cristalizar en la década de los cincuenta. La actitud de estos hacia los Estados árabes era compleja: necesitaban contar con su apoyo y querían hacerlo, pero si algo habían aprendido de los acontecimientos de 1948 fue que tenían que ser ellos mismos quienes controlasen su propio destino, en lugar de convertirse en una mera herramienta de la política árabe. En enero de 1965, Al Fatah organizó su primer atentado terrorista, con el que intentó sabotear el Acueducto Nacional israelí. Comenzaba a recorrer así el camino de la reactivación del movimiento nacionalista palestino para convertirlo en un actor autónomo en la política árabe.

El inicio de los movimientos de tierras en Siria para las obras de desvío de las fuentes del Jordán añadió una nueva dimensión al conflicto de ese país con Israel. Desde 1949, el frente sirio había sido la línea de enfrentamientos más activa del conflicto árabe-israelí. La mayoría de los incidentes tenían que ver con disputas por las zonas desmilitarizadas y por los derechos de pesca en el lago Tiberíades. Israel estaba decidido a impedir que Siria completara las obras de desvío

y a usar la fuerza para ello si fuera necesario. En 1964 y 1965, las FDI, dirigidas e inducidas por Rabin, demostraron que podían destruir la maquinaria y el material sirios con fuego de tanque, lo que limitaba el alcance de los combates y volvía innecesaria la apertura de hostilidades a gran escala. Siria contraatacó acogiendo a Al Fatah bajo su protección y prestando apoyo a sus actividades terroristas, muchas de las cuales cometían cruzando antes territorio jordano. Aquella era una forma no ya de devolverle el golpe a los israelíes, sino también de demostrar que el régimen sirio había asumido como suya una «guerra popular de liberación» contra Israel. Los portavoces del régimen argumentaban que, como en Vietnam, el modo de enfrentarse a un enemigo militarmente superior era abandonar los métodos de la guerra clásica y adoptar los de la «popular». Aquellas palabras encerraban también una crítica velada a Egipto y su modo tradicional de operar. Por otra parte, al animar a Al Fatah a llevar a cabo sus actividades terroristas cruzando Jordania, Siria buscaba provocar un conflicto entre su rival árabe conservador e Israel, y reducir con ello el riesgo de una represalia israelí contra el régimen de Damasco.

Enseguida se generó un ciclo de violencia creciente. La destrucción israelí del equipo sirio utilizado en las obras de desvío fluvial concitó las represalias sirias, tanto en sus propias líneas fronterizas del armisticio como a través de algún comando terrorista de Al Fatah. Israel tomó a su vez represalias contra tales ataques, lo que dio pie a una nueva ronda de violencia. A Siria no le costó provocar una escalada del conflicto bombardeando localidades israelíes desde las posiciones que dominaba en los altos del Golán. En noviembre de 1964, Rabin obtuvo permiso de Eshkol para usar la fuerza aérea con el objetivo de silenciar la artillería de Siria. Rabin sostenía que, en vista del uso masivo de la aviación militar

estadounidense en Vietnam, a Washington le costaría mucho criticar que Israel recurriera a su superioridad aérea con el fin de proteger a su propia población civil.

Un nuevo golpe de Estado en Siria, el 23 de febrero de 1966, llevó al poder al ala extrema del Baaz y a sus aliados en las fuerzas armadas, con lo que el conflicto escaló una vez más. El nuevo régimen era más radical que el anterior y estaba más claramente dominado por miembros de las comunidades minoritarias del país: los alauíes, los drusos y los ismaelitas. Su fuerza descansaba, pues, sobre una base social sumamente limitada y fueron varios los momentos en los que se le pronosticó una caída inminente. Sus dirigentes estaban deseosos de recurrir a una política más aventurada, consistente en iniciar ataques directos e indirectos contra Israel, algo que preocupaba tanto a sus patrocinadores soviéticos como a Egipto. A Násir le inquietaban dos posibilidades: que el régimen cayera y fuera reemplazado por un régimen conservador aliado con sus rivales árabes, y que una guerra abierta contra Israel lo obligara a definirse. Estaba, pues, dispuesto a reconocer la legitimidad del Estado sirio restableciendo las relaciones diplomáticas con él y, de hecho, llegó incluso a firmar un tratado de defensa con Damasco en noviembre de 1966.

Si Násir esperaba que esas concesiones ayudaran a calmar la tensión, pronto vio defraudadas sus expectativas. En agosto de 1966 se produjo un importante enfrentamiento más arriba del lago Tiberíades, y el 7 de abril de 1967, seis aviones de combate sirios fueron abatidos por la fuerza aérea israelí cerca de Damasco. La insensata temeridad del gobierno radical sirio, y la convicción de Rabin y sus generales de que el único modo eficaz de contener a los sirios era lanzando respuestas cada vez más potentes, alimentaron un círculo vicioso perfecto. El ala más blanda del gabinete, encabezada por los ministros del Partido Religioso Nacional (PRN), se

oponía sistemáticamente a esa línea de actuación —y, en especial, al empleo de la fuerza aérea—, pero, salvo excepciones, Eshkol hizo caso de las preferencias de Rabin. Según el momento de la historia de Israel, la formulación de la política de seguridad nacional ha basculado entre el primer ministro, el ministro de Defensa y el jefe del Estado Mayor. Entre 1964 y 1967, Eshkol, pese a concentrar en su persona los cargos de primer ministro y de ministro de Defensa, mostró una clara tendencia a ceder esa función a Rabin, que se convirtió así en el artífice principal de la política de seguridad nacional. Y, como era característico en él, Rabin dedicó igual atención al panorama general de esa seguridad nacional que a detalles como el de la conveniencia del uso del fuego de tanques contra las excavadoras y los camiones sirios que trabajaban en las obras de desviación de los afluentes del río Jordán.

También hubo una dimensión jordana en todo ese proceso. En noviembre de 1966, un artefacto explosivo colocado por un comando palestino llegado de Siria a través de Jordania se cobró las vidas de cuatro soldados israelíes. Israel sabía muy bien cuál había sido el origen del comando, pero decidió tomar represalias no contra Siria, sino contra Jordania, amparándose en que este último país tenía la responsabilidad de sellar sus fronteras y su territorio para impedir tales actividades. El ataque israelí en represalia, llevado a cabo contra la comisaría de policía del pueblo de Samu, próximo a Hebrón (en el sur de Cisjordania), constituyó una operación a gran escala y un grave error de cálculo. Siria y Egipto, enemigos árabes radicales de Jordania, criticaron al régimen hachemí prooccidental y conservador de Jordania por su incapacidad para defender el territorio nacional y su población, y le instaron a introducir el servicio militar obligatorio. Semejante medida habría supuesto una «palestinización» del ejército jordano y, con ello, la pérdida del principal apoyo del régi-

men, que no era otro que la lealtad de los oficiales beduinos de las fuerzas armadas. Así que Jordania respondió mofándose del régimen naserista por «escondarse bajo las faldas de los soldados de la ONU», desplegados desde 1957 a lo largo de la frontera egipcia con Israel y en el estrecho de Tirán. Aquel fue un ejemplo clásico de la «guerra fría árabe» de la que hablaba Kerr. En cualquier caso, la conexión entre las pugnas interárabes y el conflicto árabe-israelí contribuyó en buena medida a la escalada que desembocó en la crisis de mayo de 1967.

Los líderes militares de Egipto no estaban dispuestos a tolerar la humillación derivada de las burlas jordanas. De hecho, tras la derrota egipcia en junio de 1967, el mariscal de campo Abdel Hakim Amer y varios altos oficiales más fueron sometidos a un consejo de guerra en Egipto por su papel durante la contienda y en el periodo inmediatamente anterior. Los protocolos de aquel juicio ayudan a esclarecer cuáles fueron las decisiones que Egipto tomó antes de aquel enfrentamiento bélico. Se supo así que, mientras Amer estaba de visita en Pakistán, en noviembre de 1966, telegrafió a Náser para exigirle la retirada de las tropas de paz de las Naciones Unidas y la remilitarización de la península del Sinaí. El argumento de Amer fue que el ejército egipcio podía contener a las FDI en el Sinaí en caso de que Israel decidiera iniciar una guerra por la ruptura del régimen de seguridad creado tras la guerra del Sinaí. Una referencia indirecta en un párrafo de las memorias de Rabin da a entender que la dirección del sistema de defensa israelí estaba al tanto de la postura de Amer, pero que no le concedió la importancia debida. En plena primavera de 1967, el alto mando todavía estaba convencido de que Egipto no se dejaría arrastrar a una guerra «por un tractor oruga sirio», como Náser había afirmado.

Rabin compartía esa opinión. A su entender, Israel había hallado por fin una solución al desafío del desvío fluvial,

pero todavía no contaba con una respuesta adecuada al patrocinio sirio de las actividades terroristas. Así que tanto él como sus colegas del Estado Mayor a finales de 1966 llegaron a la conclusión —que continuaron suscribiendo hasta mayo de 1967— de que solo una operación a gran escala contra Siria pondría fin a ese desafío y que Egipto no se sumaría a la contienda. En una entrevista concedida al semanario de las FDI la víspera del año nuevo judío, en septiembre de 1966, Rabin explicó que, a diferencia de Egipto, Jordania y el Líbano, que se oponían a la actividad terrorista, Siria la patrocinaba. Eso exigía una respuesta diferente. «La reacción a la actividad de Siria —dijo— tiene que ir dirigida contra los perpetradores y contra el régimen que los apoya. [...] Lo que debería buscarse en este caso es cambiar las decisiones del régimen y eliminar los motivos de tales actividades. Así pues, el problema con Siria es, en esencia, una colisión con su régimen».

Rabin no llegó a amenazar con derrocar el régimen baasista, pero sus declaraciones fueron percibidas por muchos como una insinuación en ese sentido. Generaron tal avalancha de quejas que Eshkol amonestó a su jefe del Estado Mayor. Pero lo hizo en privado para luego, el 18 de septiembre, emitir un comunicado más suave en el que se decía que «Israel no interviene en los asuntos internos de otros Estados y sus regímenes».

Aquella no era la primera admonición de Eshkol a Rabin. En septiembre de 1964, le escribió «una carta absolutamente privada» en la que le recriminaba el haber hecho comentarios de naturaleza política diplomática en los medios de comunicación. Tales comentarios, escribió, no deberían hacerse salvo que fuera del todo imprescindible, y si ese fuera el caso, siempre «en coordinación con los actores pertinentes». El adjunto militar de Eshkol apuntó en su diario que aquella reconvencción tenía también una finalidad más sutil. Y es que, pese a la buena relación entre ambos, Eshkol envidiaba la po-

pularidad de Rabin y quiso aprovechar aquel lapsus para re-prenderlo y ordenarle que consultara con él previamente cualquier solicitud de entrevista de un medio de comunicación. Pero el primer ministro andaba con pies de plomo cuando trataba con Rabin y dejó que fuera el director general de su ministerio (Defensa), Yacov Herzog, quien negociara el texto del comunicado del gabinete sobre las declaraciones de Rabin. Este no se mostró especialmente afectado por aquella desaprobación de Eshkol ni por las críticas en los medios. El 26 de septiembre de 1966, en una reunión del Estado Mayor de las FDI, dijo: «He cursado una orden a todo nuestro personal para que no participe en debates, conferencias ni orientaciones que se mantengan al margen del asunto en cuestión. Que escriban lo que quieran; todas las mañanas saldrán periódicos. La actividad de relaciones públicas de las FDI proseguirá, aun cuando he pedido a quienes vayan a dar declaraciones en la primera fase que se conduzcan con mayor cautela. En cualquier caso, en previsión del día de la campaña del Sinaí, habrá apariciones públicas de oficiales porque, en esta fase, no he recibido orden alguna de interrumpirlas y, desde luego, no voy a hacerlo por iniciativa propia». ¹³ Rabin respetaba la subordinación de las fuerzas armadas al poder político correspondiente y no estaba del todo acostumbrado a las repercusiones políticas y diplomáticas de las declaraciones que se hacían en los medios de comunicación, pero se mostraba claramente decidido a mantenerse al mando de todos los aspectos de las actividades de las FDI.

LA CRISIS DE MAYO DE 1967

En la segunda semana de mayo de 1967 estalló una crisis que casi de inmediato desembocó en la guerra de los Seis Días. El

día de la Independencia, el 14 de mayo, es la festividad laica más importante de Israel. En mayo de 1967, los preparativos de la fiesta se vieron eclipsados por la tensión y la controversia. El gobierno había decidido celebrar el tradicional desfile militar de ese día en Jerusalén. Jordania cuestionó la decisión, pues consideraba que constituía un incumplimiento del Acuerdo de Armisticio de 1949 entre ambos países. El gobierno israelí reaccionó a la protesta reduciendo la escala del mencionado desfile y dividiendo la celebración en dos partes: una ceremonia festiva en el estadio de la Universidad Hebrea el 14 de mayo, y un pequeño desfile militar al día siguiente. Ben Gurión criticó la decisión y declaró que su sucesor, Eshkol, era un «blando con la seguridad». Por otro lado, la polémica tenía como telón de fondo las tensiones crecientes en las fronteras siria y jordana. Los planificadores de la ceremonia festiva que se iba a celebrar el 14 de mayo decidieron incluir en el programa la lectura de un poema escrito en 1956 por el poeta nacional israelí Natan Álterman, una composición que, en la práctica, se convirtió en un presagio de la campaña del Sinaí que se emprendió unos meses después. Los versos de Álterman, difundidos por los altavoces, sonaron como una seria advertencia al mundo árabe, y, vistos con la perspectiva que nos da el tiempo, vinieron a ser una profecía en toda regla: «Oh, Arabia, calcula tus pasos a tiempo. La cuerda se tensa cada vez más [...] sacúdete esos sueños alucinatorios de encima, esta puede ser la hora final». Justo en ese mismo momento, Rabin recibía y transmitía a Eshkol la noticia de que un grupo de unidades blindadas egipcias estaban avanzando por la península del Sinaí.

La remilitarización del Sinaí, en clara violación de los acuerdos de 1957, no tardó en crecer en escala y fue llevada a cabo con un claro ánimo demostrativo. El de las unidades egipcias fue un despliegue público y notorio (por las calles

de El Cairo, incluso) para que todo el mundo lo viera. Eshkol y Rabin creían que aquella era una repetición de las medidas tomadas por Egipto en 1960 con motivo de la Operación Rotem. Rabin ordenó a las FDI que tomaran medidas preventivas limitadas. Hoy sabemos que la maniobra de Egipto, en mayo de 1967, podría haber sido motivada, en realidad, por la información falsa que le había suministrado la Unión Soviética en el sentido de que Israel había acumulado un mínimo de once brigadas en previsión de un gran ataque contra Siria. Los motivos de Moscú para proveer a Egipto y Siria de tales informaciones no están aún claros: ¿pretendía inducir a Egipto a repetir la maniobra de la Operación Rotem para, de ese modo, disuadir a Israel de que emprendiera nuevas acciones contra su tambaleante «cliente» sirio? ¿O lo guiaba alguna intención más siniestra? El caso es que desató una avalancha de acontecimientos que nadie había previsto. Una oleada de entusiasmo recorrió Egipto y el mundo árabe a raíz de aquella remilitarización del Sinaí. Náser y sus colaboradores tuvieron entonces la sensación de que el naserismo, tras años de declive, estaba reviviendo de nuevo. Henchido de ego y envalentonado, Náser arrojó toda cautela por la borda. Exigió que la ONU retirara sus tropas de paz de la frontera egipcio-israelí en el Sinaí y las concentrara en Gaza. No reclamó que las retiraran de Gaza ni del estrecho de Tirán. U Thant, secretario general de las Naciones Unidas, optó inexplicablemente por informar al gobierno egipcio de que no le gustaban las medias tintas, algo a lo que los egipcios reaccionaron haciendo extensiva su demanda a la retirada de las tropas del estrecho de Tirán. Thant dijo entonces que sí. Como era de esperar, el siguiente paso fue decretar un embargo contra los navíos israelíes y contra ciertos tipos de cargamentos que se dirigieran al puerto de Eilat a bordo de buques no israelíes. Israel

calificó tal embargo de *casus belli* y, de pronto, la guerra pareció inminente, cuando no inevitable.

Israel se hallaba en aquellos momentos en medio de una grave crisis. De los primeros contactos con la administración de Lyndon B. Johnson en Washington cabía deducir que Estados Unidos no tenía especial interés en tomar medida alguna para distender la crisis. Incluso dio la impresión, con el paso del tiempo, de que el ejecutivo estadounidense se inclinaba más bien por abrir un diálogo con un fortalecido Egipto. Siria estaba aliada con los egipcios y Jordania parecía estar cediendo ante la presión; no se podía descartar una guerra en tres frentes. Rabin y sus colegas del CG se enfrentaban solos a un problema de enormes dimensiones. Así que movilizaron a los reservistas y revisaron varios planes para la que parecía ser una guerra inevitable. Rabin había promovido una expansión y una adaptación de las FDI de modo que estas pudieran atajar un ataque árabe desde varios frentes, mientras que las fuerzas armadas israelíes contaban con diversos planes de contingencia para diferentes escenarios alternativos. Pero Israel no podía permitirse mantener a un elevado número de reservistas movilizados durante mucho tiempo: el coste de tal situación para la economía del país sería prohibitivo. Había señales, además, que indicaban que Egipto podría no esperar a que Israel atacara primero y podría optar por ser el iniciador de las hostilidades. Otros indicios no hacían más que azuzar el temor a una incursión aérea contra el reactor nuclear israelí de Dimona. Surgieron entonces grandes diferencias de opinión entre el gabinete y el CG. Los ministros «paloma» que tanto habían criticado el activismo del ejército desde 1964, se mostraban ya radicalmente críticos con un CG que, desde su punto de vista, había llevado al país al borde del desastre. Rabin, que contaba hasta muy poco antes con el respeto del gabinete y era considerado por sus miembros casi

como uno más de ellos (un virtual ministro de Defensa, por así decirlo), perdió buena parte de ese predicamento por la imprecisión con la que se había estimado cuál iba a ser el modo de obrar de los árabes y por la sensación reinante entre los propios ministros de que tal imprecisión había llevado a las FDI y al país hasta el filo mismo del abismo. Los generales, por su parte, tenían una visión completamente distinta de la situación. Especialmente a partir del cierre del estrecho, estaban convencidos de que Israel tenía que ir a la guerra, pues el tiempo no estaba de su parte. También estaba en juego la capacidad del país para disuadir a sus enemigos árabes. Esa capacidad ya había quedado muy desgastada por no haber respondido al desafío inicial de Egipto y seguiría reduciéndose mientras el gobierno se mostrara dubitativo y anduviera buscando una solución diplomática. El consenso entre el generalato era que Israel podía ganar aquella guerra.

El principal defensor de una solución negociada entre cancillerías fue el diplomático en jefe del país, el ministro de Exteriores Abba Eban. Ya desde el principio, hubo tirantezas entre Eban y los militares (la inteligencia militar, en particular) a propósito de la interpretación de la verdadera postura de Washington. Por norma, los dirigentes y portavoces estadounidenses habían prevenido a Israel contra la tentación de recurrir a una guerra, y Eban sostenía que aquellas advertencias debían tomarse al pie de la letra. La inteligencia militar, por su parte, argüía que no había que interpretar esas admoniciones literalmente, pues el presidente y otras figuras de su administración esperaban que Israel solucionara la crisis por sí mismo, ya que no tenían deseo ni intención alguna de enviar (ni de participar en) una flota que rompiera el bloqueo. Pero el presidente estadounidense y los altos funcionarios de aquel país no deseaban que constara oficialmente que estaban animando a otro país a ir a la guerra. Así que optaron

por ofrecer a los interlocutores israelíes un mensaje ambiguo en el que, por un lado, lanzaban una advertencia a Israel para que no iniciara una guerra y, por el otro, enviaban señales indirectas en las que daban a entender que los israelíes debían actuar por su cuenta para romper el asedio marítimo y eliminar la amenaza egipcia en general.

Eban se oponía a la opción militar. Convenció a Eshkol para que viajara a París y a Washington a buscar una solución con la ayuda de Charles de Gaulle y de Johnson. Su viaje retrasó la decisión de iniciar una guerra y se convirtió en motivo de nuevas controversias, surgidas a partir de un informe del primer ministro en el que explicaba que Johnson había prometido organizar una fuerza naval multinacional para romper el bloqueo. Los escépticos convencieron a Eshkol para que se cerciorara de la veracidad de tal promesa enviando un mensaje personal a Johnson para agradecerle que hubiera adoptado aquella postura. Johnson despachó entonces a su consejero de seguridad nacional, Walt Rostow, a la embajada israelí para que aclarara al ministro que el presidente no había hecho semejante promesa.¹⁴

El curso de los acontecimientos puso a Rabin en un brete. Él había potenciado las FDI hasta convertirlas en una formidable fuerza militar dirigida por el mejor Estado Mayor que nunca había tenido y capacitada para defender Israel frente a una coalición árabe. Junto con Weizman, ayudó también a desarrollar la fuerza aérea hasta el punto de poner en práctica Kurnass, el plan secreto para eliminar las fuerzas aéreas árabes en un ataque preventivo que diera a las FDI una enorme ventaja inicial en el que caso de que una guerra fuera inevitable. Durante tres años y medio, Rabin había sido un jefe del Estado Mayor de reconocida autoridad y popularidad que había sabido negociar bien la relación entre los generales y el gabinete, y al que ambas partes consideraban uno de los

suyos. Pero, de pronto, había pasado a estar incómodamente aprisionado entre los políticos y los generales, y había visto reducirse el estatus de su influencia en ambos lados por culpa de la crisis y de la ausencia de una solución clara. Personalmente, él creía que Israel tenía que ir a la guerra, pero se abstenía de presionar en ese sentido a Eshkol o a su Consejo de Ministros. Su habitual cautela y su concepto acerca de cuál era su papel y su puesto le impedían hacerlo. Y dado que había perdido la posición cuasi ministerial que lo amparaba y que Eshkol no era un ministro de Defensa en toda regla, no contaba con una figura política autorizada y del máximo nivel en la que confiar y con la que compartir aquella carga.

El 22 de mayo, un día antes del anuncio del bloqueo egipcio, Rabin buscó consejo en dos personas a las que respetaba. La primera fue Ben Gurión. Este se mostró cordial; Rabin lo informó de la situación militar y se sintió un poco violento al darse cuenta de lo mucho que se había distanciado aquel gran hombre de las nuevas realidades de Israel y de las capacidades de las FDI. El Viejo no escatimó críticas, dirigidas sobre todo a Eshkol, pero tampoco Rabin se libró de ellas: «Has llevado al país a una situación muy grave, cargas con esa responsabilidad. No se debe emprender una guerra. Estamos aislados».¹⁵

Rabin acudió a continuación a ver a Dayán. Como ya se ha dicho aquí, su relación se había mantenido tensa durante bastante tiempo: en 1965, Dayán se había unido a Ben Gurión y, como él, había abandonado el Mapai para formar un nuevo partido, el Rafi. Como miembro del Rafi, Dayán había pasado a estar en la oposición y, desde su puesto en la Comisión de Asuntos Exteriores y de Defensa de la Knéset, había mantenido una postura crítica con las políticas de Eshkol y de Rabin desde mediados de los sesenta. Pero, tensiones aparte, Rabin apreciaba a Dayán. Aquel encuentro, sin

embargo, tampoco le proporcionaría consuelo ni consejo. Según explicó en sus memorias, no le agradó el tono crítico de Dayán, aun cuando este —a diferencia de Ben Gurión— no se expresara en términos personales. En opinión de Dayán, el gobierno se había equivocado tratando de poner a prueba el liderazgo de Násér en el mundo árabe y situándolo ante una difícil disyuntiva con aquellas actuaciones contra Siria y Jordania. Con ello, según Dayán, Israel había obligado a Násér a defender su prestigio en su propio país y en el mundo árabe, y había provocado una grave escalada en Oriente Próximo. A su juicio, Násér probablemente intensificaría sus gestos —por ejemplo, bloqueando el estrecho—, lo que obligaría a Israel a actuar.¹⁶

Al día siguiente, el 23 de mayo, después de que el cierre del estrecho se hubiera hecho ya efectivo, Rabin mantuvo un careo más duro aún con el ministro del Interior, Haim Moshé Shapira, líder del PRN. En aquel entonces, el PRN era una formación moderada, y Shapira, miembro del Comité Ministerial de Defensa, era quien más sistemáticamente se oponía a una acción militar. Tras la reunión del comité de aquel día, Rabin se vio con él en privado y tuvo que soportar una andanada de críticas. «¿De verdad piensa usted que el equipo Eshkol-Rabin debería ser más atrevido, más valiente, que el equipo Ben Gurión-Dayán? —le preguntó—. ¿Por qué? [...] Ben Gurión no fue a la guerra ni siquiera cuando Egipto alentaba acciones terroristas contra Israel y armaba a esos terroristas y los protegía. ¿Cuándo sí fue Ben Gurión a la guerra? En 1956. Pero únicamente porque entonces se dieron dos condiciones fundamentales: Israel no fue solo. Francia e Inglaterra [...] asumieron destruir la fuerza aérea y la armada egipcias [...]. Las armadas británica y francesa defendieron las costas de Israel. La seguridad de la población civil estuvo garantizada. ¿Cómo se atreve a ir a la guerra ahora, cuando

todas las condiciones están en nuestra contra?». ¹⁷ Hablamos del mismo Shapira que, tras la concentración del Palmaj, exigió medidas más duras contra Rabin. Pero, en cualquier caso, tanto si lo que motivó a aquel ministro a hablar así fue el rencor contra Rabin o su preferencia por las posturas conciliadoras, no cabe duda de la aspereza de su crítica.

Aquellos tres difíciles encuentros personales hicieron mezza en Rabin. Le costaba hacer frente a las crecientes presiones cruzadas: incluso después del cierre del estrecho, el gabinete seguía siendo reacio a votar a favor de una guerra, pero sus generales mostraban una beligerancia y una agitación cada vez más patentes. A Rabin lo corroían las dudas y cierta conciencia de culpa a propósito de su papel en la escalada del trienio 1964-1967, sobre todo por la operación de Samu y por algunas de sus declaraciones. Como le dijo a su segundo, Weizman, «no puedo evitar la sensación de que yo, junto con los políticos, tengo mi parte de responsabilidad por haber metido a Israel en una situación grave, la más grave desde su guerra de la Independencia».

El 23 de mayo por la noche, Rabin sucumbió al impacto conjunto del agotamiento físico y de una fuerte ansiedad. En 1979, escribió en sus memorias que no podía explicarse «por qué había alcanzado aquel nivel de extenuación mental y física». Lo atribuyó al precio que se había cobrado en él más de una semana de interminable trabajo, noches sin dormir y cigarrillos encendidos uno tras otro, así como a la culpa que sentía por sus errores. Esa noche invitó a Weizman a su casa. Lo que siguió continúa siendo materia de controversia. Según Rabin, lo hizo sobre todo porque quería compartir con alguien lo que pensaba y le preocupaba en aquellos momentos: buscaba «aliviar toda aquella angustia abriéndome a otra persona. Soy un hombre muy cerrado, pero, en aquel momento, esa era una necesidad acuciante para mí». Le dijo

a Weizman que «tenía sensación de fatiga y de angustia» y que se sentía responsable, por la parte que le tocaba, de haber llevado a Israel a la crisis en la que se encontraba en aquel momento. En un arrebato de sinceridad, preguntó a Weizman si debía dimitir de su puesto. Weizman le quitó aquella idea de la cabeza y se marchó. Leah llamó entonces al director médico de las FDI, quien administró a Rabin una inyección para que durmiera. El día 25, Rabin reasumió sus responsabilidades. El episodio se mantuvo en secreto y la versión que se trasladó a sus colegas fue que había sucumbido a una «intoxicación de nicotina».

La versión que Weizman daría posteriormente de aquel hecho es muy diferente y no deja en tan buen lugar a Rabin. Su relación siempre había tenido sus vicisitudes y la posterior decisión de Rabin de nombrar a Haim Bar-Lev como jefe adjunto del Estado Mayor, pasando por encima de Weizman, ciertamente no mejoró las cosas en ese sentido. En sus memorias, Weizman escribió que, desde el estallido de la crisis, a mediados de mayo, había tenido la sensación de que «el estado y la estabilidad del jefe del Estado Mayor, Isaac Rabin, [se estaban] desmoronando. Era algo que se hacía manifiesto en los diversos cambios de decisiones, en las múltiples expresiones de ansiedad ante el futuro y en la incapacidad para tomar decisiones. Rabin generó inseguridad a su alrededor. Y esa inseguridad se hacía visible en las reuniones con el primer ministro y en las sesiones del propio Estado Mayor». Según Weizman, cuando fue a ver a Rabin a su casa se encontró a «un hombre roto y abatido». Rabin se responsabilizó de sus errores, según Weizman, y le dijo que quería dejarlo, y le ofreció el puesto de jefe del Estado Mayor. Weizman declinó cortésmente la oferta y pidió a Rabin que se rehiciera, que actuara como el victorioso jefe del Estado Mayor de la inminente guerra, que sería un éxito. Esa versión de los hechos

tiene un problema. Weizman, como segundo al mando, habría ejercido sin duda el puesto en funciones de Rabin hasta que este se rehiciera, sí, pero el nombramiento de un jefe del Estado Mayor de las FDI era competencia exclusiva del gabinete.

El día 24, mientras Rabin se recuperaba, Weizman se mostró como un sustituto muy activo y convocó al Estado Mayor para tratar de los planes de guerra. Rabin volvió a tomar el timón el 25 de mayo, pero le llevó algo de tiempo recobrar el control total de la situación. En todo caso, sus colegas y el primer ministro lo apoyaban (a fin de cuentas, el incidente se mantuvo en secreto hasta 1974, año en que Weizman lo hizo público para ayudar a Peres en su disputa con Rabin).

Cuando Rabin regresó a su puesto, el gabinete no estaba todavía decidido a ir a una guerra. La presión pública y política se acumulaba, y el prestigio de Eshkol en el país se desplomó por culpa de sus balbuceos y de un muy poco favorecedor tartamudeo en un discurso radiofónico pronunciado en directo ante la nación. Eshkol se sintió presionado a ceder la cartera de Defensa y a incorporar a Dayán en algún puesto de responsabilidad. Dayán dijo en un primer momento que quería ser comandante general del Mando Sur. Eshkol aceptó, esperando que así se aligeraran las presiones de quienes pedían que Dayán fuera nombrado ministro de Defensa. A Rabin, evidentemente, no le agradaba en absoluto la idea, pues sabía de sobra que Dayán no aceptaría su autoridad como superior nominal, pero no se opuso. Al final, el Rafi y el derechista Gahal (fusión previa del nacionalista Herut y de los Sionistas Generales, conservadores liberales encabezados por Begin) se unieron a la coalición para formar un gobierno de unidad nacional, y Dayán terminó convertido en ministro de Defensa. Bar-Lev fue nombrado jefe adjunto del

Estado Mayor. Estos cambios de gran calado allanaron el camino para la decisión de ir a la guerra, facilitada también por la visita de Meir Amit, director del Mosad (agencia nacional israelí de inteligencia), a Washington, donde constató por medio de sus propios canales que la administración Johnson no se oponía en realidad a la acción de Israel.

La guerra de los Seis Días fue un brillante éxito militar. Su impacto se vio espectacularmente aumentado por el marcado contraste entre el nerviosismo de la preguerra y la magnitud y la celeridad de la victoria. En esos seis días, las FDI destruyeron tres fuerzas aéreas árabes y conquistaron el Sinaí y la Franja de Gaza, los altos del Golán y Cisjordania, arrebatándoselos a Egipto, Siria y Jordania.

Pese al éxito de la guerra, tanto la colaboración como la coordinación entre Dayán y Rabin distaron mucho de ser perfectas. Dayán se quejó de que las FDI avanzaron hasta el canal de Suez en contra de sus deseos, mientras que Rabin descubriría tiempo después que Dayán había pasado por encima de él y, en el último instante posible, había ordenado (¡por teléfono!) al comandante del Mando Norte la conquista de los altos del Golán. Pero la magnitud de la victoria tapó todos esos problemas. Y había gloria de sobra para repartir entre Dayán y Rabin. El momento álgido de Rabin en los días posteriores a la guerra fue el del discurso que pronunció el 28 de junio de 1967 en el anfiteatro de la Universidad Hebrea, en el monte Scopus. El del monte Scopus era el campus original de dicha universidad, pero después de 1948 había quedado dentro de la Jerusalén controlada por Jordania. Uno de los gestos que hicieron patente la nueva realidad de Israel y de Jerusalén fue el hecho de que la universidad celebrara su ceremonia de graduación en el monte Scopus y, de paso, concediera un doctorado *honoris causa* al victorioso jefe del Estado Mayor de las FDI. Rabin se hizo acreedor de numerosos

elogios por su discurso de agradecimiento. Entre otras cosas, dijo: «El gozo y la alegría embargaron a la nación entera y, sin embargo, observamos un extraño fenómeno que suele darse reiteradamente entre los combatientes. Son personas que no pueden estar del todo contentas y que siempre hallan algún motivo para la tristeza y la perplejidad en sus celebraciones, hasta el punto de que algunos ni siquiera lo celebran. Los combatientes en los diversos frentes vieron con sus propios ojos no solo la gloria de la victoria, sino también el precio de esta: los camaradas que cayeron junto a ellos, cubiertos de sangre. Y sé que el terrible coste infligido al enemigo también ha afectado hondamente a muchos de ellos. Es posible que el pueblo judío no esté educado para sentir la alegría de la conquista y la victoria, ni acostumbrado a ello. Por eso, las recibimos con sentimientos encontrados».

Solo con el paso de los años llegó a hacerse evidente la magnitud de los problemas que aquella victoria había creado. Hoy, con la perspectiva que da el tiempo, aquel colosal triunfo de las fuerzas armadas se ve como una gesta que reportó tanto ventajas como inconvenientes. Israel obtuvo una gran victoria y convirtió una terrible crisis previa en una nueva realidad, en la que emergió como potencia militar y destacado actor regional tras haber conquistado un territorio el triple de extenso que el suyo original. Los territorios tomados en la guerra servirían finalmente de monedas de cambio para ese gran acuerdo de paz que se echaba de menos desde 1949. Pero durante los años de ausencia de avances hacia un acuerdo que siguieron a la guerra, los territorios tomados también se convirtieron en una pesada carga para el Estado. La conquista de Cisjordania hizo aflorar de nuevo ideas y sentimientos que habían estado adormecidos desde 1948, y generó una oleada mesiánica que transformó el sionismo religioso y lo arrastró desde los sectores moderados del sistema

político israelí hasta convertirlo en un partido y un movimiento nacionalista radical. El debate sobre la disposición de esos territorios y, en particular, de Cisjordania y la Franja de Gaza, partes de la Tierra de Israel histórica, ha dividido desde entonces a la sociedad y el sistema político israelíes. La historia daría un peculiar giro cuando el artífice de la gran victoria militar de 1967, Rabin, terminó siendo el primer ministro llamado a tratar de resolver aquella herencia ambivalente y pagó por tal esfuerzo con su vida.

EMBAJADOR EN WASHINGTON (1968-1973)

El cargo de embajador de Israel en Washington D. C., como yo bien puedo atestiguar, es un puesto diplomático fuera de lo común. Desde la Segunda Guerra Mundial, la embajada de Washington ha sido la de más alta categoría e importancia en todos los ministerios de Exteriores. Y dada la crucial naturaleza de la relación de Israel con Estados Unidos, el embajador en Washington es, en la mayoría de los casos, un emisario personal del primer ministro: una persona o figura pública de confianza que no tiene que ser necesariamente un diplomático profesional. Los embajadores israelíes realmente eficaces han sido quienes han tendido a comportarse no como diplomáticos tradicionales, sino como figuras activas en la política de Washington, haciendo todo lo posible por convertirse en rostros conocidos en el Capitolio y en los medios estadounidenses, interactuando con las cúpulas de la Casa Blanca, el Departamento de Estado y el Pentágono. Esa singularidad del puesto se debe a la importancia de los temas de Oriente Próximo y Medio y de Israel en la agenda política y de seguridad nacional de Estados Unidos, así como a la influencia (real o presunta) del embajador israelí en la comunidad judía estadounidense. De la talla y la aptitud de cada embajador depende mucho el éxito de su gestión en particular; los poderes fácticos de Washington tratan enseguida de averiguar si el embajador israelí es un canal efectivo de contacto con el primer ministro.

Isaac Rabin fue, sin lugar a dudas, uno de los más eficaces embajadores de Israel en aquel destino. Tras la guerra de los Seis Días, Rabin se vio en la obligación de calcular cuál sería la siguiente fase de su trayectoria. Quería entrar en política y convertirse en ministro algún día, pero tenía la impresión de que la experiencia que podía brindarle una temporada de embajador en Washington facilitaría la transición desde su pasado militar hacia su futuro político. Por esa razón, pidió a un sorprendido Eshkol que lo nombrara para ese puesto y Eshkol lo hizo, pese a la oposición inicial del ministro de Exteriores Eban.

Pocos estaban tan cualificados para esa labor como Rabin, pese a que su dominio del inglés no pasaba de ser meramente suficiente. Era una figura conocida y de gran renombre, el victorioso jefe del Estado Mayor de la guerra de los Seis Días, estrechamente conectado con el primer ministro y con el resto del *establishment* político de Israel. Por otro lado, estaba muy informado sobre las principales cuestiones de la agenda estadounidense-israelí, entre ellas el futuro de los territorios tomados por Israel en junio de 1967 y el interés israelí en adquirir sofisticados sistemas de armamento de fabricación estadounidense. Para la comunidad judía estadounidense, Rabin era un héroe militar, el artífice de la guerra que había elevado el prestigio de Israel hasta cotas insospechadas. Para sus interlocutores en la administración Johnson, en el Capitolio y en los medios de comunicación, parecía ser una figura inteligente y de acreditados conocimientos, un canal eficaz de contacto con el primer ministro y con su gabinete, y un miembro de muy alto rango —por derecho propio— en la élite política de Israel.

Rabin tardó algún tiempo en hacerse a su nuevo puesto y dominarlo. Al principio, quiso centrarse en los niveles más altos del poder ejecutivo y dejar que su personal hiciese cam-

pañña entre quienes él consideraba que eran «públicos periféricos», como el Congreso y la comunidad académica y los *think tanks*. Pero, con el paso del tiempo, también iría desarrollando unas relaciones sólidas y fructíferas con todos esos otros grupos.

La relación de Rabin con la comunidad judía organizada en Estados Unidos tuvo sus altibajos. Johnson contaba con un círculo de amigos y confidentes judíos —Abe Fortas, Abe Feinberg, Arthur Goldberg, o Arthur y Mathilde Krim, por nombrar solo a unos cuantos— y estaba acostumbrado a comentar las cuestiones israelíes con ellos y a recabar su ayuda a la hora de recaudar fondos de campaña y sumar apoyos a su controvertida política en Vietnam. Al principio, cuando Rabin asumió el cargo, el ministro consejero (MC) de la embajada de Abraham Harman (el titular saliente), Efraim «Eppy» Evron, que había conseguido forjar un buen entendimiento personal con Johnson, tuvo un papel clave en lo tocante a colaborar con el círculo judío del presidente. También es sabido que Johnson se llevaba bien con Eshkol; a fin de cuentas, las personalidades y los estilos políticos de ambos eran, *mutatis mutandis*, muy parecidos.

Rabin atribuía una gran importancia a la comunidad judía estadounidense. Leah y él viajaron mucho por Estados Unidos visitando diversas comunidades hebreas de aquel país y formaron un círculo de estrechas amistades judías en Washington. Pero a Rabin no le gustaba el modo particular en que Johnson y sus amigos judíos enfocaban la cuestión israelí. Él prefería tratar directamente con la Casa Blanca, así que no perdió un minuto en sustituir a Evron en el puesto de MC por Shlomo Argov. A Johnson nunca llegó a entusiasmarle Rabin y su trato con él fue puramente formal, como lo es el de casi todos los presidentes con la mayoría de los embajadores extranjeros. Solo cuando Richard Nixon se con-

virtió en el nuevo inquilino de la Casa Blanca, dispuso Rabin de libertad de acceso a esta y pudo establecer una sólida relación personal con el presidente de Estados Unidos.

Tampoco era fluida la relación de Rabin con el Comité Americano-Israelí de Asuntos Públicos (el AIPAC, por sus siglas en inglés), organización más conocida hoy en día como el *lobby* proisraelí en Washington. El AIPAC de la década de los sesenta, encabezado por Isaiah «Si» Kenen —un activista sionista natural de Canadá—, distaba mucho de ser el poderoso AIPAC que, a partir de los años ochenta, pasó de ser un pequeño y discreto grupo de presión a convertirse en una poderosa organización política formada por numerosos miembros de la comunidad a la que representa. Kenen y sus sucesores se habían propuesto ser la influencia clave en el Capitolio en lo tocante a las relaciones Estados Unidos-Israel, por lo que les molestaba la figura de un embajador poderoso y empeñado en gestionar sus propias relaciones con el Congreso. Rabin, que en un principio, creía que lograría mucho más tratando directamente con el Congreso y con el ejecutivo federal, se dio cuenta con el tiempo de que los judíos estadounidenses tan influyentes como Max Fisher (acaudalado empresario republicano de Detroit), Arthur Burns (director de la Reserva Federal) y Leonard Garment (abogado de Nixon) podían serle de gran ayuda en su misión.

Durante el ejercicio de Rabin en el cargo de embajador en Washington, la agenda de las relaciones estadounidense-israelíes estuvo muy influida por las consecuencias de la guerra de los Seis Días y por los conflictos diplomáticos y militares en torno al futuro de los territorios conquistados por Israel en junio de 1967. La postura de la administración Johnson al término mismo de aquella guerra fue de apoyo a la postura de que Israel no debía retirarse de aquellos territorios a cambio de nada que no fuera una paz completa y total. Una de las

lecciones más claras que se extrajeron de la crisis de 1967 fue que ningún plan o acuerdo provisional de posguerra (como los impuestos por el presidente Dwight Eisenhower en 1957) sería adecuado, y que los territorios tomados en 1967 eran activos que podían usarse para poner fin al conflicto árabe-israelí o, cuando menos, para sentar una base sólida sobre la que cimentar las relaciones árabe-israelíes. De todos modos, la administración Johnson (como las de sus sucesores en la Casa Blanca) quiso dejar muy claro que «ningún» acuerdo árabe-israelí «debía plasmar la carga de la conquista», es decir, que se podían contemplar pequeñas rectificaciones de fronteras, pero que, si se le ofrecía una paz verdadera, Israel tendría que retirarse de los territorios tomados en la guerra de junio de 1967.

Esta postura concordaba solo en parte con la del propio Israel, pues, el 19 de junio, el gabinete israelí decidió que estaría dispuesto a retirarse del Sinaí y de los altos del Golán a cambio de una paz plena y de la instauración de planes de seguridad adecuados. Esa resolución no se hacía extensiva, sin embargo, a Cisjordania ni a la Franja de Gaza. Israel sostenía que la cuestión de la soberanía sobre toda la Palestina al oeste del Jordán seguía abierta. Aquella resolución fue secreta, pero al poco de ser aprobada el ministro de Exteriores Eban trasladó lo esencial de esta al secretario de Estado estadounidense Dean Rusk. Ni siquiera Rabin estaba al tanto de aquellos acontecimientos en el momento en que fue enviado a Washington. Cuatro meses más tarde, ante el impacto de las adversas resoluciones adoptadas en la cumbre árabe de septiembre en Jartum, el gabinete israelí revocó su propia resolución del 19 de junio, aunque esta vez sin informar siquiera de ello a Estados Unidos.

Las diferencias entre las posturas estadounidense e israelí aflorarían en reiteradas ocasiones en años posteriores, pero,

en la segunda mitad de 1967, existía suficiente afinidad como para que Estados Unidos se aplicara a fondo a la hora de frustrar las iniciativas de los bloques soviético, musulmán y árabe destinadas a conseguir que las Naciones Unidas aprobara una resolución que exigiera una retirada total de Israel, aun sin que mediara acuerdo de paz alguno con los Estados árabes derrotados. Finalmente, en noviembre de 1967, ambos bandos hallaron aceptable una fórmula de compromiso muy al estilo de la llamada tradición de la «ambigüedad constructiva», redactada por el diplomático británico lord Caradon. Dicha fórmula se convirtió en la Resolución 242 del Consejo de Seguridad.

Una consecuencia derivada de aquella evolución de los acontecimientos fue el nombramiento del diplomático sueco Gunnar Jarring como mediador entre Israel y sus antagonistas árabes. Jarring emprendió entonces diversos viajes entre Israel y sus países vecinos (a excepción de Siria, que, en aquel entonces, se negaba a aceptar la 242), pero sus esfuerzos resultaron infructuosos y hubo que complementarlos con dos foros diplomáticos: las conversaciones bilaterales entre Estados Unidos y la Unión Soviética, y las mantenidas a cuatro bandas entre Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia. Por su condición de embajador de Israel en Washington, Rabin tuvo que ocuparse tanto de la visión estadounidense de la situación como de los efectos de la misión de Jarring. La gestión de la perspectiva estadounidense le reportó frecuentes tensiones con el embajador de Israel en la ONU, Yosef Tekoa, quien insistía en que la misión de Jarring formaba parte de su ámbito de competencias.

Cuando Jarring inició su diplomacia itinerante, ya se habían reanudado las hostilidades en torno al canal de Suez. Lo que comenzó como una serie de ataques y contraataques aislados en octubre de 1967, fue evolucionando hasta alcanzar,

en marzo de 1969, la categoría de una «guerra de desgaste» en toda regla, cuyos enfrentamientos durarían hasta agosto de 1970. Sus combatientes principales fueron Egipto e Israel, pero también hubo significativas escaramuzas en la frontera jordano-israelí tanto con fuerzas palestinas como con tropas jordanas, así como algún que otro incidente en los altos del Golán y en la frontera libano-israelí. Como el propio término «desgaste» indica, lo que buscaban los contendientes árabes no era tanto una victoria directa como agotar a Israel y generar una presión política y diplomática adicional sobre aquel país y sobre su principal sostén, Estados Unidos.

Como embajador de Israel en Washington durante esos años, la principal misión de Rabin consistía en ayudar a mantener el apoyo de Estados Unidos al *statu quo* territorial mientras no se produjera un acuerdo diplomático aceptable para Israel; también le correspondía ayudar a convencer a los políticos y funcionarios estadounidenses para que proporcionaran a Israel sistemas de armamento sofisticado. El mandato de Rabin en aquella embajada puede dividirse en tres periodos diferenciados por la eficacia y el nivel de influencia alcanzados en cada uno de ellos: una fase introductoria que abarcó desde su llegada en marzo de 1968 hasta enero de 1969, cuando Johnson abandonó la Casa Blanca; una segunda fase de enero de 1969 a septiembre de 1970, cuando su proximidad a Kissinger y a la Casa Blanca de Nixon culminaron en la acción estadounidense-israelí conjunta en Jordania; y una tercera desde septiembre de 1970 hasta su regreso a Israel en marzo de 1973, momento de apogeo de su influencia y su efectividad.

Durante sus primeros meses en Washington, Rabin tuvo que tratar con un presidente que ya había anunciado que no se presentaría a la reelección y cuyo interés principal estaba centrado en la gran mancha negra de su administración, es

decir, la guerra en Vietnam y la creciente oposición a dicho conflicto en el país. Su interés por Oriente Próximo y por las relaciones árabe-israelíes era limitado. En septiembre de 1968, y ante esa relativa falta de atención presidencial, el apoyo de Washington al *statu quo* territorial en Israel había empezado ya a flaquear. El secretario de Estado, Rusk, pidió a Rabin una respuesta israelí a las ofertas que los soviéticos habían hecho llegar a los estadounidenses para favorecer una solución diplomática. Dichas ofertas reflejaban el apoyo de Moscú a Egipto y eran manifiestamente inaceptables para Israel. Así que era evidente que la administración estadounidense estaba iniciando un diálogo con la Unión Soviética que debilitaría la posición que Israel había alcanzado al término mismo de la guerra de junio de 1967. A comienzos de noviembre de 1968, Rabin se enteró de que, en una reunión previa celebrada en Nueva York, Rusk había entregado al ministro de Exteriores egipcio, Mahmud Riyad, un plan de siete puntos para zanjar los conflictos egipcio-israelí y árabe-israelí. Conforme a ese plan, Egipto accedería, a cambio de una retirada israelí total, a terminar formalmente con el estado de guerra y a firmar un documento conjunto (aunque aún por definir en muchos de sus puntos) con Israel. El problema de los refugiados palestinos se resolvería con arreglo al principio de respetar la libertad de decisión de cada refugiado. Ni que decir tiene que Rabin se sorprendió e inquietó al tener noticia de aquella propuesta de acuerdo.

Al final, el documento estadounidense fue rechazado por Egipto, pero aquello no disuadió a Estados Unidos de seguir intentándolo. El 19 de septiembre, Rusk invitó a Rabin para «hablar sin tapujos». Dijo que le «correspondía a Israel clarificar su postura, ir más allá de generalidades y entrar en detalles específicos». Rabin respondió instando a Rusk «a rechazar el plan ruso. A fin de cuentas, carece de los elementos

que tanto Israel como Estados Unidos habían acordado que debían formar parte de un acuerdo político en Oriente Próximo. No mencionaba la paz y no incluía ninguna expresión concreta de reconocimiento de Israel ni de aceptación de su existencia». Cuando Rusk preguntó si bastaría con que «Israel y los árabes firmasen un documento multilateral conjunto», Rabin explicó que Israel «quería un acuerdo de paz contractual y bilateral con todos y cada uno de los Estados árabes vecinos». ¹ Rabin entregó un memorando al secretario, pero la distancia entre el Departamento de Estado y la postura de Israel era más que evidente. Las presiones continuaron cuando el adjunto de Rusk, Nicholas Katzenbach, invitó a Rabin el 13 de noviembre para hablar largo y tendido. La conversación reveló el creciente alejamiento entre los puntos de vista estadounidense e israelí sobre las rectificaciones fronterizas reclamadas por Israel para cualquier acuerdo de paz y sobre la mejor estrategia diplomática para alcanzar dicho acuerdo. El consejero de seguridad nacional de Johnson, Walt Rostow, resumió la situación en un memorando que entregó al presidente el 15 de noviembre de 1968: «Rabin cree que hemos cambiado de postura y que, con ello, hemos socavado la posición negociadora de Israel. Lo cierto es que hace más de un año que mantenemos esta misma postura, pero los israelíes han dejado ya de escucharnos. En cuanto a lo de socavar su posición, no podemos permitirnos seguir con ese regateo de mercadillo si queremos tener una mínima oportunidad de paz». ²

Durante ese periodo, Rabin dedicó buena parte de su energía y tiempo a tratar de frenar esa deriva de la postura de Washington hacia posiciones más próximas a las de la Unión Soviética, las potencias europeas y, claro está, los Estados árabes. Y sus conversaciones con Kissinger fueron muy eficaces, pero no así sus contactos con el Departamento de Estado.

El otro principal esfuerzo de Rabin durante ese periodo fue el dirigido a procurar la venta de cincuenta aviones de combate F4 Phantom que en su día Johnson había prometido a Eshkol. Era un tema de crucial importancia. La venta representaría una mejora sustancial de la fuerza aérea israelí y de la capacidad militar general del país, y constituiría la primera venta, por parte de Estados Unidos a Israel, de un importante sistema ofensivo avanzado de armamento. Sería, por tanto, un hito importante de cara a convertir a los estadounidenses en la principal fuente de suministros de material militar para los israelíes. La promesa que Johnson le hiciera a Eshkol se oponía a las reticencias de poderosos elementos de su administración, entre los que destacaban el secretario de Estado, Rusk, y el de Defensa, Clark Clifford. Algunos consideraban incluso que aquello potenciaría la ventaja militar de Israel sobre los árabes hasta niveles peligrosos. Otros veían en dicha operación una oportunidad de oro para que Israel se replanteara la cuestión de su capacidad nuclear, y buscaban vincular de algún modo ambos temas obligando a los israelíes a ofrecer una mayor transparencia a cambio de recibir los aviones Phantom. En Israel, el embajador estadounidense, Walworth Barbour, mantenía tratos con Eshkol y sus ministros mientras Eban negociaba con su homólogo estadounidense, Rusk. Pero donde los israelíes habían invertido sus mayores esfuerzos era en la vía diplomática de Rabin, quien comenzó su campaña en el Departamento de Estado y terminó manteniendo una especie de tira y afloja con el vicesecretario de Defensa de Estados Unidos, el formidable Paul Warnke.

La cuestión de la capacidad nuclear de Israel no era nueva para Rabin. En los años cincuenta y sesenta, los responsables del sistema de seguridad nacional israelí estaban divididos entre partidarios de la opción nuclear como elemento disua-

sorio de último recurso (encabezados por Simón Peres) y quienes creían en la disuasión convencional (identificados con la facción Ajdut Haavodá del Partido Laborista y con sus expertos en seguridad, Alón y Galili). Rabin fue partidario inicialmente de la disuasión por medios convencionales, pero ya hacia 1963 había cambiado de opinión y llegado a la conclusión de que Israel no sería capaz de permitirse a largo plazo el coste de una carrera de armamento convencional.

El cambio de perspectiva de Rabin coincidió curiosamente con un periodo de grandes presiones estadounidenses sobre Israel para que se sincerara públicamente sobre su plan y su capacidad nucleares, unas presiones que habían comenzado en tiempos de Kennedy y proseguido con Johnson. Se dice que Eshkol apaciguó los ánimos de Johnson asegurándole que «Israel no será el primero en introducir las armas nucleares en Oriente Próximo y Medio», pero las susodichas presiones no tardaron en dejarse sentir de nuevo. El propio Rabin estuvo expuesto a ellas como jefe del Estado Mayor en 1965, en reuniones mantenidas entonces con el imponente Averell Harriman, quien, en aquel entonces, ejercía las funciones de embajador general de la administración Johnson, y con Robert Komer, funcionario del Consejo de Seguridad Nacional, que fueron enviados a Israel por la administración del entonces presidente estadounidense. Harriman (más sutilmente) y Komer (con mayor contundencia) expresaron su insatisfacción respecto a los términos de la fórmula con la que Eshkol había tratado de tranquilizar a Johnson. En concreto, Komer le dijo a Rabin que «si Israel sigue yendo en esa dirección, puede que provoque la mayor crisis que nunca haya abierto en su relación con Estados Unidos».

Rabin y Warnke se reunieron varias veces en noviembre de 1968 para hablar de —o, mejor dicho, para discutir sobre— el draconiano Memorando de Entendimiento que el

Pentágono pretendía anexas a la venta de los cincuenta Phantoms a Israel. Las actas de esas reuniones evocan los movimientos de un elaborado minué: Rabin rechazando los esfuerzos de Warnke por imponer una moratoria o, como mínimo, ciertas limitaciones a las capacidades nucleares y balísticas de Israel; Rabin eludiendo a Warnke sin llegar a admitir en ningún momento que Israel tenía tales capacidades o intención alguna de desarrollarlas. Cuando Warnke le pregunta: «¿Qué quiso decir concretamente cuando habló de “introducir”?», Rabin le pregunta a su vez cuál es la definición según ellos (los estadounidenses) de las armas nucleares, «pues ustedes están más familiarizados con ellas que nosotros», y si él «considera[ba] arma nuclear aquella que no ha sido probada en ensayo alguno y que simplemente ha sido producida por un país sin experiencia previa en la fabricación de algo así». Rabin recordó que todas las potencias nucleares que de verdad lo eran habían probado ya sus armas nucleares en sus correspondientes ensayos, así que insistió: «¿De verdad cree usted [Warnke] que la introducción puede venir antes que las pruebas?».

Pese a todo, Rabin admitió que, sofismas aparte, el toma y daca con los secretarios del gabinete de Johnson y con sus vicesecretarios estaba estancado. Así que recurrió a una táctica distinta. A través de unos amigos comunes del Partido Demócrata, Rabin hizo llegar al presidente Johnson un mensaje en el que le explicaba que el candidato republicano, Nixon, se había comprometido a autorizar la entrega de los aviones a Israel en caso de salir elegido. Tal vez no se tratara de la táctica más elegante del mundo, pero surtió efecto. A mediados de enero de 1969, justo antes de dejar la Casa Blanca, Johnson prevaleció sobre sus subordinados y les ordenó que siguieran adelante con la venta. Aun así, las negociaciones todavía estaban lejos de terminarse. Rabin aún ten-

dría que pasar por una segunda ronda de diálogos estériles en 1969, iniciada por el vicesecretario de Estado de Nixon, y se vería de nuevo obligado a elevar el nivel de las conversaciones. No sería hasta diciembre de 1969 cuando el trato se cerraría por fin en un encuentro organizado por Rabin entre Nixon y Golda Meir.

Con la investidura de Nixon, el 20 de enero de 1969, se iniciaría un nuevo capítulo tanto en la política de Washington hacia el conflicto árabe-israelí como en los años de Rabin como embajador en la capital estadounidense. El primer secretario de Estado de Nixon fue William Rogers, un distinguido abogado republicano. Enseguida se produjeron tensiones entre el secretario Rogers y el brillante consejero de seguridad nacional de Nixon, Henry Kissinger. Las rivalidades entre altos cargos del ejecutivo son intrínsecas al sistema político estadounidense, y la tensión entre el secretario de Estado y el consejero de seguridad nacional a propósito del sentido de la política exterior de Estados Unidos es una de las más características. Durante los primeros años de Nixon en el cargo, el presidente mantuvo a Kissinger apartado de las cuestiones de Oriente Próximo y Medio, y dio a Rogers y al Departamento de Estado la prioridad sobre ese ámbito. Nixon tendía a ver Oriente Próximo y el conflicto árabe-israelí fundamentalmente a través de un prisma global: es decir, como un área de intenso conflicto con la Unión Soviética y como un «polvorín» potencial, en palabras del propio Nixon. Era importante evitar una colisión soviético-estadounidense allí, pero también era importante impedir que la URSS ganase terreno en la región. Ese era precisamente el argumento defendido por Rogers y el Departamento de Estado: que el apoyo de Estados Unidos a Israel estaba debilitando la posición de sus aliados árabes moderados y que era, pues, perentorio centrar todos los esfuerzos en lograr una pronta

resolución del conflicto árabe-israelí, incluso aunque ello requiriera distanciarse de Israel y de la política original del propio Washington después de junio de 1967.

Kissinger era crítico con ese cambio de política. Su rivalidad con Rogers se veía agudizada por su convencimiento personal de que la política seguida por el secretario de Estado y su departamento no tenían ningún sentido. ¿De qué podía servir obligar a Israel a retirarse del Sinaí para devolvérselo a Náser, cliente de Moscú? Cuando los egipcios y otros países árabes descubrieran que Moscú no podría restituirles el territorio perdido y tuvieran que acudir a Washington para ello, sería el momento de cambiar la política estadounidense, pero no antes. Nixon no dejó en ningún momento de escuchar los consejos de Kissinger, pero durante todo 1969 optó por apoyar casi siempre a Rogers y al Departamento de Estado. Les dio así margen de maniobra para negociar con la Unión Soviética, con Gran Bretaña y con Francia en el marco de los grupos de conversaciones entre potencias a dos y a cuatro bandas, y se negó a firmar ningún nuevo gran acuerdo sobre provisión de armamento para Israel.

Rabin tenía una relación personal preexistente con Nixon. Venía de 1966, cuando Nixon —considerado por entonces una opción política ya agotada tras haber perdido consecutivamente una campaña presidencial y otra a gobernador— visitó Israel y recibió muy escasa atención del gobierno israelí. Rabin, actuando en calidad de jefe del Estado Mayor, sí le ofreció un recibimiento por todo lo alto y fue su guía en la muy completa visita que organizó para él. En 1968, en vísperas de las elecciones presidenciales de ese año, Rabin se reunió con Nixon. Aunque no llegó a anunciarlo en público, Rabin expresó en privado a sus personas de confianza que prefería que Nixon venciera a Hubert Humphrey. En 1969, pues, Rabin contaba con un presidente amigo en la Casa

Blanca, aunque sus reuniones con él eran infrecuentes. Su contacto habitual en la propia Casa Blanca era Kissinger y, en el Departamento de Estado, el vicesecretario de Estado para asuntos de Oriente Próximo, Joseph Sisco.

Aunque en aquel entonces no se ocupaba directamente de la diplomacia para Oriente Próximo y Medio, Kissinger era un miembro muy influyente de la administración Nixon y un inmejorable guía con el que introducirse en la política de Washington, la política exterior estadounidense y las relaciones internacionales en general. Rabin y Kissinger llegarían a ser grandes amigos con el tiempo, unidos por la elevada consideración que tenían el uno del otro. Sisco sería también un factor clave de ese emparejamiento. Él era el principal funcionario de la política exterior estadounidense a cargo del área de Oriente Próximo y Medio, por lo que trataba directamente con el influyente embajador soviético en Washington, Anatoli Dobrinin, además de con los europeos, los árabes y, por supuesto, los israelíes. A diferencia de la mayoría de sus colegas de aquella área del departamento, Sisco no era un arabista por formación ni por inclinación. Pero sí supo mantener una buena relación personal con Rogers y con Kissinger al mismo tiempo. Kissinger tendría en sus memorias de aquellos años unas palabras de aprecio para él, aunque revestidas de cierta ironía: «Intenso, gregario, en ocasiones frenético, Joseph Sisco no era un funcionario de exteriores al uso. [...] Demostró ser una prueba viviente de lo que podía lograr en el Departamento de Estado un liderazgo imaginativo. [...] De una inventiva y talento enormes en cuanto a las estrategias que constituyen la savia vital de la diplomacia en Oriente Próximo, llegaba a veces a ofrecer más soluciones que problemas había. Joseph Sisco tomó la iniciativa burocrática y nunca la dejó escapar».³

A medida que avanzaban los meses de ese año, 1969, el Departamento de Estado fue incrementando la presión para poner en práctica una política orientada hacia una resolución rápida del conflicto, conforme a una postura alejada de la que el propio Washington había adoptado inmediatamente después de junio de 1967. En octubre y en diciembre, Nixon dio por fin su visto bueno al Plan Rogers. Dicho plan representaba todo aquello a lo que se oponía Israel, pues estipulaba una plena retirada israelí a cambio de menos que una paz por escrito. Israel reaccionó con brusquedad, condenó el plan y lanzó una campaña masiva contra él entre la comunidad judía y en el Capitolio. Nixon usó a Kissinger y a Rabin para enviar por canales extraoficiales el mensaje de que no estaba del todo a favor de aquel documento. Kissinger también había comunicado en reiteradas ocasiones a Rabin que el presidente era uno de los pocos amigos que Israel tenía en el ejecutivo federal y que sería desastroso para los intereses de ese país ponerlo también en su contra. Así que la campaña orquestada por Rabin se centró más en Rogers que en Nixon. Rogers se sintió comprensiblemente ofendido y reprendió a Rabin por ello, quejándose de que lo hubiera convertido en cabeza de turco y catalogado de antiisraelí cuando simplemente se estaba limitando a poner en práctica la política estadounidense.⁴ En realidad, Rogers le caía simpático a Rabin, que lo tenía además en una gran consideración personal, pero discrepaba radicalmente de la política que representaba y sabía que cometería un error capital si criticaba a Nixon personalmente.

Al tiempo que trataba de rechazar las tendencias políticas representadas por el Plan Rogers, Rabin emprendió una campaña más discreta dirigida a su propio gobierno. En sus cables a la primera ministra, argumentó de forma reiterada que el hecho de que Israel no estuviera encontrando una solución

eficaz a la guerra abierta de desgaste lanzada por Egipto en marzo de 1969 estaba debilitando la posición del gobierno israelí en Estados Unidos. Tal como escribió en sus memorias, «Israel decepcionó a Estados Unidos. No tenía ninguna respuesta adecuada para la guerra de desgaste. [...] Los estadounidenses jamás admitieron tal cosa y dudo de que estuvieran dispuestos a admitirlo incluso hoy en día. Pero suponían que Israel era suficientemente poderosa para asestar un golpe a Egipto que pusiera fin a toda voluntad egipcia de proseguir con aquella guerra de desgaste. A medida que perduraba la contienda, la posición de Estados Unidos en Oriente Próximo se iba erosionando y, a medida que aumentaba aquella erosión, se avivaba también el deseo estadounidense de llegar a un acuerdo con la Unión Soviética».⁵

Rabin sostuvo una y otra vez que esa no era su opinión ni su impresión personal, sino la que le habían dado a entender diversos altos miembros de la administración en Washington. Él solía aludir a sus conversaciones con Sisco, tratando de disimular así que su interlocutor principal era Kissinger (en el sistema israelí, había cierta tendencia a que los cables diplomáticos se filtraran). Kissinger era crítico con la línea de Rogers y del Departamento de Estado, y tendía a ver Oriente Próximo y Medio en términos geopolíticos, es decir, sobre todo como un espacio de rivalidad soviético-estadounidense, y probablemente no le desagradaba la idea de una derrota de Rogers y de la política que este impulsaba.

Por su parte, Rabin creía en la necesidad de intensificar los ataques contra Egipto y lanzar «bombardeos en incursiones de largo alcance» contra blancos estratégicos para obligar a Náser a claudicar. Desde el punto de vista de Rabin, la capitulación o la caída de Náser sería interpretada como un logro de los estadounidenses y un golpe para la Unión Soviética, y aligeraría las presiones que Washington y Jerusalén

estaban recibiendo en aquellos momentos para amoldarse a las exigencias egipcias y soviéticas. Ese enfoque tenía algunos detractores y críticos en el gabinete israelí, entre los que destacaba Eban. Este y sus leales se oponían a que fuera Israel el que iniciara una escalada y dudaban de que Rabin estuviera enviándoles una interpretación verdaderamente fundamentada en la realidad acerca de la postura estadounidense. Les costaba creer que Estados Unidos estuviera animando a Israel a intensificar (y no a reducir) el tono de sus ataques militares.

El agrio debate entre el ministro de Exteriores y el embajador en Washington fue una vuelta de tuerca más en una relación que iba de mal en peor. Como ya hemos visto, Rabin y Eban habían mantenido un fuerte desacuerdo en mayo de 1967, cuando Eban sostuvo en el gabinete israelí que Estados Unidos no quería que Israel fuera a la guerra por el cierre del estrecho de Tirán. Más tarde, cuando Rabin pidió a Eshkol que lo enviara a Washington, Eban se opuso. Cuando Rabin llevaba aún poco tiempo de embajador, Eban fue a visitar al presidente Johnson en la Casa Blanca. El ministro de Exteriores desairó a Rabin excluyéndolo de aquella reunión y, luego, echándolo de su propio despacho en la embajada para efectuar una llamada por la línea segura con Jerusalén. Rabin contraatacó abortando el intento de Eban de usar una visita suya a Nueva York como excusa para volver a Washington. De hecho, a un embajador de la talla de Rabin no le costó mucho persuadir a quien hubiera sido anfitrión estadounidense de aquella visita a la capital de que la primera ministra israelí no estaba interesada en que su ministro de Exteriores fuera a Washington en aquel momento en particular. Eshkol había fallecido en febrero de 1969 y había sido sustituido en el cargo por Golda Meir, quien no estaba por perder el tiempo con Eban. La nueva primera ministra quería que Rabin la

informase directamente sin pasar por el ministro de Exteriores, lo que exacerbó aún más la ya de por sí tirante relación. Meir le dijo a Rabin que la responsabilidad de poner al día al ministro de Exteriores cuando fuera necesario era de ella misma como jefa de Gobierno. A Rabin no debió de apenarle lo más mínimo aquel cambio. Puentear al ministro de Defensa (y a su ministerio) suponía para él una ventaja añadida a la de tener menos tratos con Eban: era de todos sabido (y lo sigue siendo) que en el Ministerio de Exteriores tiende a haber filtraciones de muchos cables de interés y, por ello, de mayor morbo. Las filtraciones eran (y son) usadas por políticos y diplomáticos con diversos motivos: a menudo, para cultivar relaciones con los periodistas, pero también para favorecer u obstaculizar una línea de actuación política, e incluso, en ocasiones, para dejar en mal lugar al remitente. A lo largo de los años, los embajadores han ido diseñando todo un conjunto de medidas para esquivar ese problema. Rabin enviaba cables e informes regulares al ministro de Exteriores y a su ministerio, pero sus telegramas más importantes y sensibles los dirigía a la primera ministra a través del canal de comunicaciones del Mosad. De hecho, durante la visita de Meir a Nixon en septiembre de 1969, ambos líderes —gracias a los preparativos de Kissinger y Rabin— tomaron la decisión formal de pasar por encima del Departamento de Estado y del Ministerio de Exteriores para comunicarse directamente a través del consejero de seguridad nacional y del embajador.

Las desavenencias de Rabin con Eban y la dirección del Ministerio de Exteriores a propósito de la recomendación de emprender una campaña de bombardeos en incursiones de largo alcance llegaron a un grado de acritud muy elevado. Eban y sus colaboradores discrepaban de lo esencial de la recomendación de Rabin y de lo que, según ellos, era la ten-

dencia del embajador a generalizar sobre la política exterior estadounidense basándose únicamente en sus conversaciones con Sisco. Cuando Eban lo criticó por ello, Rabin respondió con toda la intención del mundo que Eban, que no había sabido entender la sutileza de la postura de Washington en mayo de 1967, seguía malinterpretando la política estadounidense hacia Oriente Próximo.

Las críticas no disuadieron en absoluto a Rabin. Él siguió presionando a favor de una táctica más agresiva y llegó incluso a insinuar que Israel debía amenazar con ocupar El Cairo. Ni que decir tiene que Eban estaba escandalizado. Rabin articuló de modo más extenso su punto de vista en un cable que envió a Eban el 17 de abril de 1970, con copia para Dayán, Aarón Yariv (director de la inteligencia militar y amigo de Rabin) y Simja Dinitz (director general de la oficina de la primera ministra), sabedor de que Dayán había hecho a Sisco una pregunta directa durante la visita de este último a Israel:

La línea directriz por la que se rige el enfoque estadounidense sobre las operaciones militares israelíes consiste en evitar que Estados Unidos se vea arrastrado a una situación que pudiera calificarse de conjura. [...] Estados Unidos se negará en redondo a decir con antelación y de forma clara y formal que «ejecuten bombardeos en incursiones profundas de largo alcance», igual que, en vísperas de la guerra de los Seis Días, se negó a decirnos «inicien la guerra». Además, cualquier intento nuestro de exponer tales cuestiones a un representante del gobierno estadounidense para obtener de este una respuesta clara será indicativo de un cálculo erróneo en tan esencial asunto. [...] Estados Unidos entiende que Israel tiene derecho a emprender independientemente las medidas militares que considere precisas para su seguridad. Si Estados Unidos pone objeciones a tales medidas, ya hallará el modo de dejárselo claro a Israel. [...] Plantearle una pregunta directa a Sisco con relación a los bombardeos en in-

curSIONES de largo alcance significa repetir a pequeña escala nuestro intento en vísperas de la guerra de los Seis Días de recibir de los estadounidenses una aprobación formal para ir a la guerra. [...] En mi humilde opinión, formular semejante pregunta hará que los estadounidenses se replanteen la posibilidad de comentar esta delicada cuestión con nosotros en el futuro. Intentaremos corregirlo en los contactos que mantengamos aquí.

Kissinger, que conocía bien a Rabin y a Eban y trabajaba con los dos, veía en aquella rivalidad entre ambos algo más que un desacuerdo político y un enfrentamiento por prevalecer en la jerarquía. Para él, se trataba más bien de un choque entre «dos personas muy diferentes: el cosmopolita, complejo y refinado académico de Cambridge; y el duro, directo e irritable militar *sabra* [israelí nativo]».

Rabin no contaba con muchos amigos y admiradores en el Ministerio de Exteriores, pero los que sí tenía, como Moshé Bitan, subdirector general para América del Norte, pensaba que Rabin se comportaba más como un ministro del gabinete que como un diplomático. Bitan mencionó en sus diarios extractos de correspondencia que había mantenido con el segundo de Rabin en la embajada, Shlomo Argov, quien le escribió: «Tus críticas de algunos de los telegramas de Isaac dan bastante en el clavo. [...]. Me imagino que no discutes muchas de las cosas que él dice. El problema es que las dice con un estilo y una forma que seguro que molesta hasta a sus amigos. Yo trato en ocasiones de moderar sus afirmaciones, pero, como puedes ver, sin mucho éxito».⁶

Con el apoyo de Rabin, pero sobre todo a raíz del creciente precio que se estaba cobrando la guerra de desgaste, Israel terminaría por adoptar la política de bombardeos en incursiones de largo alcance por la que tan enérgicamente había abogado el embajador, y se valdría de su superioridad aérea

para golpear objetivos estratégicos situados muy dentro del territorio egipcio. Ese cambio de política generó una rápida escalada del conflicto. Un desamparado Náser viajó en secreto a Moscú en enero de 1970 para informar a sus patrocinadores soviéticos de que, a menos que ellos acudieran en su ayuda, él tendría que dimitir. Los soviéticos reaccionaron asumiendo la responsabilidad directa de defender el espacio aéreo egipcio. Para ello, primero enviaron a Egipto varias baterías de misiles tierra-aire (SAM, según su abreviatura inglesa) operadas por personal soviético; luego, enviaron aviones y pilotos militares soviéticos para que participaran en misiones de combate repartidas por todo el frente egipcio-israelí.

Aquella fue una nueva y peligrosa fase de la guerra fría en Oriente Próximo: la guerra ya no era a través de aliados interpuestos, sino que estaba teniendo lugar con participación soviética directa. El conflicto árabe-israelí hacía así honor a la condición de polvorín que Nixon le había atribuido en su momento. Los pilotos israelíes se desempeñaron con éxito en el único combate aéreo directo que tuvieron con los pilotos soviéticos, pero los misiles SAM-6 resultaron letales. Todas las defensas electrónicas instaladas a bordo de los cazas israelíes se demostraron insuficientes contra ellos. Al parecer, Estados Unidos no poseía (o no deseaba compartir) material más avanzado. Israel perdió varios aviones y sus mandos políticos y militares quedaron muy afectados por aquel enfrentamiento directo con la Unión Soviética. Rabin y sus colegas estaban convencidos de que podían hacer frente con éxito a los adversarios árabes, pero en cuanto la Unión Soviética se decidió a intervenir directamente, solo Estados Unidos podía (y debía) frenarla.

Con esa evolución de los acontecimientos como telón de fondo, el secretario de Estado estadounidense hizo pública la llamada Iniciativa Rogers. Esta era distinta del Plan Ro-

gers, pues su objetivo central era lograr un alto el fuego sobre el terreno entre egipcios e israelíes, pero similar a aquel por cuanto ese cese de las hostilidades iba ligado a la búsqueda de una solución diplomática completa, muy en la tónica del Plan Rogers. La Iniciativa Rogers preveía intencionadamente diferentes beneficios con los que satisfacer a todas las partes implicadas: serviría supuestamente para desactivar una peligrosa crisis internacional; rescataría a Israel del apuro de tener que mantener un conflicto militar directo con la Unión Soviética, y brindaría a Egipto la perspectiva de un proceso diplomático basado en el Plan Rogers original.

Fue precisamente este punto final el que hizo que Meir se posicionara en contra de la Iniciativa Rogers. Inmediatamente, envió a Rabin un mensaje de rechazo de dicha iniciativa para que este se lo hiciera llegar al presidente. Rabin pensó que aquello era un grave error y se mostró reacio a transmitirlo a Nixon. De hecho, solicitó a Meir que suspendiera el envío del mensaje y que le permitiera volar a Israel para convencerla (a ella y al gabinete) de que adoptaran un enfoque diferente. No era habitual que un embajador diera un paso tan drástico —ni que una primera ministra tan determinada como Meir accediera a ello—, pero ni Rabin era un embajador convencional ni la trascendencia del momento recomendaba prescindir de aquella reflexión adicional. Fueron unas semanas muy tensas en la relación de Washington con Jerusalén. Meir estaba dispuesta a aceptar el principio básico de la Iniciativa Rogers, un alto el fuego sobre el terreno, aunque ello supusiera la dimisión en bloque de los ministros derechistas del gobierno de unidad nacional; lo que no podía aceptar, sin embargo, eran las disposiciones que ligaban ese cese de hostilidades al Plan Rogers original. Los cables y las llamadas telefónicas entre ambas capitales fueron frecuentes y acalorados en esos días. Meir telefoneó indignada a Sisco,

y Rabin fue convocado por Kissinger a una especie de reprimenda estadounidense. En palabras de Rabin, hubo en aquellos días «miles de palabras, muchas de ellas enfurecidas. Golda, furiosa, me riñó, pero el embrollo siguió sin resolverse».⁷

Pese a la ausencia, por parte israelí, de una aceptación formal y clara de la iniciativa, el 7 de agosto de 1970 entró en vigor un alto el fuego efectivo de noventa días, aunque aquel cese de las hostilidades se vería enseguida eclipsado por un nuevo giro en los acontecimientos. Israel descubrió por sus imágenes de reconocimiento aéreo que los rusos y los egipcios habían infringido los términos del alto el fuego sobre el terreno (es decir, un alto el fuego que supuestamente debía mantenerse sin alterar las posiciones de los combatientes en el momento del cese de las hostilidades) y habían desplazado varias baterías de SAM-6 hacia el canal de Suez. Estados Unidos no daba crédito a las informaciones israelíes y a Israel le costó un tiempo convencer a los estadounidenses de que aquella vulneración se había producido. Hubo auténticas discrepancias entre los analistas israelíes de imágenes y los estadounidenses, pero lo cierto es que las reticencias de Estados Unidos a aceptar que los soviéticos habían hecho trampa eran evidentes, pues aquello podía tener graves implicaciones para la relación entre ambas superpotencias.

No obstante, desde el momento en que Estados Unidos respaldó definitivamente la reclamación israelí, Washington y Jerusalén decidieron ceñirse a la Iniciativa Rogers. Estados Unidos optó por limitar el daño potencial que podía sufrir Israel y le proporcionó el equipo y el material sofisticado que tanto le reclamaba. Sin embargo, el daño causado por el avance de la posición de las baterías de misiles antiaéreos para acercarlas al canal de Suez ya no podía deshacerse y la fuerza aérea israelí lo pagaría caro durante los primeros días

de la guerra de octubre de 1973. El tira y afloja en torno al alto el fuego a lo largo del canal de Suez terminó finalmente el 8 de agosto, cuando entró en vigor el cese de las hostilidades entre Israel y Egipto. No obstante, la calma de agosto caería rápidamente en el olvido al llegar septiembre, por culpa de dos trascendentales novedades.

La primera sería el incidente posteriormente conocido como Septiembre Negro: la campaña militar iniciada el 7 de septiembre por el rey Huseín contra la OLP para reafirmar su soberanía y restablecer su control sobre la totalidad del territorio nacional de Jordania. Aquella fue la reacción de Huseín a dos clamorosas provocaciones: las tentativas de asesinato de las que había sido objeto el 1 de septiembre y el secuestro de tres aviones de aerolíneas occidentales, actos todos ellos reivindicados por el Frente Popular para la Liberación de Palestina. Los aviones fueron obligados a aterrizar, evacuados, llevados a Zarka (en el centro de Jordania) y volados por los aires allí mismo. A base de una mezcla a partes iguales de determinación y brutalidad, el ejército de Huseín derrotó a la OLP. Eso obligó a Siria, aliada y protectora de la OLP, a intervenir en defensa de esta organización enviando tanques a territorio jordano el 18 de septiembre.

La maniobra de invasión por parte de un aliado soviético del territorio de un país protegido por los estadounidenses representó una nueva jugada en el tablero de ajedrez internacional y colocó a la administración Nixon ante un acuciante dilema. En el apogeo de la guerra de Vietnam, nada podía ser más inoportuno que un nuevo embrollo militar en el que involucrarse también en Oriente Próximo, pero tan inaceptable o más sería quedarse de brazos cruzados mientras Siria invadía Jordania y la derrotaba. Así que la opción elegida por Nixon y Kissinger fue la de pedir a Israel que salvara al régimen hachemí. Daba la casualidad, además, de que Meir

se encontraba en ese momento en Nueva York, a punto de partir hacia Israel. Rabin estaba con ella y recibió la llamada de un preocupado Kissinger. El presidente y su consejero de seguridad nacional querían saber si Israel estaría dispuesto a usar su ejército para salvar al rey.

Aquella no fue una decisión nada sencilla. Israel necesitaba aclaraciones y garantías de los estadounidenses. Más importante aún: quería un paraguas protector frente a una intervención militar soviética. Las actas de la conversación telefónica de Rabin con Kissinger del 21 de septiembre siguen transmitiéndonos aún hoy la atmósfera dramática de aquellos días:

KISSINGER: Hemos pedido a Sisco que hable contigo dentro de unos minutos. [...] Él te transmitirá una respuesta que, en principio, es un sí, pero a mí me gustaría sugerir también lo siguiente. Cuanto menos digas y respondas, mejor. Simplemente, comunícate con tu gobierno y luego ven a verme. Es de suma importancia que sepamos quién dice qué a quién, y yo te daré unas directrices sobre eso.

RABIN: Entretanto, yo también tengo mis instrucciones. Más detalladas.⁸

A Rabin lo trasladaron de Nueva York a Washington en un avión de la propia administración estadounidense para que estuviera más cerca de Kissinger. Tras pensárselo mucho, la respuesta de Israel fue afirmativa. Al final, no fue necesaria ninguna acción militar propiamente dicha, pues bastaron los movimientos de las fuerzas armadas israelíes sobre el terreno y por aire. El comandante de la fuerza aérea siria, Háfes al Asad, se negó a comprometer sus cazas y, sin apoyo de la aviación, los tanques sirios no eran más que un blanco fácil. Los propios tanques y aviones jordanos obligaron a retroceder a las columnas blindadas de Siria.

Aquel sería uno de los momentos más dulces de los años de Rabin como embajador: toda una demostración de hábil toma y daca político y diplomático. No solo quedó liberada la administración Nixon de la necesidad de intervenir, sino que el presidente pudo argumentar que la Doctrina Nixon —es decir, la preferencia por recurrir a aliados regionales antes que a tropas estadounidenses— estaba funcionando. El 25 de septiembre, Kissinger transmitió a Rabin un mensaje para Meir de parte de un agradecido Nixon: «El presidente jamás olvidará el papel desempeñado por Israel para impedir un deterioro de la situación en Jordania y frenar el intento de derrocamiento del régimen. [...] Estados Unidos se siente muy afortunado de tener en Oriente Próximo un aliado como Israel; lo ocurrido se tendrá en cuenta para cualquier evolución futura de los acontecimientos».⁹

El riesgo asumido por Israel le sería muy rentable en los tres años siguientes. Sentaría las bases para un periodo de proximidad y profundidad sin precedentes en las relaciones de Israel con Washington. Pero, visto con la perspectiva que nos da el tiempo, también hay que reconocer que la baza entonces jugada representó un arma de doble filo, pues fue un espaldarazo para la política de Meir, consistente en tratar de congelar el *statu quo*, y contribuyó al estado de *impasse* que desembocaría en la guerra de Octubre (también conocida como guerra del Yom Kipur o del Ramadán) en 1973.

El segundo momento trascendental acaecido en septiembre de 1970 fue la muerte de Násir a causa de un ataque al corazón el día 28 (puede que acelerado por la tensión y la irritación que causó el Septiembre Negro). El fallecimiento de Násir señaló el final de una era en la política árabe. También llevó al poder a Anuar el Sadat, quien traería consigo la posterior guerra de Octubre y el primer tratado de paz de Israel con un país árabe.

Esa proximidad y esa profundidad de la relación con la Casa Blanca no significaban que Israel pudiera ya dormirse en los laureles con una perpetuación garantizada del *statu quo*. La Iniciativa Rogers estaba directamente vinculada con la reanudación de la búsqueda de una solución pactada y, más concretamente, con la reactivación de la misión de Jarring. En diciembre de 1970, las presiones sobre Israel del Departamento de Estado y de la Casa Blanca para buscar un acuerdo se habían hecho ya más palpables. Motivados por esas presiones, Meir y Dayán plantearon más enfáticamente a Kissinger, en octubre de 1970, la idea de un acuerdo provisional basado en una retirada israelí de la margen oriental del canal de Suez.

La idea israelí de un acuerdo provisional recibió mayor impulso cuando Egipto hizo llegar en enero de 1971 un mensaje a Estados Unidos en el que expresaba su interés por esa posibilidad e informaba de que prefería gestionarla a través de Estados Unidos, sin la intervención de Jarring. Sadat no había sido tomado en serio como sucesor de Náser cuando fue elegido como tal, en septiembre de 1970. Era el segundo del anterior líder, pero quienes manejaban el poder en aquel país lo consideraban una inocua figura de transición que sustituirían en cuanto dirimieran sus propias diferencias. Pero Sadat demostró ser más ambicioso y astuto de lo esperado y enseguida consolidó su propio poder sobre el aparato del Estado egipcio. Tenía un programa completo para la transformación tanto de las políticas internas como de la política exterior del país. Estaba decidido a cambiar la anterior orientación prosoviética por otra más proestadounidense, y a desvincularse del conflicto con Israel. Dejó constancia de ello en la respuesta egipcia de febrero de 1971 a las preguntas que Jarring había trasladado tanto a Israel como a Egipto, respuesta consistente en una ostentosa declaración de la volun-

tad de este último país de «firmar un acuerdo de paz con Israel» a cambio de una retirada total.

La agenda diplomática israelí y la de Rabin en Washington se vieron de pronto condicionadas por la necesidad de dar una respuesta a la audaz diplomacia inaugurada por Sadat, pero también a la evidente voluntad de Washington de aprovechar las nuevas oportunidades brindadas por los cambios en Egipto, y al impulso que Jarring y el Departamento de Estado querían dar (comprensiblemente) al inicio de unas negociaciones encaminadas a un acuerdo integral egipcio-israelí.

La evasiva respuesta de Israel a Jarring decepcionó bastante a Estados Unidos, donde tampoco despertaba especial entusiasmo el concepto de acuerdo provisional defendido por Meir. El toma y daca a propósito de ese acuerdo provisional giraba en torno a tres asuntos:

1. La cuestión de si Estados Unidos estaba interesado o no en la reapertura del canal de Suez. Se daba por sentado que el Pentágono prefería que permaneciera cerrado para dificultar el envío de material y suministros soviéticos al Vietcong. La postura estadounidense en 1971 era que prefería que el canal siguiera cerrado, pero que estaba dispuesto a aceptar su reapertura en aras de una paz en Oriente Próximo.

2. La insistencia de Egipto en que el acuerdo provisional se vinculara explícitamente a la existencia de un avance real hacia un pacto definitivo. A Sadat le preocupaba claramente la posibilidad de que, si accedía a un acuerdo provisional, terminase colaborando con el aplazamiento *sine die* de un acuerdo total y definitivo.

3. Los términos del pacto: el grado de la retirada de Israel de la zona del canal, así como la magnitud y el carácter de la presencia de Egipto en la orilla oriental de dicha vía de navegación.

Como condición previa para profundizar realmente en la posibilidad de un acuerdo provisional, Meir quería que Washington abandonara formalmente el Plan Rogers. Además, el concepto de acuerdo provisional ofrecido por la primera ministra era bastante limitado. Así pues, en los meses siguientes Rabin se convertiría en un defensor sistemático y persistente de la flexibilidad israelí con vistas a preservar la credibilidad de Israel y la disposición favorable de la administración Nixon. Ello le mereció el calificativo de «paloma» entre algunos miembros del gobierno israelí. En sus conversaciones con sus interlocutores estadounidenses por aquel entonces, Rabin aludía con frecuencia a esa imagen de «blando» que se le atribuía y les pedía que no lo pusieran en evidencia refiriéndose a las ideas flexibles que él planteaba de vez en cuando por su cuenta, pues eso no haría más que complicar su relación con la primera ministra. Pero fue en vano y su relación con Meir se volvió más tirante. En un informe sobre una de sus conversaciones con Kissinger, Rabin se esforzó por «anticiparse a las iras» de la primera ministra. Así, en aquel cable admitía que «tal vez me haya excedido en mis poderes al airear propuestas para un acuerdo parcial, pero a la vista de mi relación con Kissinger y de lo mucho que confío en él —y considerando las circunstancias políticas presentes—, pensé que Israel debía hacer una contribución destacada al impulso del proceso político. Nuestro interés en inducir al presidente a desvincularse del Plan Rogers es vital, pero no tiene sentido alguno que lo haga si no inyectamos paralelamente un mayor dinamismo en el proceso político dentro del contexto del acuerdo parcial».

La respuesta de la primera ministra no defraudó los temores de Rabin. Tras agradecerle brevemente su informe, lo llamó una semana más tarde para «notificarme —según escribió Rabin— que las propuestas de las que yo había hablado

con Kissinger eran inaceptables para ella. Lamentaba que las hubiera formulado, aunque fuera en privado, sin haber solicitado antes su permiso. También expresó que le preocupaba que Kissinger pudiera haber transmitido los puntos principales de mi propuesta al presidente, lo que debilitaría la posición de Israel en nuestro particular debate con el Departamento de Estado a propósito de los términos de un acuerdo parcial. Por último, la primera ministra me ordenó que notificara a Kissinger esa rotunda reacción suya y que le pidiera que hiciera caso omiso de la conversación que yo había mantenido con él y le hiciera saber que mis propuestas debían ser consideradas nulas y sin efecto». ¹⁰

Las conversaciones estadounidense-israelíes sobre la idea del acuerdo provisional se prolongaron hasta 1973, pero para entonces ya se habían vuelto eminentemente estériles. Nixon y Kissinger querían que se produjeran progresos entre Egipto e Israel, pero no tenían prisa alguna en ese sentido. Tampoco querían buscar un enfrentamiento con Meir cuando estaban a la vuelta de la esquina las elecciones presidenciales estadounidenses de noviembre de 1972. Mientras tanto, Sadat iba dando pasos en la dirección correcta: en julio de 1972 expulsó a los asesores soviéticos de Egipto y abrió un discreto canal de comunicación con Kissinger a través de su propio consejero de seguridad nacional, Háfés Ismail. La insistencia de Kissinger en 1969 para que Egipto viera la luz y recurriera a Washington en vez de a Moscú para recuperar el Sinaí, por fin estaba dando sus frutos. Aunque Sadat no cortó del todo su relación con la Unión Soviética, el proceso estaba en marcha y Kissinger estaba dispuesto a esperar.

Meir, a su vez, se limitaba a aguardar acontecimientos. No tenía interés alguno en un acuerdo, ni total ni parcial, pero sabía que para mantener a Nixon y a Kissinger de su parte tenía que proponerles ideas positivas. En diciembre

de 1971 llegó a Washington para celebrar otro encuentro con el presidente y sugerirle algunas ideas nuevas para un acuerdo provisional. Estaba ya dispuesta a aceptar que el derecho de Israel a usar el canal de Suez (una vez reabierto) se reconociese en un primer momento, pero no se aplicase en la práctica hasta una fase posterior. Propuso que las FDI se retirasen hasta la vertiente occidental de los pasos de Mitla y Guidi, y que los técnicos y los policías egipcios pudieran desplegarse por la zona evacuada por Israel en cuanto se reabriera el canal. Aquella postura no era aceptable para Egipto ni para Estados Unidos y, de todos modos, la primera ministra tampoco apostaba mucho por ella. Rabin había sido muy escéptico inicialmente ante la idea del acuerdo, pero con el tiempo se había ido volviendo más favorable a esta. Meir explicó a sus homólogos estadounidenses que aceptaba la idea bajo ciertas condiciones, pero es dudoso que la primera ministra llegara realmente a tomarse tal posibilidad en serio. Dayán, inicialmente defensor de la idea, prefirió abandonarla antes que batirse por ella con la primera ministra.

Pocas cosas cambiaron entre diciembre de 1971 y el final de la misión de Rabin en Washington, en marzo de 1973. Nixon y Kissinger eran perfectamente conocedores de las reticencias de la primera ministra a avanzar hacia un acuerdo (total o parcial), pese a la postura que ella misma había declarado. Meir se justificaba diciendo que poco podía hacer antes de las elecciones parlamentarias israelíes, previstas para octubre de 1973, y Nixon y Kissinger estaban dispuestos a esperar antes de presionar más enérgicamente para que se produjeran avances. La última reunión de Meir con Nixon y Kissinger, durante el ejercicio de Rabin como embajador, tuvo lugar entre el 28 de febrero y el 1 de marzo de 1973. Las actas de las conversaciones de Rabin con Kissinger en vísperas de aquella visita reflejan el inusual grado de familiaridad

y sinceridad que llegó a caracterizar sus relaciones. Kissinger preparó a Rabin con sumo detalle de cara a las conversaciones de la primera ministra con el presidente y le ofreció asesoramiento táctico sobre cómo maximizar la efectividad del encuentro. Y cuando Kissinger le preguntó a Rabin por la lógica de una acción militar que los israelíes habían llevado a cabo en el Líbano, este respondió que Dayán posiblemente había actuado así para torpedear el éxito de la visita de la primera ministra. «Desconozco por qué la primera ministra autorizó la incursión en el Líbano. Cuando yo era jefe del Estado Mayor me mantenía muy calladito siempre que tratábamos de obtener algo de Estados Unidos en el plano político», dijo el entonces embajador. Cuando Kissinger le preguntó: «¿Cuál crees tú que es la razón de esos movimientos?», Rabin le respondió lo siguiente: «Francamente, creo que el único motivo es el deseo de Dayán de frustrar el éxito de la visita de la primera ministra, porque las oportunidades para él mejoran si ella se retira antes de las elecciones. Es año de campaña». Kissinger correspondió a la inusual franqueza de Rabin dándole una descripción detallada de la conversación que estaba a punto de mantener con Ismail.¹¹

Meir no era la única persona que estaba dejando pasar el tiempo en 1972. Rabin tenía la sensación entonces de que su misión en Washington había dado todo lo que podía dar de sí, que ya había pasado el momento de apogeo de su periodo en aquel cargo y que, para avanzar en su carrera política, tenía que estar en Israel en vez de fuera del país. Su relación con Meir se había deteriorado. Meir llevaba ya tiempo descontenta con la cada vez mayor independencia de Rabin y con la tendencia de este a dar lecciones al gabinete (ella incluida) en sus cables a propósito de cómo entender correctamente el modo en que funcionaban las cosas en Washington. Rabin, muy consciente del cambio de postura de las autoridades es-

tadounidenses debido a las transformaciones acaecidas en Egipto con el nuevo régimen de Sadat, y de lo decididas que dichas autoridades estaban a conseguir avances, seguía presionando para que se cerrara un acuerdo provisional. Meir estaba molesta con aquella línea seguida por Rabin. Le parecía que se había «asimilado» demasiado a sus anfitriones, como suele ocurrir con muchos embajadores, y que estaba influido en exceso por Sisco. Durante una de sus visitas llegó incluso a interpelar a Amos Eran, ayudante y confidente de Rabin en la embajada: «Dígame, ¿Sisco le ha lavado el cerebro a Rabin? ¿Qué pasa? ¿Acepta todas sus posturas? ¿Tan lejos llega la influencia que tiene sobre él?». ¹²

Rabin se había dado cuenta del cambio de su relación con la primera ministra. También le angustiaban otras dos cuestiones. Una era la incesante campaña en su contra impulsada por Eban, por los subordinados de este en el Ministerio de Asuntos Exteriores y por el séquito de periodistas que se inspiraban en Eban y sus hombres. Pero la más importante era que notaba que sus aspiraciones de hacerse con un puesto ministerial se hallaban en punto muerto. Desde su llegada a Washington, Meir y la dirección del Partido Laborista habían defraudado sus expectativas en ese sentido hasta en tres ocasiones distintas. El primer episodio había tenido lugar en septiembre de 1969; unos meses antes, los dirigentes del partido le habían expresado su deseo de que se implicara de lleno en la batalla política presentándose como candidato a diputado de la Knéset, el Parlamento de Israel, para convertirse acto seguido en ministro del gabinete. Eso había sido al principio mismo del mandato de Rabin como embajador en Washington, motivo por el cual él había declinado la oferta. Pero, en septiembre, Meir le ofreció un atajo. Durante una de las visitas de Rabin a Israel para preparar a la primera ministra de cara a una reunión con Nixon, Meir expresó su deseo

de que tras las siguientes elecciones parlamentarias —previstas para octubre de ese año y siempre suponiendo que fuese ella quien formase el nuevo gobierno— Rabin se incorporase al gabinete en calidad de nuevo ministro de Educación. Rabin aceptó encantado y tuvo la cortesía de comunicarle a la primera ministra que, en todo caso, no se sintiera obligada por aquella promesa, que él lo entendería perfectamente si, tras las elecciones, esa previsión no podía materializarse. Y lo cierto es que no se materializó. Rabin había sido lamentablemente utilizado —y no por primera ni última vez— como contrapeso a Dayán. A la dirección del Partido Laborista le preocupaba que este último se separase de la formación y se presentara por su cuenta.

Enfadado por todo aquel episodio, Rabin escribió una carta a su padre y a su hermana:

No sé qué sucedió exactamente tras las elecciones. Cuando estuve en Israel hace dos semanas, ella [Meir] me llamó a su despacho y me explicó que, dado lo importante que era Washington y dada la falta de una persona adecuada [para sustituirme], había decidido que de momento me quedase en Estados Unidos. Yo le respondí que, aunque ella me lo había pedido en septiembre, yo no le exigí nada. Todo lo contrario: le había dejado una salida abierta por si se daba el caso. Añadí que, en septiembre, tenía mis dudas acerca de si ella quería realmente que yo viniera. Además, todo el juego mediático que se había montado en torno a mí y a mi relación con el gabinete no ayudaba, pues no nos dejaba en buen lugar. En cualquier caso, ella no me debía nada, ni siquiera una explicación. Pero, independientemente de las muchas cualidades positivas que hacen de ella la mejor primera ministra que podamos tener en este momento, no puedo decir que su conducta en todo este asunto haya sido algo de lo que pueda sentirse orgullosa. [...] Pero da igual, no lamento haberme quedado aquí.¹³

Ese episodio tuvo lugar a comienzos de 1970. En 1971 volvió a activarse (en diferentes momentos del año) la posibilidad de que Rabin se incorporara al gabinete. Durante una visita a Washington, el ministro de Economía y estrecho colaborador de Meir, Pinjas Sapir, consultó con Rabin la posibilidad de que Haim Bar-Lev (el sucesor de Rabin en el cargo de jefe del Estado Mayor) fuese invitado a incorporarse al gabinete. Rabin se sintió incómodo, pero habló favorablemente de Bar-Lev. Desde el punto de vista político, los dirigentes laboristas valoraban mejor la incorporación de una figura «más fresca», como era la de Bar-Lev, que la de Rabin. No obstante, en junio de 1971, durante la visita de turno de Rabin a Israel, Sapir trató de aclarar malentendidos y le dijo al entonces embajador que quería que se integrara en el gabinete antes que Bar-Lev, cuyo servicio en las fuerzas armadas terminaba en 1972. Pero algunos se oponían enérgicamente a esa idea; el que más, Eban. También estaba la cuestión de encontrar un sustituto para el puesto de embajador en Washington. El general Yariv, director de la inteligencia militar, rechazó el cargo cuando se le ofreció. Meir le dijo entonces a Rabin que tendría que quedarse un año más en Washington y que ya se incorporaría al gabinete a su regreso a Israel, en 1972. Pero entonces, en marzo de 1972, Bar-Lev fue nombrado ministro del gabinete de Meir.

Desanimado y decepcionado, Rabin escribió una amarga carta a Meir. No está fechada y puede que ni siquiera llegara a enviársela, pero el texto muestra lo abatido y frustrado que se sentía:

Querida Golda:

He tenido mis dudas sobre si debía escribirte esta carta. Al final, me he decidido a escribirla con la esperanza de que será recibida con amistad y comprensión. Cuando estuve en Israel y tú deci-

diste —contra mi voluntad— que me quedara aquí un año más, acepté esa decisión muy a mi pesar. Todas mis preocupaciones de entonces se han demostrado fundadas. Se ha producido una situación general y personal que se ha vuelto difícil y casi insostenible. Todo aquello que me dijiste (en dos ocasiones distintas) y que no cumpliste (me refiero a mi incorporación al gabinete) ha convertido mi posición en poco menos que ridícula. Es como si no respetar lo que se me promete se hubiera convertido casi en una costumbre. [...] Obviamente, tengo órdenes tuyas de mantener la boca cerrada y, por ello mismo, no puedo defenderme. [...] Y tú nunca sales en mi defensa. Eso es algo que no habría necesitado si estuviera ahí, en casa. Habría sabido cómo hacerlo por mi cuenta.¹⁴

No ayudó ni mucho menos a mejorar el estado de la relación entre Rabin y Meir el hecho de que él se metiera en problemas en las elecciones presidenciales estadounidenses de 1972, cuando apoyó públicamente a Nixon frente a su rival demócrata, George McGovern. Rabin consideraba que el entonces presidente era un amigo de verdad de Israel y se sentía en deuda con él. Además, le preocupaba el izquierdismo de McGovern. En una entrevista concedida a una radio israelí en junio de 1972, Rabin declaró: «Aunque agradecemos el apoyo de palabra que estamos recibiendo de una de las candidaturas, debemos preferir el apoyo en forma de hechos que nos está dando la otra». El comentario de Rabin concitó airadas reacciones tanto en Estados Unidos como en Israel. El *Washington Post* publicó un editorial, muy crítico con él, titulado «El diplomático israelí sin diplomacia». Rabin, sin embargo, no lamentó el incidente en ningún momento y defendió su actuación de entonces en sus memorias, publicadas años después: «En aquella entrevista, apunté que Estados Unidos nunca había tenido un presidente que hubiera llegado tan le-

jos en sus declaraciones proisraelíes o en la expresión del compromiso estadounidense con la seguridad de Israel como lo hizo el presidente Nixon en su discurso ante el Congreso a su regreso de Moscú. Eso era un hecho y lo único que hice entonces, como mucho, fue llamar la atención de la ciudadanía israelí (no de la estadounidense) sobre ello. De verdad que no puedo comprender por qué mis palabras se interpretaron como un "discurso de campaña" cuando la campaña no había empezado aún y cuando, en cualquier caso, yo me estaba dirigiendo a un público que no estaba llamado a votar en aquellas elecciones». ¹⁵

El incidente no pasó a mayores. Ni McGovern ni el presidente del Partido Demócrata, Lawrence O'Brien, vieron conveniente darle más bombo, y dos importantes amigos de Rabin y de Israel en el Senado estadounidense, Henry Jackson y Stuart Symington, escribieron a Meir para expresarle su apoyo a Rabin. El revuelo amainó pronto.

Rabin completó su mandato como embajador en Washington y regresó a Israel en marzo de 1973. Justo antes de su marcha definitiva, en febrero, fue anfitrión de Meir en la embajada por última vez. Nixon, que sentía aprecio por Rabin, trasladó a la primera ministra su esperanza de que el embajador recibiera un ascenso a su vuelta a Israel. Meir respondió: «Depende de cómo se comporte». Sus palabras eran un lógico reflejo de la tensión que terminaría caracterizando la relación de Rabin con la primera ministra y de lo difícil que se presentaba el comienzo del siguiente capítulo político de quien, en la primavera de 1973, sería ya exembajador.

La estancia de Rabin como embajador en Washington supuso una fase importante tanto de su carrera profesional como de su vida personal. Lo ayudó a hacer la transición de su pasado como oficial superior del ejército a su futuro como político con una rica y extensa experiencia diplomática, un

profundo conocimiento de la política estadounidense y mundial, y una valiosa red de contactos en Estados Unidos. Pese a su inestable relación con Meir hacia el final de aquel mandato, la misión de Rabin en Washington se consideró un éxito y un trampolín personal. Pero igualmente importante fue el impacto que Estados Unidos tuvo sobre Rabin como persona. Como él mismo escribió, ya iba predispuesto a enamorarse de Estados Unidos por los relatos y los recuerdos que su padre le contaba de aquel país. Volvió a Israel convertido en un admirador del sistema político y el estilo de vida estadounidenses. Rabin adoptó los conceptos estadounidenses de la economía de mercado y también transformó su modo de vida personal en consecuencia. Se aficionó al whisky y a la práctica del tenis. La intensa vida social de los Rabin en Washington hizo de Leah una anfitriona de renombre y cambió a su marido, que dejó de ser el notorio solitario que todos conocían y se volvió un participante más entusiasta en esa clase de eventos. El hijo de Rosa Cohen había recorrido un largo camino desde aquellos valores socialistas radicales de su madre.

PRIMER MANDATO (1974-1977)

El 3 de junio de 1974, la Knéset confirmó a Isaac Rabin como primer ministro israelí, el quinto de la historia. Tenía cincuenta y dos años (bastante joven, teniendo en cuenta la edad de quienes hasta entonces habían accedido a ese cargo en Israel) y era el primer israelí nativo en convertirse en jefe de Gobierno del Israel moderno. Cuando regresó de Washington en marzo de 1973, Rabin no esperaba convertirse en el siguiente jefe del Ejecutivo nacional y, de hecho, no estaba aún preparado para ello. Se había metido en política en la primavera de 1973 con la expectativa de salir elegido para la Knéset en la lista del Partido Laborista e incorporarse luego como ministro al gabinete que surgiera de aquellas elecciones, previstas para octubre de 1973. Dov Tzmir, miembro del kibutz Bror Hail (situado en el sur del país) y representante del TAKAM (acrónimo hebreo de Movimiento Unido de los Kibutz) en la dirección nacional del Partido Laborista, se encargó de ayudar a Rabin —que no estaba en absoluto familiarizado con el funcionamiento cotidiano y los entresijos del partido— a cruzar el puente que separaba la política diplomática del debate y las pugnas políticas partidistas. Yoram Peri, portavoz del partido, también se integró en ese pequeño equipo. Tanto Tzmir como Peri trabajaban en la sede central del partido a la llegada de Rabin y decidieron introducir a aquel reciente fichaje por la enrevesada senda de la

disputa política laborista e israelí en general. A Rabin le asignaron un pequeño despacho en las oficinas de la formación y, junto a sus dos asistentes, comenzó una gira por el país para familiarizarse con el funcionamiento y la estructura del partido.

La transición de Rabin de soldado a diplomático (primero) y de diplomático a político y líder político (después) no fue fácil ni fluida. La guerra de Octubre alteró su incipiente carrera política. Durante los meses que precedieron a ese conflicto bélico, Rabin participó en la campaña del Partido Laborista para las elecciones parlamentarias. Cruzó el país varias veces de punta a punta, acompañado por Tzamiir o Peri, a bordo de un modesto coche del partido y hablando ante miembros de las delegaciones laboristas locales. Tanto Tzamiir como Peri recuerdan a un Rabin disciplinado y entregado a la labor, que hablaba con gran seriedad a los afiliados y simpatizantes del partido y les impartía auténticas lecciones sobre la situación geopolítica e internacional de Israel. No era amigo de «juntarse» luego «con la gente» para repartir apretones de manos y abrazos, ni tampoco de la charla intrascendente, pero siempre impresionaba a su público con su disposición a compartir sus experiencias con los miembros de base del partido. Cuando estalló la guerra, Rabin no tenía cargo alguno. Cuando se hizo evidente que el comandante general del Mando Sur no podía hacer frente a la situación, se decidió enviar allí a un general veterano para restablecer la calma y el orden en el frente meridional. Dayán rechazó de inmediato la posibilidad de que ese general fuera Rabin. Se optó en su lugar por Haim Bar-Lev, y Rabin recibió el encargo del ministro de Economía, Pinjas Sapir, de contribuir a la recaudación de fondos de emergencia. No era lo que él prefería, pero accedió.

Tras la guerra, llegaría la hora de saldar cuentas políticas. La contienda concluyó con un impresionante éxito israelí

tanto frente a Egipto como frente a Siria, pero a costa de una impactante cifra de bajas. Había que investigar y aclarar tanto los fallos de inteligencia previos a la guerra como los percances operativos acaecidos durante los primeros días de esta. Se formó entonces una comisión de expertos judiciales (la conocida como Comisión Agranat) encabezada por el presidente del Tribunal Supremo para indagar en los mencionados percances. Su primer informe estaba previsto para abril de 1974.

Mientras se elaboraba dicho informe, el ir y venir de la vida política continuó dentro de una apariencia de normalidad. Meir aplazó las elecciones de octubre de 1973 y las convocó finalmente para el 31 de diciembre. En una inteligente maniobra política, el gobierno de Meir participó en una conferencia de paz árabe-israelí organizada por Kissinger en Ginebra en vísperas de la cita electoral. La conferencia de Ginebra fue un acto esencialmente ceremonial dirigido a conceder a la Unión Soviética cierto papel en el proceso de paz posterior a la guerra y a ayudar a Egipto a pasar página en ese proceso con la excusa de la búsqueda de un acuerdo integral. Como bien sabía Kissinger, la conferencia era un instrumento con el que Meir podía demostrar que su gobierno trataba de avanzar hacia la paz que muchos israelíes ansiaban tras la que había sido una guerra atroz. Al final, la táctica funcionó.

En el nuevo gobierno de Meir que surgió de las elecciones había rostros nuevos: Rabin (como ministro de Trabajo) y Aarón Yariv (como ministro de Transporte). Yariv, ex jefe de la inteligencia militar, había sabido negociar bien con el general egipcio Abdul Gani Gamasi y se había convertido en una figura popular muy respetada. Él y Rabin eran amigos y aliados políticos desde principios de los años cincuenta. Durante el proceso de formación de aquel gobierno, de nuevo se repitió la historia de siempre. El nombre de Rabin volvió a surgir

como alternativa a Dayán, pero sus expectativas se vieron nuevamente defraudadas. Dayán y su aliado, Peres, habían rechazado de entrada integrarse en aquel gabinete de posguerra de Meir. Esta ofreció entonces la cartera del Ministerio de Defensa a Rabin, quien ocuparía el cargo con Yariv de segundo. Pero Dayán y Peres cambiaron de opinión. Justo por aquellos días apareció un informe de inteligencia que advertía de que Siria estaba a punto de reanudar la guerra, y Dayán y Peres decidieron aprovechar la oportunidad e incorporarse al gabinete de Meir. La cartera ministerial finalmente asignada a Rabin fue la de Trabajo, mucho menos relevante. Ni Rabin ni Yariv se sentían a gusto en aquel gobierno de Meir, pues tenían la sensación de que la fachada de normalidad con la que se trataba de cubrir la situación posterior a la guerra de Octubre no era la respuesta adecuada a la profundidad de la crisis. Ambos participaban en las reuniones del Círculo Etgar, un grupo formado principalmente por altos oficiales retirados que no estaban contentos con la situación en el país, en general, ni con la del Partido Laborista, en particular. Las sesiones del Círculo no eran secretas y cada una de ellas recibía el sobrenombre de «Noche de los Generales». Meir consideraba aquellos encuentros como un acto de deslealtad, un elemento de tensión más en su ya espinosa relación con Rabin.

Tampoco fueron del agrado de Meir unas declaraciones de Rabin a un grupo de jóvenes sionistas ortodoxos que se filtraron a la prensa israelí el 23 de abril: «Me guió por un importante principio: el pueblo de Israel debe saber que, para que las naciones alcancen la paz, tienen que establecer contactos que lleven a un acuerdo político. Sobre Jerusalén, yo no cedería en compromiso alguno, esa es mi principal prioridad». El ministro Mijael Hazani, del Partido Religioso Nacional (PRN), le preguntó luego: «¿Y sobre Ramala?».

Y él respondió: «Para mí, esa no es ya una cuestión de vida o muerte». Un colono del Bloque Etzion le preguntó entonces: «¿Y yo qué?». A lo que Rabin contestó: «Tampoco sería tan terrible tener que ir a Kfar Etzion con visado». Una joven presente entre el público preguntó a su vez: «¿Y qué pasa con toda la Tierra de Israel histórica?». Rabin le dijo: «Desde mi punto de vista, la Biblia no es un registro de propiedad de tierras para Oriente Próximo. Es un libro que nos aporta una formación en valores y que tiene unos fines distintos».¹ Era Rabin en su estilo más cortante y directo. En un Israel que aún se tambaleaba tras los efectos de la guerra de Octubre, aquellas afirmaciones de largo alcance no llegaron a causar el alboroto que habrían generado en otras circunstancias. Pero tampoco habría que intuir en ellas demasiadas pistas sobre la evolución posterior de los acontecimientos. No cabe leerlas como un presagio de los Acuerdos de Oslo que se firmarían casi dos décadas después, sino más bien como un reflejo del que era el enfoque más básico de Rabin sobre la cuestión, y que no era otro que la idea de que Israel no debía quedarse el grueso de Cisjordania ni, menos aún, colonizarlo.

Fuera como fuere, el mandato de Rabin como ministro de Trabajo estaba condenado a ser breve. El 1 de abril de 1974, la Comisión Agranat publicó su informe provisional. La comisión optó por excluir el nivel político del ámbito de actuación de su mandato y circunscribió sus conclusiones y sus recomendaciones al nivel militar. El jefe del Estado Mayor de las FDI y varios altos mandos de los servicios de inteligencia fueron destituidos a instancias de la comisión. Meir y Dayán quedaron exonerados por esta, pero no por la ciudadanía. Las multitudinarias manifestaciones de soldados reservistas recién relevados del servicio forzaron la dimisión de Meir el 11 de abril de 1974.

Tras la renuncia de Meir, la dirección del Partido Laborista decidió apoyarse en su mayoría parlamentaria para formar nuevo gobierno. Pero ¿a quién debía elegir el partido como nuevo primer ministro? La persona clave en la vieja guardia del laborismo era Sapir, pero él no quería ser jefe de Gobierno. Otro candidato potencial, representante de la vieja guardia de la facción Mapai, era Haim Tzadok, destacado miembro del Partido Laborista, diputado de la Knéset y ex-ministro, pero Tzadok solo se presentaría para el cargo si ninguno de los pesos pesados de la formación se oponía a ello. Peres anunció entonces que él sí se ofrecía como candidato y Tzadok se retiró del virtual proceso de selección. Peres no era precisamente la opción más natural en aquel momento, pues no era del agrado de los veteranos del Mapai ni de los de la facción del Ajdut Haavodá. Alón, como miembro del Ajdut Haavodá, no era tampoco un candidato deseable y, además, se le identificaba muy directamente con las políticas de Meir. El candidato preferido de Sapir era Rabin, el victorioso jefe del Estado Mayor de las FDI en 1967, un importante activo político en un país todavía conmocionado por la mortandad de 1973, un eficaz embajador en Washington que, además, no se había visto salpicado por los contratiempos vividos en aquella última guerra. Aunque no fuera un miembro propiamente dicho, Rabin era próximo al Ajdut Haavodá, enemigo tradicional de la facción del Rafi. Para los veteranos del Mapai, aquello representaba una ventaja. Sapir convenció a Rabin tras dejarle claro que él no sería el candidato en ningún caso. Rabin estaba sorprendido por aquel giro de los acontecimientos, pero enseguida se entusiasmó con la idea de aspirar a la jefatura del Gobierno.

La suerte estaba echada. Dio comienzo entonces una frenética carrera. El candidato tenía que ser escogido por un órgano central del partido de unos seiscientos miembros. Peres

contaba con el apoyo del Rafi y una parte del Mapai; Rabin era respaldado por el Ajdut Haavodá y por el grupo de los seguidores de Sapir en el Mapai. Peres era un político nato que sabía mucho mejor que Rabin cómo hacer campaña. Rabin no le tenía mucho afecto al día a día del partido ni a las campañas políticas; era desacostumbradamente tímido e introvertido, y le incomodaba el trato con los desconocidos, la charla intrascendente y la cordialidad trivial. Tenía un apretón de manos sorprendentemente blando: no el que cabía esperar de una figura militar con tanta autoridad. Era remiso a abrirse a perfectos extraños y no le gustaba (ni se le daba bien) cultivar el apoyo de activistas y miembros del partido mediante el contacto directo con estos. Descolgar el teléfono para pedirle el voto a un perfecto extraño suponía un esfuerzo ímprobo para él.

Rabin escribió en sus memorias el relato de los hechos que condujeron a su elección, y lo hizo durante un periodo particularmente difícil de su carrera y de su relación con Peres. El libro se publicó en 1979, después de su dimisión y de la derrota del partido en las elecciones de 1977. Rabin había pasado a ser en aquel entonces un diputado raso de las filas de un partido de la oposición y tuvo que conformarse con ser mero espectador de la celebración del gran triunfo personal de Begin: la paz con Egipto. Rabin consideraba a Peres responsable de su caída del poder (y de la de todo el partido) y dio rienda suelta a su enfado y su amargura en el texto. Según el relato de Rabin en sus memorias, Peres lo invitó a almorzar en un restaurante de Jerusalén «y me ofrendó con una de sus sesiones de persuasiva labia: “Aprendamos de la experiencia de nuestros colegas mayores. Alón y Dayán lucharon entre sí, se minaron mutuamente las fuerzas y ninguno llegó a primer ministro. Cerremos un pacto de caballeros para tener una contienda limpia. Quien pierda aceptará la decisión con buen

talante y será leal al ganador". Yo recelaba y me inclinaba más bien a no creer una sola de sus palabras. Además, estaba decidido a no tener la más mínima participación en el gabinete si él salía elegido primer ministro. Pero, desde luego, no tenía nada que objetar a los términos que él sugería. Así que respondí secamente con un "de acuerdo".²

Esa tensa tregua no iba a mantenerse (o, según Rabin, a respetarse) mucho tiempo. En la víspera de la votación en el órgano central del partido en mayo de 1974, Weizman dejó caer la «bomba» de su crónica de los hechos acerca de la crisis personal que Rabin había sufrido en mayo de 1967. El mensaje que se quiso transmitir era claro: un jefe del Estado Mayor incapaz de aguantar la presión de una crisis de seguridad nacional en 1967, no podía en modo alguno ser apropiado para el cargo de primer ministro en 1974. Weizman estaba ajustando cuentas con quien había preferido a Bar-Lev antes que a él para el puesto de jefe del Estado Mayor en 1968, pero también era amigo y partidario de Peres. Para Rabin, aquella jugada fue prueba más que suficiente de que Peres no estaba respetando su acuerdo. De todos modos, y gracias al apoyo del formidable Sapir y de su maquinaria en el partido, Rabin se impuso en la votación, aunque por un margen estrecho: 298 votos para Rabin frente a 254 para Peres.

Molesto por la tensión con Peres, a Rabin le habría encantado excluirlo de su gabinete, pero pronto se dio cuenta de que esa no era una posibilidad viable. Lo ajustado de la mayoría con la que había vencido daba a entender que Peres contaba con un apoyo imposible de ignorar en el partido. Ni siquiera Golda Meir, quien en sus tiempos de ministra de Exteriores se había quejado del «Ministerio de Exteriores alternativo» que Peres parecía estar dirigiendo en el Ministerio de Defensa en aquel entonces, se negaba del todo a apoyarlo. La relación de la ex primera ministra con Rabin se había tensa-

do mucho y, como ocurre con tantos líderes cuando se retiran, no sentía particular cariño por su sucesor en el cargo. La facción del Rafi tampoco votaría a favor de un gobierno que no incluyera a Peres en un puesto destacado, y, sin esos votos, Rabin no dispondría de la mayoría necesaria en la Knéset.

Rabin ofreció finalmente a Peres el poderoso cargo de ministro de Defensa. Aquel fue el primer tramo del viaje conjunto (de veintiún años de duración) de dos verdaderos hermanos siameses políticos: unos siameses que se tenían antipatía y aprecio a la vez, que competían y se asociaban, y que finalmente se dieron cuenta de que estaban unidos por la cadera y condenados a colaborar. Eran dos personas extraordinariamente distintas, con cualidades y dones diversos. Peres era imaginativo, creativo y siempre tenía ideas nuevas: un político natural y avezado. Rabin era cerebral: un excelente analista del entorno estratégico, pero siempre con los pies en el suelo. Peres era un lector voraz, amigo de escritores, poetas y artistas, mientras que Rabin prefería aplicar la mente a temas prácticos y jamás mostró pretensión alguna de tener aspiraciones intelectuales o artísticas. Rabin era el *sabra* prototípico, mientras que Peres nunca llegó a perder el aura del israelí nacido en la diáspora. Cuando conseguían colaborar, formaban un equipo imponente y poderoso.

En cualquier caso, la labor de formar en 1974 una nueva coalición encabezada por Rabin fue ciertamente ardua. El PRN, socio de coalición tradicional de los laboristas, se hallaba entonces inmerso en una transformación que lo estaba alejando de su anterior moderación y lo estaba llevando hacia posiciones más duras y extremas, convertido en el nuevo brazo político del movimiento de los colonos. Los nuevos (y más jóvenes) aspirantes al liderazgo de esa formación plantearon reservas y condiciones que, de entrada, mantuvieron al partido fuera de la alianza de gobierno. La nueva y joven

guardia del PRN se oponía a cualquier concesión territorial y adoptó una postura radical en el tema conocido pública y políticamente en Israel como el de «¿quién es judío?». Hacían hincapié en una definición religiosa estrictamente ortodoxa de la palabra «judío». Rabin tuvo que comenzar su mandato sustentado por una frágil coalición de solo 61 de los 120 diputados de la Knéset. Varios meses después, a finales de octubre de 1974, el PRN se incorporó finalmente a la alianza gubernamental. Eso provocó a su vez la salida del gabinete de un pequeño partido izquierdista, el Ratz. La coalición pasó a descansar así sobre una mayoría de 68 parlamentarios. Para añadir el PRN a esa mayoría, Rabin tuvo que aceptar que no se haría concesión territorial alguna en Cisjordania sin que mediara un referéndum o unas elecciones generales previas. Tampoco fue fácil el reparto de carteras ministeriales. Rabin no quería a Eban como ministro de Exteriores y le ofreció la cartera de Información, menos importante. Eban la rechazó y optó por no entrar en el gobierno. Rabin entregó entonces el Ministerio de Exteriores a su viejo amigo y antiguo mentor: Alón. Sus candidatos originales para el puesto de ministro de Economía también declinaron la oferta, posiblemente porque sospechaban que aquel gobierno no duraría mucho. Sapir presionó entonces a Yehoshua Rabinovich, antiguo alcalde de Tel Aviv, para que aceptara ese cargo y este accedió, aunque a regañadientes. Aun así, curiosamente demostraría ser un aliado muy eficaz, leal y útil para Rabin.

Las tareas y los problemas que se le planteaban al nuevo primer ministro eran ciertamente abrumadores. Rabin tenía que reconstruir el estado de ánimo de la ciudadanía y la confianza de esta en el gobierno tras las dolorosas consecuencias de la guerra del octubre anterior, pero también rehabilitar y reformar las FDI y la economía, y responder a las expectati-

vas de Washington y del mundo árabe dando algún tipo de continuidad al proceso diplomático emprendido al término de la contienda bélica. La guerra de Octubre, el embargo y la cuadruplicación de los precios que dio pie a la crisis del petróleo inauguraron la que se conocería como «la década árabe», caracterizada por el aumento de la riqueza y de la influencia de los países árabes en la escena global. En Israel, la guerra ahondó ciertas líneas de fractura. Quienes abogaban por la paz (y por las concesiones que esta implicaba) creían que el reciente conflicto bélico había demostrado la insostenibilidad del *statu quo*, mientras que la derecha sostenía que había puesto de manifiesto la importancia crucial de disponer de aquellos activos territoriales. Una de las consecuencias de la guerra fue el surgimiento del Gush Emunim (el «Bloque de los Fieles»), movimiento sionista ortodoxo de colonos que aspiraba a colonizar toda Cisjordania. El Gush Emunim se oponía a cualquier concesión territorial y afirmaba representar el comienzo de una nueva fase en la revolución sionista que dejaría atrás la triste melancolía con la que se había saldado la guerra de Octubre. Este movimiento mesiánico liderado por astutos manipuladores del sistema político israelí tendría un enorme impacto en la vida y la política de Israel.

Tan difíciles retos tuvieron que afrontarse con un gobierno inherentemente débil. Rabin no era un primer ministro que se hubiera presentado como cabeza de lista del partido que había ganado las elecciones y, por ello, carecía de la autoridad que se deriva de un mandato popular más directo. Su coalición era estrecha y frágil; pese a haberse expandido en un primer momento de sesenta y un a setenta y un escaños, quedó reducida a sesenta y ocho cuando el Ratz la abandonó. El PRN, sacudido por luchas intestinas y embarcado en un proceso de radicalización hacia posturas más duras, no era un aliado cómodo. Y Rabin no tenía un control firme ni

siquiera sobre su propio partido. Apenas había derrotado por la mínima a Peres para la nominación del partido. No tenía un «bando» propio y dependía del apoyo de la vieja guardia del Mapai y del Ajdut Haavodá. Rabin había conseguido la nominación del partido gracias sobre todo al apoyo de Sapiro. Este había rehusado ser primer ministro o ministro de Economía y, luego, se había mantenido fuera del gobierno y había ido perdiendo paulatinamente su influencia. Además, había terminado distanciándose de Rabin y de su antiguo protegido y sucesor en el ministerio, Rabinovich. La ingente cantidad de trabajo de su cargo dejó a Rabin muy poco tiempo para crear y cuidar apoyos en el aparato y en las bases del partido, una labor que, por otra parte, le desagradaba y no se le daba nada bien.

En teoría, Rabin podría haber optado por abordar esas dificultades agarrando el toro por los cuernos, lanzando iniciativas atrevidas y propagando por todo el país la visión de futuro de un primer ministro joven que representaba una nueva era en la política de Israel. Pero eso no encajaba con el Rabin de 1974. Era un hombre cauto por naturaleza, un gradualista. Como líder político, carecía de seguridad en sí mismo y de experiencia. Era muy consciente de la sombra proyectada sobre su mandato por la generación previa de líderes (con Meir a la cabeza) y por el antagonismo de figuras como Dayán o Eban. No estaba preparado para lanzarse al asalto de nada, pues prefería moverse con cautela y dar pasos bien meditados. Rabin optó por presentar a su gabinete como «un gobierno de continuidad y cambio». Aquello fue un error. La población, según quedó patente al poco tiempo, estaba harta del viejo Partido Laborista, de sus dirigentes y de su legado, y quería fresca y cambio, no más de lo mismo. El sociólogo político israelí Yonatan Shapira argumentó unos años después que la magnitud de la poderosa generación de los pa-

dres fundadores en el movimiento laborista terminó empequeñeciendo y ahogando a sus sucesores, y eso era lo que, en aquel momento, parecía estar sucediendo con Rabin.³

Los dos principales aliados de Rabin en el gabinete eran el ministro de Economía, Yehoshua Rabinovich, un activista laborista de perfil engañosamente gris que hizo una labor excelente al frente de su ministerio, y el ministro sin cartera Israel Galili, que sabía mucho y tenía una dilatada experiencia: era un político astuto que se manejaba magistralmente con la palabra escrita y hablada. Galili, exjefe del Estado Mayor de la Haganá destituido en su día por Ben Gurión, era un verdadero «halcón» en cuanto a sus posiciones políticas, muy en la línea del ala de Isaac Tabenkin en el Ajdut Haavodá. Rabin también solía confiar en el consejo del ministro de Justicia, Haim Tzadok, otro hombre de gran conocimiento y experiencia. La relación del primer ministro con su titular de Exteriores, Alón, era más difícil. Como hemos visto, Alón había sido amigo y mentor suyo, y era el principal responsable de su rápido ascenso en el Palmaj y en las FDI. Aquella inversión de papeles resultó incómoda para ambos. Pero, a un nivel más profundo, podría decirse que Rabin había perdido el respeto que sentía por su antiguo superior. Algo se quebró en Alón en 1949, cuando Ben Gurión lo destituyó. En aquel entonces, no hizo frente al primer ministro y ya nunca se recuperó de aquel revés. Terminó perdiendo su carisma y su aura de gran comandante de guerra. El Alón de mediados de la década de los setenta también evidenciaba cierta tendencia a la palabrería, y Rabin, que nunca se había caracterizado por su paciencia con las personas a quienes no tenía especial aprecio, solía cortar sus intervenciones en los Consejos de Ministros. Esa forma de tratar a Alón no sentó demasiado bien a los miembros del gabinete que todavía lo admiraban por el recuerdo de sus días de gloria en el Palmaj.

Pero el principal problema político de Rabin fue su relación con Peres. La rivalidad entre ambos venía de lejos, de los años cincuenta. Aquel choque entre un poderoso y ambicioso director general (y posterior viceministro) del Ministerio de Defensa y un acreditado jefe adjunto (y posteriormente titular) del Estado Mayor de las FDI era un caso clásico de tensión entre la dirección política civil del sistema de defensa nacional y los altos oficiales militares. Rabin sabía también que Peres, a quien Ben Gurión hacía mucho caso, era el responsable en parte de que el primer ministro hubiera nombrado a Tsur (amigo de Peres) antes que a él como jefe del Estado Mayor en enero de 1961 y sospechaba que había continuado intrigando contra su candidatura a ese puesto en 1964. El enfrentamiento entre ambos por la nominación del partido a primer ministro agrió más aún una relación que ya era mala de por sí.

Para Rabin, sin embargo, una cosa era tener a Peres como competidor dentro de su gabinete y otra completamente distinta tenerlo en calidad de ministro de Defensa. Este último era un puesto especialmente poderoso en un país tan preocupado por su seguridad. El ministro de Defensa dirige las FDI, la industria de la defensa y la administración de los territorios tomados en 1967. En el sistema israelí, no existe un comandante en jefe: el jefe del Estado Mayor de las FDI responde ante el gabinete a través del ministro de Defensa. Ben Gurión comprendía lo que eso significaba y retuvo la cartera de Defensa junto con la jefatura del Gobierno. También lo hizo su sucesor, Eshkol, así como lo han hecho unos cuantos primeros ministros israelíes más, incluido el propio Rabin durante su segundo mandato en el cargo. Pero durante el primero, Rabin sintió muchas veces la frustración de no poder aplicar sus hondos conocimientos y su elevada comprensión de las cuestiones militares y de los problemas de seguridad nacional

de Israel a través de un contacto directo con Mota Gur, el entonces jefe del Estado Mayor de las FDI. Para Peres, cualquier intento del primer ministro en ese sentido se consideraba un grave menoscabo de su propia autoridad como titular del Ministerio de Defensa. Además, Rabin consideraba a Gur un aliado de Peres. Para compensar, en junio nombró a Ariel Sharón como asesor del primer ministro. Sharón no fue nombrado asesor en temas militares o de seguridad, pero la seguridad era su especialidad, por lo que tanto a Peres como a Gur les molestó aquel nombramiento.

Rabin y Peres tal vez podrían haber superado esos enormes obstáculos y haber colaborado con mayor frecuencia de lo que lo hicieron. Cuando conseguían trabajar juntos, esos dos hombres tan dispares se complementaban muy bien y formaban un tándem muy eficaz. Pero durante la mayor parte del tiempo, esa conexión no llegó a producirse; la relación fue tóxica desde el principio. Desde el punto de vista de Rabin, Peres nunca aceptó no haber ganado en 1974 y estaba decidido a derrotarlo y a desbancarlo del puesto de primer ministro. Para Rabin (y no solo para él), era inaceptable que uno de los principales ministros de un gobierno formara parte de él esperando el momento oportuno para sustituir a su primer ministro y actuando a sus espaldas para hacerlo caer. Rabin sabía que Peres estaba en contacto con Dayán y creía que era el caballo de Troya particular de este. Pero allí donde Rabin percibía subversión e intrigas, Peres no veía más que paranoia y manía persecutoria. Rabin (que era conocido por su carácter irascible) perdió varias veces los estribos con Peres en público; Peres sabía controlar mucho mejor sus emociones. Esa malsana situación entre ambos dirigentes se vio empeorada por los actos de sus respectivos asistentes y portavoces (a menudo víctimas de un exceso de celo y de entusiasmo), que azuzaron el fuego con rumores y filtraciones a

los medios. Lo cierto es que a Peres le fue bastante bien en esa particular competición con Rabin: contaba con un mayor apoyo entre la prensa israelí y era popular entre las bases del partido. Cuando compitió de nuevo contra Rabin por la nominación del partido en una segunda ocasión (en febrero de 1977), estuvo a punto de derrotar al todavía primer ministro. Aunque Rabin y Peres trabajaron juntos (como no podía ser de otro modo) en muchas cosas, y el gabinete y la administración funcionaban, la rivalidad entre ellos nunca dejó de proyectar su negativa sombra sobre el primer mandato de Rabin como jefe de Gobierno.

EL CAMINO HACIA EL SINAÍ II

La negociación y la firma del acuerdo provisional con Egipto, así como del memorando de entendimiento con Estados Unidos que iba anexo a dicho acuerdo constituyeron el mayor logro de ese primer mandato de Rabin como primer ministro. El acuerdo, conocido también como Acuerdo del Sinaí II, consolidó las disposiciones establecidas en la inmediata posguerra, en 1974, alejó el peligro de una reanudación de las hostilidades con Egipto, sentó las bases para la búsqueda de un acuerdo de paz definitivo hacia el final de esa misma década y elevó la relación de Israel con Estados Unidos a un nuevo nivel. No fue fácil de cerrar y requirió de un intenso esfuerzo diplomático que duró más de un año. El proceso seguido para llegar a él propiciaría incluso una crisis grave —aunque temporal— en la relación israelí con Washington y en la relación personal de Rabin con el presidente estadounidense, Gerald Ford, y con Kissinger.

En junio de 1974, Nixon visitó Israel como parte de una gira por Oriente Próximo en lo que básicamente significó el

viaje de despedida de un presidente acosado que pronto abandonaría la Casa Blanca. Las conversaciones que Rabin mantuvo con él en aquella ocasión no se centraron en la siguiente fase del proceso de paz. Se acordó que esa cuestión se abordaría a finales de verano, en agosto o septiembre. Pero quienes sí hablaron de un aspecto importante de ese tema fueron Kissinger y Alón, el ministro de Exteriores, durante la visita de este a Washington en julio: en concreto, trataron la posibilidad de un acuerdo provisional entre Israel y Jordania. Al mismo tiempo, el rey jordano, Huseín, visitó a Sadat en El Cairo para comentar la posibilidad de que colaboraran en la fase siguiente del proceso de paz. Kissinger apoyaba la idea de un acuerdo modesto que se limitara a ceder a Jordania algún estribo en el que afianzar sus posiciones en el área de Jericó. Y la apoyaba por dos razones. La primera era la necesidad de contar con un segundo Estado árabe participante en la siguiente ronda de la diplomacia árabe-israelí. Egipto iba a ser el principal actor negociador árabe, pero Sadat no quería verse expuesto a la acusación de ser el único o de estar llegando a un acuerdo por separado con Israel. Al terminar la guerra de Octubre, Siria—aliado egipcio en aquel conflicto bélico— había firmado con Israel su propio acuerdo de separación de fuerzas combatientes. La idea de participar en una nueva iniciativa conjunta con Siria no despertaba demasiado entusiasmo en ninguna de las capitales de la región: Asad era visto como un socio difícil y problemático en cualquier negociación, además de un estrecho aliado de la Unión Soviética. Tampoco iba a ser fácil diseñar otro acuerdo parcial para un área tan relativamente reducida como eran los altos del Golán. Y el segundo motivo de Kissinger tenía que ver con el creciente poder e influencia que estaba adquiriendo la OLP. Dando a Jordania ese pie de apoyo en Cisjordania, podía fortalecer las pretensiones jordanas sobre

ese territorio y el papel protagonista de ese Estado como custodio de la causa palestina.

Rabin sopesó el Plan Jericó, pero al final lo rechazó. Sí se mostró a favor de la idea de alcanzar un compromiso territorial con Jordania en Cisjordania, pero, en aquel momento en particular, creía que no disponía de poder político suficiente para negociar un acuerdo (aunque fuera limitado) sobre parte alguna del territorio cisjordano. La derecha israelí se oponía a toda concesión territorial, pero muy especialmente a concesiones en Cisjordania, Judea o Samaria, áreas por las que expresaba públicamente un apego bastante más profundo que por el Sinaí o el Golán, pues entendía que aquellas formaban parte de la Tierra de Israel. De ahí que cualquier concesión en ese terreno fuese anatema para los líderes derechistas. Rabin llevaba pocas semanas en el cargo y su gobierno se apoyaba en una mayoría exigua; sabía que había miembros de su propio partido y de su coalición de gobierno que se opondrían a la idea. Meir y Galili eran dos líderes «halcones» del laborismo cuyas opiniones tenían un especial peso para Rabin. Y si Rabin pretendía sumar el PRN a su coalición (como al final hizo), era evidente que dicho partido jamás accedería a una concesión así. La idea se debatió en el Consejo de Ministros: la mayoría de los miembros del gabinete no la apoyaron. Así que Rabin terminó rechazando la propuesta del Plan Jericó. A la vista del posterior curso de los acontecimientos, fue una decisión comprensible, pero desafortunada. Fue también reveladora de la inseguridad de Rabin durante aquella fase inicial de su mandato. Un líder distinto —incluso el propio Rabin en un momento posterior de su carrera política— bien podría haber aprovechado la oportunidad para dar un paso de cierta audacia. Pero ese no era el Rabin del verano de 1974.

Por su parte, Kissinger dejó que la pelota siguiese estando en el alero. El 18 de agosto, al término de una visita del rey

Huseín a Washington, se emitió una declaración conjunta en los siguientes términos: «Las conversaciones entre Su Majestad y el presidente y el secretario de Estado han sido una constructiva contribución a las actuales consultas ante la siguiente fase de negociaciones para una paz justa y duradera en Oriente Próximo. Se ha alcanzado el acuerdo de que esas consultas prosigan con la vista puesta en abordar, en una fecha apropiadamente temprana, aquellos temas que son de particular interés para Jordania, incluido un acuerdo jordano-israelí de separación de fuerzas combatientes».⁴

En respuesta a dicho comunicado, el portavoz del Ministerio de Exteriores israelí emitió el siguiente mensaje: «El gobierno de Israel, como ya ha declarado en reiteradas ocasiones, está dispuesto a dedicar los esfuerzos necesarios a alcanzar un acuerdo de paz con Jordania. A lo que Israel se opone, sin embargo, y continuará oponiéndose es a la demanda jordana de una retirada israelí de toda la ribera del río Jordán como parte de lo que Jordania llama una “separación de las fuerzas combatientes” de uno y otro país».⁵

El 29 de agosto de 1974, Rabin mantuvo su primera reunión secreta con el rey Huseín. Se reunirían hasta en ocho ocasiones durante ese primer mandato de Rabin. Su relación se sustentaba en una enemistad común con la OLP y Siria, así como en el interés israelí en la supervivencia del régimen hachemí, pero al final no lograron la coincidencia necesaria para cerrar un acuerdo, ni definitivo ni provisional. Huseín no se movió de sus demandas para firmar un acuerdo definitivo: estaba dispuesto a ofrecer a Israel una paz total, pero solo a cambio de una retirada igualmente total de los territorios ocupados, incluso de Jerusalén Este. Y si Israel quería conservar parte de Cisjordania, tendría que hablarlo con la OLP. En cuanto a sus peticiones para un acuerdo provisional, insistió en que se concediera una franja de tierra de entre

ocho y diez kilómetros de ancho a lo largo del valle del Jordán. Eso habría protegido el reino hachemí de una posible presencia palestina futura en el Jordán, pero era innegociable desde la perspectiva de Rabin, dada la oposición dentro del Partido Laborista y del PRN a cualquier concesión territorial en Cisjordania.

Por su parte, los primeros pasos reales en las negociaciones para el siguiente acuerdo egipcio-israelí se dieron en septiembre de 1974. Fue entonces cuando Rabin realizó su primera visita a Estados Unidos como primer ministro de Israel. Su nuevo anfitrión fue el presidente Gerald Ford, sustituto de Nixon. Los dos principales puntos en el orden del día de las conversaciones de Rabin con Ford y Kissinger fueron la solicitud israelí de nuevos suministros de armas y la diplomacia en Oriente Próximo. Rabin había llegado ya por entonces a la conclusión de que el siguiente acuerdo tendría que negociarse con Egipto por separado. En principio, Egipto estaba dispuesto a actuar en solitario. Sadat no deseaba verse abocado al inmovilismo por culpa de Asad y, en septiembre, se distanció personalmente de la colaboración con Jordania que en julio él mismo preveía. Pero el precio exigido por aquel pacto aparte entre egipcios e israelíes sería elevado. Sadat explicó a sus interlocutores estadounidenses que, para cubrirse las espaldas al cerrar ese acuerdo por separado, necesitaría que los términos pactados con Israel fuesen suficientemente buenos como para justificar semejante ruptura de la solidaridad árabe.

La administración Ford intentó reiniciar el proceso de paz negociando unos acuerdos nuevos entre Israel y Egipto, preferiblemente reforzados con otros entre Israel y Jordania. Rabin inició sus conversaciones con Ford y Kissinger recalcando que el siguiente acuerdo que se firmara con Egipto tendría que incluir una dimensión política que lo hiciera cua-

litativamente diferente de los acuerdos (esencialmente militares) negociados en 1973 y 1974. Rabin prefería ir paso a paso y no buscar directamente un acuerdo integral. Pero él sabía —y quienes lo criticaban en Israel bien que se lo reprochaban— que aquel enfoque gradualista podía tener un importante inconveniente: podía terminar convertido en una especie de «táctica salami», por la que Israel fuera despojándose de sus activos territoriales a cambio de acuerdos limitados hasta quedarse sin nada al final del proceso. Para conjurar esa posibilidad, Rabin exigió que el siguiente acuerdo con Egipto tendría que asegurar a Israel el final definitivo del estado de guerra con Egipto a cambio de una retirada israelí limitada.

Los interlocutores estadounidenses de Rabin le dijeron que Sadat accedería a poner fin al estado de guerra, pero solo a cambio de una retirada israelí completa del Sinaí. Eso era inaceptable para Rabin, que propuso entonces una retirada de entre treinta y cuarenta kilómetros a cambio de una no beligerancia. Esta última figura, según escribió el propio Rabin en sus memorias, ya había surgido durante el mandato de Meir como primera ministra. El territorio que correspondería a una retirada de semejante distancia incluiría tres lugares en los que se centrarían las negociaciones, las discrepancias y los acuerdos del año siguiente: 1) el yacimiento petrolífero de Abu Rodas; 2) los pasos de Mitla y Guidi, considerados cruciales para cualquier despliegue o maniobra ofensiva o defensiva; y 3) la estación de vigilancia electrónica israelí de Um Hashiba, un puesto de avanzada de gran valor para la obtención de información de inteligencia. Sadat se negó a ofrecer la no beligerancia a cambio de una retirada parcial e insistió en recuperar esos tres puntos estratégicos en el siguiente acuerdo con Israel.

Ese toma y daca inicial finalizó en septiembre-octubre de 1974 tras la cumbre árabe de Rabat, cuando se inició un

compás de espera que acabaría prolongándose varios meses. Por una parte, la cumbre árabe representó un revés para Jordania y un éxito para Siria y la OLP. Sus resoluciones reforzaron el reconocimiento árabe general de la OLP como «única representante legítima del pueblo palestino» y único actor con pretensiones también legítimas sobre el territorio de Cisjordania. Sadat completó entonces el giro de 180 grados iniciado en septiembre y se sumó a Siria, la OLP y el consenso árabe. ¿De verdad podían confiar en él los israelíes como socio en unas negociaciones? Eso era lo que un preocupado Rabin se preguntaba por entonces. A Israel y a Estados Unidos les inquietaba también la visita que el líder soviético, Leonid Brézhnev, tenía previsto realizar a El Cairo con la inconfundible intención de conseguir que Egipto volviera al redil. Washington y Jerusalén decidieron aguardar al resultado de la visita de Brézhnev, que, al final, se canceló. Kissinger emprendió entonces lo que él mismo llamó una «misión de exploración» por la región, el 10 de febrero de 1975, y visitó Israel, Egipto, Jordania, Siria y Arabia Saudí.

El propio Rabin se complicó bastante las cosas antes de la llegada de Kissinger cuando habló sin reservas con Yoel Marcus, un influyente columnista del diario israelí *Haaretz* (y no era la primera vez —ni sería la última— que Rabin se buscaba problemas por expresarse libremente ante los medios). En aquel caso, había acordado con Marcus que este tendría libertad para informar de la esencia de las declaraciones de Rabin, pero sin citarlas directamente. El resultado fue una exposición pública e inusualmente sincera del punto de vista de Rabin sobre la postura y la estrategia de Israel atribuida al propio Rabin. Israel, según contó Rabin a Marcus, iba a pasar «siete años de vacas flacas» (en alusión al sueño bíblico del faraón, descifrado por José) y, por lo tanto, tenía que ganar tiempo como fuera. A raíz del reciente despliegue del «arma petrole-

ra» y la cuadruplicación de los precios del crudo tras la guerra de Octubre, la influencia árabe estaba en su máximo nivel. Israel no podía esperar grandes éxitos diplomáticos en tales condiciones y debía procurar, pues, acuerdos limitados que le permitieran superar del mejor modo posible tan difícil periodo. Mientras tanto, trataría de «insertar una cuña» de separación entre Egipto y Siria, y entre Egipto y la Unión Soviética.⁶

Tan franca exposición de argumentos provocó una avalancha de reacciones contrarias en los medios y desde la oposición. Beguin, el jefe de esa oposición, además de recalcar que la Knéset debía debatir antes ese tema, condenó tanto el contenido como la forma del mensaje de Rabin; la oposición parlamentaria y varios periodistas reprocharon a Rabin el haber expuesto tan abiertamente su estrategia. Unas semanas después, John Lindsay, antiguo alcalde de Nueva York, viajó a Israel para entrevistar a Rabin para ABC News. Lindsay le preguntó qué estaba dispuesto Israel a ofrecer a Egipto a cambio de la no beligerancia. La respuesta de Rabin fue —con ciertos matices menores— que Egipto podía quedarse con los pasos y con el yacimiento petrolífero. Otro vendaval de protestas siguió a aquellas palabras. Aquellos eran los traspies propios de los primeros pasos de un político todavía por pulir, demasiado libre a la hora de expresar sus opiniones y comentarios, y todavía inexperto en el arte de tratar con los medios y manejarlos.

Kissinger realizó una breve visita en febrero y regresó en marzo de 1975 para viajar tanto a El Cairo como a Jerusalén. Hubo algún avance, pero tres eran los temas en los que las distancias entre ambos parecían imposibles de salvar: las líneas de la retirada israelí y del nuevo despliegue egipcio; la estación de vigilancia israelí en Um Hashiba, y la duración del acuerdo, pues Sadat insistía en que fuera de dos años e Israel quería un periodo de vigencia más largo.

El 22 de marzo se hizo evidente que los esfuerzos mediadores de Kissinger habían fracasado. Rabin se negaba a aceptar las exigencias de Egipto, sobre todo la insistencia de El Cairo en incluir los estratégicos pasos de Mitla y Guidi dentro de la zona de la retirada israelí, y la negativa egipcia a añadir una dimensión política al acuerdo. Kissinger apoyaba la postura egipcia. De hecho, se marchó de Israel bastante enfadado y afectado. Culpaba al gobierno israelí (y a Rabin en concreto) de su fracaso. Cuando Kissinger y Rabin colaboraron estrecha y eficazmente en la época en que el segundo era embajador en Washington, Kissinger era claramente el miembro sénior de ese dúo. Pero, en 1974 y 1975, él era el secretario de Estado de una superpotencia y Rabin era un primer ministro (jefe de Gobierno de un país pequeño, pero jefe de Gobierno al fin y al cabo). Cuando Rabin llegó a Washington en su visita inaugural como primer ministro —anécdota sobre la cual ironizó en sus memorias—, ya no fue a visitar a Kissinger al despacho de este en el Departamento de Estado, sino que, tal como exigía el protocolo, fue Kissinger quien acudió a verlo a él a la Blair House, la residencia de los invitados presidenciales. Los dos necesitaron tiempo —y una crisis— para adaptar sus relaciones a las nuevas circunstancias. Desde el punto de vista de Kissinger, cuando Rabin lo había invitado a mediar entre la capital egipcia y la israelí visitando ambas ciudades en marzo, se había comprometido implícitamente a que ese esfuerzo del estadounidense diera fruto. Nadie invita al secretario de Estado de Estados Unidos para que se ponga al frente de una misión condenada a fracasar.

La famosa «fuente del máximo nivel que viajaba con el secretario de Estado» a bordo del Air Force 3 (y que no dejaba de ser una referencia mal disimulada al propio Kissinger) no perdió un segundo en informar al cuerpo de prensa esta-

dounidense que cubría aquel viaje, culpando a Rabin y a Israel del fracaso. A aquello seguiría un mensaje del presidente Ford a Rabin en el que lo informaba de que, en vista de aquel malogrado intento, Estados Unidos tendría que reevaluar su política en la región o, dicho de otro modo, su relación con Israel. Dio así comienzo un difícil periodo de seis meses conocido como «la reevaluación». Durante ese tiempo no se cerraron nuevos acuerdos de envíos de armas a Israel, aunque se mantuvieron los que ya lo estaban. La discordia manifiesta y la persistente campaña negativa mantenida desde la administración estadounidense socavaron en buena medida la posición regional e internacional de Israel, así como la del propio gobierno dentro del país. Rabin contraatacó movilizándolo a la comunidad judía y a los amigos de Israel en el Congreso. En junio, se emprendió una nueva iniciativa dirigida a resolver la crisis. Rabin llegó a Washington, se reunió con Ford y con Kissinger, y juntos examinaron de nuevo posibles soluciones creativas al punto muerto en el que se encontraban. Ford y Kissinger recurrieron a una amenaza: si el compás de espera continuaba, habría que convocar la Conferencia de Ginebra, donde se reanudaría la búsqueda de una solución integral al conflicto. Sabían muy bien que Israel se oponía rotundamente a convocar un foro como aquel, que incluiría a la Unión Soviética y a Siria, y que generaría nuevas presiones para que el tema palestino se incorporara al orden del día.

El 1 de julio, Rabin había decidido ya buscar un fin rápido a la crisis. Envió al embajador Dinitz a reunirse con Kissinger en las islas Vírgenes para trasladarle un claro mensaje en el sentido de que estaba decidido a alcanzar un compromiso. En las semanas siguientes, dos acontecimientos facilitarían ese compromiso: en primer lugar, Rabin accedió a fijar la línea al este de los pasos de Mitla y Guidi, lo que permitiría

que Egipto se hiciera con el control de estos, pero sin que Israel dejara de tener a sus fuerzas desplegadas en una posición defensiva satisfactoria; en segundo lugar, surgió la posibilidad de una presencia militar estadounidense, que posteriormente se concretaría en el traspaso de la estación de vigilancia a personal operativo de Estados Unidos.

Los ánimos tardaron algún tiempo en calmarse y también hubo que esperar bastante a que se restableciera la confianza entre la administración Ford y el gobierno de Rabin. El presidente estadounidense advirtió al primer ministro israelí que comportamientos como los que Rabin había tenido en fechas previas ponían en peligro la cooperación futura entre ambos países. Todas esas dificultades se superaron en cuanto Rabin accedió a hacer las concesiones que se había negado a realizar en marzo. Rabin invitó a Kissinger a reeditar su misión diplomática de viajes entre El Cairo y Jerusalén el 21 de agosto. Esta vez se dejó muy claro que se invitaba a Kissinger porque se sabía que completaría su misión.

Las visitas de Kissinger a Israel durante ese periodo se vieron empañadas por las crudas y violentas manifestaciones organizadas por el Gush Emunim, que señalaron el inicio de un conflicto interno israelí que se iría recrudeciendo con el paso del tiempo. Los líderes de la formación consideraban el Sinaí parte de la Tierra de Israel y se oponían a toda concesión territorial. Trataron de difamar a Kissinger acusándolo de ser judío solo en apariencia y de estar casado con una gentil, y organizaron disturbios en Jerusalén y otros escenarios. Pero uno de los rasgos del carácter de Rabin era que la oposición a sus políticas (sobre todo, la oposición violenta) no hacía más que reafirmarlo en sus posiciones y decisiones. Así que dio órdenes tajantes a la policía de dispersar a los manifestantes del Gush Emunim y a sus líderes, por la fuerza si era necesario. En una entrevista que no llegó a publicarse, Rabin

dijo: «Un movimiento procolonos [...] es como un cáncer en el tejido social y democrático del Estado de Israel, la manifestación de un colectivo que usurpa la ley. [...] Desde una perspectiva histórica, la gente se preguntará qué estaba haciendo Israel en 1976 [*sic*] y en qué intrascendente lugar de mala muerte. Un debate místico centrado en el problema existencial de la existencia de Israel. Es increíble. [...] ¿[Y] qué es eso de colonizar? ¿Qué clase de lucha representa? ¿Qué significa?».7

Veinte años después, el propio Rabin se convertiría en el blanco de las manifestaciones y las difamaciones de esos mismos sectores.

El 31 de agosto se había completado ya la parte egipcio-israelí del acuerdo. Se necesitó una noche adicional para rematar el memorando estadounidense-israelí de entendimiento y poner fin así a la odisea que se cerró con el acuerdo del día 1 de septiembre de 1975.

El acuerdo provisional se basaba en el acuerdo egipcio-israelí de separación de fuerzas combatientes de 1974. Rabin no logró introducir en él la cláusula de no beligerancia que pretendía incluir inicialmente, pero ambas partes se comprometieron a resolver su conflicto por medios pacíficos y a no recurrir ninguna de ellas a la amenaza ni al uso de la fuerza contra la otra. Las fuerzas de las Naciones Unidas continuarían desempeñando su papel. Egipto accedía a autorizar la circulación de mercancías con destino o procedencia israelí por el canal de Suez. El acuerdo estaría en vigencia mientras no lo sustituyera otro nuevo. Las disposiciones sobre las estaciones de alerta temprana instaladas en zonas de separación, y operadas y supervisadas a partir de entonces por personal estadounidense, eran muy detalladas. Desde el punto de vista de Rabin, el memorando de entendimiento que se firmó en paralelo entre Estados Unidos e Israel era igual de importante

que el acuerdo egipcio-israelí. Trataba de cuestiones como la asistencia militar, el abastecimiento de petróleo, la ayuda económica y asuntos diplomáticos. Los dos países acordaron que el siguiente paso con Egipto debía ser un acuerdo de paz definitivo, como también debía serlo en el caso de Jordania. Washington accedió a consultar rápidamente con Israel en caso de amenaza de alguna «potencia mundial» contra ese país. Se acababa también la congelación de nuevos acuerdos sobre armamento, iniciada en abril. Se firmó un memorando especial sobre la Conferencia de Ginebra. Washington se comprometía a no reconocer a la OLP ni a negociar con ella hasta que dicha organización reconociera el derecho de Israel a existir y aceptara las resoluciones 242 y 338 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. También se comprometía a coordinar concienzudamente su estrategia con Israel en el caso de que se convocara una Conferencia de Ginebra, y accedía a mantener las negociaciones dentro de un formato estrictamente bilateral. Ford también escribió una carta a Rabin en la que le decía que «Estados Unidos no ha desarrollado todavía una postura definitiva sobre las fronteras [entre Israel y Siria]. Cuando lo haga, atribuirá una importancia especial a la postura israelí de que todo acuerdo de paz con Siria deberá partir de la base de la permanencia de Israel en los altos del Golán».⁸ Al mismo tiempo, en las misivas que se estaban enviando en paralelo a Egipto, Estados Unidos se comprometía a conseguir que Siria e Israel celebraran nuevas negociaciones.

Una vez firmado el acuerdo provisional con Egipto el 1 de septiembre de 1975, Rabin esperaba poder dormirse en los laureles durante un tiempo. Sabía de sobra que tendría que avanzar en el proceso de paz y preveía que la siguiente fase consistiría en un nuevo acuerdo egipcio-israelí, un acuerdo a más largo plazo y fundamentado en la retirada israelí de la

mitad del Sinaí hasta la línea El Arish-Ras Muhamad a cambio del fin del estado de guerra entre Egipto e Israel. Pero pronto se hizo evidente que el *statu quo* no podía mantenerse indefinidamente. En Washington arreciaban las críticas contra la diplomacia del «paso a paso» de Kissinger. Quienes criticaban al secretario de Estado sostenían que ya iba siendo hora de variar la estrategia hacia la búsqueda de un acuerdo integral que incluyera también la cuestión palestina. Kissinger tenía que gestionar el descontento de Siria por haber quedado al margen, así como las presiones árabes para tratar la cuestión de Palestina. El 29 de septiembre de 1975, Kissinger dijo a los representantes árabes en la ONU que «Estados Unidos valoraría posibles vías para trabajar en un acuerdo global» y que él mismo comenzaría a perfilar mejor un planteamiento sobre cómo satisfacer los intereses legítimos del pueblo palestino.⁹ También se dio otro paso en esa misma dirección cuando el vicesecretario adjunto de Estado para Asuntos de Oriente Próximo, Harold «Hal» Saunders, compareció ante la Comisión de Asuntos Internacionales de la Cámara de Representantes el 12 de noviembre de 1975. La comisión, presidida por el congresista Lee Hamilton, celebraba esos días una serie de sesiones sobre la cuestión palestina, algo ya de por sí indicativo del reconocimiento que estaba adquiriendo el tema en Washington. El testimonio de Saunders, presentado también por escrito, definía la dimensión palestina de las hostilidades árabe-israelíes como «núcleo central del conflicto». Las palabras elegidas eran muy significativas. Si la cuestión palestina era el núcleo central del conflicto, todo intento de resolverlo que no abordara su elemento nuclear central no pasaría de ser limitado y temporal. Saunders afirmó además que «el interés legítimo de los palestinos debe ser tenido en cuenta en las negociaciones de una paz árabe-israelí».¹⁰

ISRAEL, SIRIA Y EL LÍBANO

A Rabin le preocupaban esas noticias, pero también los esfuerzos de Kissinger por apaciguar a Asad. El acuerdo sirio-israelí de separación de fuerzas combatientes de 1974 estipulaba que el mandato de las fuerzas de interposición de la ONU (FNUOS) en el Golán tenía que renovarse cada seis meses. Eso ponía en manos de Siria un resorte excelente para presionar a Israel. Cuando se acercaba el momento previsto para la renovación, Asad maniobró hábilmente para crear la impresión de que Siria estaba a punto de oponerse a esta y de abrir una crisis. En concreto, la respuesta de Siria al acuerdo provisional egipcio-israelí de 1975 fue feroz. Condenó a Egipto y lo acusó de haberse vendido al enemigo cerrando un acuerdo por separado con Israel. Mientras Siria era marginada de la diplomacia árabe-israelí de Kissinger, el gobierno de Damasco trabajó por afianzar su posición en la región. Tras años de inestabilidad, Asad, que se había hecho con todo el poder en noviembre de 1970, había logrado hacer de Siria un Estado estable y cada vez más poderoso, y había comenzado a impulsar la ambiciosa política de extender su hegemonía hacia otros vecinos árabes más débiles, como el Líbano, Jordania y los palestinos. Nada de lo que Kissinger pudiera ofrecer a Asad en forma de un segundo (y más modesto) acuerdo sobre el Golán iba a resultarle satisfactorio al líder sirio, así que Kissinger trató de suavizarlo por otras vías. Una de ellas fue consentir el deseo de aquel de impulsar una iniciativa sirio-rusa conjunta para que la OLP fuese invitada a un debate del Consejo de Seguridad en enero de 1976. Rabin reaccionó airado. Él entendía que Estados Unidos, Israel y Egipto acababan de completar un importante paso en sus negociaciones, y que, accediendo a una contramedida ruso-siria, Washington no hacía más que debilitar los efectos de su propia

política y la posición de Israel. Aquello fue motivo de un nuevo (aunque breve) periodo de tensión en la relación de Jerusalén con Washington y, por supuesto, en la relación personal de Rabin con Kissinger.

Pero, a comienzos de 1976, la relación triangular entre Estados Unidos, Israel y Siria se transformó radicalmente debido a la evolución de la guerra civil libanesa. Este conflicto armado había estallado en abril de 1975 entre una coalición dominada por la minoría cristiana, que trataba de preservar así su estatus político en la única democracia parlamentaria del mundo árabe, y una coalición revisionista formada por fuerzas musulmanas, palestinas y de la izquierda libanesa que aspiraban a revertir ese *statu quo*. Como no podía ser de otro modo, Siria e Israel se hallaban en bandos enfrentados por ese conflicto. Siria mantenía sus viejas pretensiones irredentistas sobre el conjunto (o, al menos, sobre partes significativas) del territorio libanés y apoyaba al bando revisionista. A Israel le preocupaba la transformación potencial de su vecino árabe más amistoso, la posibilidad de que los elementos radicales pasasen a controlar el país, el fortalecimiento de la posición de la OLP en la frontera septentrional israelí y la extensión de la influencia siria. Rabin no quería verse arrastrado a aquella guerra civil y limitó la implicación directa de Israel a la zona sur del Líbano. Apoyó la política de Peres consistente en la prestación de ayuda humanitaria (la conocida como política de «la buena frontera») y autorizó la formación de una pequeña milicia local en esa área meridional para ayudar a la población del lugar a defenderse de la penetración de elementos hostiles en las inmediaciones de la zona fronteriza. Pero rechazó las solicitudes de intervención directa que le trasladaban los líderes cristianos maronitas. Rabin se reunió con los dos principales dirigentes de dicha minoría, Camille Chamoun y Pierre Gemayel, a bordo de un buque de la armada

israelí. El mensaje que les transmitió fue que Israel no iría más allá de «ayudarles a protegerse ustedes mismos». Tal ayuda consistió en la provisión de material e instrucción militares.

No obstante, en la primavera de 1976 pudo apreciarse un importante cambio en la política siria. Asad modificó sus cálculos y comenzó a creer que una victoria de los radicales pondría en peligro a su propio país porque lo arrastraría a una guerra no deseada contra Israel. Así que varió de política y empezó a apoyar al bando del *statu quo*; cuando se encontró con la oposición de sus antiguos aliados, despachó rápidamente a su ejército al otro lado de la frontera. Luego recurrió a Estados Unidos para valorar hasta dónde podía extender su intervención militar en el Líbano sin provocar una reacción israelí; Kissinger estuvo encantado de mediar. Rabin veía las ventajas de ese nuevo papel estabilizador de Siria en el Líbano, pero no quería que los sirios se acercaran demasiado a la frontera libanesa-israelí ni que se les concediera demasiada libertad para hacer demostración de su poderío militar. Así que insistió en que se cumplieran cuatro condiciones:

1. que el ejército sirio se abstuviera de cruzar una línea roja virtual trazada unos cuarenta kilómetros al norte de la frontera israelí;
2. que no desplegara misiles tierra-aire en suelo libanés;
3. que no usara su fuerza aérea para atacar objetivos sobre el terreno en el Líbano, y
4. que la fuerza aérea israelí conservara su libertad de acción en el Líbano.

Asad estuvo de acuerdo. El episodio, conocido desde entonces como el Acuerdo de la Línea Roja, se traduciría en una intervención militar siria en el Líbano y en la instauración de la hegemonía siria sobre ese país.

Para Israel, aquella sería un arma de doble filo. Por un lado, el ejército sirio tuvo que dividirse entre dos países durante varios años, lo que redujo la amenaza directa que representaba para Israel. Siria infligió numerosas bajas a la OLP y su implicación en el Líbano suavizó las aristas de su campaña contra el Acuerdo del Sinaí II. Tomado en un sentido más general, el problema libanés captó la atención árabe y la apartó de la causa palestina durante un tiempo. Al final, sin embargo, la cuestión palestina resultó imposible de eludir. La OLP ocupó el sur del Líbano y lo convirtió en una nueva base de operaciones con la que sustituir la que había perdido en Jordania. Esta evolución de los acontecimientos tendría lugar ya tras la formación del gobierno Beguin en Israel y provocaría que el nuevo primer ministro adoptase una política completamente distinta de la de Rabin. Pero Siria respetó el Acuerdo de la Línea Roja durante su intervención. Ya a finales de 1976, tras la victoria de Jimmy Carter en las elecciones presidenciales estadounidenses, los sirios quisieron poner a prueba la determinación de Jerusalén y de Washington y enviaron tropas más al sur de la Línea Roja. La respuesta de Rabin fue inmediata: reforzó el despliegue israelí en la frontera libanesa, lo que convenció a los sirios de la conveniencia de retirarse.

RABIN, LA CUESTIÓN PALESTINA Y EL MOVIMIENTO DE LOS COLONOS

Cuando accedió al cargo de primer ministro, Rabin tenía una idea muy clara de cómo abordar la cuestión palestina. Él creía que Jordania era el socio con el que Israel debía contar para resolver o, cuando menos, tratar el tema palestino y que la solución debía basarse en un compromiso territorial con

Jordania en Cisjordania. Se oponía firmemente a tener trato alguno con la OLP, pero estaba abierto a que otros israelíes, como el general retirado Mati Peled o el periodista Uri Avneri, se reunieran oficiosamente con representantes de la OLP, aun cuando tal práctica estuviera formalmente prohibida por ley. Sin embargo, durante los primeros meses de Rabin en el poder se hizo evidente que un acuerdo (definitivo o provisional) con Jordania resultaba inviable, pues Rabin entendía que no estaba en sus manos ofrecer concesiones territoriales en Cisjordania; así pues, tanto Cisjordania como Gaza tendrían que seguir estando bajo administración israelí directa.

Una de las principales dificultades derivadas de esa pervivencia del *statu quo* en Cisjordania y Gaza fue la relacionada con los asentamientos de colonos israelíes. El propio Rabin era partidario de establecer asentamientos en los altos del Golán y en zonas muy escasamente pobladas de Cisjordania, así como en áreas circundantes de Jerusalén que estaban destinadas a formar parte de Israel en cuanto se alcanzara un acuerdo sobre un estatus definitivo. Pero esa política suya chocaba con las posturas de algunos sectores de su partido y de su coalición de gobierno, y no digamos ya con las del relativamente recién fundado Gush Emunim. Algunos de sus aliados más próximos, como Galili, líder de la facción del Ajdut Haavodá, eran verdaderos «halcones» en esa cuestión. En aquel entonces, Peres estaba a favor del concepto de «compromiso funcional» en Cisjordania defendido por Dayán, que abogaba por una división del trabajo entre Israel —que retendría el control sobre todo el territorio y sería responsable de la seguridad— y un socio árabe que se responsabilizaría de la administración civil.

El Gush Emunim persistió en su política de instalación de asentamientos en Samaria, parte montañosa y poblada de Cisjordania. Su primer éxito en ese sentido fue en un antiguo

campamento militar jordano, Ein Yabrud, que sutilmente terminaría siendo un asentamiento llamado Ofra. Los líderes del movimiento de los colonos aprendieron pronto a manipular con destreza el sistema político israelí. En este caso en concreto, persuadieron al entonces ministro de Defensa, Peres, responsable como tal de la administración de Cisjordania, de que adoptara una política de aceptación pasiva de una instalación de perfil bajo en Ein Yabrud, disimulada bajo la apariencia de un campamento de trabajo. Aquel fue el primer asentamiento construido en la parte montañosa de Cisjordania, un área supuestamente reservada para un futuro acuerdo con Jordania o con una entidad palestina.

Más destacados aún fueron los repetidos intentos del Gush Emunim de colonizar Sebastia, en las proximidades de Nablus, una iniciativa que alcanzó sus instantes más críticos en diciembre de 1975. Fue una campaña lanzada, además, en un momento muy oportuno para sus promotores. En Jerusalén se celebraba entonces un gran encuentro judío en respuesta a la resolución aprobada en la Asamblea General de la ONU que condenaba el sionismo por considerarlo una forma de racismo. El texto de dicha resolución había salido adelante gracias a la cooperación árabe-soviética en las Naciones Unidas y estaba dirigido a minar la legitimidad de Israel. Cuando Rabin fue informado del intento del Gush Emunim de asentarse en Sebastia, se dio cuenta de que se enfrentaba a una situación política compleja. Su ministro de Defensa, Peres, simpatizaba con aquellos asentamientos, por no decir que los apoyaba abiertamente. Otros aliados del gobierno en el partido de Rabin también sentían cierta debilidad por la causa de los colonos, que supieron caracterizarse hábilmente como sucesores naturales de los pioneros del sionismo laborista. El jefe del Estado Mayor de las FDI, Mota Gur, calculó que necesitaría unos cinco mil soldados y tres días para eva-

cuar a los colonos. Además, los miembros del PRN presentes en el gobierno de Rabin y en la coalición parlamentaria que lo apoyaba eran abiertos partidarios de los colonos. La perspectiva de un enfrentamiento violento y a gran escala entre las FDI y los colonos mientras semejante muestra de solidaridad judía se estaba produciendo en calles y plazas de Jerusalén era hartamente problemática, por no decir otra cosa. Así que Rabin encargó a su asesor Sharón, uno de los patrocinadores de la causa de los colonos, la búsqueda de una solución. También se recabaron los servicios como mediador de Haim Guri, amigo de infancia de Rabin que estaba presente en la ciudad en funciones de periodista. El resultado fue un compromiso que permitió que treinta colonos permanecieran en un campamento de las FDI en Qadum. Rabin se enteraría más tarde de que los treinta colonos se habían convertido en realidad en treinta *familias* de colonos. Esas treinta familias terminaron fundando un nuevo asentamiento llamado Kedumim. En diciembre de 1975, el gobierno decidió que revisaría la cuestión seis meses después y, efectivamente, el tema se debatió en mayo de 1976. Pero Rabin tampoco pudo formar un consenso entonces y la salida que se encontró fue la de decidir no decidir nada al respecto.

El incidente de Sebastia fue un punto de inflexión en varios sentidos. Constituyó un acontecimiento definitorio en la historia del Gush Emunim y del movimiento de los colonos que llevó a la construcción de nuevos asentamientos en Samaria. También puso de manifiesto la debilidad de Rabin y de su gobierno. Aquel fue un momento que requería de una demostración de valentía y determinación políticas de las que el Rabin de 1975 todavía carecía. Fue, además, otro episodio importante en el empeoramiento de la relación entre Rabin y Peres. Rabin era crítico con el apoyo de Peres a los colonos, una actitud que consideraba un gesto de subversión

dirigido a socavar su propia posición como primer ministro. Desde ese momento, fue ya muy difícil frenar el deterioro de su relación.

El enfado de Rabin con Peres se hizo visible unas semanas después, en enero de 1976, durante un viaje del primer ministro a Estados Unidos. Rabin había ido allí para participar en el bicentenario de la independencia de aquel país. El presidente Ford, que estaba agradecido por la firma del acuerdo provisional del 1 de septiembre de 1975, le ofreció un caluroso recibimiento. Pero cuando Rabin visitó el Congreso, tuvo que pasar por el bochorno de responder a ciertas preguntas sobre la solicitud israelí de sistemas estadounidenses de armamento sofisticado, incluidos misiles balísticos capaces de transportar una cabeza nuclear. Las peticiones de esas armas las había presentado Peres en diciembre, pero hubo que modificarlas más tarde cuando Rabin y Peres se dieron cuenta —gracias a aquellas preguntas de los congresistas— de que la lista del pedido israelí era ciertamente exagerada. Rabin se reunió poco después con un grupo de periodistas israelíes en la Blair House y aprovechó el momento para mostrarse abiertamente crítico y desdeñoso tanto con Peres como con el profesor Yuval Neemán, asesor de Peres, que se suponía que había sido el responsable de preparar aquel pedido. Rabin declaró que la lista «contenía algunos elementos que, más que ser superfluos, bordeaban lo ridículo».¹¹ Sus comentarios hallaron un amplio eco periodístico en Israel y despertaron intensas reacciones y críticas. En sus memorias, Rabin expresó una vez más cierto arrepentimiento por el estilo de sus comentarios, pero no por la sustancia de estos.

La tensión personal entre Rabin y Peres fue aumentando hasta que, en la primavera de 1976, Rabin se convenció de que tenía que hacer algo respecto a esa mala relación y a los efectos negativos del incidente Sebastia. Sabía que su posi-

ción y su autoridad habían quedado seriamente cuestionadas y optó por dar explicaciones a través de una nueva entrevista concedida a Yoel Marcus. Aprendida la lección de la entrevista anterior, la de 1974, esta vez las declaraciones recogidas en el artículo de Marcus no se atribuyeron al propio Rabin, sino a «una fuente interna bien informada». Concretamente, la noticia se tituló «Una fuente interna bien informada valora las opiniones, la autoridad, los éxitos y los fracasos del primer ministro».¹²

En la entrevista, Rabin (o «el hombre de dentro») intentó minimizar lo ocurrido en Sebastia. Lugares como Qadum no eran «asentamientos propiamente dichos» ni tenían por qué determinar las futuras fronteras de Israel, decía allí. No se trataba, por lo tanto, de un asunto merecedor de una crisis gubernamental o de partido. En cuanto a las dudas respecto a su autoridad personal o la de su gobierno, sostenía que no había de qué preocuparse. Comparada con la del gran Ben Gurión, que tuvo que amenazar varias veces con dimitir para librarse de su ministro de Exteriores, Moshé Sharet, o con la de la poderosa Golda, quien tuvo que soportar a Eban (un ministro de Exteriores que no era en absoluto de su agrado y cuya política venía dictada por Dayán) durante cinco años, la posición de Rabin era bastante buena. El primer ministro le dijo a Marcus que no tenía que capitular ante los dictados de su ministro de Defensa, pero aun así dedicó buena parte de aquella conversación a quejarse de él. Lamentó que la Knéset no hubiera aprobado la propuesta de ley que autorizaba al primer ministro a destituir a miembros de su gabinete, y no escondió que era el ministro de Defensa a quien tenía en mente como primer defenestrado si le hubieran otorgado esa nueva competencia.

Las críticas de Rabin contra el Gush Emunim en aquella entrevista fueron relativamente suaves comparadas con las

que le dedicaría en sus memorias y en diversos intercambios confidenciales con periodistas en 1976 que no se hicieron públicos hasta 2015.¹³ «En el Gush Emunim —dijo— veo una de las más graves amenazas al Estado de Israel. [...] No es un movimiento procolonos, [...] es como un cáncer en el tejido social y democrático [del país], la manifestación de un colectivo que usurpa la ley». En otra entrevista extraoficial describió la desesperanza que le producía la situación a la que el Gush Emunim lo había llevado: «No creo que esto pueda perdurar en el tiempo sin producir una especie de *apartheid* contra un millón y medio de árabes viviendo dentro de un Estado judío. Yo estoy dispuesto a convocar elecciones por algo así. [...] Pero, desde una perspectiva histórica, ¿quién recordará esto que tanto preocupó a Israel en 1976? ¿Un intrascendente lugar de mala muerte al que han mezclado en un debate místico sobre el que han querido centrar los problemas existenciales de Israel? [...] ¿Qué es un asentamiento? ¿Qué clase de lucha representa? Qadum es una carcasa vacía».*¹⁴

Era característico de Rabin, como ya he señalado antes, que el conflicto y el antagonismo lo volvieran más incisivo y contundente. Sus argumentos en contra del Gush Emunim eran tres: en primer lugar, suponía una amenaza para la democracia israelí por su ideología y su justificación de la violencia; en segundo lugar, su pretensión de ser una nueva encarnación del movimiento de los pioneros que se habían instalado en el país y habían construido el Israel de 1948 era falaz, y, en tercer lugar, el verdadero problema de Israel era la

* En su edición original, Itamar Rabinovich traduce del hebreo al inglés estas mismas declaraciones dos veces: aquí y en la pág. 159. Como la traducción es ligeramente diferente en el original, aquí también se ha respetado la distinción. (N. del t.)

amenaza demográfica que se derivaba de la obligación de controlar a más de un millón y medio de palestinos dentro de sus fronteras. La salida a ese problema solo podía pasar por un acuerdo político y, para conseguirlo, Rabin estaba dispuesto a ir a las urnas. Al final, se comprobó que esa no era una opción viable para Rabin en 1976. Había iniciado así una trayectoria de colisión con el Gush Emunim que culminaría trágicamente en 1995.

Como cabría esperar, la entrevista concedida en mayo a Marcus abrió una crisis en el Partido Laborista. Peres reaccionó airadamente a las críticas allí vertidas contra él y se ofreció a dimitir. Pero ni Rabin ni Peres querían llevar su conflicto hasta el límite. Se reunieron y acordaron una tregua. Rabin concedió otra entrevista a Marcus (en la que el periodista volvió a referirse veladamente a él como «un hombre de dentro»). En ella, situó sus comentarios anteriores dentro de un contexto más positivo y trató de quitar hierro al asunto.¹⁵ Se evitó así una crisis, pero la tensión entre Rabin y Peres siguió siendo difícilmente soportable y continuó minando el prestigio y la popularidad del gobierno.

ENTEBBE

Entebbe, el aeropuerto internacional de Uganda, es el nombre con el que se conoce comúnmente otra de las grandes crisis —y éxitos— del primer mandato de Rabin como primer ministro. El sábado 26 de junio de 1976, dos terroristas palestinos y otros dos alemanes secuestraron un avión de pasajeros de Air France que cubría el trayecto de Tel Aviv a París. Fue una operación organizada por Wadi Haddad y su Frente Popular para la Liberación de Palestina-Operaciones Externas, un grupo palestino radical con sede central en Bagdad

que actuaba en cooperación con organizaciones terroristas europeas como la banda Baader-Meinhof alemana. La aeronave fue desviada inicialmente hacia Libia, pero aterrizó finalmente en Entebbe, donde los secuestradores contaron con la cooperación del dictador ugandés, Idi Amin. A bordo viajaban 246 pasajeros, entre ellos 105 israelíes, y 12 miembros de la tripulación. Los secuestradores exigieron la liberación de 53 presos, la mayoría de ellos palestinos recluidos en prisiones israelíes, pero también algunos terroristas europeos encarcelados en sus propios países.

Casi una década después de junio de 1967 y de que se instaurase el dominio israelí sobre Cisjordania y la Franja de Gaza, Israel atesoraba ya una prolija experiencia sobre cómo abordar actos terroristas diversos. Se había anotado un buen número de éxitos espectaculares, pero también de dolorosos fracasos. En casos previos de toma de rehenes en los que se exigía la liberación de prisioneros, se había priorizado neutralizar a los secuestradores antes que llegar a acuerdo alguno con ellos. En mayo de 1974 —en las semanas finales del gobierno de Meir—, veintidós escolares fueron asesinados por sus secuestradores en la localidad de Maalot, próxima a la frontera con el Líbano, cuando las FDI trataron de tomar al asalto la escuela que tenían ocupada. Ya bajo el gobierno de Rabin, en marzo de 1975, ocho civiles y tres soldados (incluido un alto oficial) fueron asesinados cuando un comando de Al Fatah tomó el sórdido hotel Savoy en la playa de Tel Aviv. Dado que negociar no era una opción, el establecimiento fue asaltado por las fuerzas armadas en una operación que tuvo un alto coste en vidas. Pero, en aquel junio de 1976, lanzar una operación militar similar a 3800 kilómetros de Israel no se consideraba, de entrada, una opción viable. Rabin nombró a un pequeño equipo de miembros del gabinete para que lo ayudaran a gestionar la crisis. Toda esperanza de hallar

una solución diplomática se esfumó enseguida; años antes, Idi Amin había mantenido una relación bastante estrecha con Israel, pero llevaba ya tiempo distanciado y, en esa ocasión, se hizo evidente que apoyaba a los secuestradores. Las presiones sobre el gobierno francés para que hiciera valer toda su influencia como propietario de Air France no lograron resultado alguno. Así pues, pese a sus reticencias, Rabin autorizó el inicio de negociaciones dirigidas a lograr un acuerdo que implicara la liberación de terroristas encarcelados. De hecho, las FDI aún tardarían tres días en empezar a plantearse seriamente la idea de planificar una operación militar dirigida a liberar a los rehenes.

Las dificultades de cara a la planificación de una operación así eran, como poco, desalentadoras. Los rehenes estaban retenidos en la terminal vieja de Entebbe, vigilados por doce terroristas y un cordón exterior de soldados ugandeses. Las fuerzas aéreas israelíes disponían de aviones de carga capaces de volar hasta allí, pero tendrían que aterrizar sin poner en alerta a toda aquella guardia y, suponiendo que la operación saliera bien, también tendrían que repostar antes de emprender el vuelo de vuelta a Israel. De todos modos, había también ciertos factores favorables: el aeropuerto había sido construido por una empresa israelí, que conocía bien las instalaciones; los captores dejaron en libertad a los pasajeros no israelíes, algunos de los cuales pudieron así facilitar ciertos detalles muy útiles; e Israel tenía una buena relación de amistad con Kenia, país vecino de Uganda.

Mediada aquella semana, la planificación iba ya a su máximo ritmo. Rabin desplegó una política de doble vía: por un lado, negociando con los secuestradores, y, por el otro, explorando la posibilidad de una operación de rescate. Las negociaciones iban muy en serio. Se convirtieron en una manifestación más de la famosa (o aciaga, según sus detractores)

cautela de Rabin. No quería autorizar la operación de rescate sin antes estar absolutamente seguro de que tenía altas probabilidades de éxito. Su rica experiencia militar le había enseñado que son muchas las cosas que pueden salir mal, que lo imprevisto puede suceder y sucede. Había mucho en juego: si la fuerza de asalto no tomaba por sorpresa a los captores, el número de rehenes muertos podría ser alto. Si ocurría un percance grave, los mejores soldados de operaciones especiales de Israel podrían encontrarse atrapados en una situación de muy grave peligro a miles de kilómetros de su país. Rabin no dejaba de preguntar a los mandos militares para cerciorarse de todos los detalles. Su portavoz, Dan Patir, escribió en su diario: «Isaac está gestionando la crisis desde todos los aspectos posibles. Él percibe las abundantes quejas que expresan a sus espaldas, en el sistema de defensa, quienes piensan que está dudando demasiado acerca de si autorizar o no una operación militar. Pero, pese a ese daño para su imagen, se mantiene en su postura: solo quiere ver sobre la mesa propuestas prácticas serias de operaciones militares integrales, nada de ideas “farmacéuticas” [sic]». ¹⁶

Habría que esperar al viernes 2 de julio para que, en una reunión en el despacho del primer ministro en Tel Aviv, Rabin tuviese por fin el convencimiento de que las FDI habían diseñado un plan que él podía autorizar. Ese viernes por la noche, se llevó a cabo un ensayo con éxito en Sharm el Sheij, en la punta sur de la península del Sinaí. Cuatro aviones Hercules de la fuerza aérea despegaron desde allí mismo el sábado por la mañana y se convocó Consejo de Ministros para el mediodía con el objeto de dar la aprobación oficial a la operación. Aún quedaba tiempo para hacer regresar a los aviones en pleno vuelo si no se obtenía dicha aprobación. Rabin llegó a redactar, con ayuda de sus colaboradores, una carta de dimisión. Había previsto asumir toda la responsabilidad y

pagar el precio político correspondiente en caso de que la misión fracasara. Por suerte, tan gallardo gesto terminaría siendo innecesario, pues la operación fue un espectacular éxito. Los aviones israelíes lograron aterrizar sin ser detectados, disimulados entre el flujo de vuelos comerciales. Las fuerzas especiales israelíes fueron detectadas por los guardianes ugandeses, pero aun así consiguieron sorprender a los secuestradores y matarlos. Subieron a los rehenes a bordo de los aviones y, tras repostar en Kenia, aterrizaron sanos y salvos en Israel. Un oficial israelí, Yonatán «Yoni» Netanyahu, murió alcanzado por fuego ugandés. Era el líder de una de las más prestigiosas unidades de élite de las FDI y estaba al mando de los equipos de asalto bajo las órdenes de Dan Shomrón, futuro jefe del Estado Mayor de las FDI.

En definitiva, la incursión en Entebbe fue un gran logro. Constituyó una operación compleja que se ejecutó a la perfección gracias a una planificación imaginativa y meticulosa, y a la imprescindible colaboración entre diversas ramas del sistema de defensa. No solo puso fin con éxito a una difícil crisis, sino que también restableció buena parte de la confianza y el prestigio que habían perdido Israel y las FDI en la guerra de Octubre. Rabin había orquestado la operación y había obtenido la colaboración tácita tanto de la oposición como de los medios, toda una proeza. Pero como tantas otras cosas durante su primer mandato como primer ministro, también ese logro se veía enturbiado por la mala relación entre él como jefe de Gobierno y su ministro de Defensa. Desde el momento en que Peres se convenció de que existía una opción militar, presionó con su acostumbrada tenacidad para que se llevara a cabo. Chocó así con la cautela deliberada y metódica de Rabin. A Peres tampoco le entusiasmaba el hecho de que Rabin estuviera tratando directamente con los mandos militares. El jefe del Estado Mayor en aquellos años,

Rosa Cohen, madre de Rabin,
desfilando en una procesión del
Primero de Mayo en Tel Aviv.
Instituto Pinjas Lavón para el
Estudio del Movimiento Laborista.



Con su madre.
Cortesía de los archivos de las FDI y del Sistema de
Defensa.



Rabin cuando era un muchacho.
Hana Rivlin, archivos del Centro Isaac Rabin.



Con su padre, Nehemías, y su hermana, Raquel.
Cortesía de los archivos de las FDI y del Sistema de Defensa.



La pareja de póster del Palmaj: Isaac y Leah Rabin.
Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



Con sus camaradas del Palmaj.
Raquel Rabin-Yaacov, archivos del Centro Isaac Rabin.



Rabin y Yigal Alón.
Cortesía de los archivos de las FDI y del Sistema de Defensa.



Con David Ben Gurión.
Fritz Cohen, Colección Fotográfica Nacional de
Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



Con sus hijos, Dalia y Yuval, en su despacho de las FDI.
Cortesía de los archivos de las FDI y del Sistema de Defensa. Fotografía de
Abraham Vered.



Recibiendo besos de ciudadanos de a pie tras la victoria de junio de 1967.

Cortesía de los archivos de las FDI y del Sistema de Defensa.



Su discurso en el monte Scopus, 1967.

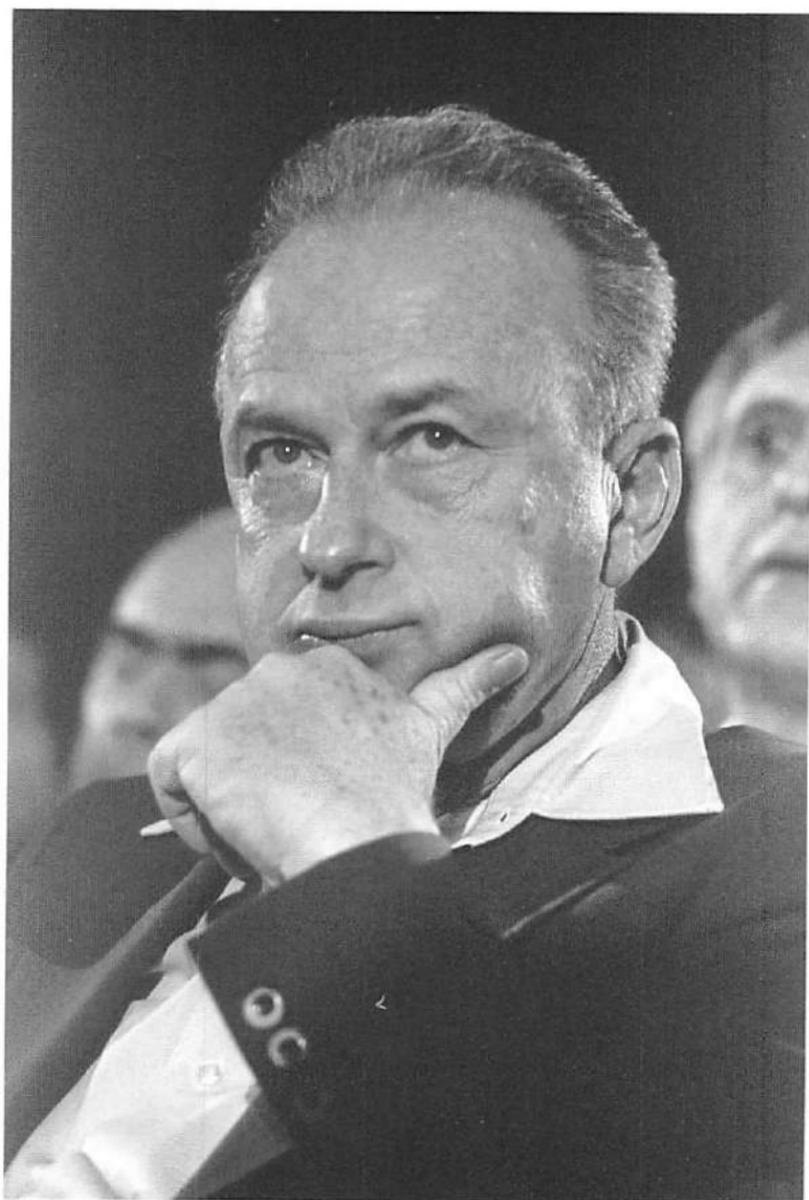
Ilán Bruner, Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



Cuando era embajador en Washington, con Golda Meir.
Moshé Milner, Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



Como embajador en Washington, con el presidente Richard Nixon.
Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



Durante su primer mandato como primer ministro.
Yacov Saar, Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del
Gobierno.



Durante su primer mandato como primer ministro, con Henry Kissinger.

Yacov Saar, Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



Con Ariel Sharón.

Yacov Saar, Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



Durante su primer mandato como primer ministro, con el presidente Gerald Ford.

Yacov Saar, Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



Con Leah.

Fritz Cohen, Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



El ministro de Defensa con soldados de las FDI.

Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



Firmando el tratado de paz con Jordania.

Avi Ohayon, Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



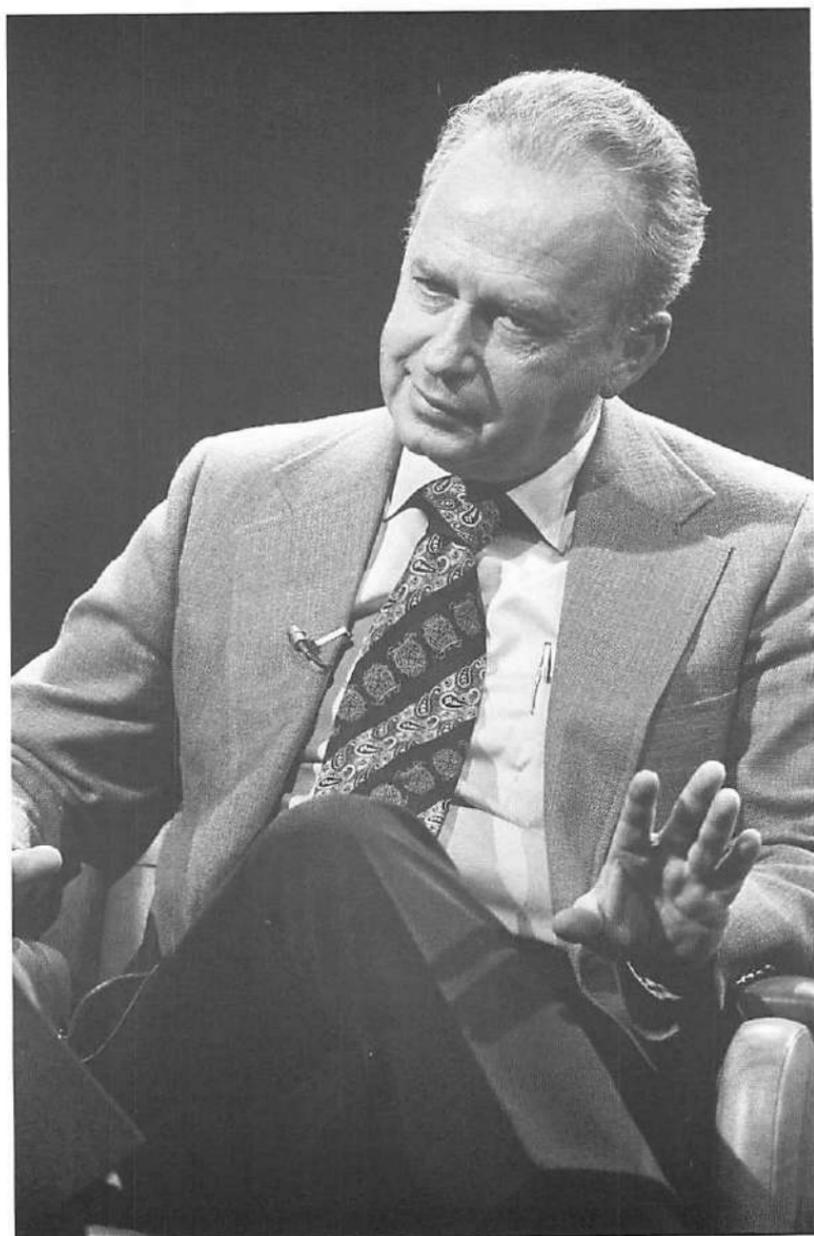
El apretón de manos con Yasir Arafat en el jardín de la Casa Blanca.

Avi Ohayon, Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



El presidente Bill Clinton arreglándole la pajarita a Rabin en la última reunión que mantuvieron.

Avi Ohayon, Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



Una imagen de un Rabin de mediana edad.
Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



Rabin y el rey Huseín, dos fumadores empedernidos que se llevaban bien.

Yacov Saar, Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



Rabin y Peres en la Knéset.

Natan Alpert, Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



Rabin y el rey Hasán de Marruecos.

Avi Ohayon, Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.



En la Casa Blanca, firmando el conocido como Acuerdo de Oslo II.
Avi Ohayon, Colección Fotográfica Nacional de Israel, Oficina de Prensa del Gobierno.

Mota Gur, era próximo a Peres, y tanto él como su ministro de Defensa (y superior jerárquico) estaban molestos con ese modo de obrar de Rabin. Este, a su vez, se consideraba el responsable máximo y entendía que durante una crisis así no era momento para andarse con exquisiteces y formalidades.

El éxito con el que se saldó la operación desencadenó también una desagradable guerra entre quienes pretendían atribuirse el mérito de ella. Peres consideraba que la operación había sido suya y la presentó como tal. Aseguraba haber sido él quien la había concebido y quien la había impulsado frente al escepticismo de Rabin. Esa versión de los hechos fue difundida por varios de los partidarios con los que el ministro de Defensa contaba en los medios de comunicación. En 1991 llegó incluso a publicar un libro titulado *Entebbe Diary* («Diario de Entebbe»). La misión propició también que se formara un vínculo especial entre él y la familia Netanyahu, que había perdido al mayor de sus hijos en la operación y lo había incorporado al altar de la memoria familiar, en el que terminarían destacando las figuras del padre, Benzion —el gran historiador—, Yoni —por su muerte en Entebbe— y, por supuesto, Benjamín —con su hoy ya dilatada experiencia como primer ministro—. Rabin respondió con rabia a aquella versión de los hechos. En sus memorias no ocultó su desdén hacia Peres y hacia el papel de este durante la crisis. Rabin afirmó que había sido él quien había obligado a Peres a convocar al jefe del Estado Mayor de las FDI a un Consejo de Ministros celebrado tres días después del secuestro: «La triste verdad —escribió— es que cincuenta y tres horas después de haber tenido noticia del secuestro, [Peres] todavía no había consultado con el jefe del Estado Mayor posibles medios militares para liberar a los rehenes». ¹⁷ En una situación normal, bien podrían haber resultado compatibles ambos enfoques y relatos de los acontecimientos. Era lógico que el ministro de

Defensa presionara a favor de una operación militar y correspondía al primer ministro, como responsable último de esta, asegurarse de que aquella misión contara con unas probabilidades de éxito elevadas antes de acceder a que se llevara a cabo. Y si la situación hubiera sido normal, repito, ambos podrían haberse repartido tranquilamente los sobrados méritos que cabía atribuirles por semejante éxito. Pero, en aquel verano de 1976, la relación entre Rabin y Peres se había vuelto tan tóxica que ya no era posible una división tan equitativa del trabajo y del mérito. Cabe reconocerles, eso sí, que ambos supieran cuáles eran las líneas últimas que no debían traspasar: pese a lo envenenado que estaba el ambiente, la marcha en sí de la operación nunca se vio alterada.

EL FINAL DEL PRIMER MANDATO DE RABIN

Las elecciones parlamentarias de mayo de 1977 señalaron un histórico punto de inflexión. Tras veintinueve años de hegemonía laborista, el poder cambió de manos en Israel y Menájem Beguin y su partido, el Likud, formaron un gobierno de derechas. El cambio representó la culminación del declive del laborismo tras demasiados años en el poder. Más concretamente, fue también un efecto retardado de la debacle de octubre de 1973, es decir, del fallo de los servicios de inteligencia y de los reveses militares sufridos durante los primeros días de aquella guerra.

Con la perspectiva que nos da el tiempo, es fácil detectar los cuatro hechos principales que, durante los últimos meses del gobierno de Rabin, facilitaron que se produjera la transición que finalmente tuvo lugar en mayo de 1977. El primero y, posiblemente, más importante de todos fue la serie de escándalos financieros y políticos que contribuyeron

a cimentar la imagen del Partido Laborista como una organización en descomposición, corrompida por décadas de dominio.

En febrero de 1975, Mijael Tzur, ex director general del Ministerio de Comercio e Industria y presidente de las refineries que eran propiedad de la Israeli Corporation, fue arrestado, acusado y condenado por haber robado 14 millones de dólares de las arcas de la compañía. Tzur era muy cercano a Pinjas Sapir, artífice del rápido crecimiento económico de Israel y de su industrialización en la década de 1960. El sistema Sapir, como se le dio en llamar, priorizó el desarrollo económico del país, muchas veces a costa del respeto por los debidos procedimientos legales. Trasvasar dinero hacia las arcas del partido era una práctica ilegal, aunque tolerada. Sapir y sus subordinados eran personas honradas, pero la cultura que crearon propiciaba la corrupción personal. Este caso fue el primer indicio de que el sistema ya no funcionaba adecuadamente. Pronto aparecerían más.

En noviembre de 1976, Asher Yadlin, presidente del Fondo para Enfermos —una mutua de salud de la Federación de Sindicatos— y candidato nominado por el gabinete para ser el nuevo gobernador del Banco de Israel, fue arrestado por aceptar un soborno y sentenciado en febrero de 1977 a una pena de cinco años de prisión. Durante ese mismo periodo, la prensa informó que Abraham Ofer, ministro de Vivienda, era también sospechoso de haber aceptado un soborno. Ofer insistió en su inocencia y, pese a sus esfuerzos para acelerar los trámites de la investigación, terminó suicidándose el 3 de enero de 1977.

Ese era el contexto de fondo cuando Dan Margalit, corresponsal del *Haaretz* en Washington, publicó en marzo de 1977 la noticia de que Leah Rabin, esposa del primer ministro, mantenía una cuenta bancaria activa en la capital esta-

dounidense. Aquello infringía la ley israelí vigente en aquel entonces sobre moneda extranjera. Además, no era la primera vez que las finanzas de Rabin en Washington se convertían en tema de interés público. Ya en mayo de 1974 se le interpelló en la Knéset sobre los honorarios que había cobrado por diversas conferencias impartidas mientras era embajador. Tras la noticia de Margalit, comenzaron a circular rumores sobre la mencionada cuenta corriente. Rabin fue advertido en varias ocasiones de que varios periodistas y enemigos políticos suyos estaban intentando sacar provecho de aquel tema. El fiscal general, Aarón Barak, fue muy estricto con los Rabin: Leah fue a juicio y tuvo que pagar una cuantiosa multa. Rabin consideró inapropiado defenderse alegando que la cuenta bancaria en cuestión estaba exclusivamente a nombre de su mujer, por muy cierto que eso fuera, así que optó por renunciar el 7 de abril a la nominación como candidato del Partido Laborista para las elecciones del 17 de mayo. También cesó en el cargo de primer ministro, que Peres pasó a ejercer en funciones. Peres terminó siendo también el candidato laborista para las elecciones a la Knéset.

El segundo hecho o factor importante para la caída en desgracia del Partido Laborista fue la aparición de un rival muy serio dentro de las filas del viejo *establishment* israelí. En 1974, un grupo de intelectuales encabezado por Amnon Rubinstein, decano de la facultad de derecho de la Universidad de Tel Aviv, fundó un nuevo movimiento llamado Shinui («Cambio»). Su programa era simple: el evidente deterioro del Partido Laborista y la debacle de 1973 pedían a gritos un cambio. Rubinstein y sus colegas eran muy conscientes de que un colectivo de intelectuales no podía ganar las elecciones. Necesitaban un líder que pudiera galvanizar el apoyo del electorado. Y eligieron a Yigael Yadin, segundo jefe (por orden cronológico) del Estado Mayor de las FDI y conocido

arqueólogo de la Universidad Hebrea. Hacía años que Yadin estaba considerado como una especie de De Gaulle israelí que aguardaba la llamada popular para regresar a la escena pública y erigirse en el líder que sacaría al país de la crisis. Tras meses de negociaciones, en la segunda mitad de 1976 Rubinstein y Yadin acordaron colaborar y, en noviembre de ese mismo año, formaron el Movimiento Democrático por el Cambio (MDC). Se les unieron dos importantes apoyos: Meir Amit, general de las FDI retirado, antiguo jefe del Mosad y presidente de un gran conglomerado empresarial, y Samuel Tamir, conocido abogado que se había rebelado contra Begin en el Likud. El MDC ofrecía una alternativa para aquellos votantes laboristas tradicionales, desencantados con la marcha del partido, que no podían soportar la idea de votar al Likud de Begin.

Al mismo tiempo, esa tendencia del electorado a distanciarse del laborismo se vio reforzada por la creciente aceptación de Begin y del Likud como rivales legítimos entre ese mismo electorado. Durante décadas, Ben Gurión había conseguido caracterizar a Begin ante la opinión pública como poco menos que un apestado, un peligro para la democracia israelí. Pero esa percepción había empezado a esfumarse. Ya Eshkol dispensaba un trato diferente a Begin. Este y su partido formaron parte durante tres años del gobierno de unidad nacional formado en vísperas de la guerra de los Seis Días en junio de 1967 y, a partir de entonces, la opinión pública los consideró como una más de las opciones políticas del orden establecido. El partido logró expandirse, además, gracias a su unión con los burgueses Sionistas Generales, lo que le sirvió para limar buena parte de su antigua aspereza radical. También pasó a ser un polo de atracción para inmigrantes desafectos procedentes de países del propio Oriente Próximo: dichos sectores veían en Begin un paladín de su

causa —pese a ser un producto netamente característico de los judíos de ascendencia europea oriental—, pues, como ellos, representaba una antítesis al *establishment* laborista que, en la década de los cincuenta, los había absorbido e integrado inicialmente para, luego (según su percepción de los hechos), humillarlos. Muchos de esos inmigrantes y de sus descendientes han seguido manteniendo vivo el recuerdo de ese resentimiento contra los gobiernos laboristas que, cuando llegaron a Israel a comienzos de los años cincuenta, los instalaron en tiendas de campaña, los enviaron a remotas colonias de desarrollo impulsadas por el Estado y, lo peor de todo, no tuvieron reparo en rociarlos con DDT dentro de las campañas oficiales de control de plagas agrarias.

La integración de un gran bloque de derechas vino acompañada de otro elemento que bien puede considerarse el tercer factor o hecho que debía valorarse: la acusada caída del prestigio y la popularidad del gobierno laborista según la percepción popular israelí. Los sondeos de opinión pública indicaban una insatisfacción general con Rabin, con Peres y con el gobierno en general. La prensa israelí —y el influyente *Haaretz* en particular— era muy crítica con Rabin. La televisión empezaba a tener un fuerte impacto en la opinión pública. Un popular programa de humor satírico, *Nikui Rosh* (algo así como «Revisión integral del motor»), ridiculizaba sin compasión al primer ministro y a su gobierno. La ciudadanía estaba descontenta con la débil repercusión de las reformas económicas, pero el aspecto de la actuación del gobierno que más dañaba la imagen de este era aquella especie de interminable bronca entre Rabin y Peres. De hecho, Peres compitió con Rabin para arrebatarle el liderazgo del partido en la votación que el órgano central celebró en febrero de 1977 para elegir al candidato principal a las elecciones generales de mayo de ese mismo año. Rabin venció a duras penas, por

una reducida ventaja de cuarenta votos. Si aquel estrecho margen fue para Peres una prueba de su derecho a acceder al liderazgo del partido, para Rabin supuso la demostración definitiva de que Peres nunca había aceptado la decisión del partido en 1974 y de que, desde entonces, como miembro de su propio Consejo de Ministros, había trabajado constantemente para minar su posición.

El cuarto y último factor que contribuyó al nacimiento de la era Begin fue el final de la estrecha cooperación que habían venido manteniendo el gobierno de Rabin y la administración estadounidense. Esa ruptura se originó principalmente a partir de la victoria de Carter en noviembre de 1976, pues esta puso fin al dominio de Kissinger y sustituyó su diplomática gradualista por la búsqueda de un acuerdo integral que solucionase definitivamente el conflicto árabe-israelí. Las divergencias entre Washington y Jerusalén se hicieron evidentes durante la primera visita de Rabin al nuevo presidente en marzo de 1977, pero ya previamente se habían observado ciertos indicios del cambio que se estaba produciendo.

En la segunda mitad de 1975, tras la firma del acuerdo provisional, la atención de Estados Unidos comenzó a virar hacia la cuestión palestina. Además de la creciente oposición en el propio Washington a la diplomacia «paso a paso» promovida por Kissinger, y además de las sesiones de la Comisión de Asuntos Internacionales de la Cámara de Representantes, también la Institución Brookings formó un grupo de estudio dedicado al conflicto árabe-israelí. Dicho grupo estaba formado por expertos en política internacional y en Oriente Próximo, así como por líderes de las comunidades árabe-estadounidense y judío-estadounidense, y dirigido por un diplomático jubilado, Charles Yost. El informe que ese grupo publicó en diciembre de 1975 recomendaba que Estados Unidos buscara una solución integral al conflicto y que esta

se fundamentara tanto en una retirada israelí hasta las líneas de junio de 1967 como en la instauración de un Estado palestino a cambio de una paz contractual con Israel firmada por los árabes.

El informe de la Institución Brookings podría no haber pasado de ser uno más sobre la cuestión. Pero Carter venció en las elecciones de noviembre de 1976 y dos de los autores del documento se convirtieron en influyentes miembros de su equipo de política internacional: Zbigniew Brzezinski pasó a ocupar el puesto de consejero de seguridad nacional y William Quandt pasó a encargarse de Oriente Próximo y Medio en el Consejo de Seguridad Nacional. El informe se adoptó en la práctica como plan de acción para la política de la administración Carter en Oriente Próximo. Animado por Brzezinski, Carter decidió impulsar esa nueva política con respecto al conflicto árabe-israelí ya desde los primeros instantes de su mandato como presidente. El nuevo secretario de Estado, Cyrus Vance, viajó en febrero a Oriente Próximo en una especie de gira de estudio de la situación; en marzo, Rabin llegó a Washington como primer líder de Oriente Próximo en visitar la capital estadounidense para conocer al nuevo presidente y valorar sus planes de avance hacia un nuevo y ambicioso proceso de paz. Pronto seguirían su ejemplo otros líderes de la región.

El 6 de marzo de 1977, Rabin se reunió con el presidente en un encuentro que iba a ser muy distinto de los que había mantenido en la Casa Blanca en su época de embajador o como primer ministro durante las presidencias de Nixon y de Ford. Carter no dejó de presionar a Rabin para que se aviniera a favorecer avances en la dirección indicada en el informe de la Institución Brookings: una conferencia con los Estados árabes y los palestinos, una retirada israelí total y la creación de un Estado palestino. Rabin expresó su idea acerca de cuá-

les debían ser las líneas de un acuerdo: aceptación de una retirada de la mayor parte del territorio del Sinaí, aunque Israel conservaría Sharm el Sheij y un corredor de conexión con esa localidad; compromiso territorial con Jordania a propósito de Cisjordania; nada de negociaciones con la OLP; nada de un Estado palestino, y nada de negociaciones con Siria, que —según Rabin— no estaba lista para un acuerdo de paz. Mientras seguía la conversación, según escribiría Rabin más tarde, «se me encendió en la cabeza una luz de alarma: aquella era la esencia del informe de la Institución Brookings. [...] Tuve la impresión de que Carter estaba enrocado en el informe Brookings y decidido a vendérmelo por piezas».¹⁸

La reunión llevó a un estancamiento de posturas, así que Carter probó con un enfoque distinto e invitó a Rabin a mantener una conversación en privado. Carter le preguntó entonces a Rabin cuál era su «postura de verdad». Como era característico en él, Rabin le explicó que él no tenía dos posturas, que la que había expuesto en el encuentro con los asesores y acompañantes presentes era su verdadera posición. Carter lo probó entonces con otro ardid e invitó a Rabin a acompañarlo hasta las estancias residenciales de la Casa Blanca, pues tenía que acostar a su hija pequeña, Amy. Carter debió de suponer que ese toque familiar suavizaría a Rabin y lo volvería un poco más acomodadizo. El gesto no afectó en lo más mínimo a Rabin y la visita terminó en un tono bastante negativo.

Carter, Rabin y sus respectivos equipos estuvieron reunidos otra hora a la mañana siguiente, el 8 de marzo. Aquella fue una sesión casi hostil, un diálogo estéril. Carter siguió presionando para que Israel se aviniera a que la OLP participara en la Conferencia de Ginebra. Reprochó a Rabin que no fuera «más agresivo» de cara a aprovechar «la oportunidad de la paz» que, según él, había «llegado», y para «olvidar el

pasado y la historia» y adoptar una perspectiva nueva. Los asentamientos en los territorios ocupados «son ilegales —le dijo— [y] la cantidad de territorio que ustedes se quedarán finalmente no representará más que [...] modificaciones menores». Carter también se lamentó de que la postura del jefe de Gobierno israelí fuese «más inflexible ahora que cuando el secretario de Estado, Vance, habló con usted». Rabin, como es lógico, contraargumentó: «Estados Unidos ha cometido el error de presentar su propia postura ya desde el principio. Al hacerlo, no podrá actuar eficazmente como mediador. Eso ya quedó demostrado en 1969 [cuando la administración Nixon lanzó el Plan Rogers]». La postura de la administración estadounidense sobre la OLP era contraproducente y contrarrestaba la tendencia del mundo árabe a asignar un mayor papel a Jordania. En cuanto al modo de tratar con la OLP, dijo Rabin, «ustedes tienen su postura y nosotros tenemos la nuestra».

Irritado, Carter resumió la situación así: «Pero ustedes evitan concretar nada sobre las fronteras y sobre la cuestión palestina por sus propios motivos. También evitan concretar nada sobre la representación palestina en Ginebra. Pues, bien, creo que nos entendemos. Podemos pasar a otra cosa».¹⁹

Y, efectivamente, Carter pasó a otra cosa. El 16 de marzo, cuando Rabin se hallaba aún en Estados Unidos, Carter declaró en un discurso en Clinton (Massachusetts) que apoyaba la creación de una patria palestina: un Estado con sus propias fronteras.

La visita de Rabin a Estados Unidos en marzo de 1977 tuvo lugar cuando él era ya el primer ministro de un gobierno de transición. En diciembre de 1976, Rabin había disuelto su gobierno y la coalición que lo apoyaba y había adelantado las elecciones a mayo de 1977. Todo ese episodio se conoce en el anecdotario político del Israel moderno como «la bri-

llante maniobra». El 10 de diciembre de 1976 llegaban a Israel los tres primeros cazas de combate F-15 suministrados por Estados Unidos. Era viernes y los aviones aterrizaron al anochecer. Según la ley religiosa judía, el anochecer se considera el momento de inicio del *sabbat*. Rabin procedió igualmente con la ceremonia de recepción de los aparatos y sus socios de coalición del PRN respondieron absteniéndose en la votación de una moción de censura contra el gobierno en la Knéset. El gabinete superó la moción y Rabin podría haber dejado que todo quedara solamente en eso, pero decidió destituir a los ministros del PRN, lo que desencadenó una crisis de gobierno y un adelanto de elecciones para mayo de 1977. Rabin actuó asesorado por sus hombres de confianza en el Partido Laborista. Se especuló entonces que aquel era un intento para frenar el declive político de su gobierno y para asegurar que los siguientes comicios se celebraran antes de que el recién formado MDC tuviera tiempo para organizarse como era debido. Fuera cual fuere el cálculo que se hizo entonces, la «brillante maniobra» resultó contraproducente para quienes la habían orquestado. Al MDC le fue bien en las elecciones de mayo. El PRN, cada vez más desinteresado por su colaboración histórica con el laborismo, se sintió más justificado para aliarse con el Likud, y los hechos acaecidos con posterioridad a la convocatoria de las elecciones —como, por ejemplo, la dimisión de Rabin y el conflicto con la administración Carter— minaron más aún el prestigio del Partido Laborista en vísperas de los comicios de mayo.

Al final, Rabin tuvo que dejar el cargo en abril de 1977, por lo que no fue a él a quien le correspondió más directamente absorber el daño causado por aquel distanciamiento con la administración Carter. Pero la dimisión en sí fue un nuevo golpe para el Partido Laborista en vísperas de la cita electoral de mayo de 1977. Un partido que tanto se enor-

gullecía de haber sabido llevar muy bien la relación exterior más importante de Israel tuvo que presentarse ante el electorado israelí con el telón de fondo de aquellas tensiones con Washington y del giro manifiesto de la política estadounidense en Oriente Próximo y de la relación de ese país con Israel.

En las elecciones de mayo de 1977, el Partido Laborista perdió diecinueve escaños y pasó de tener cincuenta y un parlamentarios en la Knéset a contar solamente con treinta y dos, mientras que el Likud subió de treinta y nueve a cuarenta y tres. La victoria del Likud se vio acentuada, además, por el éxito del MDC, que cosechó quince escaños. El laborismo se vio sin duda debilitado por el trasvase de algunos de sus votos tradicionales hacia el MDC. Beguin pudo así formar, de entrada, un gobierno de ajustada mayoría con el PRN (doce escaños) y otros partidos más pequeños, y luego sumó al MDC a su coalición. Aquel fue el primer traspaso real de poder en la política israelí tras una hegemonía laborista que había perdurado desde la década de 1930, en el Israel preestatal, y las primeras elecciones celebradas en el Estado de Israel, en 1949.

CAÍDA Y AUGE (1977-1992)

Los líderes caídos rara vez tienen una segunda oportunidad. Rabin sería una excepción en ese sentido. Reaccionando con tenacidad a la adversidad, sacando todo el partido de sus aptitudes y aprendiendo a dominar todo un juego de herramientas políticas de las que tan claramente faltó estuvo durante su primer mandato como primer ministro, Rabin conseguiría, para empezar, restablecer una posición de liderazgo para sí mismo en el Partido Laborista y, luego, cimentar entre la opinión pública israelí una imagen de fortaleza, una reputación de «Señor Seguridad Nacional». Rabin compensaba el carisma que le faltaba con su autoridad como experto, su estilo directo y su integridad. Seis años como un ministro de Defensa popular y de reconocida autoridad serían el trampolín perfecto para recuperar el liderazgo del Partido Laborista y la jefatura del Gobierno.

Pero todo eso parecía muy remoto en mayo de 1977. El trienio 1977-1980 representó el momento más bajo en los cincuenta y cuatro años de trayectoria pública de Rabin como soldado, diplomático y dirigente político. Terminó su mandato como primer ministro hundido en el descrédito; tuvo que conformarse con ser un mero espectador de cómo su rival, Peres, lo sustituía y de cómo su partido perdía el poder en las elecciones, y tuvo que soportar que muchos lo culparan de la derrota electoral de mayo de 1977.

A raíz de lo sucedido ese mes de mayo, Rabin tomó dos importantes decisiones: la primera, continuar en política como parlamentario de la Knéset, y la segunda, desquitarse de Peres, a quien consideraba responsable (parcial, al menos) de su caída y, sobre todo, de las dificultades que había tenido durante el ejercicio del cargo de primer ministro. Con vistas a las elecciones de mayo de 1977, Rabin pidió ir en el puesto número veinte de la lista nacional de ciento veinte candidatos del Partido Laborista (el mismo puesto en el que había ido en la cita electoral de 1973). La señal era clara: Rabin se distanciaba así de la dirección del partido, pero no abandonaba el terreno de juego de la política. No le entusiasmaba el papel de diputado de la Knéset, pero pronto se vería atraído hacia actividades más significativas. Además, los sondeos de opinión pública revelaban, sorprendentemente, que Rabin seguía gozando de una considerable popularidad entre el electorado israelí. El incidente de la «cuenta en dólares» no le había dañado demasiado: de hecho, incluso se le reconocía la disposición que había mostrado a compartir la responsabilidad con su esposa. Donde no estaba tan bien considerado, sin embargo, era entre sus colegas de la dirección y el aparato del Partido Laborista, pues lo responsabilizaban (en parte, al menos) de la derrota de 1977. Se instaló así una pauta que resultaría relevante durante toda la década siguiente: Rabin era popular para la opinión pública —más que Peres—, pero Peres dominaba en las instituciones del partido.

Ese patrón se vio temporalmente alterado por la publicación del original hebreo de las memorias de Rabin a comienzos de agosto de 1979. La mayor parte del libro era una autobiografía convencional y bastante detallada, pero los capítulos dedicados al primer mandato de Rabin como primer ministro y a su relación con Peres tenían mucho de agria invectiva.

Acusaba a Peres de haberlo debilitado, de haber filtrado información sensible, así como de haber vuelto a la prensa y a la opinión pública en su contra. Rabin, valiéndose de un lenguaje muy duro, acusaba a Peres de hacer el juego a los colonos radicales apoyando su proyecto, y de ser un «intrigante incansable». Rabin no era precisamente famoso por su elocuencia, pero a lo largo de los años había ido acuñando una serie de expresiones memorables, y esa fue una de ellas. Aquello levantó una espesa polvareda de reacciones adversas. Muchos miembros y seguidores del Partido Laborista que no sentían necesariamente hostilidad hacia Rabin ni simpatía por Peres entendieron que Rabin había perjudicado gravemente al partido con sus vitriólicos ataques contra su líder en ese momento. El 12 de agosto se reunió la ejecutiva del partido para debatir la cuestión. Algunos de los participantes defendieron que Rabin debía recibir una reprobación pública, pero Peres, reacio a los enfrentamientos directos, decidió que no. Las represalias se canalizaron por una vía distinta. En septiembre se enviaron varias cartas al director a las redacciones de dos diarios israelíes: *Haaretz* y *Davar*. Eran textos de crítica a Rabin y de apoyo a Peres que, para desacreditar al primero, contenían una falsa cita del diario del ex primer ministro Sharet en la que presuntamente hablaba negativamente de Rabin. En realidad, aquellas palabras difamatorias de Sharet iban dirigidas contra Sharón de joven, pero algún falsificador había sustituido el nombre de este por el de Rabin. Fue una maniobra burda y torpe; enseguida quedó demostrado que el pasaje presuntamente tomado del diario de Sharet no era tal y que los signatarios de las cartas eran empleados de la agencia de publicidad Fogel, que tenía un contrato de colaboración con el Partido Laborista. Rabin presentó una queja formal ante el interventor del partido, que llevó a cabo una investigación exhaustiva y recomendó

que la formación pusiera fin a toda relación con la agencia Fogel y amonestara al portavoz del partido, Yosi Beilin.

Noviembre de 1980 fue otro momento especialmente bajo para Rabin. En 1979, Alón anunció que competiría con Peres en las primarias del Partido Laborista de diciembre de 1980. Pero en febrero de ese mismo año, Alón falleció repentinamente de un ataque al corazón. La viuda y los amigos de Alón convencieron a Rabin para que ocupara su lugar y se enfrentara en esa votación a Peres en representación de esa ala del partido. Fue un error, una decisión prematura: Rabin todavía no se había recuperado de los sucesos de 1977 ni de las repercusiones negativas de la publicación de sus memorias. Pero, además, sus rivales no quisieron correr riesgos. Así que, en noviembre de 1980, un mes antes de las primarias, insertaron en el semanario francés *L'Express* la noticia de que Betzalel Mizraji, presunto líder del crimen organizado en Israel, había abonado la multa impuesta a Leah Rabin en 1977. Se trataba de otra jugada burda y sucia, además de una acusación manifiestamente falsa. Rabin se querelló contra la publicación francesa, que se disculpó de inmediato y pagó enseguida la indemnización que se le requería. Aun así, aquellas primarias contra Peres terminaron en una humillante derrota para Rabin, que recibió menos del 30 % de los votos.

Esa fase en la trayectoria política de Rabin coincidió, además, con una época difícil en la vida de su hija, Dalia. El marido de Dalia había resultado herido durante su servicio como militar en el Sinaí y, posteriormente, la pareja se divorció. Rabin y Leah dedicaron mucho tiempo en esos años a ayudar a su hija y pasaron también muchas horas con los dos hijos que esta tenía. Fue un periodo en el que Rabin manifestó claramente su faceta tierna de hombre familiar, de padre estrechamente apegado a sus hijos y nietos. Precisamente, esa cariñosa relación con sus nietos se evidenciaría en 1995 con

ocasión de su funeral, durante el cual su nieta Noa pronunció el más conmovedor panegírico de la ceremonia.

Transcurrirían varios meses hasta que las relaciones entre Rabin y Peres volvieran a encauzarse por la senda de lo razonable. En previsión de las elecciones parlamentarias de 1981, Peres anunció que, si las ganaba, su candidato para ministro de Defensa sería Haim Bar-Lev. A finales de 1980 y principios de 1981, Begin se vio perjudicado por la depresión económica y comenzó a ir por detrás de su rival en los sondeos. Pero a medida que las elecciones se acercaban, se fue recuperando. La destrucción de unas instalaciones nucleares iraquíes en mayo de 1981, que él mismo había ordenado, fortaleció su campaña. Peres se fijó entonces en los sondeos de opinión pública que indicaban que, si designaba a Rabin como su hombre para la cartera de Defensa, sus posibilidades de victoria se verían sensiblemente mejoradas. Así que reemplazó a Bar-Lev por Rabin. Pero la jugada no alteró el curso de los acontecimientos. Begin se impuso por un margen bastante ajustado, pero suficiente para ser elegido primer ministro de nuevo.

Pese a ello, Peres y Rabin se dieron cuenta de que sus destinos estaban unidos y de que a ambos les interesaba superar antagonismos personales y colaborar en la dirección del Partido Laborista, en la que Rabin debía aceptar el puesto de número dos. Aunque sin llegar nunca a sentir afecto mutuo, lo cierto es que intentaron dejar atrás sus diferencias y construir una vía de colaboración más estable. En 1982, se abrió un nuevo canal de comunicación entre ambos gracias a Guiora Eini. Este era abogado de la Federación de Sindicatos y tenía buena relación con Peres, a quien había conocido a través del partido. En 1982, Rabin presentó un escrito de queja por la presunta discriminación de que eran objeto sus seguidores en la Federación de Sindicatos. Eini consiguió convencerlo de

que eso no era cierto y ambos iniciaron así una relación muy cordial. Viendo una posibilidad de contribuir a que los dos hombres fuertes del partido colaboraran, Eini logró organizar una reunión entre ambos en el despacho de Peres. Durante los trece años siguientes, Eini instauró y mantuvo un canal de comunicación entre los dos líderes actuando como mediador y mensajero. Era un hombre discreto en quien los dos podían confiar y que no buscaba una ventaja personal. Rabin y Peres vivían cerca el uno del otro; en aquellos tiempos en que todavía no existían los teléfonos móviles, Eini llamaba desde una cabina telefónica a Peres o a Rabin, tras haberse reunido con el otro. Siguió ejerciendo ese papel de intermediario hasta el último día de la vida de Rabin, en noviembre de 1995.

Por su condición de miembro de la cúpula del partido de la oposición, Rabin estaba más obligado a reaccionar a las políticas y las decisiones del primer ministro, Begin, que a formular las suyas propias. Entre 1977 y 1979 tuvo que conformarse con ser un espectador pasivo de cómo Begin sellaba la paz con Sadat. Rabin consideraba (y no le faltaba razón) que le correspondía buena parte del mérito de aquella firma, gracias sobre todo al acuerdo provisional de 1975, que fue un paso previo imprescindible. Más tarde, en 1981, cuando las negociaciones para la autonomía —derivadas del tratado de paz con Egipto— se fueron a pique y se avecinaba una grave crisis en el Líbano, los comentarios y las críticas de Rabin adquirieron una mayor trascendencia. Fue entonces cuando se convirtió en un popular analista y comentarista de la actualidad israelí y de Oriente Próximo. Y aquella demostró ser una excelente manera de mantener su nombre presente en las noticias y de reconstruir su reputación y su crédito. El importante diario israelí *Yediot Aharonot* llegó incluso a enviarlo a hablar con figuras internacionales de renombre. El periodista Eitan Haber, que posteriormente sería asistente y

redactor de discursos de Rabin, viajó con el político y firmó el texto de las conversaciones de este con aquellos dirigentes, primero en el periódico, pero luego también cuando se recopilaron en un libro.

El gobierno de Begin modificó la política seguida por Rabin en la crisis libanesa de 1976, consistente en ofrecer ayuda humanitaria y apoyo militar limitado al bando cristiano, pero evitando que Israel se viera arrastrado a la guerra civil de su vecino del norte. El creciente desafío planteado por la OLP en el sur del Líbano, la romántica aspiración de Begin de hacer del Estado judío el salvador de los acosados cristianos libaneses, la fascinación del Mosad por la posibilidad de una alianza estratégica con la comunidad maronita, y, a partir de 1981, la influencia de Sharón como nuevo ministro de Defensa de Begin conspiraron para arrastrar a Israel a una implicación cada vez más profunda en el Líbano. En 1981, dos enfrentamientos —el primero, con Siria, por la localidad de Zahlé, aunando esfuerzos con los aliados maronitas de Israel; el segundo, un duelo de artillería con la OLP— terminaron en tablas. De resultas de la pugna por Zahlé, los sirios consiguieron avanzar la posición de sus misiles tierra-aire de fabricación soviética, y el duelo de artillería con la OLP desde ambos lados de la frontera libanesa-israelí no decidió claramente la situación a favor de Israel. A Rabin le preocupaba la deriva que estaban tomando esas nuevas políticas israelíes; en concreto, le inquietaba que, bajo el gobierno Begin, Israel se estuviera viendo paulatinamente arrastrado a una implicación a gran escala en la guerra civil libanesa y a un enfrentamiento militar abierto con Siria. En abril de 1981, lanzó una clarividente advertencia:

A mi juicio, los objetivos israelíes con respecto al Líbano deberían ser [...] un gobierno central [libanés] que vaya haciéndose

gradualmente más fuerte y capaz de gobernar el país, y que, en una fase posterior, consiga la salida siria del Líbano. Tales fines solo se lograrán si el gobierno central libanés cuenta con el refuerzo que significaría la implementación de los Acuerdos de Shtura [otro intento más de poner fin a la guerra civil en el Líbano]. [...] Cualquier esfuerzo por fijar unos objetivos más radicales podría traducirse en un fracaso para Israel, como bien ha quedado demostrado por los combates en torno a Zahlé. [...] Si Israel hubiera brindado un mayor apoyo a la línea de los radicales cristianos, se habría visto envuelto en una guerra contra Siria en suelo libanés. A Israel no le interesa una guerra así, ni puede esperar obtener de ella ganancia política alguna. Por consiguiente, y en lo que al futuro del Líbano respecta, deberíamos seguir reforzando a los cristianos sobre la base del principio fijado por el gobierno que tuve el honor de presidir: ayudarlos a valerse por sí mismos sin perder de vista una solución (esencialmente política) fundamentada en la sostenibilidad militar y económica cristiana, y en su apoyo a la unidad del Estado libanés.¹

El 5 de junio de 1982, el gobierno de Beguin emprendió precisamente el camino contra el que Rabin tanto había advertido. Beguin conquistó una segunda legislatura como primer ministro en 1981 y asignó la cartera de Defensa a Sharón. Sharón había ideado un faraónico plan para transformar la posición de Israel en Oriente Próximo mediante la invasión del Líbano (apoyada en la colaboración con las milicias de las Falanges Libanesas), la destrucción de la infraestructura de la OLP en el sur de ese país y en Beirut, y la instalación del aliado israelí, Bashir Gemayel, en la presidencia del Líbano. Bashir, hijo de Pierre Gemayel, fundador del Partido (cristiano maronita) de las Falanges Libanesas, había constituido las milicias conocidas como Fuerzas Libanesas. El objetivo de toda aquella operación era conseguir que Israel le arrancara entonces a su vecino del norte un tratado de paz y una alian-

za estratégica. Además, Gemayel y sus huestes planeaban expulsar a gran parte de la comunidad palestina del Líbano hacia el otro lado de la frontera con Siria. Desde allí, suponían ellos, los palestinos se verían desplazados más lejos aún, hacia Jordania, donde semejante entrada de población contribuiría a convertir el reino hachemí en un Estado palestino *de facto*.

Antes incluso de que 1981 llegara a su fin, Beguin era ya consciente de su error al suponer que Sadat estaba dispuesto a cerrar una paz por separado con él y, al mismo tiempo, a ayudarlo a llevar la cuestión palestina a una vía muerta. Las conversaciones sobre un plan de autonomía para los palestinos previstas en el acuerdo de Camp David (preludio firmado en 1978 del tratado de paz egipcio-israelí de 1979) no estaban yendo a ninguna parte y aquel intercambio de fuego de artillería con la OLP desde ambos lados de la frontera libanesa en 1981 —que había concluido en las embarazosas tablas antes mencionadas— acabó de convencer por fin a Beguin para hacer suyo y poner en marcha el exagerado plan de Sharón. El intento de asesinato contra el embajador israelí en Londres, Shlomo Argov, fue el incidente que desencadenó la Operación Paz para Galilea, iniciada el 5 de junio de 1982. Arrancaba así una trágica y costosa aventura que no terminaría hasta el año 2000 y cuyas consecuencias a largo plazo todavía se dejan sentir en el Líbano y el Israel actuales.

La Primera Guerra del Líbano, como terminó por llamarse aquel conflicto, fue engañosamente descrita por el gobierno como una operación militar limitada, dirigida a destruir y hacer retroceder las lanzaderas de cohetes Katiusha hasta más allá de la hipotética línea situada por detrás de sus cuarenta kilómetros de alcance. Sin embargo, sus verdaderos (y más ambiciosos) objetivos no se revelaron hasta más tarde, cuando el pueblo israelí descubrió que, sin saberlo, se había

dejado involucrar en una guerra abierta que buscaba unas metas de enorme envergadura. Los aliados libaneses de Israel no cumplieron con su parte del plan conjunto, pues no lanzaron un ataque sobre Beirut. De resultas de ello, las FDI tuvieron que combatir para abrirse paso hasta las afueras de la capital libanesa y sitiirla. Lo que sí consiguió Sharón fue que el Parlamento del Líbano eligiera a su aliado, Bashir Gemayel, nuevo presidente del país el 31 de agosto de 1982. Por un momento dio la impresión de que el grandioso plan de Sharón iba a funcionar, pero su castillo de naipes no tardó en venirse abajo. Gemayel fue asesinado el 14 de septiembre, probablemente por emisarios sirios; dos días después, las Fuerzas Libanesas perpetraron una masacre en los campos de refugiados palestinos de Sabra y Shatila. Aquello propició que en las calles de Tel Aviv se celebrara la manifestación de repulsa más multitudinaria de la historia de Israel. Se formó una comisión judicial de investigación de dichas matanzas que obligó a Sharón a abandonar la dirección del Ministerio de Defensa. Yasir Arafat, presidente de la OLP, y sus tropas huyeron del Líbano y se refugiaron en Túnez, pero Israel se quedó sin aliado libanés tras el asesinato de Gemayel. Beguin se vio superado por el giro de los acontecimientos y, sintiéndose impedido por una fuerte depresión, terminó dimitiendo y siendo sustituido por Isaac Shamir.

Pese a lo críticos que Rabin y el Partido Laborista habían sido con aquella guerra de Beguin y Sharón, una vez iniciada esta Rabin tuvo que enfrentarse a un dilema personal: él era una «paloma» desde el punto de vista político, pero un «halcón» en el terreno militar. Como jefe del Estado Mayor que había sido, estaba convencido de que siempre que las FDI tuvieran que luchar en algún conflicto —especialmente, en una guerra—, la prioridad era ganar. Tampoco habría sido muy inteligente, por parte del gran partido de la oposición, criti-

car en ese momento una guerra o una operación militar a gran escala cuando esta estaba aún en marcha. Además, hubo algún que otro momento en el que pareció que la aventura libanesa podía llegar a buen puerto. Rabin tuvo que manejar sus declaraciones conforme a los altibajos de la guerra. A pesar de ello, falló en una ocasión. El 4 de julio de 1982, Sharón —antiguo asesor y protegido suyo, por cierto— lo invitó a visitar a las tropas que estaban sitiando Beirut en aquellos momentos. Rabin aconsejó entonces «tensar más el asedio» a la capital libanesa. Aquellas palabras, desafortunadas sin duda, se pronunciaron además en presencia de varios periodistas y terminaron siendo profusamente citadas y criticadas tanto en Israel como en el extranjero.

MINISTRO DE DEFENSA (1984-1990)

En 1983, ya estaba claro que la aventura de Israel en el Líbano era un fracaso, manchada cada vez más por la masacre que los aliados libaneses de Israel habían perpetrado en Sabra y Shatila. Amin Gemayel, hermano mayor de Bashir y elegido para la presidencia después de él, se distanció de Israel. Fueran cuales fuesen las esperanzas que le quedaban a Israel a propósito de su alianza con las Fuerzas Libanesas y con la comunidad maronita, se estaban esfumando rápidamente. Terroristas chiíes aliados con Irán y Siria cometieron por entonces grandes atentados suicidas contra fuerzas estadounidenses y francesas que habían sido destinadas a suelo libanés para tratar de estabilizar la situación. Otro atentado suicida destruyó la embajada de Estados Unidos en Beirut. Israel firmó una especie de tratado de paz con el Líbano que enseguida demostró ser un papel sin validez real alguna. Moshé Arens reemplazó a Sharón en el puesto de ministro de

Defensa y ordenó la retirada de las FDI desde las afueras de Beirut hasta la línea del río Awali, al sur de aquella ciudad. La marcha de Arafat y sus tropas del Líbano hacia Túnez era el único éxito que el gobierno de Begin podía exhibir como fruto de aquella operación. El aura de prestigio que el país se había ganado gracias a la paz con Egipto quedó arruinada por culpa de tan temeraria (y fallida) aventura en el Líbano.

Las elecciones de julio de 1984 se celebraron bajo la sombra de la guerra libanesa. Pero pese a lo enfadado que estaba el electorado israelí con los artífices de aquella campaña militar, el laborismo —encabezado por Peres— no logró una mayoría suficiente para formar el nuevo gobierno. Aun con el telón de fondo de la debacle del Likud en el Líbano, la espiral inflacionista y el liderazgo del poco carismático Shamir, los conservadores se las arreglaron para hacerse con cuarenta y un escaños en la Knéset, por cuarenta y cuatro de los laboristas. Tan reducida ventaja no fue suficiente para que Peres formara gobierno, pues tanto los partidos ortodoxos como algunas pequeñas facciones de derecha eran aliados naturales del Likud. Los comicios sirvieron para confirmar nuevas e importantes pautas en la política israelí: en concreto, el electorado había ido basculando hacia la derecha y los laboristas tenían ya muy difícil formar coaliciones gobernantes aunque consiguieran ser la formación más votada. Uno de los principales problemas del Partido Laborista, evidente ya en las elecciones de 1977, seguía siendo su creciente distanciamiento con el electorado Mizraji, es decir, con los judíos llegados de otros países de Oriente Próximo y con sus descendientes. Para estos, como ya hemos visto, el laborismo representaba el *establishment* askenazí de origen europeo oriental, que, tras absorberlos inicialmente a su llegada en la década de 1950, los había humillado y había seguido actuando igualmente como *establishment* aun mucho después de haber

perdido su antiguo poder político. El Likud, sin embargo, representaba lo contrario al *establishment* (incluso aunque fuera el partido del gobierno), además de una garantía —en temas de seguridad nacional— de una postura de dureza frente a los árabes. Y, claro está, desde esa perspectiva, Peres era considerado el epítome mismo del laborismo más denostado.

El tercer fracaso consecutivo de los laboristas en el intento de formar un gobierno salido de unas elecciones evidenció que algún problema había con el liderazgo de Peres. Pero, en 1984, Rabin no le cuestionó su supremacía. De hecho, su relación dio un curioso giro cuando Isaac Navón, el popular expresidente de Israel, se planteó muy seriamente la posibilidad de disputarle el liderazgo del partido a su amigo Peres. Tras ciertas dudas iniciales, Rabin decidió mantener su colaboración con Peres frente a ese nuevo aspirante potencial, y Navón desistió. Como este ha contado en sus memorias, invitó a Rabin a una reunión para convencerlo de que se uniera a él como su número dos. Navón preguntó a Rabin qué tal se llevaba con Peres, y Rabin le respondió: «Sí, oye, el partido no quiere un enfrentamiento». A lo que Navón replicó: «Isaac, pero tú sabes que con Peres no vamos a ganar; tú mismo has dicho que así lo afirman las encuestas. Si fuera yo quien encabezara la lista, podríamos ganar. Vayamos juntos, tenemos que pensar en el bien del Estado y en cómo derrocar al Likud». Rabin respondió cortésmente, pero con firmeza: «Mira, el partido no quiere ninguna disputa adicional. He llegado a un acuerdo con Simón y ahora reina la calma en nuestra formación».²

Para romper el punto muerto entre Likud y laborismo al que se había llegado tras las elecciones de 1984, hubo que introducir una figura novedosa en la política israelí: un gobierno de unidad nacional por rotación. Se acordó que Peres ejer-

cería de primer ministro durante los dos primeros años de los cuatro que duraría la legislatura, y que Shamir sería ministro de Exteriores durante ese tiempo. A Rabin se le asignó la cartera de Defensa para el cuatrienio completo. El acuerdo contemplaba al detalle el reparto de puestos y cargos, incluidas las embajadas en Washington y la ONU. Desafiando muchas previsiones, el gobierno sobrevivió los cuatro años de legislatura y funcionó bastante bien. Abordó con éxito las consecuencias inmediatas y residuales de la guerra del Líbano, comenzando por la necesidad de replegar las FDI más al sur, y fue capaz de reducir la espiral de inflación que amenazaba con destruir la economía israelí. El gobierno no estaba dividido en dos, en realidad, sino en tres. Y es que, como ministro de Defensa, Rabin era el señor de su propio feudo particular. En su época de primer ministro, a Rabin le había molestado especialmente el enorme poder conferido a ese ministerio, dirigido entonces por Peres; cuando, unos años después, él mismo accedió a ese cargo ministerial, no le hizo ascos a poder disfrutar plenamente de tanto poder. De hecho, Rabin progresó mucho durante esos años. La defensa era su oficio, disfrutaba de los colegas con los que tenía que trabajar allí y disfrutaba del trabajo en sí. Además, le permitía estar relativamente apartado del centro de gravedad de la política nacional. Pudo dejar sus labores de analista o comentarista, pues gracias a su nueva condición de ministro de Defensa eran los propios medios los que pugnaban por entrevistarle y por citar sus palabras, elevadas a la categoría de oficiales. Lo cierto es que, durante los seis años que duraron los dos gobiernos de unidad nacional, al Ministerio de Defensa también se le llamó, en tono de broma, «el gobierno de Tel Aviv». Rabin tenía control absoluto sobre el inmenso sistema de la defensa israelí y, como miembro del trilateral «Club de los Primeros Ministros» (junto con Shamir y Peres),

su estatus —y no digamos ya su influencia— no era inferior al de estos dos. Su relación con Peres por entonces era razonable y la que tenía con Shamir era bastante buena.

El Club de los Primeros Ministros tuvo que lidiar con dos escándalos que pusieron en peligro la estabilidad del gobierno de unidad. Uno fue el escándalo del «autobús de la línea 300», que estalló en el periodo final del gobierno de Shamir, en abril de 1984. Dos secuestradores de un autobús israelí fueron abatidos por agentes del Servicio de Seguridad General (SSG). Las muertes en sí mismas, pero sobre todo los intentos de tapar detalles y el consiguiente daño que aquello representó para el SSG y para el sistema judicial israelí, suscitaron un largo y desagradable escándalo político. Aunque el incidente en sí había tenido lugar durante el mandato de Shamir como primer ministro, Peres y Rabin tuvieron que contener la potencial capacidad que un caso como ese podría haber tenido a la hora de socavar los cimientos mismos de la democracia y el sistema jurídico-legal israelíes, así como de la estabilidad de su gobierno. En 1985, estalló otro escándalo cuando Jonathan Pollard, empleado de la inteligencia naval estadounidense, fue arrestado por el FBI acusado de espiar para Israel. Pollard había sido reclutado para el espionaje israelí por una rama menor de la comunidad de los servicios de inteligencia de Israel en los tiempos en que Sharón era ministro de Defensa. Fue un tremendo error que tuvo repercusiones de muy largo alcance tanto para las relaciones estadounidense-israelíes como para la estabilidad del gobierno. El ejecutivo de unidad nacional respondió a las demandas planteadas por la administración del presidente Ronald Reagan y logró mantener la crisis de su relación con Washington bajo control. Pollard fue sentenciado a una larga pena de prisión y, hasta el momento mismo de su puesta en libertad en 2015, no dejó nunca de ser un molesto manchón en las relaciones entre Estados Unidos

e Israel. De nuevo, ese fue otro caso en el que la cooperación entre los tres miembros del club demostró un elevado grado de eficacia.

Además de la apretada agenda de temas que normalmente tiene que tratar un ministro de Defensa, Rabin se vio obligado a abordar cuatro grandes cuestiones durante su mandato en dicho ministerio: la retirada parcial del Líbano, la Primera Intifada, la cancelación del Proyecto Laví y la iniciativa de reactivación del plan de la autonomía de Cisjordania y la Franja de Gaza.

LA RETIRADA PARCIAL DEL LÍBANO

Como ministro de Defensa del gobierno de unidad nacional, Rabin se hizo cargo de la política israelí en el Líbano. La política seguida por el gobierno del Likud al término de la guerra no había sido coherente ni eficaz. Israel tenía planteado ante sí un escenario con un presidente libanés (Amin Gemayel) débil y más bien hostil, con un régimen sirio cada vez más afianzado que pretendía eliminar todo resto de los efectos de la guerra de 1982, y con unos Estados Unidos que aún no se habían recuperado del impacto de los devastadores ataques contra su embajada en Beirut y el cuartel de los marines, pero también con una multitud de fuerzas locales contendientes en la parte meridional del país, al norte de la frontera con Israel. Formalmente, las posiciones de Israel en el Líbano y su relación con el gobierno de este país estaban reguladas por el presunto acuerdo de paz de mayo de 1983, pero ese texto seguía siendo papel mojado y Háfes al Asad estaba decidido a invalidarlo. Tras la forzada salida de Sharón del Ministerio de Defensa, su sucesor, Moshé Arens, ordenó la retirada de las FDI desde las inmediaciones de Beirut hacia el

sur, hasta una línea que recorría más o menos el curso del río Awali. Pero mantener el despliegue por toda esa área no tenía ningún sentido. Las FDI eran objeto de hostigamiento y de ataques constantes, y Arens y el alto mando no creían que quedarse allí tuviera utilidad alguna. Pero Arens no logró persuadir al primer ministro, Shamir, ni a una mayoría de los ministros del Likud de que apoyaran una retirada hasta posiciones más próximas a la frontera. Sharón seguía siendo una voz influyente y se aferraba a todo lo que pudiera considerarse un logro o un éxito resultante de aquella guerra. Israel insistía en que todas las fuerzas extranjeras (en referencia, básicamente, al ejército sirio) se retiraran del Líbano como condición para su propia salida de aquel país, y al mismo tiempo trataba de llegar a un acuerdo con el gobierno de Gemayel. Pero ninguna de esas dos políticas tenía visos de viabilidad. Siria no tenía intención alguna de retirar sus tropas del país y, para colmo de males, sus aliados iraníes estaban reforzando su presencia y su influencia entre la comunidad chii libanesa.

Los esfuerzos iniciales de Rabin para arreglar la situación se dirigieron a alcanzar un entendimiento indirecto con Siria por mediación de Estados Unidos. Se trataba de seguir el modelo de la exitosa política de la línea roja aplicada en 1976, lo que significaba que Israel accedería a la presencia militar siria en el Líbano siempre y cuando Siria se mantuviera a la distancia del área de seguridad en la frontera israelí acordada en su momento. El diplomático estadounidense Richard Murphy intentó poner en práctica ese plan en nombre de Rabin, pero sufrió el desplante de Asad. El presidente sirio, tras superar la debacle inicial de 1982, se sentía seguro y fortalecido. Había empezado a hablar de conseguir una «paridad estratégica» con Israel y no tenía ninguna intención de facilitar la complicada situación de los israelíes en el Líbano. Rabin

decidió entonces que la única opción de Israel era una retirada unilateral. En enero de 1985, con el apoyo de Shamir y dos ministros más del Likud, obtuvo la aprobación del gabinete para una retirada unilateral por fases en seis meses. Israel protegería su frontera norte manteniendo allí, en territorio libanés, una zona de seguridad de diez kilómetros de profundidad y prestando apoyo a una milicia local especialmente potenciada: el Ejército del Sur del Líbano, bajo el mando del exgeneral del ejército libanés Antoine Lahad. Al norte de esa zona de seguridad, la Fuerza Provisional de la ONU para el Líbano, la FPNUL (creada en 1978), proseguirían su misión de interposición.

La retirada de las FDI hasta esa nueva línea ya estaba completada en junio de 1985. No fue un repliegue total y, de hecho, la presencia directa e indirecta de Israel en la zona de seguridad continuaría representando un problema espinoso hasta el año 2000. De todos modos, en aquellas semanas y meses de 1985, todavía no era del todo apreciable la magnitud real del problema. Dos organizaciones chiíes —Amal, vinculada a Siria, y Hezbolá, un brazo del régimen iraní—, así como un buen número de grupos palestinos, competían por el control y estaban empeñadas principalmente en afianzar sus posiciones y su influencia. El Ejército del Sur del Líbano era incapaz de valerse por sí solo y necesitaba el refuerzo de la presencia de las FDI dentro de la zona de seguridad. Israel tenía que soportar el consiguiente hostigamiento y las bajas, pero el problema parecía aún manejable.

Pese a que las bajas israelíes en el sur del Líbano fueron relativamente limitadas en aquellos años, Rabin siempre se había mostrado muy sensibilizado con cualquier pérdida en vidas humanas sufrida por las FDI. Igual que cuando era jefe del Estado Mayor de esas fuerzas, Rabin tomó el control de todos los detalles del redespiegue israelí en el Líbano e insis-

tió en realizar visitas para supervisar sobre el terreno el despliegue de unidades de las FDI. Y como también hiciera en los años cincuenta y sesenta, pasó horas con los oficiales de menor rango y con los soldados de tropa, lo que le permitió una percepción más informada de cuál era la realidad sobre el terreno sin perder de vista la perspectiva de conjunto. Cuando las FDI sufrían bajas en el Líbano, Rabin asumía públicamente la responsabilidad de ellas. Aparecía en televisión y afirmaba que, como ministro de Defensa, la responsabilidad de lo acaecido era exclusivamente suya. No eran actos calculados de un político astuto, sino una manifestación genuina del modo en que Rabin concebía su función. Rabin estaba en la plenitud de la vida y su apariencia viril, su voz áspera y su sempiterno cigarrillo en la mano le conferían una imagen de gran autoridad. Esto era muy bien acogido por la ciudadanía y resultó muy importante para consolidar la imagen de Rabin como líder franco y creíble. El estallido de la Primera Intifada no tardaría en poner a prueba ese liderazgo.

RABIN Y LA PRIMERA INTIFADA

El desarrollo de los acontecimientos a raíz de la Primera Intifada (o «revuelta espontánea», pues eso es lo que significa el término árabe *intifada*) terminaría propiciando un cambio radical en el punto de vista de Rabin y en las políticas que promovería a partir de entonces, amén de variar el rumbo futuro de la política israelí en general. El estallido de la Intifada sorprendió a Rabin de visita en Estados Unidos. Como la mayoría de sus colegas de los sistemas político y de defensa de Israel, Rabin había terminado por creer, tras veinte años de calma relativa en Cisjordania y en Gaza, que el *statu quo* podía

sostenerse. Al Fatah y otras organizaciones palestinas habían tratado de agitar a la población palestina con sus ataques, pero el grueso de esa población no se había rebelado hasta entonces. Por eso, la revuelta espontánea de diciembre de 1987 sorprendió tanto a Israel como, en el fondo, a los propios dirigentes de la OLP, y, de hecho, no se consideró en un principio que fuera a suponer un cambio radical. En marcado contraste con los atentados terroristas que la OLP había intentado promover en épocas previas, la Intifada se expresaba por medio de manifestaciones y de disturbios protagonizados por la población civil, incluidas mujeres y niños. Rabin, en plena visita de trabajo a Estados Unidos, no sintió la necesidad de acortar aquel viaje. Ese sería un muy criticado error de juicio de su parte.

Ya de vuelta en Israel, la reacción inicial de Rabin volvió a reflejar su tendencia a pensar y actuar como «halcón» militar y como «paloma» política. La dureza del halcón se manifestó primero. Rabin entendía que los desafíos a la seguridad debían ser siempre derrotados, así que ordenó una política de dureza basada en el uso de la fuerza para someter la revuelta. Se le acusó de haber dado orden a los soldados de las FDI de «romperles los huesos» a los manifestantes, pero eso no fue exactamente así. Se trata de una historia que tuvo su origen en un encuentro que Rabin mantuvo con un grupo de soldados de las FDI en lo alto de una colina próxima a Ramala, poco después de haber regresado de Estados Unidos. Como era costumbre en él, Rabin —reacio a dirigir el enfrentamiento con los palestinos desde la mesa de su despacho— acudió a donde estaba la acción, sobre el terreno. Los soldados, que habían recibido orden de no disparar, se quejaron de que se veían impotentes y humillados por su incapacidad para hacer frente a los manifestantes, mujeres y niños incluidos, que los apedreaban, los golpeaban y les escupían. Rabin les dijo en-

tonces que, en vez de quedarse quietos, debían atacar a los manifestantes usando la fuerza y las porras si era preciso. Fueran ciertas o no, la anécdota y la orden atribuidas a Rabin lo persiguieron durante años. El entonces fiscal general castrense de las FDI, Amnon Strashnov, explicó tiempo después que Rabin había presentado una declaración personal ante la Knéset el 11 de julio de 1990 en la que asumía haber tomado la decisión de pasar al uso de la fuerza, evitando al mismo tiempo el uso de fuego real, y en la que añadía: «Yo, como ministro de Defensa en aquel entonces, soy plenamente responsable [de esa decisión] en el contexto de las directrices que dicté a las fuerzas. Hasta donde recuerdo, nunca dije que había que romperle los huesos a nadie; las directrices dadas por el ministerio a las FDI fueron claras». Strashnov cuestionaba en su libro hasta qué punto fueron claras las instrucciones de Rabin y daba a entender que eran lo suficientemente ambiguas como para que algunos oficiales entendieran que se les autorizaba a hacer un uso excesivo de la fuerza.³ Y es que, aun suponiendo que Rabin no hubiera pronunciado nunca tan explícitas palabras, fue el innegable autor de una política que perseguía derrotar la Intifada mediante el uso de la fuerza, aunque minimizando el recurso a las armas de fuego. Y siguió aplicando esa política hasta mucho después de que hubiera llegado ya a la conclusión de que solo existía una vía para abordar la Intifada y que esa era la vía política. Desde su punto de vista, había que derrotar el desafío violento antes de poner en marcha un proceso político porque, en caso contrario, este se percibiría como una derrota de los israelíes. Durante esos años se producirían varios casos de abusos, y varios serían también los oficiales y los soldados llevados a juicio por ellos.

A las pocas semanas del estallido inicial de la Intifada, Rabin comprendió que estaba impulsada por corrientes muy de

fondo y por fuerzas poderosas, y que representaba un giro radical en las relaciones palestino-israelíes. Durante veinte años, la sociedad israelí había convivido con la ocupación de Cisjordania y de la Franja de Gaza porque esta no había tenido más que un impacto limitado sobre la mayoría de los israelíes. Existía una resistencia en aquellos territorios y también se habían producido atentados terroristas, pero la mayoría de los israelíes podían fingir tranquilamente que la cosa no iba con ellos. El estallido de una rebelión popular y de una nueva forma de resistencia semiviolenta planteaba un reto totalmente nuevo. Israel iba a tener que reprimir una resistencia en forma de oposición activa de la población civil y los israelíes iban a tener que ver a sus hijos —soldados de las FDI— persiguiendo por las calles de Nablus y Ramala a simples adolescentes que les lanzaban piedras. A muchos ese escenario les resultó inaceptable. Se necesitaba una nueva manera de plantear el problema, un enfoque distinto y, posiblemente, nuevas políticas.

Un ejemplo de actuación enmarcada en esta oleada de imperiosos cambios fue el insólito encuentro convocado por Rabin a las pocas semanas del estallido inicial de la Intifada. A él acudieron generales del ejército, funcionarios en activo y jubilados de la administración pública civil de Cisjordania y Gaza, así como especialistas en temas árabes y de Oriente Próximo tanto de la administración como del mundo académico. Rabin quería escuchar lo que esos expertos tenían que decir sobre la Intifada y sobre la política que, en su opinión, debía seguir Israel. La exposición de más peso fue la del profesor Simón Shamir, historiador de Oriente Próximo, que había elaborado un texto en el que situaba el dilema de Israel con la Intifada dentro del contexto de la experiencia de otras sociedades occidentales que habían afrontado insurrecciones populares en territorios bajo su control. Shamir demostró que

los intentos de aplastar la resistencia por la fuerza habían fracasado prácticamente en todos los casos y se había tenido que recurrir a un acuerdo político. Su análisis fue exhaustivo, elocuente y, en realidad, nada sorprendente para el público allí reunido. Lo que sí sorprendió de verdad fue que, al día siguiente, se presentase en el despacho de Shamir un emisario de Rabin que le solicitó una copia del texto. También el general Ehud Barak envió a un emisario con idéntica solicitud. Al final, el texto gozó de una amplia difusión entre los miembros de los sistemas de defensa y seguridad nacional israelíes. Israel no cejó en su intento de aplastar la Intifada, pero lo entonces aprendido fue una lección que caló en el pensamiento de Rabin. Un año más tarde declararía que «la solución solo puede ser política». Aquellas palabras fueron el presagio de un cambio inminente. En 1988, Rabin trataba ya de revivir la idea de la autonomía palestina que Begin planteara una década antes, en las negociaciones de Camp David.

LA CANCELACIÓN DEL PROYECTO LAVÍ

Uno de los principales temas —y de las más agrias polémicas— surgidos durante el mandato de Rabin como ministro de Defensa fue el Proyecto Laví: una iniciativa que pretendía la fabricación en Israel de un avión avanzado de combate, fruto de una idea nacida a finales de los años setenta. El político del Likud Moshé Arens, ingeniero aeronáutico de profesión, fue su principal promotor. En 1978, indujo a la Comisión de Asuntos Exteriores y de Defensa de la Knéset a recomendar el proyecto. En 1980, Ezer Weizman, antiguo jefe de la fuerza aérea israelí y, a la sazón, ministro de Defensa, tomó la decisión de sacarlo adelante. En los años siguientes, el proyecto experimentó varias modificaciones importantes que lo

volvieron más ambicioso, pero también más costoso. Cuando Arens accedió al cargo de ministro de Defensa en 1983, se encontró en una posición inmejorable para impulsar el proyecto. Logró procurarse el apoyo estadounidense y la administración Reagan accedió incluso a proporcionar una serie de tecnologías avanzadas y de financiación para el proceso de investigación y desarrollo.

Pero, en 1984, el paisaje cambió. Rabin se convirtió en el ministro de Defensa del gobierno de unidad nacional. Desde la década de los cincuenta, como ya hemos visto, había mostrado sistemáticamente su preferencia por comprar sistemas de armamento de primera clase fabricados en el extranjero (preferiblemente, en Estados Unidos) antes que abastecerse con proyectos locales de producción propia. La realidad económica del momento y los titánicos esfuerzos que el gobierno estaba dedicando a combatir la crisis económica favorecieron que Rabin se sintiera menos partidario que nunca de optar por la fabricación nacional. Rabin impuso recortes en el presupuesto de defensa y no vio motivo alguno para seguir gastando todo lo que había que gastar en un proyecto que se encarecía año tras año. La suya no fue una decisión unilateral: parte de la cúpula de la fuerza aérea también argumentaba que la calidad de los F-15 y los F-16 de fabricación estadounidense era superior, y esos altos mandos decían no estar dispuestos a sacrificar calidad simplemente por contribuir un poco al desarrollo tecnológico de Israel. A otros altos oficiales de las FDI les preocupaba que las inversiones en el proyecto se tradujeran luego en mayores recortes en el presupuesto general de defensa. Pero lo más importante de todo fue que el Pentágono se pronunció en contra del proyecto, pues no apreciaba razón alguna para que Estados Unidos contribuyera a financiar la producción de un avión de combate que podía terminar compitiendo con productos esta-

dounidenses en el mercado internacional de las fuerzas armadas.

En diciembre de 1986, el primer prototipo del caza Laví realizó un vuelo de prueba. Pero el debate y la controversia no dejaron de enconarse. Los defensores del proyecto eran personas influyentes y manejaban argumentos de gran peso: el proyecto daba empleo a miles de ingenieros, mecánicos y técnicos, y ponerle fin implicaría despidos en masa y, en último término, según ellos, la emigración de una mano de obra y unos conocimientos técnicos de primera clase. Además de las personas que trabajaban directamente en el proyecto, las IAI (las Industrias Aeronáuticas Israelíes) daban empleo a una numerosa plantilla que estaba bien organizada como grupo de presión política. Arens y otros impulsores del nuevo caza defendían que estaba en juego el futuro de Israel como potencia científica y tecnológica.

Bajo la creciente presión del Pentágono, Rabin tomó una decisión definitiva y, en agosto de 1987, convenció al gabinete para que diera el visto bueno a la cancelación del proyecto. Lo irónico del caso es que Peres, padrino de las industrias de defensa israelíes, votó lo mismo que Rabin. Aun así, la controversia no amainó. Los defensores del proyecto continuaron diciendo que ponerle fin había significado un terrible error, que la tecnología israelí había sufrido un golpe mortal, que los conocimientos técnicos generados en Israel habían ido a parar así a otros países. De todos modos, al final, resultó más que evidente que los miles de ingenieros y técnicos de los que hubo que prescindir a finales de los años ochenta siguieron aplicando sus conocimientos y su experiencia en otras empresas y campos en el propio Israel, y contribuyeron así al posterior florecimiento de los sectores israelíes de alta tecnología. En definitiva, Rabin demostró que estaba perfectamente capacitado para tomar una decisión incisiva como

aquella y puso fin así a una controversia que llevaba años afectando al sistema de defensa israelí.

EL ESFUERZO POR REACTIVAR EL PLAN DE LA AUTONOMÍA Y EL FINAL DEL GOBIERNO DE UNIDAD

A medida que la década de los ochenta se iba acercando a su fin, comenzó a fracturarse la idea de la unidad. Sorprendiendo a todos aquellos que, o bien no creían que Peres traspasaría el poder a Shamir cuando llegara el momento, o bien le aconsejaban activamente que no lo hiciera, Peres cumplió su compromiso en octubre de 1986. Tal vez lo hiciera sencillamente porque era lo correcto, o tal vez fuera más bien porque de ese modo esperaba fortalecer de una vez por todas su credibilidad ante la opinión pública israelí. El caso es que se invirtieron sus respectivos papeles y él pasó entonces a ser ministro de Asuntos Exteriores. Con las dos principales tareas que el gobierno de unidad se había propuesto llevar a cabo desde un principio —es decir, rescatar a Israel de buena parte de su implicación en el Líbano y estabilizar la economía— ya cumplidas, Peres dedicó su atención y sus energías a reactivar el proceso de paz árabe-israelí.

Peres experimentó una transformación. A mediados de la década de los setenta, era el ministro «halcón» de Defensa en el gabinete de Rabin que apoyaba el asentamiento de colonos en Samaria. Pero, como ministro de Exteriores del gobierno de Shamir, se convirtió en un defensor de la paz, dispuesto a respaldar las concesiones que esa paz requiriera para hacerse efectiva. Aquello lo llevó a un enfrentamiento directo con Shamir, el nuevo primer ministro, que estaba comprometido con el mantenimiento del *statu quo* territorial y se oponía a cualquier concesión. Rabin —por decisión propia, pero tam-

bién en vista del nuevo paisaje político de entonces— ocupó un centrista término medio entre ellos dos.

Peres invirtió en Huseín el grueso de los esfuerzos de su iniciativa de paz. Durante los primeros meses de 1987, su inversión no dio apenas frutos. El rey jordano no estaba especialmente entusiasmado e insistía en que toda negociación jordano-israelí debía llevarse a cabo únicamente en el marco de una conferencia internacional. Dado que la cumbre árabe de 1974 había denegado su reclamación de soberanía sobre Cisjordania, una conferencia internacional lo protegería de cualquier acusación de estar impulsando una negociación ilegítima por separado con Israel. Desde la perspectiva israelí, ese era un obstáculo importante. Una conferencia internacional implicaba la participación de Siria y de la Unión Soviética, una radicalización de las posturas árabes por la dinámica misma de ese colectivo de naciones y, por supuesto, una mayor relevancia de la cuestión de Palestina y de la representación de los palestinos. En abril de 1987, Peres logró un avance. En una reunión en Londres, el rey accedió a definir esa conferencia internacional en tales términos que, en la práctica, equivaldría a una tenue e inocua tapadera para lo que, en el fondo, sería una negociación jordano-israelí directa. Según la fórmula acordada, se convocaría una conferencia internacional conforme al modelo establecido por la Conferencia de Ginebra de diciembre de 1973, pero las negociaciones reales las mantendrían Israel, por un lado, y una delegación jordano-palestina, por el otro. Se firmó entonces un documento breve que, desde ese momento, se conocería como el Acuerdo de Londres.

Fue un gran avance, pero seguía existiendo un problema fundamental. El ministro de Exteriores había ejecutado toda aquella maniobra sin consultar ni informar al primer ministro. Cuando Peres regresó a Israel y puso al día a Shamir, a

quien no se había facilitado copia alguna del documento, este montó en cólera. Estaba en contra tanto del fondo como de la forma (el procedimiento) del Acuerdo de Londres. El rey Huseín ponía énfasis en el refrendo y el apoyo de Estados Unidos como condición indispensable. Shamir envió a Arens, persona de su total confianza, a reunirse con el secretario de Estado estadounidense, George Schultz, para expresarle su oposición. Schultz estaba deseoso de ver progresos en el proceso de paz, pero rehusó proseguir los tratos que había mantenido con el ministro de Exteriores en vista del veto planteado por el primer ministro. El Acuerdo de Londres pasó así a ser papel mojado y la relación entre Peres y Shamir se estropeó de forma irreparable. Rabin, entretanto, dejó entrever un leve apoyo a las posturas de Peres, pero sin compartir el entusiasmo inicial de este ni su posterior frustración y enojo. Rabin apoyaba la idea de que la cuestión palestina debía resolverse mediante un acuerdo con Jordania, pero criticaba que Peres, desde su condición de ministro de Exteriores, hubiera presentado tal acuerdo a su jefe de Gobierno como un hecho consumado, y dudaba además de que aquel documento de Londres fuese viable.

El estallido de la Primera Intifada en diciembre de 1987 subió el grado de presión para avanzar hacia un proceso de paz. Schultz, buen amigo de Israel, lanzó una iniciativa en marzo de 1988 que llamaba a los israelíes y a una delegación jordano-palestina a iniciar negociaciones sobre un acuerdo de autonomía, a las que luego seguirían negociaciones sobre una solución para un estatus permanente. Puede que la idea no hubiera sido aceptable en ningún caso para los potenciales participantes árabes en tales conversaciones ni para el consenso entonces imperante en la Liga Árabe, pero, de cualquier modo, Shamir la rechazó ya de entrada. A finales de 1988, en preparación de la transición de la administración

Reagan a la de su sucesor, George H. W. Bush, Schultz abrió un diálogo de perfil bajo con la OLP en Túnez. El mensaje era claro: si él no había podido iniciar una negociación palestino-israelí, estaba decidido como mínimo a facilitar la labor a sus sucesores. El nuevo secretario de Estado fue James Baker. Este y el presidente Bush estaban deseosos de reactivar el proceso de paz árabe-israelí. Pero las consultas mantenidas en el seno mismo de la nueva administración señalaron ya desde el principio las enormes dificultades a las que tendría que enfrentarse una iniciativa de ese calado.

Una de dichas dificultades era el cambio político interno en Israel. En las elecciones de noviembre de 1988, el Likud, liderado por Shamir, conquistó cuarenta escaños y el Partido Laborista, encabezado por Peres, bajó hasta los treinta y nueve. Se formó entonces un segundo gobierno de unidad, aunque ya sin previsión de rotación. Rabin conservó la cartera de Defensa y Peres pasó de Asuntos Exteriores al Ministerio de Economía. Arens se convirtió en el nuevo ministro de Exteriores. La paridad de la situación anterior fue sustituida por una ligera hegemonía del Likud. Aun así, los responsables de la política exterior estadounidense percibieron ciertas señales esperanzadoras. Una de ellas fue un vacilante intento del gobierno Shamir de poner en marcha nuevas negociaciones con los palestinos durante la transición de la administración Reagan a la administración Bush. Shamir y sus asesores trataban así de adelantarse a una posible basculación proárabe de la nueva administración estadounidense, en la que advertían un fuerte dominio de los republicanos de Texas, que siempre se habían mostrado comprensivos con los intereses petroleros árabes. En 1989, Shamir presentó a Baker lo que este, en sus memorias, denominó «un nebuloso plan de cuatro puntos» para la celebración de elecciones en Cisjordania y Gaza. En 1989, como parte de los esfuerzos del secretario

de Estado y de su equipo para dar mayor sustancia a las ideas de Shamir buscando una fórmula aceptable tanto para israelíes como para árabes, Baker presentó su propio «plan de cinco puntos».

Dos de las cuestiones más espinosas en el toma y daca entre la administración Bush y el gobierno israelí tenían que ver con la participación en aquellas elecciones de palestinos residentes fuera de los territorios ocupados, y de los residentes en Jerusalén Este, que Israel consideraba parte de su territorio soberano. El principal socio colaborador de la administración estadounidense por parte israelí era Rabin. Tras haber llegado a la conclusión de que la Intifada no se podía aplastar sin más y que la situación solo podría arreglarse mediante la negociación, él estaba dispuesto a dedicar los esfuerzos necesarios a conseguir la apertura de conversaciones entre las partes. La cooperación de Rabin con la administración estadounidense procedió dentro de los cauces de la más absoluta discreción, inadvertida para su propio gobierno. A veces acudía a la residencia del embajador estadounidense, al norte de Tel Aviv, para hablar con Dennis Ross, director de planificación de políticas de Baker, por la línea telefónica segura del Departamento de Estado. Este departamento, a su vez, usaba un nombre en clave para referirse a Rabin, a quien, en sus cables y memorandos, llamaba «el hombre que fuma». Rabin ideó una solución para el punto muerto en cuanto al problema de la participación de los palestinos de fuera de los territorios: permitir que un deportado palestino regresara a Cisjordania para incorporarse a las conversaciones como negociador «en nombre de los de fuera». Y, de hecho, los palestinos aceptaron la idea.

Como ya era habitual en la enredada situación política de ese periodo de presunta unidad, el ministro de Exteriores, Arens, no se enteró de nada hasta una visita que realizó pos-

teriormente a Washington. El entonces embajador estadounidense en Israel, William Brown, dejó una detallada crónica de todo aquel episodio:

Yo disponía de una línea telefónica segura en una cámara especial de mi residencia privada. Invitaba a Rabin a beber algo, cosa que él nunca rechazaba. Tomábamos una copa de esto o de aquello, subíamos arriba a esa cámara especial y, entonces, yo sacaba el teléfono especial y marcaba el número. Una vez se establecía contacto telefónico con Dennis Ross, yo le pasaba el teléfono seguro a Rabin y él y Dennis conversaban. Yo no participaba en ninguna de esas conversaciones.

Brown tuvo que hilar muy fino para tratar por separado con Shamir, Rabin, Peres y Arens. Así describió un encuentro que mantuvo con Arens después de otra llamada telefónica difícil:

Cuando le di las buenas noches a Arens, él me dijo: «Supongo que ahora irás a ver a Rabin». Yo le respondí: «Sí, así es, Moshé». Luego fui a ver a Rabin siguiendo instrucciones. Para entonces pasaba ya bastante de la medianoche. Revisé con él los puntos de la conversación Baker-Arens que me había dado Dennis Ross, y también los de la conversación que había mantenido yo mismo con Moshé Arens. Rabin permaneció en su casa, sentado, asimilándolo todo. Debo confesar que, a veces, en todo aquel proceso, tenía la impresión de estar tratando con cuatro gobiernos israelíes diferentes. [...] Rabin me dejó muy claro que él mantenía cumplidamente informado al primer ministro, Shamir. Me dijo: «Quiero que tú y Washington sepáis que no me estoy andando con juegucitos aquí, y que le voy contando a Shamir lo que pasa».⁴

Al final, Rabin y Peres descubrieron que ni Shamir ni el Likud deseaban avanzar. Y cuando Shamir quiso dar mues-

tras de cierta flexibilidad, la oposición del sector duro de su partido se lo impidió.

El discurso que Rabin pronunció el 26 de marzo de 1989 es muy esclarecedor acerca de cuáles eran las posiciones que defendía en aquel momento, resumidas en que el problema palestino debía abordarse mediante la aplicación del plan de autonomía previsto en los acuerdos de Camp David firmados por Begin; que los interlocutores de Israel debían ser líderes locales de Cisjordania y Gaza, más que la OLP; y que el Partido Laborista debía impulsar la implementación de esa política, a pesar de la oposición de sus socios del Likud en el gobierno de unidad nacional:

Nosotros y el Likud mantenemos una diferencia esencial en un aspecto: el objetivo final, la solución para un estatus definitivo, el trecho que va de la totalidad de la Tierra de Israel a un Estado judío democrático que no tenga a millón y medio de palestinos bajo su control. [...] ¿Qué dicen los principios básicos que yo acepto plenamente? Oposición a la creación de un Estado palestino situado entre Israel y Jordania. Así pues, nada de negociaciones con la OLP. [...] Pero no estoy seguro de que, si se celebraran elecciones dentro de medio año, obtuviéramos mejores resultados que en los comicios anteriores. [...] Me parece, pues, que deberíamos promover una propuesta que ya he presentado. [...] Creo que, además, podemos acordarla y coordinarla con Estados Unidos. [...] Nuestra política debería basarse en la siguiente secuencia: restablecimiento de la calma, elecciones, negociación sobre un periodo transitorio de cinco años y, en tres años a lo sumo, inicio de una negociación sobre el estatus definitivo. [...] Esto último debería estar basado en lo que se estipuló en los acuerdos de Camp David. [...] Lo segundo es continuar con la política de aplicar la fuerza contra la violencia. [...] Lo tercero es la coordinación con Estados Unidos. [...] ¿Y qué ocurre si el Likud no lo acepta? [...] Por supuesto, podemos aban-

donar el gobierno. ¿Y qué ocurrirá? Que se formará un gobierno de extrema derecha, con el Likud y los ortodoxos. ¿Y qué habrá pasado al cabo de tres años? Lo que ha sucedido en los asentamientos durante estos últimos años, pero multiplicado.⁵

Con el paso del tiempo fue cundiendo la inquietud en el Partido Laborista y en Peres, más incluso que en Rabin. La negativa de Shamir a responder a la propuesta de cinco puntos de Baker fue solo una más de las manifestaciones de la deriva del gobierno hacia la derecha. A principios de la década de 1990, cuando la controversia por el proceso de paz y la relación con Washington estaban alcanzando su punto álgido, Peres se había convencido de que podía hacer que los partidos ultraortodoxos (y quizá algunos miembros adicionales de la Knéset) se inclinaran por apoyarlo para formar una coalición alternativa. En marzo de 1990, la mayoría de Shamir rechazó de plano la última fórmula de compromiso trasladada por Baker, y Peres creyó contar con el apoyo parlamentario necesario para formar su propio gobierno. Shamir estaba al tanto de las actividades de Peres y lo destituyó. A continuación, los ministros laboristas dimitieron en bloque. Rabin dudaba de aquellos movimientos de Peres. De hecho, ese fue uno de los momentos que más nítidamente revelaron las diferencias que los separaban. Peres era audaz, aventurero incluso, mientras que Rabin siempre tenía los pies muy en el suelo. Además, Rabin se sentía cómodo con Shamir, a veces incluso más que con Peres. Trató sin éxito de mediar entre Peres y Shamir. Pero, pese a que aquel curso de los acontecimientos no le gustaba demasiado, se sumó a sus colegas del Partido Laborista y se alineó con Peres. Este se embarcó entonces en una hercúlea y, en último término, infructuosa ofensiva para atraer a los ultraortodoxos y a una pequeña facción de disidentes potenciales del Likud hacia una coali-

ción presidida por él. Rabin, convencido de que los esfuerzos de Peres eran en vano, los consintió sin mucho entusiasmo hasta el hundimiento, en abril de 1990, de lo que Rabin posteriormente llamaría «la maniobra maloliente», otra de sus aportaciones al léxico político israelí.

Los hechos de marzo de 1990 acabarían siendo un punto de inflexión en dos sentidos. Shamir pasó a ser el primer ministro de un gobierno de derecha pura. Y, a su flanco derecho, tenía además a Sharón y a unos cuantos líderes «halcones» de la línea más dura del Likud. No se vislumbraba perspectiva favorable alguna para unas negociaciones de paz y, de hecho, se aceleró la construcción de nuevos asentamientos en Cisjordania. La tensión con la administración Bush se convirtió en un cisma abierto. La ruptura quedó disimulada durante un tiempo por la necesidad de cerrar filas ante la invasión de Kuwait ordenada por el presidente iraquí Sadam Huseín y el consiguiente estallido de la Primera Guerra del Golfo, pero terminó por evidenciarse cuando Israel pidió a la administración Bush garantías para un préstamo con el que financiar los costes que suponía absorber la masiva oleada migratoria procedente de la antigua Unión Soviética. La administración estadounidense se negó y no disimuló su insatisfacción con el gobierno de Shamir y sus políticas. El secretario de Estado Baker llegó a anunciar en televisión el número de la centralita de la Casa Blanca para que Israel supiera qué teléfono debía marcar «cuando se tomase la paz en serio». También prohibió a Benjamín Netanyahu —a la sazón vicepresidente— la entrada en el edificio del Departamento de Estado después de que este hubiera criticado en público la administración estadounidense. Semejante acritud era puro veneno para cualquier político israelí: la opinión pública de ese país seguía valorando la actuación de sus mandatarios nacionales muy en función de su capacidad para llevarse bien

con el presidente estadounidense. Bush y Baker estaban carcomiendo —intencionada y eficazmente— el prestigio de Shamir en Israel.

Mientras tanto, volvía a asomar la cabeza la vieja rivalidad Rabin-Peres. Rabin había aceptado durante nueve años que Peres ocupara un cargo jerárquicamente superior al suyo y la relación se había mantenido dentro de unos cauces más o menos razonables. Rabin tenía desde 1980 su propio sector de partidarios en el Partido Laborista y este había ido creciendo a lo largo de la década. Estaba perfectamente contento con su puesto de ministro de Defensa. Pero la crisis de marzo y abril de 1990 le hizo perder ese cargo, algo de lo que culpó a Peres por haber propiciado un innecesario enfrentamiento con Shamir del que era evidente que no podía salir vencedor. Según el ya desaparecido Gad Yaacobi, ministro laborista en el gobierno de unidad, Rabin le dijo a Peres durante una reunión el 3 de mayo: «Estoy harto de tus trucos. Hay que decir la verdad. Yo sabía que todo esto [nos] llevaría a la oposición y lo dije. Intenté ahorrarnos este bochorno dando marcha atrás a la destitución y a las dimisiones, pero tú lo impediste». ⁶ Rabin estaba por fin listo para desafiar a Peres. De hecho, ese mismo día anunció en una entrevista por televisión: «Habrà más de un candidato a primer ministro, y yo seré uno de ellos». ⁷

El fracaso de la tentativa de Peres de marzo-abril de 1990 se tradujo en el fin de su liderazgo en el Partido Laborista. Tras no haber conquistado una mayoría suficiente para gobernar en cuatro elecciones distintas desde 1977 y tras haber expuesto a su partido a los riesgos de una apuesta política mal calculada, muchos miembros y activistas del partido consideraban a Peres incapaz de devolver a la formación al poder. El apoyo estaba basculando hacia Rabin, quien sí parecía facultado para ganar. No en vano era el acreditadísimo

y popular ministro que había ejercido la cartera de Defensa durante seis años; eran muchos lo que creían que solo un candidato centrista y creíble en materia de seguridad nacional podía vencer la evidente reticencia del electorado israelí a aceptar el laborismo por su mala fama en ese terreno. Rabin ya estaba listo para saltar de nuevo a la palestra.

Pero aún tardaría casi dos años en obtener la nominación de su partido como cabeza de lista: concretamente, para las elecciones parlamentarias de 1992. Cometió el error de enfrentarse a Peres en el órgano central de la formación en julio de 1990, una maniobra a todas luces prematura. Las bases del partido estaban trasvasando cada vez más apoyos hacia Rabin, pero Peres seguía controlando el aparato. De ahí que fuera Peres quien ganara aquella votación con un 54 % de los sufragios frente al 46 % de Rabin, y quien, por lo tanto, continuó siendo presidente del partido. A lo largo de 1991, sin embargo, la tendencia subyacente terminó por cambiar ese panorama. Rabin, gracias a su nueva imagen de «Señor Seguridad Nacional» y a la popularidad que su credibilidad y su autoridad de experto en esa materia le brindaban, era el único candidato que podía cambiar el sentido de un número suficiente de votos de centro y centroderecha como para devolver a los laboristas al poder.

Aunque esencial, ese cambio de panorama no garantizaba que Rabin fuese elegido candidato laborista a primer ministro para las elecciones de 1992. Sin embargo, en el sistema de elección de ese año se implantó una novedad crucial: el partido aprobó una resolución por la que el candidato sería escogido en primarias y no en votación del órgano central. Eso permitió a Rabin esquivar el control que Peres ejercía sobre el aparato del partido y aprovechar el gran apoyo del que gozaba ya entre las bases. La concurrencia de otros dos candidatos también ayudó a la causa de Rabin: Israel Keisar reci-

bió un 20 % del voto de los militantes en las primarias, un voto arrebatado en buena medida a Peres. Eso facilitó que Rabin consiguiese algo más del 40 % mínimo necesario para garantizarse el salir elegido en primera vuelta. Y así, en febrero de 1992, Rabin se convirtió en candidato del Partido Laborista a primer ministro.

LAS ELECCIONES DE 1992

La estrategia del Partido Laborista en las elecciones de 1992 fue doble. En primer lugar, organizó una campaña personalizada, centrada casi exclusivamente en Rabin como candidato a primer ministro. Esa táctica pretendía explotar la popularidad de Rabin como personalidad política y minimizar la relevancia del partido. Los laboristas habían comprendido que buena parte del electorado israelí era reacio a otorgarles el voto y esperaban que a muchos de esos electores les resultara más fácil votar por «el laborismo de Rabin». Se pretendía resaltar el perfil activista en materia de seguridad nacional del líder del partido y, para ello, hubo que relegar durante la campaña a los miembros del ala izquierdista de la formación. El programa de Rabin conjugó sus credenciales en seguridad con el objetivo de romper el *impasse* político-diplomático y renovar un movimiento de avance deliberado hacia la paz. El segundo tema de importancia en la campaña fue la necesidad de reparar la relación con Estados Unidos. Rabin, por su condición de antiguo (y exitoso) embajador en Washington, estaba más que sobradamente cualificado para cumplir ese objetivo.

Sin embargo, y pese a todas esas ventajas a su favor, Rabin ganó las elecciones solo por los pelos. Su lista obtuvo cuarenta y cuatro escaños, el izquierdista Partido Méretz conquistó

doce, y los partidos árabes, cinco. Con ello, Rabin sumaba el apoyo parlamentario imprescindible para cerrarle el paso a un gobierno Shamir. Pero, dado que con los partidos árabes-israelíes no se podía (ni se puede todavía) contar como potenciales socios de ninguna coalición de gobierno nacional en Israel, Rabin reunía en realidad, en aquel momento, un total de cincuenta y seis escaños a su favor. Solo el voto de los cinco diputados árabes podía darle la mayoría absoluta de sesenta y un escaños. Ese es un detalle muy importante para explicar la entrada (finalmente) del ultraortodoxo Partido Shas en la coalición de gobierno. El Shas se había fundado en 1982 como un partido ultraortodoxo sefardí que, en 1984, se presentó por vez primera a las elecciones para la Knéset. Era, a todos los efectos, un partido de derecha, pese a que su líder espiritual, el rabino Ovadia Yosef, y su líder político, Arie Deri, eran partidarios de avanzar en el proceso de paz. El Shas no quería sumarse a la coalición hasta que esta no hubiera reunido el número suficiente de escaños, pero, en cuanto los reunió, se incorporó a ella. Al integrarse en la coalición, el Shas le proporcionó una base más amplia, pero su participación fue siempre poco entusiasta y, según se demostró con el tiempo, no demasiado fiable. Así pues, Rabin inició su mandato decidido a tomar decisiones críticas que, sin embargo, tendrían que descansar sobre unos cimientos parlamentarios poco robustos.

Durante ese segundo mandato de Rabin, su relación con Peres mejoró, aun cuando la rivalidad y la antipatía mutua persistieron. El día de las elecciones, el 23 de junio de 1992, Rabin aguardó en su habitación de hotel la llegada de los resultados definitivos. Sus asesores lo convencieron de que evitara a toda costa el bochorno de autoproclamarse vencedor prematuramente. Mientras estaba viendo la televisión, observó que Peres estaba de celebración en una sala del mismo

hotel con un grupo de activistas del partido. Rabin sacó a relucir su famoso mal genio cuando bajó y, con la cara enrojecida y muy enfadado, dijo: «Aquí tripulo yo». Le llevó algún tiempo digerir el hecho de que tendría que ofrecer a Peres un ministerio importante, además de la condición de número dos *de facto* del gobierno. Pero Rabin comenzó ese segundo mandato suyo como primer ministro habiendo asimilado varias lecciones aprendidas durante su primer —y más problemático— mandato de mediados de los años setenta. Una de ellas fue la necesidad de no repetir la destructiva riña constante con Peres. Este estaba ahí, eso era incuestionable, y, por lo tanto, era necesario forjar una relación de trabajo operativa con él. Rabin se reservó para sí la cartera de Defensa y asignó a Peres la de Exteriores. En la división de funciones entre el primer ministro y el de Exteriores, se decidió que el primero se responsabilizaría de gestionar las negociaciones bilaterales en el proceso de paz, así como la relación con Estados Unidos. A Peres se le encomendó la responsabilidad de ocuparse de la (no tan importante) vía multilateral del proceso de paz. Pero dicha división del trabajo se modificaría pronto, cuando, ya durante los primeros meses de ese segundo mandato de Rabin, Peres y sus hombres crearon la vía Oslo y pasaron a ocupar el lugar central del proceso de paz.

LA POLÍTICA DE PAZ DE RABIN (1992-1995)

El 26 de julio de 1994, el primer ministro Rabin y el rey Hussein hablaron ante una sesión conjunta de las dos cámaras del Congreso estadounidense, y el 30 de julio firmaron un acuerdo en Washington por el que ponían fin al estado de guerra entre Jordania e Israel. Fue un paso provisional que llevaría a la entrada en vigor de un tratado de paz en toda regla, firmado el 26 de octubre de 1994. Jordania se convirtió así en el segundo Estado árabe (después de Egipto) en firmar un tratado de paz total con Israel. En su discurso ante el Congreso, Rabin dijo: «Yo, Isaac Rabin, número de identificación militar 30 743, teniente general retirado, soldado en las FDI y en el ejército de paz. Yo que he enviado tropas a combatir bajo el fuego, y soldados a morir, les digo a usted, el rey de Jordania, y a ustedes, amigos estadounidenses, que estamos comenzando hoy una guerra que no tiene ni muertos ni heridos, ni sangre ni sufrimiento: la guerra por la paz».

En épocas previas, Rabin no había destacado como orador, ni siquiera como alguien que supiera hablar bien en público. Pero en aquella segunda legislatura como primer ministro, su colaboración con su jefe de gabinete y redactor de discursos Eitan Haber, produjo varias alocuciones tan memorables como aquella. A pesar de la hipérbole retórica de su declaración —hipérbole con la que Rabin se sentía visiblemente incómodo—, esta recogía dos verdades muy hondas.

Para Rabin, conseguir la paz en aquel momento —habiendo llegado a la cima de su carrera y sabiendo ya que se acercaba al final de sus días— representaba una prolongación natural de la que había sido su trayectoria como soldado. Había habido un tiempo para la guerra y, por fin, había llegado el tiempo para la paz. Para el pueblo israelí era crucial que un antiguo jefe del Estado Mayor de las FDI y ministro de Defensa liderara el proceso de paz de los años noventa. Los israelíes tenían muchas preocupaciones y dudas ante el proceso de paz que se inició en 1993 y solo estaban dispuestos a aceptarlo si lo lideraba un primer ministro en el que confiaban profundamente y que, en un momento en el que se les pedía que hicieran muchas concesiones, les inspiraba seguridad.

Para entonces, poca controversia suscitaba ya la idea de alcanzar la paz con Jordania. Israel y Jordania habían luchado entre sí en el pasado, a veces encarnizadamente, pero el rey Huseín y la Jordania hachemí eran vistos en aquella década de los noventa más como aliados potenciales que como enemigos hipotéticos. Para Israel, Jordania no era solo el vértice amigo del triángulo israelí-jordano-palestino, sino también un aliado de confianza para proteger su frontera terrestre más larga. Además, las concesiones aceptadas para convencer a Jordania de que firmara aquel tratado de paz fueron menores e indoloras: Israel retornó a la soberanía jordana el territorio que había ocupado en el sur y, a cambio, obtuvo permiso de Ammán para arrendar la parte cultivada de esas tierras. Ahora bien, para poder acordar esa trascendental paz con Jordania —es decir, para convertir más de veinte años de contactos furtivos con el rey Huseín en unas negociaciones de paz fructíferas y oficiales— hubo que firmar los mucho más controvertidos Acuerdos de Oslo un año antes. Solo cuando la dirección del Movimiento Nacional Palestino selló

su acuerdo con Israel y entró en un proceso de reconocimiento mutuo con este último país, consideró el rey de Jordania que contaba al fin con la legitimidad y la perentoriedad necesarias para acordar su propia paz con Israel.

Los Acuerdos de Oslo y el proceso igualmente llamado «de Oslo» al cual dieron lugar se convirtieron en los acontecimientos definitorios del segundo mandato de Rabin como primer ministro de Israel. Pagó por ellos con la vida, pero hicieron de él un estadista internacional, un líder que demostró una gran capacidad para tomar decisiones audaces, para ir contra su propia tendencia natural y para arrastrar a su pueblo con él.

EL CAMINO HACIA OSLO

Cuando Rabin presentó su gobierno el 13 de julio de 1992, no estaba nada claro hasta dónde estaba dispuesto a llegar en el proceso de paz. En su discurso de ese día ante la Knéset, habló de cambiar la lista de prioridades en la agenda nacional israelí. Estaba decidido a poner fin al proyecto de los asentamientos en Cisjordania y Gaza, que, a su juicio, hipotecaba los recursos y el futuro de Israel (la campaña de los asentamientos, según él, diezmaba los recursos económicos del país y debilitaba su posición internacional), y destinar los recursos que los gobiernos del Likud habían comprometido previamente en ese proyecto a nuevas inversiones: en infraestructuras (para preparar a Israel para el siglo XXI), en la absorción de las oleadas masivas de inmigrantes procedentes de la antigua Unión Soviética, y en la reparación de la relación de Israel con Estados Unidos. También había prometido durante su campaña electoral sellar un acuerdo de autonomía con los palestinos en un plazo máximo de nueve meses. En su

discurso, Rabin preguntó: «¿Cuál debería ser la prioridad nacional: realizar costosísimas inversiones en los territorios o combatir el desempleo? ¿O mejorar la educación? [...] En la realidad actual, solo hay dos opciones: o se dedica un esfuerzo serio a buscar la paz garantizando la seguridad [...] o seguiremos guiándonos por la ley de la espada».

Rabin tenía ciertas reservas sobre el proceso de Madrid que había heredado después de que lo pusiera en marcha la administración Bush-Baker en octubre de 1991, al término de la Primera Guerra del Golfo. La influencia de Estados Unidos en Oriente Próximo estaba entonces en pleno apogeo tras haber derrotado a Sadam Huseín, haber liberado Kuwait y haber protegido a Arabia Saudí de una invasión iraquí. La Unión Soviética acababa de desaparecer como tal y Estados Unidos se había convertido en la única superpotencia mundial. Bush y Baker decidieron valerse de esas bazas y lanzar una iniciativa totalmente nueva para la resolución del conflicto árabe-israelí en una conferencia de paz en Madrid, a la que siguió el llamado proceso de Madrid. Se establecieron entonces tres vías de negociación directa: una entre Israel y Siria, otra entre Israel y el Líbano, y una tercera entre Israel y una delegación conjunta jordano-palestina. La OLP, debilitada por su mal calculada apuesta por Sadam Huseín unos meses antes, tuvo que conformarse con una posición subordinada dentro de esa delegación compartida con los jordanos. El componente palestino de las delegaciones estaba formado por habitantes de Cisjordania y Gaza y no incluía a ningún activista de la OLP. Además de esas vías de negociación directa, se constituyeron cinco grupos de trabajo sobre temas como la seguridad regional, el medio ambiente y los refugiados.

Las reservas de Rabin se debían a que no le parecía acertado basar el proceso de paz árabe-israelí en una negociación

entre Israel y el colectivo de países árabes. Como ya hemos visto, desde su primera experiencia de diplomacia árabe-israelí en 1949, y a lo largo de diversas ocasiones posteriores, había aprendido que las conferencias de paz que convocaban al conjunto de los países árabes tendían a radicalizarse en función del elemento más extremo de ese colectivo. Era mucho mejor para Israel, entendía él, negociar por separado con cada Estado árabe. Pero tampoco serviría de nada intentar agitar o cambiar el marco de Madrid ya desde el principio, así que Rabin se resignó a iniciar su propio proceso de paz resguardado tras la fachada de aquel otro.

Tras la Conferencia de Madrid, las diversas delegaciones del gobierno de Shamir se reunieron en varias ocasiones con sus interlocutores árabes en Washington, entre finales de 1991 y comienzos de 1992. No hubo progresos en ninguna de las vías y se tomó la decisión de suspender las negociaciones ante la inminencia de las elecciones israelíes de 1992. Rabin conservó en sus puestos a los directores originales de dos de aquellas delegaciones: a Eliakim Rubinstein como negociador jefe con Jordania y los palestinos, y a Uri Lubrani como negociador jefe con el Líbano. Sustituyó a Yosi Ben Aarón, director general de la Oficina del Primer Ministro, Shamir, que había actuado como negociador jefe con Siria, y me nombró a mí para ese puesto. Yo era historiador de la Siria moderna en la Universidad de Tel Aviv (de la que, además, era rector) y antiguo director del principal instituto de estudios israelí sobre temas de Oriente Próximo. Tenía una buena (aunque superficial) relación social y profesional con Rabin que pronto se volvería más estrecha y profunda gracias a nuestra colaboración de trabajo. Cada vez que lo nombraban para un cargo, Rabin tenía la costumbre de llevar consigo a algunas de sus personas de confianza, si bien es cierto que tendía a mantener el equipo de profesionales que ya tra-

bajaba allí, a menos que hubiera una razón de peso para introducir cambios. En este caso, consideró que Ben Aarón, colaborador cercano del ex primer ministro Shamir y conocido «halcón» en política exterior, no podía continuar siendo el negociador jefe con Siria. Rabin quería enviar el mensaje de que se tomaba aquellas negociaciones muy en serio.

Desde un principio se hizo evidente que Rabin pretendía realizar avances significativos en el proceso de paz. Entendía que no le habían dado una segunda oportunidad tan poco habitual como aquella para malgastarla pasando unos cuantos años sentado en la poltrona de primer ministro sin más y que cambiar la relación de Israel con su entorno árabe sería su manera más eficaz de lograr un impacto real. Rabin creía que las principales amenazas a la seguridad nacional de Israel se encontraban en el flanco oriental de Oriente Próximo y Medio, en Irán e Irak, y estaba convencido de que tenía ante sí la oportunidad de transformar la relación israelí con los vecinos limítrofes para, de ese modo, poder centrarse a fondo en los desafíos, más graves, que se le planteaban al país desde más al este.

En la conversación que mantuvimos en su casa con motivo de mi nombramiento, en julio de 1993, Rabin me indicó que tenía la intención de ir muy lejos en las negociaciones con Siria. Me dijo que, durante la última visita de Baker a la región como secretario de Estado, Háfes al Asad había comentado que quería firmar un acuerdo de paz con Israel similar al firmado en 1979 por Sadat, y me confesó también que la administración Bush estaba dispuesta a suscribir una paz sirio-israelí. Rabin me explicó entonces que mi misión consistía en averiguar, por medio de las negociaciones, si aquello era realmente factible. Estábamos en un momento de gran interés y significación. Durante su campaña de 1992, Rabin había afirmado que Israel no debía renunciar a los altos del

Golán. Pero un acuerdo de paz sirio-israelí que siguiera el modelo del firmado con Egipto implicaría una retirada completa de esa zona a cambio de una paz total. No todo se explicita en la relación que mantienen un líder y su negociador: hay cosas que se sobrentienden. Al decirme que mi tarea principal era averiguar la viabilidad del acuerdo previsto por Baker, Rabin me estaba indicando en la práctica que tenía intención de recorrer aquel camino hasta el final si se demostraba que lo haría con un compañero de viaje sirio.

En aquel entonces, Rabin no había asignado todavía prioridad a ninguna de las vías del proceso de paz, ni a la siria ni a la palestina. De todos modos, la vía siria partía con una importante ventaja: el conflicto sirio-israelí era más simple que el palestino-israelí, pues consistía esencialmente en una disputa territorial por los altos del Golán, y no en un conflicto nacional. Siria era un Estado gobernado por un régimen poderoso, autoritario, que estaba encabezado por un presidente que tenía fama (y precedentes) de ser un duro negociador que respetaba los acuerdos a los que llegaba. Los palestinos eran un actor no estatal liderado por un hombre (Yasir Arafat) cuya personalidad y credibilidad seguían siendo un enigma para los dirigentes israelíes. Además, el Líbano era un Estado cliente de los sirios, y el rey Huseín no emprendería movimiento alguno que no estuviera legitimado —en virtud de algún acuerdo previo— por Siria o los palestinos. Pero en esa fase temprana, en el verano de 1992, Rabin no se había decantado aún ni por la vía siria ni por la palestina. Tenía que aguardar a que sus delegaciones reiniciaran las negociaciones para poder decidir las posibilidades de cada uno de esos itinerarios.

En la división de funciones acordada entre Rabin y su ministro de Exteriores, Peres, Rabin asumió las negociaciones directas y asignó los grupos de trabajo multilaterales a su so-

cio de gobierno y rival. Rabin hizo un seguimiento muy directo de las negociaciones bilaterales. Quería que se le consultasen todas las cuestiones sensibles sobre territorio y seguridad, pero sin caer en una «microgestión» de los temas. Durante varios meses, los avances en las conversaciones en Washington fueron muy lentos. Era evidente que la delegación palestina estaba recibiendo instrucciones de Arafat y de la OLP desde Túnez. La supuesta buena fe negociadora de la delegación palestina era una ficción útil: transmitía la imagen pública de que, en realidad, Israel no estaba negociando con la OLP. Pero lo cierto es que esas negociaciones se estaban intentando, aunque no parecían ir a ninguna parte. Sí hubo algunos progresos en las negociaciones sirio-israelíes. Determinadas declaraciones de Rabin y el discurso inicial que yo mismo pronuncié —con frases como «el alcance de la retirada vendrá a reflejar el alcance de la paz acordada»— daban a entender que Israel estaba dispuesto a realizar ciertas concesiones (no especificadas) para alcanzar la paz con Siria. El ambiente en esas negociaciones se transformó y dejó de ser de hostilidad abierta, como en tiempos de Shamir, para adoptar un aire de mayor seriedad y eficiencia. La delegación siria puso sobre la mesa un documento de principios sobre la paz. Era un texto ciertamente curioso, pues en él se hablaba de paz, pero sin que se mencionase la palabra «Israel» ni una sola vez. Pese a estar formulado en unos términos muy vagos, representaba cierto progreso por la inclusión del vocablo «paz» en el vocabulario oficial sirio. Ese pequeño progreso, sin embargo, distaba mucho de ser un avance significativo. El obstáculo principal estribaba en que Siria exigía que Israel se comprometiera a una retirada total del Golán antes de cualquier conversación concreta y detallada sobre la paz que Siria pudiera ofrecer a cambio de dicha retirada.

Las conversaciones de Washington quedaron interrumpidas en diciembre de 1992. Fue una señal temprana del grave y perturbador impacto que el terrorismo iba a tener en la política de paz de Rabin. Un agente de la policía de fronteras israelí fue secuestrado y asesinado por Hamás. Hamás (acrónimo de Movimiento de Resistencia Islámica), rama palestina de los Hermanos Musulmanes egipcios, entró en actividad en la política palestina en diciembre de 1987, en el momento del estallido de la Primera Intifada, y se presentó como una alternativa islamista a la laica OLP. En 1989, comenzó a auspiciar una serie de actividades terroristas. Rabin se decidió a poner fin a esos atentados aplicando una medida tan radical como expulsar al grueso de los cuadros de aquella organización (unos cuatrocientos activistas de Hamás) al sur del Líbano. Finalmente, sin embargo, aquella demostraría ser una decisión tan errónea como costosa. En febrero de 1993, Israel tuvo que admitir el regreso de los deportados como condición para la reanudación de las conversaciones de paz de Washington. Los activistas de Hamás volvieron a Cisjordania y a Gaza, pero mucho más consolidados como organización tras el periodo que habían permanecido juntos en el sur del Líbano.

En marzo de 1993, Rabin llegó a Washington para mantener su primer encuentro de trabajo con el presidente Bill Clinton. No era la primera reunión entre ambos. Rabin había conocido a Clinton y a su compañero de candidatura, Al Gore, en agosto de 1992, durante la campaña electoral de las presidenciales, pero había sido en circunstancias harto formales y no particularmente cordiales. En ese segundo encuentro entre ambos fue, sin embargo, donde empezó a forjarse una relación más calurosa y amable. Rabin se sintió impresionado por lo rápido que Clinton comprendía los temas y por su intuición política, así como por el carisma y la

elegancia que emanaba, y por su evidente interés por Israel. Clinton veía en Rabin a un confidente mayor que él, a un veterano, a un estadista de gran autoridad, a un soldado que, tras muchos años, quería alcanzar la paz, y a un líder que estaba dispuesto a contravenir las convenciones. Apreciaba su franqueza y su sinceridad. Rabin estaba ciertamente cambiando con respecto al primer ministro que en otros tiempos había sido: la áspera brusquedad de antaño se había transformado en una cautivadora honestidad. No es posible entender bien la evolución de los acontecimientos durante el trienio siguiente sin fijarnos también en la relación personal entre esos dos políticos. Un par de años después de aquella reunión, en mayo de 1995, cuando ambos dirigentes coincidieron en un acto del AIPAC, Clinton describió su encuentro en los siguientes términos: «La primera vez que nos reunimos, como he repetido muchas veces, él me estuvo mirando y yo a él, y él estuvo como estudiándome todo el rato y yo ya me di cuenta entonces de que era alguien extraordinario».¹

Rabin y la administración Clinton compartían muchos puntos de vista sobre el proceso de paz. La visión de la administración estadounidense estaba formulada desde la premisa de la «contención dual», que preveía, por un lado, frenar tanto a Irán como a Irak, y, por el otro, estabilizar el área central de Oriente Próximo mediante una paz árabe-israelí. Dado que Rabin estaba dispuesto a realizar concesiones significativas para conseguir los progresos que tenía en mente, su relación con la administración Clinton se caracterizó por una total ausencia de tensiones. Hubo algún que otro desacuerdo táctico, pero insignificantes en comparación con la coincidencia en cuanto a la perspectiva general y con la cálida relación que unía a los dos mandatarios.

Durante el encuentro de marzo entre ambos líderes, Clinton expresó la clara preferencia de su administración por la

vía siria. El equipo estadounidense sabía que Rabin quería avanzar por una vía y después por la otra, pero no por las dos a la vez. Políticamente, podía afrontar la oposición a un pacto con Siria o con los palestinos, pero no con la oposición a ambas cosas a la vez. Rabin, además, había sabido expresar su voluntad de llegar muy lejos a fin de lograr la paz con Siria sin comprometerse claramente en ningún momento a una retirada total.

La reunión comenzó con una breve exposición por parte de Clinton del concepto de la contención dual que subyacía a la política de su administración en lo relativo al proceso de paz. El presidente estadounidense explicó a continuación que, según su secretario de Estado, Warren Christopher, la vía siria presentaba mejores perspectivas. A la hora de responder, Rabin se extendió bastante en sus explicaciones. Una parte de aquel encuentro, así como de otros que mantuvieron Rabin y Clinton, y de la mayoría de los que Rabin tuvo con el secretario de Estado Christopher, se produjo en forma de conversación privada entre ambos, acompañados, eso sí, de sendos asistentes encargados de tomar notas. Yo tuve el honor de ser el asistente por parte israelí durante esos encuentros y fui testigo así de muchos momentos extraordinarios. Lo que sigue es el meollo de lo que dijo Rabin según las notas que yo mismo tomé:

Indudablemente (dijo Rabin), las dos claves para avanzar son Siria y los palestinos. Desde el punto de vista estratégico, Siria es más importante, pero desde el punto de vista de lo que es la vida cotidiana de nuestro país, mucha es la importancia que cabe atribuir también a un acuerdo con los palestinos. Con estos, el problema es de índole política y emocional. El problema con Siria, sin embargo, es el siguiente: tiene un líder y tiene capacidad para tomar decisiones, pero, en una democracia como

es Israel, hay que movilizar el apoyo de la opinión pública si se quieren hacer concesiones dolorosas. [...] Dos son los elementos ahí presentes: 1) ¿qué significa «paz»?; y 2) la paz [con Siria] debe ser sostenible por sí misma, es decir, no ya una paz separada, sino una paz que no dependa de las otras vías. Por eso no uso yo la expresión «retirada total»; no sería aconsejable que ningún [líder] israelí la usara. Es imposible cerrar un acuerdo con Siria sin que haya reuniones entre los líderes. Tampoco pueden dejarse las negociaciones a negociadores de nivel relativamente bajo. [...] No podremos lograr avances de verdad hasta que yo y el pueblo israelí estemos convencidos en cuanto a todas las cuestiones importantes que he mencionado, a las que yo añadiré también la de la seguridad. Los ánimos en Israel están complicados por culpa del terrorismo y esto tiene su propio impacto. Prefiero una implementación por fases. Nosotros siempre damos cosas tangibles y recibimos papeles y palabras. Vivimos en una región donde no hay democracia. ¿Qué pasa si hacemos concesiones hoy y Asad ya no está ahí mañana? Le explicaremos a la población que somos conscientes de cuáles son las condiciones en nuestro entorno, pero que, sin riesgos, no hay paz.

Clinton volvió a intentar que Rabin dijera que estaba listo para aceptar una retirada completa del Golán. Rabin eludió de nuevo la cuestión. Admitió que los sirios no estarían de acuerdo con una paz total sin una retirada completa, pero añadió que no sería prudente para ningún israelí declarar algo así públicamente sin saber antes que ellos aceptarían nuestras condiciones. «Por lo tanto —dijo Rabin—, de momento no querría decir más de lo que he dicho». Clinton presionó: si Siria diera una respuesta con una definición de su concepto de paz, si hubiera una fuerza de paz estadounidense y garantías para la estabilidad del acuerdo, como las hubo en Camp David, ¿bastaría eso para cambiar la opinión pública

en Israel? A Rabin no le entusiasmaba la idea de una fuerza de paz estadounidense en el Golán: «Siempre nos hemos preciado de no haber pedido nunca a un soldado estadounidense que arriesgara su vida por Israel. Es un elemento que fortalece nuestra relación. La ciudadanía israelí preferiría una retirada parcial antes que una retirada total apoyada por una fuerza estadounidense. Lo diré con franqueza: la cuestión depende de cómo perciba la población israelí las intenciones de paz de Siria». Rabin atribuía una gran importancia a conseguir que Asad se embarcara en una iniciativa diplomática pública. Desde su punto de vista, la paz a la que llegaría con Siria se basaría, en buena medida, en el modelo de la paz que Beguin había sellado con Egipto. La tarea de Beguin había sido más sencilla. Él había contado con la ventaja de tratar con Sadat, quien había comprendido intuitivamente que tenía que ayudar a Beguin a persuadir al pueblo israelí de que Egipto había dejado de ser un enemigo. Asad, sin embargo, no entendía el papel de los medios de comunicación en las democracias occidentales y se negaba en redondo a esforzarse por llegar mejor a la opinión pública israelí. El comentario de Rabin hizo que Clinton le preguntara qué comportamientos sirios cambiarían la percepción del público israelí. Y Rabin mencionó tres: Asad apareciendo en televisión ante su propio pueblo, Siria «portándose bien» en el Líbano y, sobre todo, acciones de carácter público. Y no un viaje a Jerusalén, sino actos públicos visibles.

Asimismo, Rabin comentó que tal vez tuviera que someter a referéndum el acuerdo al que se llegara con Siria. Clinton quiso saber en qué momento se convocaría ese plebiscito. Y Rabin respondió: entre la rúbrica inicial del acuerdo y la firma final. Pero, repitió, no habría opción a referéndum alguno si antes no se podían exponer claramente los términos de la paz. «Yo mismo visité el Golán y no me recibieron con flo-

res, precisamente». A lo que Clinton repuso: «Ese es el precio del liderazgo».

Rabin respondió: «Tengo setenta y un años. He visto muchas guerras y el precio que se cobran, y estoy dispuesto a asumir riesgos por la paz. Disponemos de cierto periodo de tiempo antes de que el fundamentalismo alcance máximos y antes de que Irán obtenga armas de destrucción masiva y misiles con los que dispararlas. Muchos me preguntan de qué sirve lograr la paz en un primer cinturón de países si el cinturón externo se comporta como Irán se comporta ahora. Mi respuesta es que logrando la paz en nuestro entorno inmediato se reducirá el riesgo en ese otro círculo exterior. Para Israel también es importante conservar el régimen hachemí en Jordania».

Cuando la reunión estaba a punto de concluir, Rabin transmitió a Clinton una idea que ya había planteado al secretario de Estado, Christopher, y al consejero de seguridad nacional, Tony Lake. Quería que Estados Unidos propusiera que Faisal Huseini fuese invitado a integrarse en la delegación palestina en las conversaciones de Washington. Huseini era un líder respetado (y bastante independiente) en Jerusalén Este, vástago de una de las más destacadas familias palestinas. Curiosamente, su padre, Abdelkader Huseini, había sido el comandante del ejército de irregulares que había luchado contra los soldados de Rabin en la carretera hacia Jerusalén en 1948, y allí había muerto en combate. Rabin aclaró que Huseini representaba la última oportunidad de que un líder local pudiera plantarle cara a Arafat y dotara de cierta sustancia a aquellas conversaciones de Washington. Era el único dirigente local en Cisjordania y Gaza que poseía el prestigio público y el valor necesarios para actuar con independencia de la OLP. Desde que se anexionara Jerusalén Este a raíz de la guerra de los Seis Días, Israel se negaba a negociar con

ningún representante palestino residente en esos distritos jerusalimitanos. Sin embargo, en 1989, cuando era ministro de Defensa y estaba intentando promover la idea de la negociación de una autonomía con los líderes locales más que con la OLP, Rabin sorteó ese obstáculo incorporando a las delegaciones palestinas habitantes de Jerusalén Este que tuvieran una segunda residencia en Cisjordania. Y estaba dispuesto a hacer lo mismo con Huseini en 1993. También estaba al tanto de la negociación informal con la OLP en Oslo que él mismo había autorizado en febrero, pero, por entonces, Rabin todavía no veía en aquella opción noruega otra cosa más que un ejercicio exploratorio: para él, las conversaciones de Washington seguían siendo la vía principal. Como era característico en él, Rabin tenía intención de explorar varias opciones en paralelo antes de tomar su decisión definitiva.

La cuestión de la participación de la OLP se planteó en otro interesante encuentro que Rabin tuvo durante aquella visita de marzo. Fue durante un desayuno con el equipo de paz estadounidense. Ese equipo de paz estaba compuesto por el grupo de diplomáticos que aplicaban la política de Washington en el proceso de paz, entre los que se incluían: el subsecretario de Estado, Edward Djerejian; el director de planificación de políticas del Departamento de Estado (y antiguo embajador de Estados Unidos en Israel), Sam Lewis; el adjunto del presidente para Oriente Próximo y Medio en el Consejo de Seguridad Nacional, Martin Indyk; los dos funcionarios del Departamento de Estado, Daniel Kurtzer y Aaron Miller; y Dennis Ross, de quien, en aquel momento, se creía que estaba a punto de abandonar la administración. No era nada usual que el primer ministro de un país extranjero tuviera un seminario informal con un grupo de diplomáticos y analistas, pero Rabin se sintió muy cómodo en ese entorno. Nunca le habían importado mucho la jerarquía, la antigüe-

dad o el rango para hablar de temas de interés, pues él se comportaba como un analista más. Aprendía mucho durante aquellas conversaciones y el efecto que tenían en él era enorme. Aquel diálogo en libertad con el equipo de paz estadounidense fue, *mutatis mutandis*, de ese mismo tipo. Hacia el final de la conversación, Sam Lewis se dirigió abiertamente a Rabin y dijo que la conclusión inevitable del análisis de las negociaciones palestino-israelíes presentado por el primer ministro era que Israel tenía que hablar con la OLP. Rabin esbozó una sonrisa enigmática. Pocos en la sala sabían que Rabin ya estaba negociando indirectamente con la OLP.

Mientras Rabin estaba en Estados Unidos, en Israel se desató una oleada de apuñalamientos por parte de terroristas palestinos. Rabin había aprendido la lección en diciembre de 1987, al no regresar durante el estallido de la Primera Intifada, así que decidió interrumpir su visita y volar de vuelta al país de inmediato. En cualquier caso, fue toda una señal previa de la importancia que el terrorismo tendría en el fracaso final del proceso de paz de la década de 1990.

Pero, pese a todo, la visita había servido para tender importantes puentes de entendimiento entre Estados Unidos e Israel, e indujo a la administración Clinton a tratar de avanzar. En la primavera de 1993, como consecuencia directa de las conversaciones Clinton-Rabin de marzo, Estados Unidos comenzó a dedicar un esfuerzo especial a intentar desbloquear el punto muerto en el que se encontraban las negociaciones sirio-israelíes. Christopher se reunió en Viena con el ministro de Exteriores sirio, Faruk al Shara, e intentó en vano convencerlo —a él y, a través de él, al presidente Asad— para que adoptara una actitud más flexible. Posteriormente, el subsecretario de Estado (y varias veces embajador) Djerejian voló en un avión militar estadounidense con destino a Damasco para reunirse en secreto con el propio Asad. Djere-

jian había sido un buen embajador en la capital siria y había ejercido una importante influencia en su día, junto con el entonces secretario de Estado Baker, para convencer a Asad de que participara en la Conferencia de Madrid. En esta otra ocasión, sin embargo, tampoco él consiguió mover a Asad de su postura: el líder sirio seguía insistiendo en que Israel debía comprometerse antes a llevar a cabo una retirada total del Golán y que, solo entonces, explicaría qué tipo de paz estaba dispuesto a suscribir.

La guerra que no cesaba entre Israel y Hezbolá en el sur del Líbano, y con fuego cruzado en la frontera libanesa-israelí, añadía otra importante dimensión a la relación trilateral entre Israel, Estados Unidos y Siria. A finales de la década de los ochenta, Hezbolá se convirtió en el actor dominante en el sur del país cuando, con ayuda siria e iraní, derrotó a Amal en su pugna por la hegemonía en la comunidad chií en el Líbano. Hezbolá era una entidad peculiar: movimiento político, guerrilla, organización terrorista y brazo del régimen iraní... todo en uno. A comienzos de los años noventa, intensificó sus ataques contra soldados de las FDI destacados en el sur del Líbano como refuerzos del Ejército del Sur del Líbano, incapaz de hacer frente en solitario a Hezbolá. Esta organización también disparaba con cierta frecuencia cohetes Katiusha contra el norte de Israel. El interlocutor (indirecto) de Rabin para tratar con Hezbolá era Damasco. Era típico de Asad, quien creía en la necesidad de negociar desde una posición de fuerza y sacar provecho de todas las bazas que tuviera en su mano, combinar negociaciones con Israel con el apoyo a los ataques de Hezbolá sobre objetivos israelíes. Y si Israel reaccionaba con especial sensibilidad a las bajas, más motivos había para incrementar la presión en el sur del Líbano. Pero los israelíes tenían una opinión muy diferente a propósito de la conducta de Asad. Como Rabin explicó a Clin-

ton en marzo, la manera de actuar de Asad en el Líbano reforzaba la imagen negativa que el líder sirio tenía entre la ciudadanía israelí y representaba un obstáculo difícil de salvar en el camino hacia un hipotético pacto sirio-israelí.

EL PROCESO DE OSLO

El proceso de Oslo dio comienzo en diciembre de 1992 concebido como un clásico ejercicio diplomático de búsqueda de una segunda vía y culminó ocho meses después, en agosto de 1993, con un acuerdo formal entre Israel y la OLP. El proceso de Oslo fue propiciado por la convergencia de tres hilos facilitadores: el activismo de Yosi Beilin, viceministro de Exteriores de Peres; el empeño de Terje Larsen, director del Instituto Noruego de Ciencias Sociales Aplicadas, en facilitar el contacto y las negociaciones palestino-israelíes; y la voluntad de la OLP de incorporarse al proceso de paz con Israel.

El proceso comenzó con una reunión en Londres entre Yair Hirschfeld, académico israelí y colaborador de Beilin, y Ahmed Kurei (Abú Alá), uno de los altos dirigentes de la OLP. El encuentro tuvo lugar poco después de la derogación de una ley israelí que prohibía todo contacto con la OLP. Hirschfeld viajó entonces a Oslo, con permiso de Beilin y acompañado de otro académico israelí, Ron Pundak, para reunirse con Abú Alá y dos de sus colegas en la OLP. Las primeras conversaciones se centraron en el tema de la implementación del plan de autonomía a partir de la retirada israelí de Gaza, en la cooperación económica y, a instancias de Beilin, en la formulación de una Declaración de Principios definitorios de las relaciones palestino-israelíes durante el período provisional.

Beilin se tomó su tiempo hasta que, en enero, puso al día a Peres de lo allí hablado. Peres, a su vez, tardó lo suyo en poner al día a Rabin, en febrero. Pero, para sorpresa de Peres y de Beilin, Rabin les dio luz verde para continuar. Rabin estaba preocupado en aquel momento por la ausencia de progresos en las conversaciones de Washington y, con su acostumbrado pragmatismo, estaba dispuesto a experimentar para ver qué salía de la que se conocería como vía Oslo. Era perfectamente consciente de la significación que tenía tratar directamente con la OLP, aunque fuera a través de un canal informal. También sabía que Peres estaba adquiriendo así la condición de actor protagonista en el proceso de paz y estaba abandonando, gracias a la importancia del canal de Oslo, el rincón al que se le había relegado en los primeros momentos del gobierno de Rabin. La vía Oslo se mantuvo en el más estricto secreto. Rabin no informó de ella ni a sus más cercanos asesores, y la administración Clinton solo se mantuvo al tanto gracias a los informes que le iban transmitiendo a Daniel Kurtzer —miembro del equipo de paz estadounidense— tanto Beilin como el gobierno noruego. Hubo reuniones adicionales en febrero y en marzo para discutir la Declaración de Principios. En mayo, Rabin aceptó que Uri Savir, a la sazón director general en el Ministerio de Exteriores, se sumara a las conversaciones en la capital noruega. El de Oslo se transformó así en un canal formal. Rabin seguía decidido a que las conversaciones de Washington no dejaran de ser el canal principal, pero, a falta de avances en la capital estadounidense, fue asignando un papel más destacado a la vía Oslo. El interlocutor de Savir era Abú Alá. En junio, el Ministerio de Exteriores invitó a Joel Singer a desplazarse desde Washington para revisar la Declaración de Principios que Pundak y Hirschfeld habían preparado junto con sus interlocutores palestinos durante los meses precedentes. Resulta interesante

que se eligiese a Singer para esa tarea. Era un coronel retirado de las FDI, antiguo director del Departamento Internacional en la Fiscalía General Castrense israelí, que trabajaba en aquel entonces como abogado contratado por un bufete jurídico de Washington. Contaba con una amplia experiencia en las negociaciones árabe-israelíes (con Egipto y el Líbano, concretamente) de finales de los años setenta y de la década de los ochenta. Rabin tenía mucha confianza en los exoficiales de las FDI y estuvo encantado de que Singer se incorporara a la iniciativa.

En junio de 1998, Singer publicó en el diario *Haaretz* una reseña sobre una crónica del proceso de paz de los años noventa que Savir había publicado en forma de libro poco antes.² Merece la pena reproducir aquí unos fragmentos largos de la misma, dado el importante papel que Singer desempeñó en el proceso de Oslo y su inesperada crítica acerca de cómo este se llevó a cabo:

El borrador del Acuerdo de Oslo estaba redactado en un estilo poco profesional. Las ideas en él incluidas me parecían buenas en parte, pero algunas tendían demasiado hacia el lado palestino. Estaba agradecido a Peres, a Beilin y a sus ayudantes por la confianza que habían depositado en mí, pero me preocupaba que su entusiasmo ante el hecho mismo de haber llegado a un acuerdo con la OLP les estuviera impidiendo ver sus aspectos negativos. No me impresionó especialmente lo que me contaron acerca de la química que reinó en las conversaciones de Oslo, pues yo creía que, además de química, también hacía falta un poco de física, es decir, un anclaje claro de la protección de los intereses israelíes en el texto del acuerdo mismo. Así que decidí no andarme con rodeos y desaconsejar la firma del acuerdo. [...] Al final de la reunión me dijeron que no me preocupara y me convencieron de que ya no volvería a saber más del «grupo de Oslo». Pero luego descubrí que eso no iba a ser así. Más o me-

nos por aquel mismo entonces, Rabin dio instrucciones por escrito a Peres para que pusiera fin a los contactos de Oslo, pues él también se había llevado una impresión negativa de aquel acuerdo. Peres me invitó a ir a Israel y, esta vez, nos convocó a mí y a Beilin para tener una conversación con Rabin. Finalmente, después de que Peres sugiriera añadirme al equipo de Oslo, Rabin accedió a permitir que ese equipo pusiera en marcha una negociación formal con la OLP, siempre y cuando yo elaborase y sometiese a la aprobación del propio primer ministro un borrador del acuerdo que se mantuviese fiel a la esencia de las instrucciones que él nos había transmitido. La lógica habría aconsejado recomenzar todo el trabajo desde cero, pero, aun contra mi propio criterio, se me ordenó aceptar el borrador ya existente como premisa de partida e introducir en él solo unas mínimas correcciones obligadas. Los responsables del Ministerio de Exteriores me explicaron que, dado que llevaban ya seis meses de negociaciones y que los palestinos esperaban que el acuerdo se firmase en un máximo de una o dos reuniones más, todo el Acuerdo de Oslo se vendría abajo si yo trataba de introducir en él enmiendas de largo alcance. Pues, bien, aun a pesar de mis esfuerzos por minimizar las correcciones, los representantes de la OLP en Oslo se quedaron estupefactos cuando se las expuse, porque les había retirado todos los «éxitos» que, según ellos, habían conseguido arrancar a sus interlocutores israelíes en las negociaciones.³

Como bien se deduce de las palabras de Singer, en junio Rabin empezó a estar descontento con el rumbo que habían tomado las conversaciones en Oslo. No estaba convencido de la seriedad de las intenciones de los negociadores palestinos y le preocupaba que la vía Oslo pudiera neutralizar las conversaciones de Washington, que eran las que él estaba decidido a mantener. Así que el 6 de junio dio instrucciones por escrito a Peres para suspenderlas. Rabin escribió lo siguiente a Peres:

Los contactos conocidos como «contactos de Oslo» constituyen en la situación actual un peligro para la continuidad de las negociaciones de paz. [...] Los representantes de Túnez encarnan a los elementos extremistas entre los palestinos que apoyan un proceso de paz, e impiden que los elementos más moderados progresen en las negociaciones que mantienen con nosotros. [...] Es posible que los representantes de Túnez estén ahí para torpedear cualquier posibilidad de lograr una negociación real en Washington y obligarnos así a hablar únicamente con ellos, lo que supondría un peligro para las negociaciones de paz con Siria, el Líbano y Jordania. [...] Solicito que se interrumpan los contactos hasta que esclarezcamos las cosas.⁴

Cambió de opinión el 10 de junio, cuando Singer volvió de Oslo y le convenció de que las intenciones de la delegación palestina eran serias. Rabin dio entonces su aprobación a la reanudación de la vía Oslo. Se mostró de acuerdo con Peres y su equipo cuando se dio cuenta de que Oslo estaba demostrando ser una alternativa más prometidora que las propias conversaciones de Washington, pero seguía teniendo sentimientos encontrados respecto al hecho de llegar a un pacto con la OLP y no dejaba de sospechar de las intenciones de Peres. Rabin recibía información sobre la marcha de las conversaciones de Oslo en unos encuentros semanales que tenían lugar todos los viernes por la mañana en el Ministerio de Defensa, pero no estaba seguro de que le estuvieran contando todos los detalles de las negociaciones. Y sabía de sobra que el acuerdo que se alcanzara en Oslo potenciaría el prestigio de Peres, pues lo rescataría de los márgenes del proceso de paz y lo situaría justo en su centro. A Rabin le inquietaba también la posibilidad de que, si decidía poner fin al proceso de Oslo, Peres desafiara su liderazgo en el Partido Laborista, para presentarse a sí mismo como adalid de

la paz y calificar después a Rabin como un obstáculo para la misma.

Aquella ambivalencia de sentimientos de Rabin se trasladó también a sus decisiones. Así, por un lado, autorizó que dos de sus personas de confianza exploraran canales alternativos al de Oslo. Una de ellas fue Haim Ramón, ministro de Sanidad e influyente dirigente del Partido Laborista. Ramón estableció un canal con el político árabe israelí Ahmed Tibi, quien mantenía una estrecha colaboración con la dirección de la OLP. Tanto Rabin como Mahmud Abás (Abu Mazen) se valieron del canal Ramón-Tibi para verificar las intenciones de sus interlocutores/rivales. Rabin quería confirmar la versión de las negociaciones de Oslo que le había transmitido Peres, mientras que Abu Mazen estaba tratando de validar las informaciones que había recibido de Abú Alá. En todo caso, Arafat ya no permitió que se desarrollara ningún otro canal alternativo de contacto, pues esperaba que el de Oslo le proporcionase el mejor resultado posible.

Hubo otra iniciativa, sin embargo, protagonizada por Efraim Sneh, alto oficial retirado de las FDI y político del Partido Laborista. En mayo de 1993, Sneh convenció a Rabin de que la solución para romper el *impasse* en las conversaciones de Washington era cuádruple: aceptar un reconocimiento oficial de la OLP condicionado al transcurso de un plazo de seis meses sin atentados terroristas en Cisjordania y en Gaza; poner en marcha una serie de gestos y de medidas generadoras de confianza en Cisjordania y en Gaza; celebrar comicios para la elección de un Parlamento palestino; y transferir el control de la Franja de Gaza para hacer que funcionase allí un modelo aplicable después en Cisjordania. La transición de cada una de esas fases a la siguiente dependería del éxito o del fracaso de su implementación.

El plan se basaba en una modificación mutua de la Declaración de Principios propuesta a las partes por Estados Unidos en mayo, dentro de las propias negociaciones de Washington. El 7 de junio, Sneh voló a Londres con instrucciones detalladas de Rabin para negociar el texto de una Declaración de Principios con Nabil Shaat, alto dirigente de la OLP. Tras haber completado la labor que se les había encomendado, Sneh y Shaat tomaron sendos aviones el 9 de junio para informar a Rabin y a Arafat. Rabin compartió con Sneh un informe de inteligencia que confirmaba que, al parecer, Arafat estaba decidido a evitar toda vía alternativa a la de Oslo, pues allí era donde esperaba conseguir más a cambio de menos compromisos. Unos días después, Rabin le dijo a Sneh que Peres estaba enfadado por el intento de abrir un canal alternativo, y que su gente había reprendido a Abu Mazen por haber querido verse con Sneh como emisario personal de Rabin. Rabin, según Sneh escribió en su libro, «comprendió entonces que Oslo era la única partida que se podía jugar».⁵

Rabin siguió guardando el secreto de la vía Oslo ante sus más estrechos colaboradores, incluido su negociador jefe con los palestinos en las conversaciones de Washington, Eliakim Rubinstein. No es de extrañar que varios de esos asesores fuesen luego muy críticos con el proceso de Oslo. Todo ese secretismo pretendía, en parte, proteger la negociación para que no se produjeran filtraciones, pero también era una muestra de la ambivalencia con la que Rabin percibía lo que estaba acaeciendo en la capital noruega. Rabin era ambivalente por naturaleza y, más aún, a propósito de un acuerdo que representaba un cambio tan marcado con respecto a su propia postura pública, se asentaba sobre tan inciertos cimientos y estaba siendo gestionado por su mayor competidor. También siguió teniendo solo parcialmente informados de la vía Oslo a sus socios estadounidenses. Quedó interrumpido

pidas, por ejemplo, la transmisión de informes de Beilin a Kurtzer y no se reanudó hasta finales de julio, cuando las negociaciones en Oslo estaban ya a punto de dar como resultado un acuerdo. Fue una reacción debida en parte a la ambivalencia de Rabin, sí, pero también a su convencimiento de que Estados Unidos no debía convertirse en un mediador en las negociaciones árabe-israelíes. Para él, el escenario óptimo era una negociación árabe-israelí directa y discreta, en la que solo se pediría a Estados Unidos su intervención mucho más adelante, para que actuase como avalador y para que ayudase a despejar algún que otro obstáculo final. De todos modos, Rabin consideraba indispensable el refrendo y la posterior participación estadounidenses. Así se lo hizo saber a Peres cuando le comunicó que su propio respaldo final al acuerdo estaba supeditado a que este contara con el apoyo de Washington.

Las negociaciones de Oslo prosiguieron con altibajos a lo largo de junio y julio. Pero un acuerdo empezaba ya a cobrar forma y era muy distinto del producto de las negociaciones iniciales, las llevadas a cabo durante los primeros meses de 1993. El principal cambio consistía en la introducción de la noción del reconocimiento mutuo entre Israel y la OLP. El acuerdo se fundaba en el concepto de «autonomía» introducido ya a finales de la década de los setenta, pero lo llevaba mucho más lejos. Se preveía la instauración de una Autoridad Palestina (AP) autónoma en Gaza, que tendría también una cabeza de puente en Cisjordania, en la localidad de Jericó, para dar a entender que el acuerdo no pretendía limitarse exclusivamente a la Franja. El territorio de esa autonomía en Cisjordania iría ampliándose por fases a lo largo del tiempo. Se preveía que el acuerdo tuviese una duración de cinco años, al término de los cuales unas negociaciones sobre un estatus definitivo llevarían a un acuerdo final. Arafat y sus hombres

tendrían autorización para regresar de Túnez y hacerse cargo de esa nueva AP. Para Rabin y para Peres, el elemento más difícil pero potencialmente más prometedor del acuerdo era el reconocimiento mutuo y la novedosa colaboración que se establecía con la OLP. El reconocimiento de Israel por parte del movimiento nacional palestino era clave para poner fin al conflicto central con los palestinos y para transformar la relación de Israel con el mundo árabe y el mundo musulmán en general. Pero ¿podían confiar en Arafat?

La naturaleza transitoria de los acuerdos tenía una serie de ventajas positivas; para empezar, no habría que desalojar ningún asentamiento todavía. Pero pasarían cinco años y las difíciles cuestiones a tratar en un acuerdo sobre un estatus definitivo serían entonces inaplazables. El término «Estado palestino» no se mencionaba en el acuerdo, pero los dirigentes israelíes sabían que la OLP quería ser Estado y que una AP dotada de plena autonomía en Cisjordania y Gaza representaba un gran paso en su camino hacia la autoridad estatal.

Entretanto, durante la primavera de 1993 se produjo una grave escalada tanto de los combates con Hezbolá en la zona de seguridad del sur del Líbano como del lanzamiento de cohetes de Hezbolá contra el norte de Israel. A finales de julio, Rabin decidió iniciar una operación militar a gran escala en el Líbano meridional. Fue bautizada con el nombre de Operación Responsabilidad y consistió en una serie de ataques contra los baluartes de Hezbolá y en un intento deliberado de desplazar a buena parte de la población civil hacia el norte, hacia Beirut, basándose en el supuesto (erróneo) de que aquello generaría una fuerte presión popular sobre el gobierno central del Líbano para que hiciera valer su soberanía y restringiese las actividades de Hezbolá. A finales de julio, Rabin llegó a la conclusión de que la operación había dado todo lo que podía dar de sí: ya no quedaban más beneficios que ob-

tener de ella. Pidió entonces a la administración Clinton que intermediara con Asad para negociar un alto el fuego conforme a unos términos que llevaran la estabilidad al sur del Líbano. Los intermediarios fueron Christopher, el secretario de Estado, y Dennis Ross (quien seguiría intermediando posteriormente y se convertiría en jefe del equipo de paz estadounidense), que tuvieron como interlocutor sirio al homólogo de Christopher, Faruk al Shara. Aquella mediación tuvo bastante de representación para la galería; Al Shara afirmó, claro está, que Siria no tenía influencia alguna sobre Hezbo-lá; pero, fuera como fuere, obtuvo de dicha organización el esperado acuerdo de alto el fuego. Christopher y Ross hicieron por teléfono el trabajo inicial para poner en marcha el acuerdo y luego volaron a la región en agosto de 1993 para rematarlo.

EL PUNTO DE INFLEXIÓN DE AGOSTO DE 1993

Cuando partieron hacia Oriente Próximo, ni el secretario de Estado ni su equipo eran conscientes de que su visita se convertiría en un crucial punto de inflexión en la historia del proceso de paz. Rabin decidió que había llegado la hora de tomar decisiones fundamentales. Sabía que, si no se tomaba una resolución dolorosa en una de las dos vías (la siria o la palestina), no habría avances en el proceso de paz, y estaba resuelto a lograrlos como fuera. En conversaciones privadas con personas de confianza, Rabin se mostraba preocupado por la reacción de la opinión pública israelí y por la capacidad de las FDI para permitirse el precio de un conflicto a largo plazo y sin un final a la vista. Le preocupaba la respuesta que había mostrado la población israelí a los ataques iraquíes con misiles en 1991, cuando un elevado número de ha-

bitantes de Tel Aviv se habían marchado de esa ciudad hacia Jerusalén, relativamente más a salvo del alcance de los proyectiles, y le preocupaba también la mediocre actuación que las FDI habían tenido en la guerra del Líbano de 1982. Si las condiciones imperantes en 1993 permitían que Israel transformara su relación con el mundo árabe, el país debía aprovechar la oportunidad. Rabin también sentía cierta presión en el más estricto sentido del margen temporal de maniobra política disponible. Se había comprometido con los palestinos a alcanzar un acuerdo sobre su autonomía en un plazo de nueve meses. Además, su coalición de gobierno se resquebrajaba. Arie Deri, líder del Shas, había sido acusado formalmente de corrupción y el partido tendría probablemente que abandonar la coalición encabezada por los laboristas. Y era mucho mejor hacer las concesiones que requeriría el acuerdo si en la coalición del gobierno que las hiciera había un partido ortodoxo derechista que si ese gobierno tenía que depender de los votos de los diputados árabes israelíes de la Knéset, pues eso sería un anatema para la derecha israelí.

La gira de Christopher se diseñó para que él y su equipo pudieran reunirse primero con Rabin, escuchar su postura y sus preguntas, y luego proseguir viaje hacia Damasco para recabar las respuestas de Asad. Christopher aterrizó en El Cairo el 1 de agosto para informar al presidente egipcio Hosni Mubarak y consultar con él, pues era un importante socio de la política estadounidense en la región, y recaló luego en Israel, el 2 de agosto, para reunirse con Rabin y su equipo en el despacho del primer ministro en Jerusalén, a la mañana siguiente. La reunión plenaria fue precedida de la tradicional reunión restringida con las dos máximas autoridades y sus dos respectivos asistentes encargados de tomar notas (en ese caso, Ross y yo). Esa reunión privada previa suele ser un trámite breve, pero no lo fue ese día. Rabin no se anduvo por las

ramas y fue directo al meollo del asunto: podía dar un paso significativo en una de las vías del proceso de paz, pero no en todas, y él prefería que fuese en la vía sirio-libanesa, y ofrecer a los palestinos un acuerdo limitado, como el de un comienzo en Gaza, sin incluir Jericó. Con respecto a Siria y el Líbano, había dos opciones. Una era empezar por el Líbano, es decir, cerrar un primer acuerdo con el Gobierno libanés satélite de Siria al que seguiría luego un acuerdo sirio-israelí, pero él dudaba de que esa opción fuese aceptable para Damasco. Sin embargo (y ese fue el momento extraordinario de la reunión), Rabin pidió a Christopher que tanteara con Asad si, en el caso de que Israel satisficiera la principal demanda siria (es decir, la retirada total del Golán), Siria estaría dispuesta a: *a*) firmar un tratado de paz con Israel que no estuviera vinculado a avance alguno en ninguna otra vía de negociación con otros países u organizaciones; *b*) sellar una paz verdadera, con normalización de relaciones diplomáticas y toda la parafernalia de una paz real entre dos naciones, y *c*) ofrecer y aplicar elementos de esa paz antes de la plena materialización de la retirada completa. Rabin comentó a Christopher que, en su opinión, todo el proceso habría finalizado en un máximo de cinco años y que, dado que a Israel se le pedía que ofreciera hechos tangibles a cambio de concesiones intangibles, él quería a cambio pruebas tangibles de paz antes de emprender una retirada significativa. Su idea se inspiraba en el precedente egipcio-israelí que se sentó con Sadat cuando este accedió al establecimiento de embajadas en el momento en que se completara la primera fase de la retirada del Sinaí.

Además de las tres preguntas que había que trasladar a Asad, Rabin planteó otros cuatro puntos. En primer lugar, dijo que esperaba la participación de Estados Unidos en el régimen de seguridad posterior al acuerdo. En segundo lugar, hizo hincapié en que lo que estaba diciendo era «un supues-

to» (es decir, una alusión a una situación hipotética, no un compromiso). En tercer lugar, enfatizó la estricta confidencialidad dentro de la que debía llevarse a cabo todo aquel ejercicio y recordó en repetidas ocasiones a Christopher que debía guardarse su propuesta en el bolsillo, sin «ponerla encima de la mesa» en ningún momento. Por último, Rabin le dijo a Christopher que, antes de firmar acuerdo alguno con Siria basado en una retirada total, este tendría que ser consultado con el pueblo israelí en un referéndum.

Rabin y Christopher hablaron largo y tendido de todas esas cuestiones, aclarando y examinando diversos puntos. Christopher quería saber si Jericó (hipotética cabeza de puente de la OLP en Cisjordania, que se sumaría a Gaza) formaría parte del «acuerdo limitado» concurrente con los palestinos que Rabin tenía en mente; se dejaba oír en esa pregunta el eco de las negociaciones paralelas que se estaban llevando a cabo con la parte palestina y con las que el secretario de Estado estaba familiarizado, al menos en cuanto a los términos generales. Rabin respondió que, en caso de que hubiera acuerdo con Siria, el acuerdo con los palestinos tendría que circunscribirse a Gaza, pero que si el primer acuerdo que se sellaba era el palestino-israelí, tanto Gaza como Jericó se incluirían en él.⁶

Mientras recorríamos a pie la corta distancia que separaba el despacho de Rabin de la sala de conferencias en la que los ayudantes de Rabin y de Christopher aguardaban impacientes, le dije a Ross que podía oír los pasos de la historia acompañándonos entre aquellas paredes. Sabía que Rabin acababa de entregar a Christopher las llaves de un acuerdo de paz sirio-israelí. La maniobra de Rabin era excepcionalmente audaz. Su disposición a depositar en manos del secretario de Estado estadounidense una hipotética voluntad condicional de retirarse de los altos del Golán era tan extraordinaria como su disposición a negociar con la OLP. En el pasado, él

mismo se había opuesto a abandonar el Golán y así lo había proclamado (explícitamente) durante la campaña electoral previa. Era alguien que, por su experiencia como antiguo comandante del Mando Norte de las FDI y como jefe del Estado Mayor en los años previos a la guerra de los Seis Días, estaba muy implicado profesional y emocionalmente en la seguridad de la Alta Galilea. Contaba con un fuerte apoyo popular en aquella parte del país y en los altos del Golán, muchos de cuyos pobladores eran votantes laboristas. Era evidente que Rabin estaba entregando a Christopher una llave para abrir la puerta a un acuerdo sirio-israelí. Le había comunicado expresamente, además, que tal acuerdo conllevaría una rebaja del pacto que estaba a punto de sellarse en Oslo. Rabin sabía también que Peres no reaccionaría favorablemente a semejante giro de los acontecimientos, pero el primer ministro confiaba en que, con un acuerdo con Siria en la mano, podría repeler un desafío de Peres en el partido. Rabin prefería la opción «Siria primero». Sin embargo, cuando se enfrentó a la posibilidad clara de que las negociaciones con Asad fueran en vano, eligió apostar por Oslo.

Pero antes de comprometerse definitivamente con Oslo, Rabin quiso averiguar si había realmente una alternativa siria o no. Si la hubiera habido, habría estado dispuesto a pagar el precio oportuno para asegurarla. Una vez tomada la fundamental decisión de que era necesaria una gran concesión —pactar con la OLP o salir del Golán— para encarrilar el proceso de paz por una vía significativa, Rabin estaba ya dispuesto a comprometerse con la que hiciese falta.

Rabin tuvo que esperar para averiguar si había una opción siria. Christopher y su equipo volaron a Damasco con aquella propuesta en el bolsillo el 4 de agosto y volvieron al día siguiente. Rabin se sintió muy decepcionado por la respuesta. Asad estaba dispuesto a ofrecer una paz contractual

formal a cambio de una retirada total, y también estaba dispuesto, en principio, a que aquel acuerdo «se sostuviera por sí solo». Pero su respuesta venía acompañada de una larga lista de condiciones y de «peros». El más relevante de todos era que Asad no aceptaba la demanda de Rabin de que el acuerdo se implementase de tal forma que ofreciera a Israel un elevado nivel de normalización ya desde un principio, a cambio únicamente de una primera retirada limitada. Tampoco aceptaba el marco temporal de los cinco años y proponía en su lugar un periodo de seis meses para la implementación del acuerdo. Christopher y Ross sí veían positiva aquella respuesta de Asad, pues entendían que el líder sirio aceptaba «la fórmula básica». Pero Rabin tenía una percepción muy distinta.

La respuesta de Asad a la cuestión de la vinculación con (o desvinculación de) las otras vías negociadoras, aunque positiva en principio, no estaba nada clara. Rabin sabía que Siria insistiría en ligar completamente su trato al de la vía libanesa y entendía que Asad necesitaba que se produjeran ciertos progresos con los Palestinos para poder legitimar su propia maniobra, pero no estaba claro cuántos progresos necesitaba. Asad aceptaba una paz total, pero le dijo a Christopher que el término «normalización» le planteaba dificultades. Rechazaba la idea de Rabin de establecer un canal directo y discreto; a lo máximo que accedía era a que en las reuniones participaran solamente su negociador jefe, Muwafak al Alaf; su embajador en Washington, Walid Mualem, y yo, con presencia también de un representante estadounidense. No entró en detalles sobre la cuestión de las garantías de seguridad nacional exigidas por Israel (o, como mínimo, Christopher y Ross no nos informaron de ello), e hizo oídos sordos a la insistencia de Rabin en que, sin una inversión siria significativa de esfuerzos en el terreno de la diplomacia pública, el primer

ministro israelí carecería de una base política desde la que avanzar.

Por las informaciones de Christopher y de Ross, Rabin dedujo que su propuesta no se había quedado en el «bolsillo» del secretario de Estado durante el encuentro con Asad, sino que se había puesto claramente sobre la mesa. Como cabía esperar en respuesta a una táctica así, Asad —aunque ofreciera en principio una respuesta positiva— inició ya desde aquel momento el regateo. Rabin había tratado de silenciar al máximo su postura para anticiparse a ese tira y afloja negociador, y sintió que le habían cortado la hierba bajo los pies. También se sorprendió cuando Christopher le comunicó que él y su equipo regresaban a Estados Unidos para iniciar las vacaciones estivales. ¿Seguía en pie la opción siria o no?

Al final, Rabin decidió que no habría tal opción siria. No le resultó nada fácil tomar tal decisión. Asad había dado una respuesta positiva «en principio» y el secretario de Estado la había considerado adecuada. Si Rabin optaba por renunciar a la opción siria y centrarse en seguir adelante con las negociaciones de Oslo, sabía que enfadaría a la administración estadounidense. Significaría también un compromiso a fondo con un escenario que al propio Rabin le despertaba sentimientos encontrados. Pero la opción de abandonar la mesa de Oslo para centrarse en una larga, ardua y posiblemente infructuosa negociación con Asad a través de la vía siria le parecía menos atractiva todavía. Y abrir una brecha con Peres al abandonar la opción de Oslo y sustituirla por un acuerdo limitado con los palestinos como corolario de un pacto con Siria sería probablemente más doloroso que el malestar que pudiera generarle a Christopher. Si Rabin hubiera podido mostrar a su gobierno y a su electorado algún avance con Siria, podría haber acallado las iras y el desafío potencial de

Peres, pero la respuesta de Asad y la decisión de Christopher de partir de inmediato hacia Estados Unidos lo dejaron sin nada que enseñar u ofrecer. La opción de Oslo tenía, además, otra ventaja: era un acuerdo provisional, por lo que las decisiones más difíciles podían retrasarse cinco años más. En un pacto con Siria, sin embargo, tendrían que tomarse ya de entrada. Rabin, pues, terminó dando luz verde a la conclusión de las negociaciones de Oslo y abandonó la vía siria. Pero siguió insistiendo en la necesidad de obtener el respaldo de Washington a las negociaciones en la capital noruega antes de poder cerrar un acuerdo formal.

Los socios estadounidenses de Rabin estaban ciertamente indignados por aquella elección. Se sintieron usados y engañados. Desde su punto de vista, se les había confiado una propuesta (que ellos tendían a llamar «compromiso»), la habían transmitido y habían vuelto con una respuesta que, a su juicio, era positiva. Fuera lo que fuere lo que Rabin les hubiera dado, ellos entendían que les había hecho sellar un compromiso con Siria. Pero, aun así, sus iras no tardaron en amainar. Para empezar, y gracias al excelente estado de salud de la relación entre la administración Clinton y el gobierno de Rabin, un incidente de esa magnitud era fácilmente digerible. Pero, sobre todo, se dieron cuenta del enorme potencial que encerraban tanto un reconocimiento mutuo entre Israel y el nacionalismo palestino como el establecimiento de una entidad palestina autónoma, que eran elementos centrales de los acuerdos que se estaban negociando en Oslo. Clinton y su equipo preferían la opción siria, pero sabían que, a cambio de abandonarla, se les estaba ofreciendo un avance que las administraciones anteriores habían tratado infructuosamente de impulsar. La perspectiva de la administración Clinton está muy bien descrita en un libro de Martin Indyk, que era un firme partidario de la política de «Siria primero» y que,

desgraciada y desacertadamente, llegó a la conclusión de que Rabin había pretendido desde el principio impulsar el acuerdo palestino y había usado a Estados Unidos con Siria para mejorar los términos de aquel otro pacto. Indyk escribió: «Pensábamos que teníamos un acuerdo sobre cómo avanzar, sobre una iniciativa común para lograr la paz con Siria, en primer lugar, basada en una retirada israelí total del Golán. Desde nuestra ingenuidad característica, nunca llegamos a imaginar que Rabin se valdría de la influencia estadounidense para sus propios fines. El problema en este caso fue un fallo de coordinación, que no un exceso de ella. Clinton había prometido a Rabin que no le prepararía ninguna sorpresa, pero olvidó dejar claro que, a cambio, Estados Unidos esperaba que Israel tampoco le deparara sorpresa alguna. La coordinación tenía que ser una vía de doble sentido».⁷

El 19 de agosto se produjo (en secreto) la rúbrica previa de los Acuerdos de Oslo coincidiendo con una visita de Peres a la capital noruega. El paso siguiente fue conseguir el refrendo de Washington. Peres y su homólogo noruego, Ian Holst, volaron a Point Mugu, una base de los marines estadounidenses próxima a Santa Bárbara (California), para reunirse allí con Christopher, que estaba de vacaciones en su casa de campo. Yo había volado hasta Santa Bárbara el día anterior para supervisar los preparativos de la llegada de los dos cancilleres. Los acompañaba un pequeño equipo de asesores. Peres estaba inquieto y nervioso. Temía que se repitiera la negativa experiencia que había tenido con Schultz en 1987. Pero nada de eso sucedió con Christopher. Él y su equipo escucharon la exposición que hizo Singer sobre los términos del acuerdo. Al término de esta, Christopher se excusó y telefoneó en privado a Clinton. Luego regresó para anunciar que Estados Unidos refrendaba el acuerdo. Pronto se decidió que Estados Unidos sería un participante activo en el mismo y acogería la

ceremonia de la firma, prevista para el 13 de septiembre, en los jardines de la Casa Blanca.

Tan festiva firma en la Casa Blanca aún vendría precedida de una nueva crisis en la relación de Rabin con Peres. La idea original era que la ceremonia se celebrara a nivel de ministros de Exteriores, es decir, Christopher, Peres y Abu Mazen. Pero a medida que se iba acercando la fecha, dos hechos alteraron el plan. Por un lado, el deseo de Clinton de desempeñar un papel personal en lo que estaba a punto de convertirse en un gran acontecimiento internacional y un rotundo éxito de su administración. Por otro lado, algunos de los colaboradores de Rabin presionaban para que el primer ministro se desplazara a Washington y participara en la ceremonia. Rabin no estaba particularmente entusiasmado con la perspectiva de encontrarse con Arafat y estrecharle la mano, pero comprendía que, si la ceremonia y el acuerdo tenían que servir para marcar la transformación de la relación de Israel con los palestinos, él debía ocupar un papel protagonista en el evento. Y no había que olvidar el inevitable tema de su relación con Peres: ¿debía ceder ese protagonismo a Peres, o debía ser él quien lo asumiera? La decisión final de Rabin de viajar a Washington se tomó prácticamente en el último momento, durante la noche del viernes 10 de septiembre. Peres se sorprendió y se ofendió por la decisión de Rabin y por enterarse de ella a través de la radio. Furioso, el sábado por la mañana concedió una entrevista en su piso oficial de Jerusalén a dos destacados periodistas israelíes, Nahum Barnea y Simón Shifer, y se quejó amargamente de cómo lo había tratado Rabin. Les dejó muy claro que él no iría a Washington. Durante la entrevista, Peres pidió a sus entrevistadores en un par de ocasiones que lo dejaran solo para hacer algunas llamadas confidenciales. Ni él ni los periodistas se dieron cuenta de que la grabadora que habían dejado sobre la mesa se activaba con

la voz y que grabó parte de esas llamadas. Una fue a Guiora Eini, cuyo rol de intermediario entre ambos dirigentes quedó así al descubierto en cuanto Barnea publicó la noticia. El titular de portada de su periódico, el *Yediot Aharonot*, anunciaba el domingo por la mañana la decisión de Peres de no acudir a Washington. Al final, sin embargo, Peres sí fue a Washington como segunda autoridad nacional. El periódico se publicó más o menos al mismo tiempo que Peres aterriza- ba junto a Rabin en la base aérea de Andrews.

La actuación de Rabin en la ceremonia de la firma ilustró la importancia de su papel personal a la hora de convencer a la opinión pública israelí del giro revolucionario que había dado la política de su país hacia los palestinos. Rabin, a quien nunca se le habían conocido especiales dotes de orador, pronunció un discurso elocuente. También supo descubrir la actitud perfecta para tratar con Arafat. Le estrechó la mano, aunque sin dejar de evidenciar su incomodidad por la situa- ción. Su expresión facial y su lenguaje corporal reflejaban malestar. Rabin encontró así el tono perfecto para un público como el israelí, que iba a tener que encajar la transformación de Arafat y dejar de verlo como un enemigo feroz e incepta- ble para pasar a considerarlo como un interlocutor en un proceso de paz.

1994: DE LAS DIFICULTADES INICIALES AL APOGEO DEL PROCESO DE PAZ

Al avance logrado con los Acuerdos de Oslo y a la euforia despertada por la ceremonia de su firma en los jardines de la Casa Blanca, seguirían unos meses difíciles durante los que se desarrollaron unas negociaciones largas y complejas a pro- pósito de la implementación de los puntos del acuerdo. Hubo

que acordar cómo volverían Arafat y sus soldados desde Túnez y cómo habría que repartir con ellos las competencias de seguridad; cómo sería la relación entre la AP emergente y los asentamientos israelíes en Cisjordania y la Franja de Gaza; cómo se gestionarían los pasos fronterizos con Jordania, y cómo se solventarían las cuestiones económicas. Rabin nombró al general Amnon Shahak, jefe adjunto del Estado Mayor de las FDI, negociador de la mayoría de esos temas con Nabil Shaat, el negociador nombrado por Arafat. La parte económica se le asignó al ministro de Economía, Abraham «Baiga» Shójat. El 29 de abril se firmó el Protocolo de París, que regulaba la relación económica entre la AP e Israel; el acuerdo de implementación se rubricó en El Cairo el 4 de mayo de 1994. La ceremonia de la firma en la capital egipcia se vio enturbiada por la negativa inicial de Arafat a rubricarlo, aunque finalmente lo hizo persuadido por el presidente Mubarak. Aquella fue una muestra temprana de las dificultades que estaban por venir.

La negociación principal, que mantenían Shahak y Shaat en Taba, en el Sinaí, fue larga y ardua. En ella se abordaron una larga serie de especificaciones prácticas y detalles —por ejemplo, la composición exacta de los puntos de control de entrada y salida de la AP— entre dos partes que, hasta muy poco antes, habían sido enemigas acérrimas. Israel tendría que acabar confiando a sus antiguos enemigos el cuidado de su propia seguridad frente a atentados terroristas potenciales. Ambas partes tardaron tiempo en desarrollar la imprescindible confianza mutua para negociar. En 1994, el terrorismo quiso seguir ejerciendo su letal influencia de siempre. Un fanático judío, Baruj Goldstein, asesinó a veintiocho fieles musulmanes el 25 de febrero en la Tumba de los Patriarcas, en Hebrón. Por otro lado, Hamás lanzó sus dos primeros atentados suicidas con bomba en dos localidades israelíes,

Afula y Hadera, el 6 y el 13 de abril, respectivamente. Hubo que esperar, pues, a mayo de 1994, cuando se firmó el acuerdo de implementación de los Acuerdos de Oslo en El Cairo y el rey Huseín se decidió finalmente a aceptar una paz total con Israel, para que los vientos volvieran a virar en la dirección de una paz verdadera.

Otra dificultad radicó en la presión de Washington para que Israel procediera en breve a negociar un acuerdo con Siria, como había sido la preferencia original de la administración Clinton. Rabin prefería proceder con Jordania, pues ese pacto prometía ser más sencillo y saldarse con concesiones más limitadas. Pero el rey Huseín había tardado un tiempo en encajar el golpe del acuerdo israelí con la OLP y, luego, llegó a la conclusión de que su mejor opción pasaba por incorporarse de lleno a ese proceso. La administración Clinton, como es lógico, no se oponía a un acuerdo de paz jordano-israelí (que, de por sí, era ya un gran avance), pero quería que se produjera después, y no antes, de un pacto con Siria. Los estadounidenses se sentían en deuda con Asad porque, a su juicio, había respondido positivamente a la propuesta de Rabin. Y ni que decir tiene que Asad estaba enfadado por los Acuerdos de Oslo. Para empezar, él se consideraba socio principal de todos los interlocutores árabes que negociaban con Israel. Desde su perspectiva, el avance debía producirse en sus negociaciones, no en la vía palestina. Asad nunca se había fiado de Arafat y, en aquellos momentos, se sentía traicionado por él. Lo irónico de la situación es que el tema de la vinculación entre vías negociadoras había sido eliminado de un plumazo de la agenda sirio-israelí. Asad se sintió liberado de todo compromiso con los palestinos y legitimado para centrarse exclusivamente en Siria y el Líbano. Asad respondió a la solicitud del gobierno estadounidense, se abstuvo de denunciar el acuerdo palestino-israelí y envió a su embajador a

Washington para que participara en la ceremonia de firma de ese acuerdo.

A Rabin, por su parte, le preocupaban las ansias de la administración Clinton por apaciguar a Asad y por forzar avances en la vía sirio-israelí. En la víspera de la ceremonia de la firma en Washington, Clinton mantuvo una conversación telefónica de media hora con Asad e hizo partícipe de su entusiasmo al influyente columnista del *New York Times* Thomas Friedman: «Con cada día que pasa y que el acuerdo va adquiriendo mayor fuerza, más facultado creo que está el gobierno de Israel para negociar con Siria. Personalmente, pienso que eso es mucho más importante que un pedazo de terreno en los altos del Golán o que cualquier otra cosa».⁸

En los meses siguientes continuaron tanto los esfuerzos de su administración por impulsar progresos en la vía sirio-israelí como su presión sobre un Rabin reacio a dejarse llevar por ese canal. Estados Unidos siguió considerando que un acuerdo sirio-israelí era fundamental para obrar un cambio estratégico en el conjunto de la región y una paz árabe-israelí integral. Un Asad decepcionado podía desbaratarlo todo muy fácilmente, pensaban en Washington. Pero la perspectiva de Rabin era muy distinta. Él entendía que acababan de sellar un acuerdo muy controvertido con la OLP y que, antes de proceder con Siria, había que darle tiempo para que funcionara y para que la población israelí lo digiriera bien. Ya le había dado una oportunidad a Asad y este la había desperdiciado.

En enero de 1994, Clinton viajó a Ginebra para reunirse con Asad y para hablar tanto de la sustancia de un hipotético acuerdo sirio-israelí como de la diplomacia pública que tan crucial consideraba Rabin. El primer ministro israelí había comentado en reiteradas ocasiones a Clinton, a Christopher y a sus equipos que sin un esfuerzo de verdad por parte de

Asad para convencer a la opinión pública israelí de que sus intenciones de paz eran muy reales, él (Rabin) no lograría reunir el apoyo popular necesario para un acuerdo con Siria. Sabía que Asad no era Sadat y que no podía esperar de él un gesto comparable al del presidente egipcio en su día, que no había tenido reparos en viajar a Jerusalén, pero eran muchas las cosas que podía hacer aun sin llegar a eso, como hablar pública y explícitamente ante su población de la paz con Israel, invitar a periodistas israelíes a Siria, o tratar de aclarar qué suerte aguardaba a los soldados israelíes desaparecidos en combate desde la guerra de 1982 en el Líbano. Clinton y el equipo de paz estadounidense se esforzaron a fondo por convencer a Asad para que tratara de lanzar un mensaje de confianza a la población israelí durante la conferencia de prensa conjunta que celebrarían a continuación. Pero tuvo que ser Clinton quien tomara la iniciativa ante los periodistas y declarara, en nombre de Asad, que el presidente sirio había tomado la decisión estratégica de alcanzar la paz con Israel. Aquello tuvo un efecto, cuando menos, contradictorio. Por un lado, Rabin no quedó nada convencido con tan cautelosa declaración de Asad, por positiva que fuera, ni con los evidentes esfuerzos de Clinton por adornar su mensaje. Cuando Ross e Indyk volaron de Ginebra a Jerusalén para informar a Rabin de aquella reunión, este se mostró frío y desdenoso.

De todos modos, Rabin prometió al gobierno estadounidense que reanudaría las negociaciones sirio-israelíes en cuanto la nueva relación con los palestinos estuviera consolidada. Él prefería acelerar más bien la negociación jordano-israelí. Los Acuerdos de Oslo habían sorprendido y enojado al rey Huseín. De hecho, Jordania nunca había renunciado del todo a sus pretensiones de soberanía sobre Cisjordania ni a su papel en ese territorio. Y dado que más de la mitad de los

palestinos vivían al este del Jordán, el rey y la élite política de su régimen hachemí eran muy conscientes de las repercusiones que cualquier cambio político importante en Cisjordania podía tener en el futuro del reino. Ellos veían en el surgimiento de una AP autónoma en Cisjordania y la Franja de Gaza una amenaza potencial para su estabilidad. Pero había otros factores que también tenían en cuenta y que contrarrestaban el peso de esa amenaza. La firma del acuerdo palestino-israelí y el reconocimiento mutuo entre Israel y la OLP allanaba el camino a Jordania para que el régimen hachemí llegara a su propio acuerdo con Jerusalén. Y, por poco que le gustara el pacto al que habían llegado israelíes y palestinos, sabía que las reglas del juego habían cambiado: era preferible que Jordania participara en ese juego e influyera en su curso a que se mantuviera al margen, relegada a un papel de mero espectador.

Jordania inició sus avances a un ritmo calculado. El 14 de septiembre de 1993, los jefes de las delegaciones israelí y jordana en las conversaciones de Washington, Eliakim Rubinstein y Abdul Salam Mayali, firmaron una Agenda Común que, en realidad, ya se había acordado con anterioridad. Esa agenda representaba un modesto progreso y su importancia residía en mostrar que las relaciones jordano-israelíes también avanzaban. El 1 de octubre, el entonces príncipe heredero Hasán y el ministro de Exteriores Peres mantuvieron un encuentro público en la Casa Blanca. Tras esa reunión se celebraron otras dos. A comienzos de octubre, Rabin viajó a Jordania para reunirse con el rey a fin de restablecer la relación y redefinirla, dado que hasta entonces se había fundamentado, en buena medida, en una oposición común a la OLP. El segundo encuentro tuvo lugar cuando Peres, con la aprobación de Rabin, se desplazó hasta Jordania el 2 de noviembre para reunirse con el rey Huseín. Se diseñó entonces una hoja

de ruta para la paz jordano-israelí y se incluyó también en la agenda de negociaciones la idea de la asistencia de Israel a las conferencias económicas que reunían al conjunto de países de Oriente Próximo, algo que había resultado inviable hasta entonces.

Pero Peres, que estuvo brillante en su entrevista con el rey, no pudo resistirse a la tentación de atribuirse el mérito de los progresos que se estaban logrando en los contactos con Jordania. Él sentía que estaba en racha tras los Acuerdos de Oslo. Había sido el gran arquitecto del acuerdo, de ahí que reclamara (y obtuviera) buena parte del reconocimiento por aquel gran avance. La balanza se estaba inclinando a su favor frente a Rabin y él seguía forzando la situación. Peres no hizo esfuerzo alguno por ocultar que había mantenido aquella reunión (supuestamente secreta) con el rey y los medios de comunicación se apresuraron a informar de ella. El rey se indignó y le dijo a Rabin que, si quería conseguir avances con Jordania, tendría que mantener a Peres al margen. Rabin accedió encantado. Aquella era una oportunidad de oro para retomar la iniciativa y el liderazgo del proceso de paz. Depositó la responsabilidad de las negociaciones con Jordania en Efraim Halevi, alto mando del Mosad que mantenía una estrecha relación personal con el rey Huseín, y en Rubinstein. A Rubinstein no se le había pasado aún el enfado por el hecho de que se le hubiera ocultado la vía Oslo cuando él estaba negociando en Washington, pero, como buen y leal funcionario del Estado que era, se abstuvo de hacer comentarios públicos y accedió a continuar su gestión de negociador con Jordania. El general Danny Yatom, adjunto militar de Rabin, y Eitan Haber, su director de gabinete, también trabajaron en colaboración con Halevi y Rubinstein.

La cuestión de si la vía siria debía ser previa a la jordana o al revés surgió repetidas veces en el toma y daca que se

produjo entre Rabin y Peres, y sus homólogos estadounidenses. Rabin era plenamente consciente de que el gobierno estadounidense prefería un trato con Siria porque creía estar en deuda con Asad, pero él dejó claro que su prioridad era comenzar con Jordania. Su argumento era simple: el acuerdo de paz jordano-israelí sería indoloro, porque las concesiones territoriales que requeriría de Israel serían menores. Rabin podría presentar un acuerdo para un tratado de paz con Jordania como un éxito importante y poco controvertido ante el pueblo israelí. En un contexto en el que aún rugían las críticas de la derecha israelí contra los Acuerdos de Oslo, un pacto con Jordania constituiría un activo político de primer orden para su gobierno. El momento clave para el rey Huseín fue la firma del acuerdo de implementación entre israelíes y palestinos, el 4 de mayo. Hasta entonces, el monarca hachemí no estaba convencido de que el acuerdo Jerusalén-OLP llegaría a materializarse, pero el acto del 4 de mayo le confirmó que sí. El 28 de mayo, el rey y Rabin se reunieron en Londres y sentaron las bases para un avance definitivo.

Aunque la negociación se había llevado directamente entre Israel y Jordania, el rey quiso entonces implicar a Estados Unidos. Aquella era también su oportunidad de normalizar su situación en Washington, donde muchas voces criticaban aún su actitud durante la Primera Guerra del Golfo, cuando se le consideró un aliado de Sadam. El rey Huseín también estaba interesado en obtener de Estados Unidos un alivio de la deuda jordana, así que comunicó al gobierno estadounidense que estaba listo para dar un importante paso adelante con Israel, aunque sin firmar aún una paz total. Tras un breve toma y daca, el 25 de julio se firmaba en los jardines de la Casa Blanca la llamada Declaración de Washington, que ponía fin al estado de guerra entre Jordania e Israel. Aún se ne-

cesitarían tres meses más de negociaciones para finiquitar el texto de, esta vez sí, un tratado de paz. El tratado se firmó el 26 de octubre de 1994 en el área fronteriza entre Israel y Jordania, al norte de Eilat. Hasta allí se desplazaron el presidente Clinton y una delegación estadounidense a fin de estar presentes en la ceremonia.

Tras el acto, Clinton prosiguió viaje a Ammán y Damasco. La visita a Damasco pretendía apaciguar a Asad, que se había vuelto a quedar al margen por segunda vez. Pero era un viaje que, en Washington, planteaba una seria dificultad política. ¿Cómo podía un presidente estadounidense visitar un país que, según el Departamento de Estado, figuraba en la lista de naciones patrocinadoras del terrorismo? La solución que se pensó fue que, en la rueda de prensa que se celebraría al término de la entrevista entre ambos mandatarios, un periodista estadounidense plantearía una pregunta a Asad sobre el terrorismo y este aprovecharía la oportunidad para desmarcarse públicamente de él. Pero, como tantas veces había ocurrido ya por culpa del peculiar trato del presidente sirio con los medios, la esperanza estadounidense de transformar a Asad y su régimen en socios de su política exterior terminó en un fracaso y un compromiso embarazoso. A Asad se le preguntó por la cuestión del terrorismo, pero, en vez de condenarlo, se descolgó (como otras veces) con un «lo que para unos es un terrorista para otros es un luchador por la libertad». El incidente provocó otro (este de carácter privado) entre Clinton y Rabin. Cuando Clinton llegó a Jerusalén se alojó en el hotel Rey David. Rabin acudió a verlo en su suite; Indyk y yo estuvimos presentes para tomar notas de lo que allí se hablara. Rabin se llevó a Clinton hasta el balcón desde el que se veían las murallas de la Ciudad Vieja y le habló de uno de los hechos que lo habían marcado y que más habían influido en su vida posterior: el fracaso en la toma de

la Ciudad Vieja en 1948. De vuelta en el interior de la habitación, Clinton pidió a Rabin que lo ayudara a lidiar con el bochorno de Damasco declarando en la conferencia de prensa que celebrarían al día siguiente que él, como primer ministro israelí, no consideraba que hubiera problema alguno con lo dicho en aquella rueda de prensa en la capital siria. Rabin, como cabía esperar en él, afirmó que no podía decir tal cosa porque no era verdad. Clinton, enrojecido, se levantó y dijo que se iba de inmediato. Rabin cambió rápidamente de opinión y se esforzó por contentarlo. Al día siguiente, en la rueda de prensa, Rabin habló de manera positiva de la visita de Clinton a Damasco.

Durante esas semanas siguió habiendo progresos en otras vías. En mayo, Arafat, su séquito y su milicia regresaron de Túnez y comenzaron a ejercer el control sobre la AP en Gaza y Jericó. A finales de abril, Rabin cumplió con el compromiso que había adquirido con Christopher, el secretario de Estado, y lo invitó a visitar la región para reactivar la negociación sirio-israelí. El secretario de Estado viajó primero a Damasco y, cuando llegó a Jerusalén, traía malas noticias: Asad insistía ahora en que una «retirada total» significaba un repliegue hasta las líneas del 4 de junio de 1967, y no hasta la frontera internacional establecida en 1923 entre el Mandato de Siria y el Mandato de Palestina. La diferencia en términos de kilómetros cuadrados no era grande, pero el significado simbólico y la cuestión de la soberanía sobre el lago Tiberíades sí tenían importancia. El motivo principal de aquella exigencia de Asad era que quería superar a Sadat. Si el presidente egipcio había recuperado en su momento la totalidad del Sinaí, Asad quería más. Christopher se dio cuenta de que la demanda del presidente sirio tenía una base muy poco sólida, pero, desde la perspectiva de toda una superpotencia, la diferencia entre ambas líneas parecía insignificante.

Él esperaba que Rabin estuviera de acuerdo en ampliar su propuesta original para que las líneas de la retirada fuesen las del 4 de junio.

Rabin se pasó semanas dándole vueltas y más vueltas a ese dilema. Las líneas del 4 de junio de 1967 daban a Siria acceso directo al lago Tiberíades, la más importante reserva de agua dulce de Israel. Desde el punto de vista de Rabin, la exigencia de Asad era ilegítima y hacía que las concesiones asociadas a un acuerdo sirio-israelí resultaran más controvertidas de lo que ya de por sí iban a resultar. Al final, autorizó a Christopher a contactar con Asad para decirle que tenía «la impresión» de que Rabin aceptaba su demanda. Asad accedió entonces a elevar la categoría del formato de la negociación. Se estableció así un «canal entre embajadores», concretamente entre Walid Mualem (embajador sirio en Washington) y yo. Cuando Asad insistió en que nos reuniéramos únicamente en presencia de un diplomático estadounidense, Ross e Indyk se incorporaron a nuestras conversaciones. Los encuentros fueron bien. Mualem quería cerrar un trato, sobre todo con Washington, y se cubrieron muchísimos temas. Pero hubo un momento en el que llegué a la conclusión de que no lograríamos desencallar los difíciles temas relacionados con la seguridad, a menos que se llevaban a cabo encuentros entre mandos militares del más alto nivel. Aun así, se necesitó un grado adicional de presión estadounidense sobre Asad para que el líder sirio accediera a enviar al jefe del Estado Mayor del ejército sirio, Hikmat Shihabi, a reunirse con su homólogo israelí. Rabin envió a Ehud Barak, pese a que tenía previsto concluir su mandato como jefe del Estado Mayor de las FDI a finales de diciembre.

Rabin quería que el encuentro entre los jefes del Estado Mayor se mantuviera en secreto. Hacerlo público crearía en Israel la impresión de que el gobierno estaba a punto de pac-

tar con Siria y eso movilizaría a la oposición. Pero los sirios optaron por filtrar la reunión, probablemente para dar la impresión de que su gobierno iba camino de recuperar el Golán. Esto fue aprovechado por el creciente movimiento de quienes, en Israel, se oponían a una retirada de aquellos altos. La magnitud de la protesta y la oposición en Israel no se justificaba, en realidad, con el limitado grado de progreso que se estaba produciendo en las negociaciones sirio-israelíes reales. Los colonos del Golán habían conseguido organizar una campaña popular bajo el lema «El pueblo está con el Golán». En junio de 1994, se fundó un movimiento llamado la Tercera Vía, compuesto mayoritariamente por militantes y simpatizantes laboristas que se mostraban críticos con lo que consideraban una deriva izquierdista de Rabin tanto en el frente sirio como en el palestino. Pero el objeto principal de su movilización era la negativa a una retirada israelí del Golán. Rabin se sintió personalmente dolido cuando supo que varios de sus amigos del Palmaj y colegas de las FDI se habían sumado a ese movimiento. Esos nuevos oponentes criticaban su política, pero también se sentían ofendidos por el hecho de que, en el proceso de su ascensión política, Rabin se hubiera ido distanciando de sus amigos y su vida social hubiera transcurrido cada vez más entre un nuevo círculo de amistades o, mejor dicho, de conocidos. El desafío político cobró mayor fuerza cuando dos diputados laboristas de la Knéset también se incorporaron a ese movimiento. La coalición de Rabin pendía ya de un hilo. En septiembre de 1994, los colonos del Golán trataron de aprobar una Ley de Consolidación del Golán en la Knéset. De haber entrado en vigor, habría requerido una mayoría reforzada tanto para revocar la ley de 1981 de la propia Knéset que hacía extensiva la legislación israelí al Golán como para aprobar la convocatoria del referéndum que Rabin había prometido en caso de llegar a un acuerdo

con Siria (lo que incluía también cualquier referéndum sobre una retirada del Golán). Afortunadamente, Rabin pudo neutralizar esa iniciativa movilizándolo los votos suficientes en la Knéset.

Por fortuna también, las dificultades con la AP y los mortíferos efectos de los atentados terroristas quedaron relativizados por la cada vez más amplia normalización de relaciones de Israel con los Estados árabes del golfo Pérsico y del norte de África. Por aquellas fechas, se celebró en Jordania una segunda Conferencia Económica de Oriente Próximo, en la que participó una nutrida delegación israelí. Desde 1948, una de las principales armas empleadas por el mundo árabe contra Israel tras la derrota militar había sido la negación de toda normalización, una negación materializada en forma de boicot directo e indirecto. La imagen de unas conferencias económicas de Oriente Próximo en las que autoridades y empresarios israelíes se codeaban con sus homólogos árabes era una impresionante muestra del éxito del proceso de paz de la década de 1990.

TENDENCIAS CONTRADICTORIAS EN 1995

El proceso de paz en 1995 se parecía mucho al proceso de paz en 1993. Israel estuvo negociando tanto con Siria como con los palestinos; hubo dificultades en ambas vías. Rabin trató de incitar a los interlocutores de una de las vías de negociación a competir con los de la otra y consiguió así cerrar un segundo gran acuerdo con los palestinos y dejar a Asad sin premio alguno. Pero este resultado final no se debió únicamente a la astuta manipulación de Rabin. Asad demostró ser un interlocutor con quien era extraordinariamente difícil negociar, hasta el punto de que Rabin se convenció de que el

presidente sirio no estaba interesado en llegar a pacto alguno o, por ponerlo en términos más suaves, no lo estaba lo suficiente como para que pudiese funcionar una vía negociadora tradicional.

Las negociaciones palestino-israelíes que condujeron a Oslo II (así se llamó el nuevo acuerdo) se centraron en la extensión del control de la AP sobre partes adicionales de Cisjordania, más allá del área original de Jericó y sus inmediaciones. Las negociaciones, largas y particularmente complicadas, se tradujeron en la creación de las llamadas Áreas A, B y C en Cisjordania. El Área A comprendía las principales ciudades de Cisjordania; el grueso de la población de esa zona quedaría bajo control pleno de la AP. El Área B quedaría bajo control civil de la Autoridad, pero bajo control militar israelí. El Área C, una parte extensa y poco poblada de Cisjordania, seguiría estando bajo control de Israel.

El acuerdo, firmado en la Casa Blanca el 24 de septiembre de 1995, representó un paso crucial con vistas a alcanzar un acuerdo palestino-israelí sobre un estatus definitivo. Según los Acuerdos de Oslo originales, las negociaciones sobre ese estatus final tenían un plazo límite de cinco años desde la conclusión del acuerdo de implementación (que se firmó en mayo de 1994). Tanto los partidarios como los detractores del proceso de paz palestino-israelí comprendieron bien la magnitud y las implicaciones de Oslo II. De hecho, la oposición en Israel a la firma de un acuerdo así alcanzó nuevas e inusitadas cotas que, desgraciadamente, acarrearían trágicas consecuencias.

La vía siria, por su parte, se estancó en un callejón sin salida. Tras la reunión Barak-Shihabi, Asad insistió en que, antes de que se produjera un nuevo encuentro, se acordaran «los principios del ordenamiento de seguridad» entre ambos países «en pie de igualdad». Rabin sostenía que dicho orde-

namiento de seguridad debía establecerse de tal modo que compensara a Israel por renunciar a la protección que le daban sus posiciones en aquel terreno elevado, pero Asad defendía que era Siria la amenazada en toda esa situación. Pasaron meses de ejercicios lingüísticos antes de que se ideara una fórmula de compromiso. Asad autorizó a Shihabi a viajar para reunirse con el nuevo jefe del Estado Mayor de las FDI, Amnon Shahak, a finales de junio de 1995. El encuentro fue bien, pero cuando Shahibi regresó a Damasco, Asad volvió a decidir por su cuenta que no, que no había ido bien. Fue entonces cuando Rabin se convenció de que Asad no tenía verdaderamente interés en alcanzar un acuerdo. Asad criticaba en ese momento el formato del proceso de paz, pues se quejaba de que unos encuentros sirio-israelíes de alto nivel, que no habían producido progreso real alguno, sirvieran para legitimar en paralelo la normalización de las relaciones árabe-israelíes. Asad tenía la sensación de que Rabin le había ganado la partida. Su mayor crítica contra el proceso de paz apareció en una entrevista concedida al diario egipcio *Al-Abram*, publicada el 11 de octubre: «Los israelíes están tratando de sacar provecho de estos procesos ejerciendo presión sobre los demás interlocutores. Oslo generó presión sobre Jordania, y Jordania y Palestina generaron presión sobre otros [léase Siria]. [...] Estamos en el proceso de paz, pero no colaboramos con los intentos dirigidos a presionarnos».

Las críticas de Asad eran compartidas por destacados intelectuales árabes, que acuñaron el término *taharwul* («carrera») para referirse a las prisas de los países y organizaciones árabes por reconocer a Israel y pactar con él. Asad también halló un inesperado aliado en el gobierno de El Cairo. Egipto había llegado a un acuerdo de paz con Israel en 1979, pero era una paz que no había pasado de ser «fría» debido al fracaso a la hora de implementar su componente palestino.

Desde el momento en que Israel y la AP se habían sentado a hablar y habían alcanzado importantes progresos en su vía negociadora, hubiera cabido esperar un deshielo paralelo en las relaciones de Egipto con Israel. Sin embargo, este no se produjo. Egipto veía en Israel a un competidor en la pugna por la hegemonía regional y le preocupaba que la normalización de las relaciones árabe-israelíes catapultara a los israelíes hacia esa posición hegemónica. La numerosa delegación israelí que acudió a la primera conferencia económica regional en Casablanca (Marruecos) exacerbó aún más esa inquietud. Egipto optó por utilizar la cuestión nuclear como excusa para ralentizar la normalización. El Cairo siempre se había opuesto al programa nuclear israelí y, por aquellas fechas, se manifestó firmemente en contra de los intentos de Washington de prorrogar el Tratado de No Proliferación (que expiraba en 1995), a menos que se obligara a Israel a suscribirlo.

El 5 de octubre de 1995, durante una sesión especial de la Knéset convocada para ratificar Oslo II, Rabin pronunció un discurso particularmente significativo en el que explicó la esencia del acuerdo y la hoja de ruta por la que se habían de regir las fases siguientes de la relación de Israel con los palestinos. Después de describir el acuerdo como «un avance significativo en la resolución del conflicto palestino-israelí y en los esfuerzos por poner fin a décadas de terror y sangre», Rabin expuso así el concepto de solución permanente que él defendía:

Para nosotros, la solución permanente se inscribe en el marco formado por un Estado de Israel que conservará la mayor parte del territorio de la Tierra de Israel que estaba bajo el Mandato británico, y junto a él, una entidad palestina que será la patria de la mayoría de los habitantes palestinos de la Franja de Gaza y el área de Cisjordania. Pero no queremos que esta entidad sea

un Estado propiamente dicho que administre independientemente la vida de los palestinos que estén bajo su autoridad. En el momento en que se aplique la solución permanente, las fronteras del Estado de Israel estarán situadas más allá de las líneas existentes antes de la guerra de los Seis Días. No volveremos a las líneas del 4 de junio de 1967.

Rabin mencionó incluso las áreas que, en un acuerdo sobre el estatus definitivo, tendrían que reconocerse como incluidas en el territorio de Israel: el Gran Jerusalén, una amplia frontera de seguridad en el valle del Jordán, varias áreas concretas próximas a Jerusalén, aunque al este de la Línea Verde, y varios «bloques de asentamientos judíos». Explicó que su gobierno optaba por el concepto de un Estado judío antes que por el del Gran Israel. Los palestinos, dijo Rabin, «ni han constituido nunca ni constituyen actualmente una amenaza existencial para el Estado de Israel». La principal amenaza a la implementación del proceso de paz con los palestinos era la que representaban las organizaciones terroristas palestinas. Bajo el liderazgo de Arafat, la OLP había abandonado el terrorismo, pero a la AP se le exigiría que actuara contra las organizaciones terroristas mucho más de lo que había actuado hasta entonces.

Rabin entró luego en detalles sobre los diferentes ordenamientos y disposiciones en las áreas A, B y C, así como sobre el proceso de los sucesivos despliegues y reubicaciones de efectivos de las FDI. Se trataba de un proceso por fases pensado para que Israel pudiera supervisar efectivamente la actuación de la AP. El primer ministro expresó su descontento con el hecho de que la AP no hubiera modificado todavía la Carta Nacional Palestina y afirmó que «la introducción de los cambios necesarios en la carta palestina será un criterio serio e importante para valorar la continuidad de la imple-

mentación del conjunto del acuerdo». Rabin repasó en detalle los demás aspectos del acuerdo y concluyó con una llamada a la cautela: «Posiblemente estemos inaugurando hoy una nueva fase en la historia del pueblo judío y del Estado de Israel. Conocemos las posibilidades y conocemos los riesgos». Rabin agradeció al numeroso equipo israelí que había negociado el acuerdo y, en especial, a Peres. Con esa gentileza hacía manifiesto que la relación entre ambos había entrado en una nueva fase. En junio, Peres se comprometió por escrito a no desafiar el liderazgo de Rabin. Este lo aceptó como segundo suyo en la jerarquía gubernamental y ambos se mostraron de acuerdo en la vía a seguir.

POLÍTICA, POLÍTICAS, INSTIGACIÓN Y ASESINATO
(1992-1995)

El deseo auténtico de Rabin de marcar la diferencia con su segunda legislatura como primer ministro era todo un reto para un gobierno que se sostenía sobre una reducida mayoría. Incluyendo el Shas, la coalición sumaba una mayoría mínima de sesenta y dos escaños. De los aliados árabes podía esperarse que apoyaran el proceso de paz, pero el Shas era un socio más incierto. El líder espiritual de esta formación, el rabino Ovadía Yosef, había emitido un dictamen en el que afirmaba que era permisible ceder partes de la Tierra de Israel si con ello se salvaban vidas judías. Dicho de otro modo, priorizaba la santidad de la vida sobre la santidad de la tierra, lo que contrastaba muy marcadamente con la doctrina del Gush Emunim, para el que la Tierra de Israel siempre ha tenido preferencia sobre el Estado de Israel y, hasta cierto punto, sobre su población. Pero la militancia de base del Shas y el grueso de sus votantes se decantaban hacia posiciones duras y, llegado el momento, se sabía que su apoyo al proceso de paz sería inevitablemente débil. Rabin también tenía motivos para preocuparse por la división entre las alas derecha e izquierda de los cuarenta y dos diputados de la Knéset de su propio partido, cuyo respaldo tampoco podía darse por sentado. En definitiva, que procurar la supervivencia del gobierno requería en aque-

llos momentos de una atención y un ahínco tan absolutos como constantes.

La escasa mayoría con la que contaba el gobierno de Rabin resultó suficiente para tomar unas cuantas decisiones audaces y llevarlas adelante, pero hubo que reservar esfuerzos incesantes para la labor de garantizar una mayoría parlamentaria. Uno de los motivos de la sensación de urgencia que se vivió en las semanas previas a la conclusión de los Acuerdos de Oslo fue la causa penal que se le instruyó a Arie Deri, el líder político del Partido Shas. Deri era sospechoso de corrupción y fue finalmente condenado por ese cargo. Todo parecía indicar que la imputación haría que su partido saliera de la coalición gobernante. Cuando se votaron los Acuerdos de Oslo en la Knéset, salieron aprobados, de hecho, por sesenta y un votos a favor y cincuenta en contra, con ocho abstenciones y un ausente. Los diputados del Shas se abstuvieron, al igual que tres miembros de Likud que decidieron «dar una oportunidad a Oslo». En septiembre, el Shas abandonó la coalición.

Los Acuerdos de Oslo y sus secuelas tuvieron un efecto contradictorio sobre la ciudadanía y el sistema político israelíes. El proceso de paz exacerbó la tensión subyacente entre organizaciones de tendencias izquierdistas y derechistas. Los partidarios de los acuerdos se reactivaron con los avances logrados con los palestinos, con la posibilidad de lograr alguno más con Siria, con la paz con Jordania, con la espectacular mejora del prestigio internacional de Israel y con otras manifestaciones cruciales de la normalización de las relaciones israelíes con el mundo árabe en general, como la ya mencionada participación de una nutrida delegación israelí en la conferencia económica celebrada en Casablanca en octubre de 1994. Este sector de la población israelí creía que Rabin estaba llevando el país hacia una verdadera transformación de su

posición regional e internacional: del estado de sitio de siempre a una existencia nueva y normal. La derecha y sus partidarios, por su parte, estaban horrorizados ante las concesiones acordadas en Oslo y otras previsibles también en futuros acuerdos. Pero el daño más grave al apoyo popular israelí al proceso de paz fue el causado por una serie de atentados terroristas de Hamás y la Yihad Islámica en ciudades y localidades de Israel a partir de abril de 1994. Para hacerse una idea de la magnitud de aquella escalada, basta una comparación: en 1993, solo se cometió un atentado (menor); en 1994 fueron cinco con consecuencias mortales, y en 1995, otros cinco. Treinta y ocho israelíes fueron asesinados de ese modo en 1994, y cuarenta en 1995. El impacto psicológico fue terrible. Las ceremonias festivas de las firmas de los tratados y la imagen de la bandera de Israel izada en suelo de países del Golfo y del norte de África era una cosa, pero la posibilidad de ser asesinados en un autobús en el centro de una localidad israelí era otra bien distinta. Se acusaba al gobierno de temerario por depositar la seguridad de Israel en manos de Arafat y su AP, y esas acusaciones tocaban la fibra sensible de muchos ciudadanos. Un término y un eslogan nos dan una medida de lo agrio que fue el debate sobre estas cuestiones en aquellos momentos. El primero es el sintagma «víctimas de la paz» que los críticos de derechas empleaban con un sentido sarcástico. El segundo es la frase «no les deis pistolas», un verso tomado de un poema que escribiera el poeta nacional israelí, Natan Álterman, en la década de 1930 y que los críticos con los Acuerdos de Oslo usaban para denunciar hasta qué punto buena parte de la responsabilidad de la seguridad de Israel había pasado a estar en manos de los palestinos.

La oposición al proceso de paz y el desafío político a la mayoría de Rabin se acrecentaron en 1995, alimentados por

dos fuentes. Una fue la oposición en aumento a un acuerdo sirio-israelí que implicara una retirada del Golán, una oposición encabezada por los pobladores de esos altos —quienes contaban con un considerable apoyo en el país y dentro del propio Partido Laborista— pero también por un nuevo movimiento llamado la Tercera Vía. En julio de 1995 se presentó una proposición de ley en la Knéset para que no se pudiera aprobar retirada alguna del Golán sin una mayoría cualificada de dicho Parlamento. Los lugartenientes políticos de Rabin lograron llevar hacia su terreno a dos diputados del derechista Partido Tzomet y el resultado de la votación parlamentaria fue un empate a sesenta. La moción no salió adelante, pero fue una indicación inconfundible de la fragilidad de la mayoría de Rabin en la Knéset.

Peores presagios auguraría la agitación de los colonos de Cisjordania y de la derecha en general ante la expectativa de la firma del acuerdo de Oslo II. Sabían que ese pacto representaría un importante avance de cara a conseguir que los Acuerdos de Oslo se hicieran efectivos sobre el terreno, y que daría a Arafat y a la AP el control sobre un área central de Cisjordania. Las provocaciones contra el gobierno y la persona de Rabin alcanzaron niveles nuevos y peligrosos. La lucha contra un acuerdo sirio-israelí se trasladó de la Knéset a las calles y las plazas de las ciudades.

El proceso de Oslo tampoco puede separarse de la compleja relación entre Rabin y Peres. Los Acuerdos de Oslo habían evidenciado lo que ambos hombres podían conseguir cuando trabajaban juntos. Peres aportó su audaz capacidad de iniciativa, y Rabin, el examen cuidadoso y sus aptitudes para sumar la opinión pública israelí a la causa. Pero la vieja rivalidad entre Peres y Rabin, temporalmente aparcada durante esos momentos de colaboración en la fase inicial del segundo mandato de Rabin, resurgió cuando Peres trató de

sacar provecho de su popularidad y su prestigio pos-Oslo poniéndose al frente de una segunda vía de negociaciones bilaterales con Jordania. Rabin puso fin de inmediato a ese canal y se hizo cargo personalmente de las negociaciones. Tras la firma del acuerdo de no beligerancia con Jordania en julio de 1994, Rabin humilló a Peres al arremeter contra él ante varios periodistas israelíes. En diciembre de 1994, Rabin y Peres fueron galardonados con el Premio Nobel de la Paz, junto con Arafat. El comité del Nobel tuvo la inteligencia de dividir el premio y cubrir así con un tupido velo la competencia entre egos. Pero, en general, Rabin y Peres entendían y aceptaban el hecho de que sus respectivas suertes estaban inextricablemente ligadas y, al final, aprendieron a vivir y trabajar juntos. Formalizaron su entendimiento en junio de 1995, cuando Peres se comprometió a aceptar el liderazgo de Rabin y este aceptó a Peres como su número dos. Ese entendimiento personal se vería reforzado además por el éxito en la consecución de un acuerdo más amplio que se puso de manifiesto con la firma de Oslo II.

POLÍTICA INTERIOR

El segundo mandato de Rabin como primer ministro (1992-1995) es (y será) recordado principalmente por su política de paz, pero el suyo fue un gobierno que impulsó vigorosas políticas también en el interior del país, atendiendo a la promesa de Rabin de reordenar las prioridades nacionales. Fue un periodo de rápida expansión económica. A comienzos de su mandato, Rabin viajó a Estados Unidos y cerró un acuerdo con la administración Bush para que desbloqueara los 10 000 millones de dólares en garantías de préstamo que se le habían negado al gobierno Shamir. Rabin también tomó la inmedia-

ta decisión de detener las obras de nuevas construcciones en los asentamientos. Aquel fue un gesto político que tuvo consecuencias en el plano económico: los fondos recaudados gracias a las garantías de préstamo mencionadas y los ahorrados con el freno a las construcciones en los asentamientos se invirtieron en nuevas prioridades. El presupuesto en educación creció en un 70 %; se efectuaron inversiones de gran calado en nuevas carreteras —la más importante de todas, la autovía transisraelí—, puentes y enlaces viarios; también se mejoró el sistema de educación superior, que se volvió más accesible gracias a la inauguración de nuevas universidades públicas. Se aumentó el presupuesto disponible para la oficina científica del Ministerio de Comercio e Industria con el propósito de hacer posibles mayores inversiones en investigación y desarrollo. Se puso en marcha un gran fondo de inversiones, Yozmá («Iniciativa»), en forma de corporación estatal posteriormente privatizada. Ambas medidas desempeñaron un papel central en el desarrollo de la industria israelí de alta tecnología.

Con la aceleración del proceso de paz fue creciendo en Israel y en el mundo una sensación de optimismo en torno al futuro del país. La inversión extranjera se incrementó espectacularmente. Grandes multinacionales, como Volkswagen y Nestlé, invirtieron en la economía israelí. En menos de cuatro años, la inversión extranjera aumentó desde los 180 millones de dólares anuales hasta los cerca de 6000 millones. La economía de Israel creció a un ritmo anual del 6 % (salvo en 1993, por el efecto inmediato de la moratoria sobre las edificaciones en los asentamientos).

El ministro de Economía de Rabin, Abraham «Baiga» Shójat, fue un importante aliado político y asesor, pero la cuestión del desempleo se convirtió en la manzana de la discordia entre ambos. Rabin atribuía una gran importancia a luchar

para disminuir la tasa de paro, que, en 1992, estaba situada en el 11 % y pedía a Shójat que iniciara proyectos patrocinados por el Estado para reducirla. Shójat y sus «chicos de Hacienda» compartían la idea final de Rabin, pero insistían en que los proyectos patrocinados tenían que propiciar algún valor añadido. En cualquier caso, el desempleo se redujo hasta el 6,5 % por ciento, a pesar incluso de la necesidad que por entonces hubo de integrar en la fuerza de trabajo nacional a la oleada de inmigrantes procedentes de la antigua Unión Soviética. También guardaba relación con el problema del desempleo la presión ejercida desde Hacienda para abrir la economía y los mercados israelíes al mundo. Para los expertos del ministerio no tenía valor alguno proteger las fábricas productoras de textiles o de madera contrachapada. Ellos defendían que abrir esos sectores de la economía a las importaciones competitivas reduciría el coste de la vida y obligaría a la industria de Israel a mejorar sus productos. Habiendo crecido en el seno del movimiento laborista israelí, Rabin sentía que debía proteger a los trabajadores, por herencia y por tradición. Pero Rabin también estaba influido por su periodo estadounidense y comprendía la necesidad de integrar la economía de Israel en el sistema global.

Los años del segundo mandato de Rabin como primer ministro están considerados entre la minoría árabe de Israel como una especie de edad de oro. El candidato laborista no gozó, de entrada, de una acogida favorable entre ese electorado, que lo recordaba como el agresivo ministro de Defensa que se había manejado con mano de hierro en la Primera Intifada. Pero, una vez instalado en el cargo de primer ministro, Rabin canalizó recursos considerables hacia el sector árabe. Las ayudas por hijos para las familias árabes se igualaron con las de las familias judías (algo que, políticamente, se equilibró incrementando la asignación económica para los

soldados de las FDI al término de su servicio militar obligatorio). También se destinó indirectamente dinero al sector de población árabe, a través de los presupuestos de educación y de inversiones en obra pública en los distritos de mayoría árabe, que incluyeron, entre otras cosas, la construcción de carreteras y la ampliación de las redes eléctricas.

CRÓNICA DE UN ASESINATO ANUNCIADO

Hacia el final de 1994, Yehoshafat Harkabi, un profesor jubilado de la Universidad Hebrea y antiguo director de la inteligencia militar israelí (además de uno de los más prominentes intelectuales públicos del país), emitió un profético y sombrío pronóstico ante la agitación que concitaban Rabin y su política entre las filas de la oposición parlamentaria y extraparlamentaria: «El debate interno será terrorífico, habrá intentos de asesinato, Rabin no morirá de muerte natural, una terrible conmoción sacudirá el país. Algunos dirán entonces que no estábamos equivocados, que Rabin tenía toda la culpa de ser tan compasivo y bondadoso».¹

El periodista judío francés Victor Cygielman escribió un artículo para *Le Nouvel Observateur* que se publicó el 2 de noviembre de 1995, solo dos días antes de que Rabin fuese asesinado. En él describía una serie de actos violentos, formas extremas de provocación y ominosas ceremonias perpetrados por derechistas radicales: a Rabin se le llamaba traidor (implícitamente primero y, luego, de forma ya explícita), varios rabinos radicales lo declaraban culpable de actos que merecían ser castigados con la muerte o el asesinato, y se le representaba en pancartas vestido con un uniforme de las SS o con un pañuelo árabe en la cabeza, o en actos que equivalían a poco menos que prefiguraciones de lo que iba a pasar.

Cygielman concluía a partir de todo ello que «se está preparando el camino para el asesinato de Rabin y que se produzca un intento real contra su persona es solo cuestión de tiempo». ² De hecho, no hay que esforzarse mucho para apreciar, con la perspectiva que nos da el tiempo, el curso de acontecimientos que condujo al asesinato de Rabin. Tras la firma de los Acuerdos de Oslo, tales acontecimientos se desarrollaron por fases: la de la oposición política legítima; la de la oposición política ilegítima; la del descrédito y la deslegitimación del gobierno y de su líder; la de la deshumanización del rival político; la de la conducta simbólica y el crimen ritual, y, por último, la de la conducta política violenta y el asesinato real. ³

La oposición al gobierno de Rabin en 1993 estaba encabezada por Benjamín Netanyahu, que había sido elegido líder del Likud tras las elecciones de 1992. A la oposición, igual que a la opinión pública israelí, le pilló por sorpresa la firma de los Acuerdos de Oslo, y, conmocionada, tardó cierto tiempo en organizarse y ejercer una oposición efectiva y legítima a la política del gobierno. El propio Likud se sentía débil y optó por integrarse en una coalición más amplia de toda la derecha de Israel, una coalición dirigida por un Estado Mayor conjunto que, posteriormente, recibiría el nombre de Maté Maamatz («Gabinete de Esfuerzo»). Estaba formado por el Consejo de Yesha (que era la organización de los colonos de Cisjordania y Gaza), el Likud y otros tres partidos de derecha, así como por varios representantes de los partidos religiosos y formaciones extraparlamentarias. El papel principal le correspondía al Consejo de Yesha. La coordinación entre este y el Likud la administraban dos activistas del Likud: Tzahi Hanegbi y Rubén Tzadok. Aquel Estado Mayor conjunto organizaba manifestaciones, marchas, vigilias y dinámicas de trabajo con los medios de comunicación. En 1994, la oposición legítima se transformó en una serie de acciones

que buscaban deslegitimar al gobierno y sus políticas, y que incluían manifestaciones violentas no autorizadas, interrupción de actos organizados por el gobierno o que contaban con la asistencia de Rabin, y bloqueos de carreteras. La flexible estructura de ese gabinete conjunto permitía a sus cabecillas cooperar con grupos como el de los partidarios de Meir Kahane —un judío ortodoxo radical, de origen estadounidense, pero afincado en Israel, que había importado su movimiento y su ideología ultranacionalistas desde Estados Unidos— sin perder en ningún momento la capacidad de «negar plausiblemente» todos esos contactos.

Era obvio que, llegados a esa fase, el gobierno y la oposición navegaban con rumbo de colisión. Rabin estaba decidido a implementar los Acuerdos de Oslo y a seguir avanzando a medida que el proceso de paz se fuese desplegando. El movimiento de los colonos estaba resuelto a obstruir tal avance. Desde su perspectiva, los Acuerdos de Oslo amenazaban no solo la seguridad y la existencia del país, sino también el proyecto mismo del poblamiento mediante asentamientos, en el que habían invertido su vida y su identidad. Su oposición nacía de una profunda creencia religiosa en la santidad de la tierra y de un rechazo frontal a cualquier pretensión palestina sobre ella. Como ya hemos visto, desde la cosmovisión del Gush Emunim y desde la ideología de sus rabinos, la Tierra de Israel estaba (y está) por encima del Estado de Israel, y ningún gobierno israelí ha podido ser investido nunca de la autoridad legítima para entregar parte alguna de esa tierra. Todo gobierno que esté dispuesto a hacerlo es, por definición, ilegítimo. Ya en la década de 1970, Rabin había expresado su opinión de que el movimiento político de los colonos era un «cáncer». En 1984, se destapó y se neutralizó la estructura de la llamada Majteret Clandestina Judía, formada por varios colonos radicales. Sus miembros habían intentado

asesinar a varios alcaldes de Cisjordania y los militantes más radicales habían tramado un complot para hacer saltar por los aires la mezquita de Al Aqsa, en pleno monte del Templo (o Explanada de las Mezquitas). Los miembros de esa red clandestina procedían de las filas del movimiento de los colonos, pero rompieron con la corriente mayoritaria de este y optaron por llevar su lógica y sus prácticas unos pasos más allá. Fueron detenidos, condenados y encarcelados, pero, en 1988, recibieron el indulto de resultas de los acuerdos de coalición que permitieron a Isaac Shamir formar su gobierno de entonces. Ese perdón era una clara muestra de la actitud tolerante que la derecha más moderada tenía ante el Gush Emunim, tolerancia que también mostraban ciertos elementos del Partido Laborista: para ellos, los activistas del Gush eran una especie de pioneros de nuevo cuño que les recordaban a los pioneros originales del Estado de Israel. Los líderes del Gush sabían manipular a la perfección los sistemas gubernamental y político, además de la ley, y aprovechaban al máximo la nula disposición del sistema político a hacerles frente. Los gobiernos derechistas israelíes canalizaban fondos públicos hacia esos sectores y todos los gabinetes, no solo los de derechas, actuaban con pasividad (o pura impotencia) cuando se creaban nuevos asentamientos o se ampliaban los ya existentes. En 1993, los colonos consideraban que los Acuerdos de Oslo eran la amenaza más peligrosa que jamás había planeado sobre su proyecto y estaban claramente dispuestos a hacer lo que fuera por obstruir su puesta en práctica. Rabin accedió —a regañadientes— a mantener una reunión con los colonos para tratar de lograr cierto entendimiento mutuo. El encuentro fracasó y, a partir de ahí, se abandonó toda iniciativa de diálogo.

A finales de 1993, el consejo de los colonos lanzó una campaña dirigida a «quebrar el espíritu» de Rabin. El objeti-

vo que los inspiraba era hacer mella en el ánimo de Rabin para hundirlo en un colapso parecido a aquel en el que se había abatido Beguin tras la Primera Guerra del Líbano, en 1983.⁴ Cuando eso falló, la campaña contra Rabin subió de tono. Comenzaron a tacharlo de traidor. Se le retrataba en pancartas con un pañuelo árabe en la cabeza. Luego, empezaron a introducirse en el discurso público analogías varias con el Holocausto. El gobierno de Rabin pasó a recibir el apodo de Judenrat, nombre despectivo con el que se designaba a los judíos que colaboraban con los nazis. La campaña se radicalizó aún más por efecto de los atentados suicidas con explosivos de Hamás. El 19 de octubre de 1994, veintidós israelíes fueron asesinados y decenas resultaron heridos al estallar un autobús en la calle Dizengof de Tel Aviv. El líder de la oposición, Netanyahu, acudió a la escena de la masacre y, de pie ante las cámaras de televisión, culpó a Rabin de la tragedia: «El primer ministro decidió elegir a Arafat y el bienestar de los habitantes de Gaza en detrimento de los habitantes de Israel». Pero esa táctica terminaría volviéndose en su contra. Netanyahu recibió duras críticas por quebrantar el código de conducta de la política israelí establecida, según el cual ninguna víctima —ni militar ni civil— podía ser utilizada con fines políticos particulares. En cualquier caso, el líder de la oposición siguió criticando y condenando a Rabin y al gobierno, aunque se abstuvo ya de presentarse en los escenarios de los incidentes terroristas.

La incitación al odio contra Rabin, sin embargo, creció a toda velocidad, tanto en magnitud como en número de acciones. Una emisora derechista de radio, el Canal 7 —que emitía sin licencia desde algún punto situado fuera de las aguas territoriales de Israel—, era la que empleaba el vocabulario y la terminología más duros. Tachaba a Rabin de raro, de traidor, de asesino y de borracho.⁵ Una publicación de los colonos,

Nekudá («Punto»), decía en julio de 1995 de Rabin que «actúa como un dictador [...] es un loco temerario [...] está enfermo». ⁶ Un psicólogo de derechas publicó un «informe» sobre el estado de la salud psicológica de Rabin en el que dictaminaba que era «un esquizoide, desconectado de la realidad». El antiguo amigo de Rabin, Sharón, se unió a la refriega y también tomó prestada terminología aplicada normalmente a los crímenes del Holocausto y de Stalin. Sharón arremetió contra el gobierno de Rabin llamándolo un «gobierno de mente que reduce los límites de Israel a las fronteras de Auschwitz, un gobierno insensato, sumiso, confuso, desleal, loco». ⁷ Y quien fuera colega de Rabin en el Palmaj, Rehavam Zeevi, no se quedó atrás en su ofensiva verbal contra el primer ministro.

A principios del verano de 1995, un nuevo elemento entró en escena cuando un movimiento llamado Zo Artzenu («Este es nuestro país») trató de detener el proceso de Oslo por medio de la desobediencia civil. Lo encabezaba un colono llamado Moshé Feiglin, cuyos padres habían emigrado a Israel desde Australia. Muchos de sus colaboradores habían venido al país en su día desde Estados Unidos y Francia. Zo Artzenu era un movimiento bien organizado y financiado que logró provocar un gran caos en Israel bloqueando carreteras y enlaces viarios, pero que, aun así, no pudo impedir la firma de Oslo II. Feiglin terminó ingresando en el Likud y registrando a un gran número de colonos y de otros derechistas radicales como electores para las primarias de ese partido, con lo que fue un factor muy importante en la deriva final del Likud hacia la derecha.

Ya en 1994, un grupo de rabinos extremistas estadounidenses y de los asentamientos cisjordanos habían introducido dos conceptos extremos en el discurso derechista radical: comenzaron a hablar de la «ley del perseguidor» (*Din Rodef*) y

de la «ley del delator» (Din Moser). Ambas leyes estaban tomadas de la larga historia de los judíos de la diáspora, cuando estos se hallaban bajo gobierno foráneo, y ambas aprobaban la muerte de un judío que hubiera perseguido o procesado a otros judíos o que los hubiera delatado ante las autoridades de los gentiles. De todos modos, aquella fue una campaña manejada con sumo cuidado. Los rabinos que manipularon esos dos términos sabían muy bien que podían ser acusados de una actividad ilegal y de instigación al asesinato, y, por ello, fueron cautos y evasivos en el uso de esos conceptos. Meses después, un rabino moderado de los asentamientos, Yoel Ben Nun, pondría en evidencia su maniobra: Ben Nun, impactado por el asesinato de Rabin, reclamó que, bien el movimiento sionista religioso, bien el Estado, investigaran el empleo que de esos términos habían hecho diversos rabinos. Aunque Ben Nun pagó personalmente el haber actuado contra los miembros de su propio medio y entorno (en la práctica, se vio condenado al ostracismo por la comunidad de colonos de Cisjordania, donde reside) y su campaña no se saldó con resultado alguno, sí ayudó a arrojar mucha luz sobre aquella perniciosa actividad que había contribuido a sentar los cimientos morales de un asesinato «legitimado» por una presunta autoridad religiosa.

En enero de 1995, cuarenta rabinos ortodoxos de Israel, Estados Unidos, Bélgica y Canadá recibieron una carta enviada desde el asentamiento de Har Braja, en Samaria. En ella se les pedía que respondieran a dos preguntas: a la luz de los Acuerdos de Oslo, ¿eran el primer ministro de Israel y los ministros de su gabinete «perseguidores» según la ley judía?, y ¿debían ser por ello advertidos de que su acción estaba penada con el correspondiente castigo? La misiva partió de un equipo de tres rabinos liderados por el radical Eliezer Melamed, quien, en aquel entonces, era el rector de una pequeña

yeshivá del monte Braja, próximo a Nablus. De los cuarenta interpelados, once respondieron. Dos confirmaron que la «ley del perseguidor» sí le era aplicable a Rabin; siete ofrecieron respuestas ambivalentes, y dos fueron muy críticos con los autores de la carta por haber mezclado la ley judía con la política. Uno de ellos llegó incluso a advertir: «Estáis jugando con fuego».⁸

Dado el ambiente que reinaba en esos momentos, no era raro que los rabinos radicales de Samaria intentasen implicar a rabinos de la diáspora en su campaña. La oposición parlamentaria ya había hecho llegar hasta Estados Unidos su campaña contra los Acuerdos de Oslo y contra la posibilidad de un acuerdo sirio-israelí. Se trataba de una campaña orquestada por David Bar Ilán, un antiguo concertista de piano y colaborador de Netanyahu. Bar Ilán intentó generar toda la oposición posible al proceso de paz entre la comunidad judía estadounidense, pero también entre los fundamentalistas cristianos de ese país y entre elementos derechistas diversos. Bar Ilán y su equipo alentaban un estado de opinión contrario a las concesiones territoriales en Cisjordania (Tierra Santa o la Tierra de Israel, para los fundamentalistas cristianos) y en el Golán. Un acuerdo de paz sirio-israelí, sostenían ellos, requeriría del despliegue de fuerzas de paz estadounidenses en el Golán con el consiguiente peligro para sus vidas que ello implicaría. Algunos rabinos ortodoxos radicales en el propio Estados Unidos, que no les iban muy a la zaga a sus homólogos cisjordanos, mostraron su total oposición y condena a cualquier concesión territorial en la Tierra de Israel. El rabino Abraham Hecht, de Brooklyn (Nueva York), afirmó en septiembre de 1995 que, «si alguien entrega partes de la Tierra de Israel, quien lo mata merece recompensa, una recompensa a la que yo no tengo derecho, pues él bien que sigue vivo aún». Por su parte, el rabino Kurtz, líder de la Jabad en

Florida, sentenció el 15 de octubre de 1995 que «se puede catalogar a Rabin de enemigo y, por consiguiente, se le puede someter a aquella norma que dice: "si alguien viene a matarte, apresúrate y mátaló tú primero"». ⁹

En el verano de 1995, la incitación al odio y las condenas a Rabin se transformaron en un llamamiento directo a acabar con la vida del primer ministro. Unos pocos meses bastaron para que esos llamamientos calaran en sus destinatarios y se tradujeran en un asesinato real.

LA CADENA DE ACONTECIMIENTOS

En la cadena de acontecimientos que llevó al asesinato de Rabin destacan tres episodios que hacían presagiar la inminencia de la tragedia. En marzo de 1994, cerca de la localidad de Raanana, al norte de Tel Aviv, el Kahane Hai, movimiento fundado por el rabino Kahane, organizó una marcha de protesta contra el gobierno de Rabin. Allí se vio a Netanyahu desfilando unos pasos por delante de un ataúd que llevaba inscritas las palabras «asesino del sionismo». Un poco por delante de Netanyahu, uno de los manifestantes desfilaba portando una horca. Aquello era una especie de prefiguración extrema de lo que acontecería al año siguiente. Cuando se le preguntó por su participación en aquel acto, Netanyahu afirmó que él «simplemente pasaba por allí» y que no se fijó ni en el ataúd ni en la horca. ¹⁰

El 5 de octubre, día de la votación en la Knéset del acuerdo de Oslo II, el Likud organizó una manifestación multitudinaria en la plaza de Sion en Jerusalén; acudieron cien mil personas. Los dirigentes del Likud estaban allí, contemplando la escena desde la balconada de un hotel. La multitud hacía ondear banderas del Estado de Israel, del Likud y del

Kahane Hai, pero también pancartas con imágenes de Rabin disfrazado con uniforme de las SS. Llegó un momento en que los manifestantes se transformaron en una especie de turba al grito de «¡muerte a Rabin!». Alguien decidió incluso proyectar la imagen de Rabin con el uniforme de las SS sobre la pared situada detrás de los oradores. Estos se dedicaron a arengar a la masa con discursos incendiarios en los que advertían de los peligros inherentes a los Acuerdos de Oslo y arremetían contra el gobierno que los había firmado. Netanyahu pronunció un discurso que puso el acento sobre el carácter no judío de la mayoría que apoyaba al gobierno (refiriéndose al hecho de que la supervivencia del ejecutivo dependía de los votos de los árabes israelíes). Un líder moderado del Likud, David Levy, fue abucheado cuando abandonó la concentración disgustado por lo que allí estaba viendo. También la abandonaron otros dirigentes moderados del partido, como Dan Meridor. Pero la multitud estaba exultante y encendida. En realidad, lo que más se le reprochó a Netanyahu aquel día no fue su ofensivo discurso, sino el hecho de que al no condenar la inaceptable conducta de aquella multitud tan exaltada, lo que había hecho era legitimarla. El tumulto de los allí concentrados siguió en las inmediaciones de la Knéset. El coche de Rabin fue atacado y destrozado. El ministro laborista Fuad Ben Eliézer fue agredido por la turba cuando se disponía a entrar en la sede parlamentaria. Ya dentro del edificio, se encontró con Netanyahu y le dijo: «Tienes que frenar a tu gente o aquí va a haber muertos. Ahora mismo acaban de intentar asesinarme a mí». Netanyahu reaccionó con una sonrisa de desconcierto y Ben Eliézer continuó: «Te sugiero que borres esa sonrisa de la cara. Tu gente está loca. Si asesinan a alguien, tú serás el responsable».¹¹

El 10 de septiembre de 1995, Rabin acudió a un encuentro organizado por la Asociación de Inmigrantes de Estados

Unidos y Canadá en el Instituto Wingate, cerca de Tel Aviv. En aquel acto estaban presentes también muchos extremistas de derecha, pues una parte importante de esos inmigrantes tendían a serlo. Uno de ellos, el rabino Natán Ofir, que trabajaba en la Universidad Hebrea, se acercó mucho a Rabin y lo agredió verbalmente mientras forcejeaba con sus guardaespaldas. Fue una clara señal de lo ineficaz que era la protección que acompañaba al primer ministro.

Un solo hombre bastó para convertir todo ese potencial explosivo en un asesinato real. Ese hombre fue Yigal Amir. En aquel entonces, Amir era un joven de veinticuatro años que estudiaba derecho en la Universidad de Bar Ilán, una institución de orientación sionista religiosa. Nacido en el seno de una familia judía ortodoxa llegada a Israel desde Yemen, vivía en Herzliya, justo al norte de Tel Aviv. La infancia y la educación de Amir son una buena muestra de lo indistinguibles que se habían vuelto el jaredismo (el judaísmo ultraortodoxo) y el sionismo religioso. Tras haber recibido una educación religiosa tradicional, terminó su servicio militar en una unidad de combate e ingresó luego en Bar Ilán para estudiar allí derecho e informática. Amir era un verdadero creyente, un fanático obstinado que se asoció con los más radicales defensores de la vinculación mesiánica a la Tierra de Israel y se dejó influir por ellos. Frecuentaba las manifestaciones derechistas, organizaba excursiones de fin de semana a los asentamientos de Cisjordania y no tardó en llamar la atención de la División Judía del Shabak (el servicio de seguridad interior de Israel). Amir confraternizó, entre otros, con Avishai Raviv, controvertido agitador que el Shabak tenía infiltrado en el núcleo duro de la derecha radical. Raviv era el único agente que el Shabak había podido introducir en ese grupo. Para cimentar y mantener su credibilidad, Raviv puso en marcha diversas actividades ilegales en las que él mismo participaba.

Su dudoso comportamiento ha servido a muchos derechistas para, desde aquel mismo noviembre de 1995, difundir toda una serie de teorías de la conspiración que atribuyen al Shabak la responsabilidad del asesinato de Rabin.

Amir tenía decidido matar a Rabin ya en septiembre de 1993, tras ver por televisión la ceremonia de la firma de los Acuerdos de Oslo en los jardines de la Casa Blanca. Dos años tardó en madurar su decisión inicial hasta convertirla en una resuelta determinación de actuar cuando se le presentara la oportunidad de hacerlo. En tres ocasiones había apuntado Amir con su arma hacia un lugar donde se esperaba que Rabin hiciera acto de presencia y, por motivos diversos, no se había atrevido a probar suerte. Rabin tenía previsto asistir a una concentración por la paz que iba a tener lugar en Tel Aviv el 4 de noviembre de 1995, en una gran plaza aledaña al ayuntamiento. Parecía la ocasión perfecta para Amir. La concentración fue un éxito y a ella acudió una gran multitud de partidarios del proceso de paz. El número de participantes, su entusiasmo, el apoyo y el calor que dispensaron a Rabin durante el acto fueron muy del agrado del acosado primer ministro. Tras dar un corto discurso, un Rabin feliz, acompañado de un risueño Peres, se dispuso a abandonar la concentración y comenzó a bajar el corto tramo de escaleras que separaba la balconada del ayuntamiento, que daba precisamente a la gran plaza que hoy se conoce como plaza de Rabin, del aparcamiento donde aguardaban sus coches. A medio recorrido de bajada, Rabin le dijo a Peres que volvía un momento al estrado para dar las gracias a los organizadores como realmente se merecían. Peres optó por seguir bajando hasta el coche. Al pie de las escaleras (en teoría, una «zona estéril», según el dispositivo de seguridad), aguardaba Amir, armado con su pistola. Una grabación de vídeo, tomada desde el otro lado de la calle por un cámara aficionado que vivía

allí cerca, muestra el rostro de Amir, que parece debatirse en un dilema: podría matar a Peres en ese mismo momento, pero entonces ya no podría disparar a Rabin. Rabin era la clave, el líder que podía hacer que Oslo funcionase. Así que Amir perdonó a Peres. Unos minutos después, aprovechó la oportunidad y descerrajó tres tiros en la espalda de un Rabin prácticamente desprotegido.

¿Cómo pudo Yigal Amir, alguien a quien el Shabak ya conocía, acercarse lo suficiente al primer ministro de Israel como para asesinarlo? Israel es un país que está muy familiarizado con el terrorismo y la violencia y muy preparado en lo que a medidas de seguridad se refiere. El «éxito» de Amir se explica como consecuencia de una mentalidad que estaba muy extendida en aquellos momentos, de una serie de casualidades (y de momentos críticos que el perpetrador salvó por los pelos) y de la más pura incompetencia. En aquellos días imperaba cierta mentalidad —compartida por el propio Rabin— según la cual el peligro de atentado contra la vida del primer ministro solo podía venir del lado árabe o palestino: se creía que «un judío no mata a otro». A pesar de las furibundas incitaciones y provocaciones de los oponentes y críticos judíos de Rabin, nadie pensaba que realmente intentaran matarlo. Hubo quienes trataron de corregir tan equivocada percepción. En la primavera de 1995 y, luego, en el verano de ese mismo año, el jefe de la División Judía del Shabak advirtió del riesgo de un intento de asesinato contra Rabin y dijo, en concreto, que podría ser organizado y perpetrado desde dentro de la Línea Verde (las fronteras de Israel anteriores a junio de 1967), y no por un colono. La advertencia, por desgracia, no se tradujo en acción alguna de la unidad del Shabak encargada de la seguridad de los altos dirigentes. El propio Rabin se negaba a llevar chaleco protector, prefería no viajar en el Cadillac blindado que el Estado había adquirido

para aumentar la seguridad del primer ministro, e insistía en asistir a actos multitudinarios y departir con personas del público, como siempre había hecho.

Amir había estado a punto de quedar al descubierto. Le había contado su plan a su hermano Hagai. Además, tenía un reducido círculo de amigos en la Universidad Bar Ilán que sospechaban que estaba tramando algo. Ellos creían que se proponía hacer acopio de armas e instruirse a sí mismo en su uso y manejo para disparar contra objetivos palestinos en Cisjordania. En cualquier caso, además de Hagai, dos miembros de ese círculo de amistades de Amir —Dror Adani y Margalit Har-Shefi— fueron condenados a penas de prisión por no haber denunciado a Amir después de que ellos mismos participaran en tales actividades y llegaran incluso a oír de boca de su amigo que estaba a punto de matar a Rabin. El complot estuvo a punto de salir a la luz debido a la intervención de un sargento llamado Shlomi Halevi cuando prestaba servicio en el Departamento de Inteligencia del Mando Central de las FDI. La novia de Halevi, que era una de las personas del círculo íntimo de Amir, le contó la conversación que habían tenido Adani y Amir. Halevi estaba dividido entre su sentido del deber, que le llamaba a denunciar los hechos, y la necesidad —según él— de proteger a sus amigos. La solución de compromiso que buscó fue contar a sus superiores que había oído una conversación en los servicios de la estación central de autobuses de Tel Aviv sobre «un yemenita bajito y de pelo negro rizado, de Herzeliya, que está planeando asesinar al primer ministro». El nombre de Amir estaba ya registrado en los archivos del Shabak por entonces, pero la información de Halevi era demasiado vaga y no se siguió como una pista seria. Además, Raviv, el agitador infiltrado por el Shabak, conocía bien a Amir pero no alertó a sus oficiales de control de la gravedad de la amenaza que representaba.

Es difícil explicarse la serie de descuidos y fallos de la unidad de seguridad del Shabak para altos dirigentes, cuyo director fue uno de los responsables destituidos inmediatamente tras el trágico suceso. La negligencia comenzó al no incrementarse la protección de Rabin en 1995, en un momento en que ya se le estaban viendo las orejas al lobo, por así decirlo. Ni se aseguró una verdadera área estéril en el acceso al coche de Rabin, ni se abrió fuego contra Amir para neutralizarlo después de que este disparara su primera bala, ni nadie arrojó a Rabin al suelo y lo cubrió, como indican las más elementales reglas de la protección de personas.

LAS SECUELAS INMEDIATAS

Más de veinte años después, podemos ver que las secuelas inmediatas del asesinato de Rabin quedaron nítidamente enmarcadas dentro del periodo transcurrido entre aquel día y las elecciones parlamentarias de mayo de 1996, que llevaron a Netanyahu al poder. Los seis meses que separaron el asesinato del primer ministro del traspaso de poder al jefe de la oposición, que tanto se había esforzado en socavar a Rabin y sus políticas, forman un espacio temporal concreto en el que está plenamente contenido el impacto a corto plazo de aquel magnicidio. El traspaso de poder magnificaría posteriormente la repercusión de aquel asesinato convirtiéndolo en un hito en la deriva de Israel hacia la derecha y propiciaría un pronto abandono (al menos, por un tiempo) de la política de paz forjada por Rabin. La amarga ironía del caso es que Rabin fue sustituido por un líder de la oposición que, si bien no había tomado parte de forma directa en la instigación de acciones criminales contra él, tampoco puede decirse que se hubiera distanciado personalmente de esa incitación. El fracaso del

centro y la izquierda tradicionales a la hora de conducir al país hacia un verdadero examen de conciencia tras el trauma nacional de aquel 4 de noviembre de 1995, también favoreció ese curso de los acontecimientos y permitió finalmente que la derecha radical, los colonos y sus aliados en Israel se afianzaran, se reagruparan y ejercieran un control absoluto sobre la política y las políticas del país.

Tan trascendentales movimientos de fondo no resultaron tan evidentes en un primer momento. El país estaba en estado de choque, paralizado por el dolor. Se había generalizado la sensación de crisis y de peligro, de potencial guerra civil incluso. La derecha (su corriente principal, al menos) adoptó una actitud defensiva y de disculpa. El principal empeño de Netanyahu en aquel momento fue el de distanciarse personalmente de la derecha radical y de los círculos asociados con aquel magnicidio. El bando del sionismo religioso en Israel y de los asentamientos sí practicó cierto examen introspectivo, auténtico en algunos casos y puramente afectado en otros. El centroizquierda estaba dividido entre quienes querían castigar al bando de los asociados con el asesino y entre quienes temían provocar una guerra civil y consideraban que cerrar filas y buscar la unidad nacional era lo correcto en aquellos momentos.

Pero no cabe duda de que, inmediatamente después de la tragedia, el país estaba conmocionado por el dolor y sumido en un profundo luto. El féretro con los restos mortales de Rabin se expuso sobre un catafalco ante la fachada principal de la Knéset. Decenas de miles de personas llegaron de todo el país a darle su último adiós. Casi todas las cosas en la vida y en la carrera de Rabin sucedieron tarde, y eso es algo que puede decirse también del apego emocional popular hacia su figura. Incluso en el momento de plenitud política en el que estaba antes de su muerte, Rabin gozaba del respeto de la ciu-

dadanía, pero no de su cariño. Durante sus horas finales sintió, abrumado, el calor que la multitud le dispensaba en aquella plaza de Tel Aviv. Tras el asesinato, el calor se tornó en una oleada de cariño, admiración y profunda sensación de duelo. Miles de jóvenes (tanto mujeres como hombres), cargados con velas, organizaron improvisadas vigilias junto al lugar del asesinato y junto a la casa de Rabin: la «generación de las velas» se los llamaría a partir de ese momento. Estaban de luto por la muerte de Rabin, pero también porque sentían que la progresión del país hacia un futuro mejor se había frenado en seco.

El funeral de Rabin fue un acontecimiento impresionante. Setenta y ocho países enviaron representaciones del máximo nivel, un número elevadísimo para una nación que tan sola había estado hasta entonces en el concierto internacional. Dos jefes de Estado árabes asistieron: el rey Huseín de Jordania, buen amigo de Rabin, y el presidente egipcio, Mubarak. Egipto estaba en paz con Israel desde 1979, pero ningún presidente egipcio había pisado suelo israelí desde el histórico viaje de Sadat en noviembre de 1979, todo un síntoma de lo fría que era la paz entre ambos países. La nutrida presencia internacional fue un fiel reflejo de la talla de Rabin a nivel mundial, pero también significaba una especie de muestra de solidaridad con Peres para ayudarlo a mantenerse en la vía de la paz. De entre todos los panegíricos que se leyeron en la ceremonia, destacaron el elocuente y emotivo tributo —que incluyó aquel proverbial «*Shalom haver*» («Adiós, amigo mío»)— rendido por el presidente Clinton, y el de la nieta de Rabin, Noa, cuyo discurso puso especial énfasis en la calidez personal de un líder a quien siempre se había visto como a un hombre adusto y autoritario.

Las cotas emocionales que se alcanzaron aquellos días eclipsaron las decisiones y las medidas reales que se adoptaron para

que el país, su política y sus políticas mantuvieran un rumbo estable. Peres sustituyó a Rabin como primer ministro y tomó tres grandes decisiones relacionadas entre sí al comienzo de su mandato: no celebrar unas elecciones precipitadas justo después del asesinato, tratar de llegar a un acuerdo rápido con Siria como principal objetivo inmediato en el proceso de paz y, por último, buscar la reconciliación con el ala moderada del sionismo religioso.

Unas elecciones relámpago probablemente habrían otorgado a Peres una sólida victoria y habrían fortalecido su posición al convertirlo en un primer ministro elegido por el pueblo, además de por el partido. Pero, en vez de eso, decidió mantener la fecha original prevista para las siguientes generales, en octubre de 1996. Es evidente que Peres quería ser elegido por sus méritos y no como el vengador de Rabin. De ahí que tratara de cerrar filas (en vez de ajustar cuentas) con la derecha radical o, al menos, con sus partidarios más blandos. La decisión de mantener la convocatoria electoral para octubre daba a entender que Peres esperaba conseguir un avance importante en el proceso de paz, un logro en el que podría basar su campaña electoral. Las elecciones, pues, funcionarían también como una especie de plebiscito sobre el nuevo acuerdo que se estableciera, tanto si este se firmaba con Siria como si se firmaba con la AP.

Estas decisiones se tradujeron enseguida en políticas concretas. Una comisión encabezada por el juez Meir Shamgar, expresidente del Tribunal Supremo, recibió el encargo de investigar los fallos de seguridad que habían rodeado el asesinato de Rabin. El gobierno pidió específicamente a dicha comisión que no abordara ni la incitación ni el trasfondo político previos, y que se ciñera a los aspectos de seguridad. En sintonía con ese enfoque de la situación, el rabino Yehuda Amital, un muy respetado líder sionista religioso moderado,

fue invitado a integrarse en el gobierno de Peres. Se reanudaron las negociaciones sirio-israelíes, en las que tanto Peres como la administración Clinton esperaban un pronto avance. Pero el ambiente se enrarecería mucho en los meses que quedaban aún hasta el final de 1996. Las renovadas negociaciones sirio-israelíes procedían con suma lentitud; Asad no tenía prisa alguna en sellar un acuerdo con un primer ministro que debía someterse a reelección en octubre de 1996. Cuando Peres se dio cuenta de que no era probable que llegara a un acuerdo con Siria antes de las elecciones de octubre, optó por adelantarlas a mayo de 1996. Asad, enfadado y molesto con lo que venía a ser una suspensión *de facto* de las negociaciones, autorizó —o incluso alentó— entonces a Hezbolá a reanudar su campaña de lanzamiento de misiles sobre el norte de Israel. Peres mordió el anzuelo y lanzó entonces la Operación Uvas de la Ira contra las bases de Hezbolá en el sur del Líbano, en abril de 1996. No fue una operación especialmente exitosa y, de hecho, terminó con una nota trágica cuando un proyectil descontrolado de la artillería israelí mató a un grupo de refugiados civiles en un recinto de la ONU en el pueblo de Kfar Kana. A esta operación la precedió, además, una oleada de atentados suicidas de Hamás en Jerusalén y Tel Aviv. Los atentados provocaron la muerte de cincuenta y nueve israelíes en tan sólo una semana.

Tan trágica cadena de acontecimientos se cobraría un elevado precio político. Peres, que lideraba las encuestas con mucha distancia sobre Netanyahu apenas unas semanas antes, perdió la mayor parte de ese apoyo diferencial. Los votantes judíos estaban indignados con la oleada de atentados terroristas, mientras que los votantes árabes israelíes se habían distanciado del gobierno a raíz del incidente de Kfar Kana. Además, la campaña que desplegaron Peres y el Partido Laborista estuvo mal diseñada y peor ejecutada. Un ejem-

plo de ello fue la escasa preparación del debate televisivo entre Peres y Netanyahu por parte de los laboristas; dicho debate disparó el apoyo al candidato conservador entre los votantes. En mayo, Netanyahu y el Likud ganaron las elecciones, resultado con el que Israel inició su proceso de alejamiento de la vía marcada por Rabin.

EPÍLOGO

El 26 de octubre de 2015, poco después del vigésimo aniversario del asesinato de Rabin, Benjamín Netanyahu habló ante la Comisión de Asuntos Exteriores y de Defensa de la Knéset. Allí, en alusión indirecta a Rabin, dijo lo siguiente: «Estos días se habla mucho de lo que habría pasado si este hombre o aquel otro hubiesen seguido entre nosotros. [...] Eso es irrelevante; siempre viviremos bajo la ley de la espada».¹ Netanyahu estaba claramente molesto con la oleada de nostalgia por Rabin generada con motivo del aniversario de su asesinato, que se tradujo en diversas películas y documentales, programas de televisión, libros, artículos de prensa y una gran manifestación en la que el expresidente Clinton fue el orador principal. Y es que el reverso de la moneda de esa nostalgia era la crítica implícita (y en ocasiones incluso explícita) hacia el propio Netanyahu. El actual primer ministro está bien afianzado en el poder y cumple ya su tercera legislatura consecutiva en el cargo (y cuarta en total) sin que exista un candidato alternativo con posibilidades serias de desbancarlo. Pero es consciente del malestar que afecta a una parte significativa de la población israelí: un malestar provocado por su descontento con la actitud de un líder que se ha mantenido (y se mantiene) en el poder protegiendo el *statu quo* y rehuyendo las grandes decisiones. Netanyahu es un maestro de la supervivencia política que no ha sabido demostrar

una capacidad de estadista como la de Rabin a la hora de afrontar los problemas de fondo de Israel.

De hecho, las declaraciones de Netanyahu encarnan a la perfección el choque de relatos enfrentados a propósito del legado, la herencia y la memoria de Rabin. Uno de esos relatos es el debate en torno a la verdadera incidencia que la acción de Yigal Amir tuvo sobre el proceso de paz árabe-israelí de los años noventa. ¿Qué habría sucedido si Amir jamás hubiera tomado la fatídica decisión de asesinar a Rabin? Podría argumentarse que las balas del asesino no solo mataron a Rabin, sino también el proceso de paz que él lideró. Este relato encuentra un especial eco entre la opinión liberal progresista, de centroizquierda, en Israel y el extranjero, para la que, de no haber perdido la vida aquel día, Rabin habría ganado las elecciones previstas para octubre de 1996 y habría llegado a un acuerdo con Arafat en las negociaciones sobre el estatus final, cuya fecha límite prevista era mayo de 1999. Nadie expresó esa visión con mayor elocuencia que el columnista del *New York Times* Thomas Friedman en un artículo titulado «Foreign Affairs; ... And One Man Voted Twice». Netanyahu, por su parte, manejó un punto de vista característico de la derecha israelí, según el cual el proceso negociador estaba condenado a fracasar de todos modos porque Arafat no era un verdadero interlocutor de paz y tenía sus propias líneas rojas que nunca estuvo dispuesto a cruzar; a la hora de la verdad, las negociaciones se habrían ido a pique. El conflicto palestino-israelí, según ese punto de vista, era un conflicto nacional interminable y sin remedio.

¿Cuál de esos relatos es más verosímil? Abordar esas perspectivas contrapuestas es un ejercicio de historia contrafactual. La suposición de que Rabin habría vencido en las elecciones de 1996 es bastante realista, pero no lo es tanto asumir que habría terminado alcanzando un acuerdo con Arafat.

Rabin reprochaba al líder palestino que no estuviera cumpliendo todos sus compromisos y, muy especialmente, que no tomara medidas más duras contra Hamás. Rabin probablemente dudaba de que Arafat estuviera comprometido de verdad con una solución basada en la fórmula de los dos Estados, pero esperaba poner a prueba ese grado de compromiso en el momento oportuno. Sin embargo, es ciertamente probable que, aun de no haberse logrado un acuerdo de estatus final, Rabin hubiera sido capaz de alcanzar un objetivo que, aunque menos ambicioso, le habría permitido evitar la colisión frontal que representó el estallido de la Segunda Intifada después de la cumbre de Camp David de julio de 2000. La verosimilitud de este escenario contrafactual se ve acrecentada por varios datos y hechos históricos que sí se produjeron: la victoria de Netanyahu en 1996 fue por un margen estrecho y, por consiguiente, razonablemente evitable; Netanyahu dio continuidad al proceso de paz en 1996 ordenando la evacuación de la ciudad de Hebrón en cumplimiento de lo estipulado en Oslo II, y también acordó en 1998 (aunque sin llevarla nunca a la práctica) la cesión de un 13 % más del territorio de Cisjordania; Ehud Barak en 2000 y Ehud Olmert en 2008 hicieron a los palestinos ofertas de largo alcance que iban mucho más allá de lo que Rabin les ofrecía en octubre de 1995; y hasta Ariel Sharón, quién lo diría, sacó unilateralmente a Israel de Gaza en 2005 y se mostró dispuesto a otra retirada unilateral (a menor escala) en Cisjordania antes de que su estado de salud empeorara de forma tan súbita como fulminante.

Y, pese a todo, bien puede decirse que Amir infligió realmente un duro golpe al proceso de paz en los años noventa. Rabin era el único dirigente que conjugaba una fuerte determinación para avanzar en aquel proceso y una experiencia y unos conocimientos incuestionables en temas de seguridad

nacional israelí, amén de una excelente relación con el presidente Clinton y del respeto de Arafat. Su desaparición de la escena política —y su posterior sustitución por Netanyahu, que prometió respetar los Acuerdos de Oslo, pero que, en realidad, castró ese proceso de paz— interrumpió el progreso histórico iniciado en 1992, con su ímpetu. En el año 2000, Barak impulsó de nuevo la búsqueda de una solución a los conflictos palestino-israelí y sirio-israelí con una iniciativa seria, pero el parón previo de cuatro años tuvo un efecto devastador sobre un proceso ya de por sí inherentemente frágil. Israel y los palestinos siguen atascados en su enfrentamiento.

El magnicidio también tuvo repercusiones profundas en la sociedad y la política israelíes. Desde 1977, la política de Israel había virado hacia la derecha. Salvo en los periodos 1992-1996 y 1999-2001, el Partido Laborista no ha vuelto a obtener una victoria electoral que le haya permitido acceder al poder. Sharón y Olmert, jefes de Gobierno entre 2001 y 2008, se movieron desde la derecha hacia el centro y buscaron —por vías diferentes— resolver o, cuando menos, consolidar la relación de Israel con los palestinos. Pero durante la mayor parte de los cuarenta años transcurridos desde 1977, el poder ha estado en manos del Likud, que ha dependido de sus «aliados naturales» (por usar la jerga política habitual en Israel) para formar gobierno: los colonos y los partidos ortodoxos y ultraortodoxos. Las victorias electorales de Rabin y de Barak en 1992 y 1999 dejaron patente que los laboristas solo podían ganar cuando estaban liderados por una figura centrista y de autoridad, dotada de unas sólidas credenciales en materia de seguridad nacional, capaz de calmar al angustiado electorado israelí convenciéndolo de la posibilidad de avanzar hacia la paz sin minar la seguridad. En el momento de la conmemoración del vigésimo aniversario del asesinato, era evidente que el centroizquierda israelí apenas si tenía op-

ciones de plantar cara (electoralmente hablando) a Netanyahu y a sus aliados de derecha.

El asesinato de Rabin asoma como un punto de referencia importante en la deriva de Israel hacia la derecha y en sentido contrario a la búsqueda genuina de una solución basada en la fórmula de los dos Estados. Entre los fenómenos que reforzaron y aceleraron el encarrilamiento del país por esa vía están la falta de castigo por parte del Estado israelí al círculo de personas y grupos que incitaron y llamaron al asesinato de Rabin; el hecho de que la sociedad israelí no se sometiera a un imprescindible examen de conciencia tras el magnicidio; el hecho de que el sionismo religioso tampoco llevara a cabo ese proceso de introspección; el hecho de que se traspasara una crucial línea roja asesinando a todo un primer ministro; o el hecho de que, en el fondo, la realidad terminara premian-do por aquel crimen al asesino y al sector que lo apoyaba.

Se ha argumentado en alguna ocasión que los líderes del movimiento de los colonos, impactados por el asesinato, moderaron su tono y que la influencia de lo acaecido diez años antes sirvió para frenar a sus seguidores cuando Sharón desalojó y destruyó los asentamientos en Gaza en 2005, lo que evitó un derramamiento de sangre y una potencial guerra civil. Tal vez. Hay quienes dicen que la contención de que hicieron gala los líderes de los colonos en 2005 motivó una mayor radicalización de sus seguidores en los años siguientes. En todo caso, el proyecto de la expansión de los asentamientos en Cisjordania sigue su curso y sus líderes tradicionales se han visto superados desde la derecha por nuevos grupos mesiánicos y violentos. Es posible que no todo esto sea consecuencia directa del asesinato de Rabin, pero sí es un producto derivado de aquella apertura de la caja de Pandora el 4 de noviembre de 1995 y, de hecho, en los meses precedentes.

Tras el asesinato, hubo quienes tanto desde la izquierda como desde la derecha tuvieron la esperanza de que aquel violento suceso actuase como un acontecimiento unificador. Sostenían que el miedo a la división y a la ruptura debía inducir a ambos bandos a concentrarse en torno a la determinación de erradicar la violencia política y al legado de liderazgo y visión de Estado que había dejado Rabin a su muerte. Pero eso no ocurrió. Desde la izquierda hubo quienes consideraron que sí había cuentas que ajustar, que el verdadero legado de Rabin era su política de paz, y que debía ser recordado y conmemorado por su empeño en resolver el problema palestino. Para la derecha, sin embargo, aquel era un legado inaceptable, y el recuerdo y la conmemoración de la figura de Rabin se convirtieron en tema de controversia en un Israel hondamente dividido.

Cuando los presidentes y los primeros ministros israelíes fallecen, el Estado de Israel honra su memoria a través de un órgano encargado de ello, el Consejo para la Conmemoración de Presidentes y Primeros Ministros, un organismo directamente dependiente de la Oficina del Primer Ministro y, como tal, presidido por el jefe de Gobierno. Como es lógico, se conmemora de forma distinta y a distinta escala a cada una de esas personas. Para los casos de tres ex primeros ministros en concreto, la Knéset aprobó unas leyes especiales. La primera fue la de la memoria del padre fundador de Israel, David Ben Gurión. Pues, bien, en 1996, la Knéset aprobó una ley para conmemorar a Rabin y para apoyar la fundación del Centro Rabin y su sostenimiento a cargo del erario público. También se decidió que todos los años, coincidiendo con la fecha del aniversario de su asesinato, se celebraría una ceremonia de Estado ante su tumba, así como una sesión especial de homenaje en la Knéset. Fueron decisiones apoyadas por una amplia mayoría, un reflejo de la sensación generalizada de que el asesinato de un primer ministro era algo que

había que señalar y recordar a un nivel distinto que el de otras muertes. Más allá de la decisión del gobierno, fueron también muchos los centros y edificios públicos bautizados con el nombre de Rabin.

Pero como fue el Estado el que tomó la iniciativa de conmemorar la figura de Rabin y la derecha ha sido dominante en las instituciones estatales durante la mayor parte de los últimos veinte años, han sido varias las ocasiones en las que han aflorado las tensiones subyacentes en torno al recuerdo de Rabin. De ahí que haya sido difícil para la familia y para los partidarios de Rabin, verdaderos portadores de la antorcha de su legado, aceptar a Netanyahu como orador en la ceremonia celebrada anualmente ante la tumba del primer ministro asesinado. En la de 2014, por ejemplo, la hermana de Rabin, Raquel —mujer admirable por derecho propio—, dirigió un punzante comentario a Netanyahu cuando habló justo después de él en representación de la familia. «Recordamos quién estaba en aquella balconada», dijo, refiriéndose a la violenta manifestación de octubre de 1995. Y, aun así, a Netanyahu y a otros líderes derechistas no les han dolido prendas a la hora de asistir a los actos conmemorativos (como, por otra parte, era su deber moral) o reconocer la necesidad de sostener el Centro Rabin.

Otra fuente de tensión ha surgido de la manera de abordar la memoria de Rabin en el sistema educativo israelí. De hecho, la controversia estalló con especial fuerza en 2016, cuando se filtró a la prensa el texto de un nuevo manual de «educación para la ciudadanía». El proyecto había comenzado cinco años antes y se había desarrollado en un Ministerio de Educación encabezado durante ese tiempo por tres ministros consecutivos de signo derechista, centrista y derechista radical, sucesivamente. Naftali Benet es el líder de la nueva encarnación del partido de los colonos, la Casa Judía, y el li-

bro de texto se finalizó bajo su supervisión ministerial. En él, el asesinato de Rabin se aborda en dos apartados distintos. Así, en una de las secciones del manual, aquel crimen se sitúa en el contexto de la historia de violencia política en el Estado de Israel y en el Israel preestatal, junto con el incidente del Altalena y el asesinato de Emil Grinzweig, un activista por la paz. Como ya hemos visto, en las explicaciones e interpretaciones del incidente del Altalena la responsabilidad por lo ocurrido ha tendido a desplazarse de Ben Gurión a Rabin con el paso de los años, por lo que yuxtaponer el asesinato de este último a aquel episodio suscitó multitud de quejas. En otra sección diferente, sin embargo, los autores del libro citan dos opiniones sobre la instigación que precedió al magnicidio, una de ellas de un ex fiscal general que argumentó en su momento que no existían pruebas jurídicas suficientes para vincular el asesinato a esas incitaciones previas. Esa cita en particular, unida a la equivalencia moral insinuada al citar los dos pareceres contrapuestos sobre la instigación, también motivó airadas protestas. Como consecuencia de ello, la publicación del libro de texto se suspendió durante un tiempo, pero todo aquel asunto reflejó a las claras la influencia que la derecha ha adquirido sobre la maquinaria administrativa del Ministerio de Educación, así como la incomodidad que aquel asesinato aún genera en la derecha radical, que no es menor que la que suscita en ella el papel que sus detractores le atribuyen en la incitación previa a aquel crimen.

De todos modos, es evidente que, durante estos más de veinte años, el respeto y la sensibilidad de la derecha en relación con el asesinato de Rabin han disminuido. Esto es sin duda así en los casos del Likud como partido y de su líder, Netanyahu. En los primeros meses posteriores al magnicidio, Netanyahu se sintió vulnerable a la acusación de que había participado directa e indirectamente en la instigación del

crimen. Le preocupaba especialmente que esas acusaciones afectaran a sus posibilidades en las elecciones de mayo de 1996. Su victoria en esos comicios y el hecho de que, más adelante, lograra regresar a la jefatura del Gobierno y retenería durante varias citas electorales consecutivas han reducido esa sensibilidad. Tampoco le resultan indiferentes las comparaciones con el liderazgo y el sentido de Estado de Rabin que tienden a dejarlo a él en mal lugar como rector de los destinos de Israel, pero, en conjunto, no es una preocupación central para él. Tanto los colonos como el sionismo religioso en general sí han sido más sensibles a las acusaciones de ser los responsables del asesinato. A ellas han respondido con el argumento de que es un error culpar a todo un sector de la población de Israel por los actos criminales de una pequeña minoría, pero también con la teoría de la conspiración construida en torno al presunto papel central del agitador Avishai Raviv, o recuperando el incidente del Altalena con el propósito de presentar a Rabin como el responsable de la muerte de compatriotas judíos. A fin de cuentas, el propio Amir declaró lo siguiente durante su interrogatorio: «Rabin fue el responsable del fuego de cañón y el hundimiento del buque Altalena que, en 1948, transportaba armas para las fuerzas del Irgún en la Tierra de Israel».² En ese sector de la población judía israelí ha influido mucho el hecho de que el sionismo religioso evitara hacer un verdadero examen de conciencia tras el asesinato de Rabin. Los líderes de la corriente principal del movimiento de los colonos se vieron sorprendidos en 2015 por las revelaciones sobre la actividad de elementos revolucionarios violentos en su ala más derechista. Tuvieron que afrontar el bochorno de descubrir que diversos elementos radicales violentos afiliados al movimiento Kahane no solo habían cometido crímenes contra víctimas palestinas en Cisjordania, sino que también habían establecido una organización

clandestina que tenía por objetivo reemplazar el Estado de Israel por lo que ellos llaman el Reino de Israel.

Los desacuerdos entre los admiradores de Rabin a propósito de la manera correcta de homenajearlo son menos espectaculares, pero también existen. Se han manifestado, por ejemplo, en los debates sobre la misión que debe desempeñar el Centro Rabin y el principal acto conmemorativo anual, y sobre qué carácter debe tener la concentración de personas que todos los años se congregan en la plaza Rabin en el día del aniversario del magnicidio. Los organizadores de este último acto (convocado por iniciativa privada) le han dado una orientación mayormente política que pretende convertirlo en una fuente impulsora de una nueva política de paz. Pero otras voces han argumentado que debería rebajarse ese tono político y que Rabin debería ser homenajeadado como el gran líder nacional que fue, haciendo un llamamiento amplio a la población israelí en general.

Ciertamente, es un error recordar y homenajear a Rabin como si hubiera sido un arquetipo de líder «paloma». No lo fue. Rabin era un líder centrista preocupado por la seguridad de Israel que llegó a la conclusión de que el país debía tratar de moderar y, en última instancia, zanjar el conflicto que mantenía con sus vecinos árabes. Para él, la búsqueda de la paz estaba estrechamente conectada con la búsqueda de la seguridad. Estaba dispuesto a realizar concesiones dolorosas, pero solo aquellas que hubieran sido examinadas minuciosamente desde la óptica de la seguridad. Su voluntad de hacer tales concesiones motivó que sus detractores de la derecha lo vilipendiaran y, en último término, fue la causa de su asesinato. La izquierda, sin embargo, tendía a proyectar una imagen de Rabin como un hombre mucho más blando de lo que era en realidad. Era un estadista que quería solucionar los conflictos de Israel con sus vecinos por medio de un acuerdo de paz fundamentado en unos

sólidos principios de seguridad. Durante unos actos de homenaje celebrados en Boston poco tiempo después del asesinato, hasta un amigo y admirador de Rabin como Henry Kissinger comenzó a sentirse inquieto al oír a un orador tras otro evocar la figura de un Rabin «paloma» y elogiar su (presuntamente) absoluta dedicación a la paz con los palestinos. «Isaac no era ningún hippy», murmuró para sus adentros.

Durante un tiempo consideré la posibilidad de subtítular el presente libro con un verso del poeta Saúl Chernijovski: «La imagen de su paisaje natal». Rabin fue, en muchos aspectos, el *sabra* prototípico, el israelí nativo: infancia y adolescencia en la corriente principal del movimiento laborista, escuela Kadoorie, Palmaj, generación de 1948... y eso por no hablar de su duro exterior que ocultaba un interior sensible.

La guerra de 1948 fue la experiencia formativa fundamental en la vida de Rabin, que dedicó los diecinueve años siguientes de esa vida a construir las poderosas FDI que él mismo comandó durante la espectacular victoria de junio de 1967. El pequeño y vulnerable Estado de Israel surgido de la guerra de 1948 se transformó en el poderoso Israel posterior a 1967. Pero la victoria tuvo un precio. Durante los más de cuarenta últimos años, Israel se ha beneficiado de algunos de los logros conquistados en aquella contienda, pero también ha tenido que lidiar con otras consecuencias no deseadas de ella, entre las que destacan la nueva forma que ha tomado el problema palestino. Y el país mismo ha cambiado. El «paisaje natal» que forjó al joven Rabin estaba desapareciendo, y su segundo mandato como primer ministro podría también interpretarse como el valiente esfuerzo de un soldado metido a estadista por usar la mayor parte del territorio que él conquistó en 1967 para consolidar, salvar y preservar ese paisaje original. Su asesinato se convirtió en un paso crucial hacia su transformación definitiva.

AGRADECIMIENTOS

Estoy agradecido a la Yale University Press por haberme encargado escribir la biografía de Isaac Rabin. Yo había sido un estrecho colaborador y subordinado suyo y pensaba que lo conocía bien. Pero, investigando a fondo su obra y su figura, y también en el proceso mismo de escribir el libro, aprendí mucho más sobre su vida, su trayectoria y su carácter, y sobre la verdadera significación de su pérdida para Israel aquel 4 de noviembre de 1995.

Me gustaría expresar mi agradecimiento en particular al director de la Yale University Press, John Donatich; también a Leon Black, que puso en marcha la colección *Vidas judías*; también a los tres editores generales de la colección: la profesora Anita Shapira, Ilene Smith y el profesor Steven Zipperstein; y también a mi editora, Erica Hanson, y a Marika Lysandrou, Margaret Otzel, Heather Nathan y Elizabeth Pelton.

Tres miembros de la familia Rabin facilitaron mi investigación: la hermana de Isaac Rabin (Raquel Rabin-Yaacov) y sus hijos, Dalia y Yuval. Gracias, también, a dos trabajadoras del Centro Rabin, Dorit Ben-Ami y Nurit Cohen-Levinovski, por su exquisita amabilidad y su ayuda.

Estoy en especial deuda con mis tres ayudantes de investigación: Arik Rudnitzky, Revital Yerushalmi y Maddy Taras. La doctora Tamar Yegnes y Hanne Tidnam fueron de gran ayuda, como ya lo habían sido en libros anteriores.

Las transcripciones de decenas de entrevistas que se guardan en el Centro Rabin se convirtieron en una fuente valiosísima para mi investigación. También tuve el privilegio de mantener entrevistas y conversaciones con un gran número de personas a quienes estoy sumamente agradecido: Uri Avneri, el general Yacov Amidror, Uzi Baram, Najum Barnea, el doctor Mijael Bar Zohar, el doctor Yosi Beilin, el profesor Haim Ben Shahaar, el general Amos Jorev, Eitan Haber, el doctor Yair Hirschfeld, Amos Eran, el doctor Oded Eran, el general Shlomo Gasit, el profesor Moti Golani, Haim Guri, el doctor Martin Indyk, Chesi Kalo, el doctor Igal Kipnis, Niva Lanir, Dani Litani, Dan Margalit, Dan Meridor, Shlomo Nakdimon, Amir Oren, Amos Oz, el general Elad Peled, Yacov Peri, el profesor Yoram Peri, Svi Rafiah, el embajador Dennis Ross, el ya fallecido Yosi Sarid, Uri Savir, el juez Meir Shamgar, Simón Sheves, Ora Tevet, el ya fallecido Dov Tzamir, el doctor Hagai Tzoref y Dov Weissglas.

Además de archivos y otras fuentes primarias, también recurrí a la amplia literatura secundaria que se ha escrito sobre la vida y la muerte de Isaac Rabin. En ese contexto, varios autores merecen mi gratitud por lo que me han aportado: Dan Efron, Yosi Goldstein, Mijael Karpin e Ina Friedman, Yoram Peri y Robert Slater.

ITAMAR RABINOVICH

Tel Aviv, agosto de 2016

PRÓLOGO

1. Mijael Karpin e Ina Friedman, *Asesinato en el nombre de Dios: El complot para matar a Isaac Rabin*, Tel Aviv, 1999, pág. 40 (en hebreo).

2. Arthur M. Schlesinger Jr., *A Thousand Days: John F. Kennedy in the White House*, Boston, 1965, pág. 1029. [Hay trad. cast.: *Los mil días de Kennedy*, Barcelona, Aymá, 1966.]

3. *Ibidem*, pág. 1027.

I. LA FORJA DE UN SOLDADO (1922-1948)

1. Henry Kissinger, *White House Years*, Boston, Little, Brown, 1979, vol. 1, pág. 355. [Hay trad. cast.: *Mis memorias*, Buenos Aires, Atlántida, 1979.]

2. Isaac Rabin, *El hogar de mi padre*, Hakibutz Hameujad, 1970, pág. 8 (en hebreo).

3. Carta escrita el 11 de noviembre de 1919. Colección privada.

4. La salida de Rosa de Rusia y su llegada a Palestina están descritas con sumo detalle en una biografía sobre ella escrita por Eliezer Smoli, un conocido educador y escritor en el Israel preestatal. Smoli había sido maestro de primaria de Rabin y años más tarde decidió escribir ese libro dedicado a Rosa tras el fallecimiento prematuro de esta. Véase Eliezer Smoli, *Rosa Cohen*, Tel Aviv, 1940 (en hebreo).

5. Sin fecha. Colección privada.

6. Carta, archivo privado.

7. Isaac Rabin, *The Rabin Memoirs*, Boston, Little, Brown, 1979, pág. 10. *The Rabin Memoirs* es la traducción inglesa de las memorias de Rabin en hebreo, tituladas «Diario de servicio» (*Pinkas Sherut*). La traducción inglesa no es completa y tiene algunas diferencias con la versión original hebrea.

8. Testimonio de Mickey Haft, Museo del Palmaj (Tel Aviv).

9. Natan Shajam, *Shalom Chaverim: Páginas de una colección privada*, Tel Aviv, Dvir, 2004, págs. 135-136 (en hebreo).

10. Estos testimonios figuran en los archivos del Museo del Palmaj.

11. Yoram Kaniuk, 1948, Tel Aviv, 2010, pág. 131 (en hebreo).

12. *The Rabin Memoirs*, pág. 29.

13. *Ibidem*, pág. 45.

14. El coronel David «Mickey» Marcus es recordado en la historia israelí básicamente por dos razones: en primer lugar, porque habiendo sido coronel en el ejército estadounidense, se convirtió en el voluntario militar de más alto rango llegado del extranjero para ayudar a las FDI en la guerra de 1948 y fue correspondido por ello por Ben Gurión, que le otorgó un puesto de mucha responsabilidad; y, en segundo lugar, por su trágica muerte accidental. La historia de su vida fue recordada a modo de homenaje tanto en la novela *The Hope*, de Herman Wouk, como en la película *La sombra de un gigante* (Melville Shavelson, 1966), en la que Kirk Douglas interpretó el papel de Marcus.

15. Yemima Rosenthal (ed.), *Isaac Rabin, primer ministro de Israel, 1974-1977 y 1992-1995: Documentos seleccionados*, Jerusalén, 2005, vol. 1, pág. 23 (en hebreo).

16. David Shippler, *The New York Times*, 23 de octubre de 1979.

17. Ari Shavit, *My Promised Land: The Triumph and Tragedy of Israel*, Nueva York, 2013. [Hay trad. cast.: *Mi tierra prometida: El triunfo y la tragedia de Israel*, Barcelona, Debate, 2014.] Y, mucho más concretamente, Ari Shavit, «Lydda, 1948: A City, a Massacre, and the Middle East Today», *The New Yorker*, 21 de octubre de 2013.

18. Anita Shapira, *Yigal Alón, hijo nativo: Una biografía*, Tel Aviv, Hakibutz Hameujad, 2004, págs. 371-377 (en hebreo).

19. *Ibidem*, pág. 382.
20. *The Rabin Memoirs*, págs. 35-36.
21. Carta a Yigal Alón, 10 de febrero de 1949.

2. DE LA INDEPENDENCIA A LA GUERRA DE LOS SEIS DÍAS (1949-1967)

1. Isaac Rabin, *The Rabin Memoirs*, edición ampliada, Berkeley, University of California Press, 1996, pág. 45.
2. Carta (sin fechar), colección privada.
3. Rosenthal, *Isaac Rabin, primer ministro*, pág. 58.
4. *Ibidem*, pág. 52.
5. Efraim Inbar, *Rabin and Israel's National Security*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1999, págs. 60-61.
6. Rosenthal, *Isaac Rabin, primer ministro*, págs. 72-120.
7. Inbar, *Rabin and Israel's National Security*, pág. 59.
8. Elad Peled, conferencia en el Centro Rabin, 24 de octubre de 2012.
9. Shabtai Tevet, *Moshé Dayán: Una biografía*, Tel Aviv, Schocken Books, 1971, págs. 404-405 (en hebreo). [Hay trad. cast.: *Moshé Dayán: El soldado, el hombre, la leyenda*, Barcelona, Grijalbo, 1975.]
10. Rosenthal, *Isaac Rabin, primer ministro*, pág. 265.
11. *Ibidem*, págs. 318-321.
12. *Ibidem*, pág. 337.
13. *Ibidem*, pág. 417.
14. Asaf Siniver, *Abba Eban: A Biography*, Nueva York y Londres, Overlook Duckworth, 2015, págs. 213-245.
15. *The Rabin Memoirs*, págs. 75-76.
16. *Ibidem*.
17. *Ibidem*, págs. 80-82.

3. EMBAJADOR EN WASHINGTON (1968-1973)

1. *The Rabin Memoirs*, pág. 139.
2. *Foreign Relations of the United States, 1964-1968*, documento 322, en <<https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1964-68v20/d322>>.
3. Kissinger, *White House Years*, pág. 348.
4. *The Rabin Memoirs*, pág. 164.
5. Isaac Rabin, *Diario de servicio*, pág. 248 (en hebreo).
6. Moshé Bitan, *Diario político, 1967-1970*, Tel Aviv, 2014 (en hebreo).
7. *The Rabin Memoirs*, pág. 182.
8. *Foreign Relations of the United States*, vol. 24, documento 301.
9. *The Rabin Memoirs*, pág. 189.
10. *Ibidem*, pág. 203.
11. Documento de la NARA (la Administración Nacional de Archivos y Registros de Estados Unidos), desclasificado el 16 de abril de 2009.
12. Testimonio de Eran, archivo del Centro Rabin, pág. 186.
13. Carta de Rabin a su padre y su hermana. Sin fechar, aunque probablemente sea de principios de 1970. Colección privada.
14. Sin fechar. Colección privada.
15. *The Rabin Memoirs*, edición ampliada, pág. 142.

4. PRIMER MANDATO (1974-1977)

1. *Yediot Aharonot*, 23 de abril de 1974.
2. *The Rabin Memoirs*, pág. 239.
3. Yonatan Shapira, *Una élite sin sucesores: Generaciones de líderes políticos en Israel*, Tel Aviv, Poalim, 1984 (en hebreo).
4. <<http://mfa.gov.il/MFA/ForeignPolicy/MFADocuments/Yearbook2/Pages/22%20Joint%20statement%20US-Jordan%20and%20Israel-5%20reaction.aspx>>.
5. *Ibidem*.
6. *Haaretz*, 3 de diciembre de 1974.
7. Estas citas se incluían en el documental *Rabin in His Own Words* («Rabin según sus propias palabras»), estrenado en no-

viembre de 2015 dentro de la conmemoración del vigésimo aniversario del asesinato de Rabin.

8. William B. Quandt, *Peace Process: American Diplomacy and the Arab-Israeli Conflict Since 1967*, Berkeley, University of California Press, 2005, pág. 242.

9. William B. Quandt, *Decade of Decisions: American Policy Toward the Arab-Israeli Conflict, 1967-1976*, Berkeley, University of California Press, pág. 276.

10. Quandt, *Peace Process*, pág. 244.

11. *The Rabin Memoirs*, pág. 277.

12. *Haaretz*, 12 de mayo de 1976.

13. Del documental *Rabin in His Own Words*.

14. *Ibidem*.

15. *Haaretz*, 16 de mayo de 1976.

16. Diario de Patir, citado en Amos Shifris, *El primer gobierno de Rabin, 1974-1977*, Tsur Yigal, 2013, pág. 70 (en hebreo).

17. *The Rabin Memoirs*, pág. 284.

18. *Ibidem*, págs. 293-294.

19. <<https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1977-80vo8/d20>>.

5. CAÍDA Y AUJE (1977-1992)

1. Isaac Rabin, *La guerra en el Líbano*, Tel Aviv, Am Oved, 1983, pág. 10 (en hebreo).

2. Isaac Navón, *Hasta el final: Una autobiografía*, Jerusalén, Keter, 2015, pág. 384 (en hebreo).

3. Amnon Strashnov, *La justicia bajo el fuego*, Tel Aviv, Yediot Aharonot, 2004 (en hebreo).

4. Administración Nacional de Archivos y Registros de Estados Unidos (NARA), Historia Oral, entrevista con el embajador William Brown.

5. Disponible en el archivo de Yad Tabenkin.

6. Gad Yaacobi, *Gracia de periodo*, Tel Aviv, 1991, pág. 356 (en hebreo).

7. *Ibidem*.

6. LA POLÍTICA DE PAZ DE RABIN (1992-1995)

1. Citado en Itamar Rabinovich, *The Brink of Peace: The Israeli-Syrian Negotiations*, Princeton, Princeton University Press, 1998, págs. 91-92.

2. Uri Savir, *El proceso: 1100 días que cambiaron Oriente Próximo*, *Yediot Aharonot*, 1998 (en hebreo).

3. *Haaretz*, 10 de junio de 1998.

4. Publicado en el diario *Maariv* del 12 de septiembre de 2003.

5. Efraim Sneh, *Navegar por aguas peligrosas*, Tel Aviv, 2002, págs. 22-23 (en hebreo).

6. Rabinovich, *The Brink of Peace*, págs. 104-108.

7. Martin Indyk, *Innocent Abroad: An Intimate Account of American Peace Diplomacy in the Middle East*, Nueva York, Simon and Schuster, 2009, pág. 91. Y véase también Dennis Ross, *The Missing Peace*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2004.

8. Rabinovich, *The Brink of Peace*, pág. 117.

7. POLÍTICA, POLÍTICAS, INSTIGACIÓN Y ASESINATO (1992-1995)

1. Citado en Karpin y Friedman, *Asesinato en el nombre de Dios*, págs. 9-10.

2. Citado en *ibidem*, pág. 10. Tanto ese ensayo como los libros de Yoram Peri, *Hermanos en guerra*, Tel Aviv, 2005 (en hebreo), y Carmi Guilon, *El Shin Bet entre los cismas*, Tel Aviv, 2000 (en hebreo), y varias entrevistas orales son las principales fuentes de este pasaje.

3. Peri, *Hermanos en guerra*, pág. 38.

4. Karpin y Friedman, *Asesinato en el nombre de Dios*, págs. 96-102.

5. *Ibidem*, pág. 121.

6. Citado en Peri, *Hermanos en guerra*, pág. 39.

7. Estas citas están tomadas de Karpin y Friedman, *Asesinato en el nombre de Dios*, págs. 123-132, y Peri, *Hermanos en guerra*, págs. 39-47.

8. Karpin y Friedman, *Asesinato en el nombre de Dios*, pág. 156.
9. Guilon, *El Shin Bet entre los cismas*, págs. 240-241.
10. Karpin y Friedman, *Asesinato en el nombre de Dios*, pág. 253.
11. *Ibidem*, pág. 135.

EPÍLOGO

1. *Haaretz*, 26 de octubre de 2015.
2. Citado por Amnon Barzilai en el *Haaretz* del 14 de junio de 2013.

ÍNDICE ONOMÁSTICO Y ANALÍTICO

- Abdalá (rey de Jordania), 35, 38, 72
- Abú Alá, 246-247, 251
- Abu Mazen, 251-252, 264
- Abu Rodas (yacimiento petrolífero), 153
- Acueducto Nacional israelí, 73
- Acuerdo de Armisticio con Siria (1949), 60
- Acuerdos de Oslo:
- acuerdo de Oslo II (24 de septiembre de 1995), 277-279
 - dificultades en la implementación de los, 265-277, 313-314
 - firma en la Casa Blanca (13 de septiembre de 1993), 263-264
 - Jordania y los, 230
 - proceso previo que condujo a los, 246-255
 - Rabin, demonizado por firmar los, 39
 - respaldo estadounidense de los, 263-264
 - rúbrica previa de Peres (19 de agosto de 1993), 263
 - y la relación Peres-Rabin, 286
- véase también* política de paz
- acuerdos sobre armamento, *véase* venta de armamento militar de Estados Unidos a Israel
- Adani, Dror, 303
- Agencia Judía, 21, 23, 31
- ALPAC (Comité Americano Israelí de Asuntos Públicos), 96, 238
- Ajdut Haavodá (partido político):
- coincidencia de Rabin en ciertos temas con el, 52
 - formación del, 26
 - gobierno de coalición dependiente del, 150
 - «halcones» en el tema de los asentamientos, 166
 - Peres y el, 144-146
 - se une con el Hashomer Hatzair para formar el Mapam, 40
 - sobre el desarrollo nuclear, 63, 102
- Al Aqsa, mezquita de (en el Monte del Templo o Explanada de las Mezquitas), 293
- Alaf, Muwafak al, 260
- Al-Abram* (periódico egipcio), 279
- alauíes, 75
- Alón, Yigal:
- actitud negativa de Ben Gurión hacia, 37
 - como ministro de Exteriores en el primer gobierno Rabin, 142
 - compite con Peres en las primarias del Partido Laborista (1979), 192
 - considerado inadecuado como candidato a primer ministro (1974), 138

- Dayán versus, 139
 en el incidente del Altalena, 37
 en el Palmaj, 26-27, 32
 en la guerra de la Independencia de Israel, 34-33
 muerte de, 192
 Rabin comparado con, 14
 relación de Rabin con, 36, 43-44, 47, 52-53, 63, 145
 sobre el desarrollo nuclear, 102
 y el acuerdo provisional entre Israel y Jordania (1974), 149
 y la estrategia sobre Jerusalén, 37
 y las negociaciones de paz con Egipto, 48-50
- alta tecnología, industrias de, 213, 288
- Altalena, incidente del, 37-39, 46, 318-319
- Álterman, Natan, 80, 285
- Amal, 206, 245
- Amer, Abdel Hakim, 70, 77
- Amin, Idi, 173-174
- Amir, Hagai, 303
- Amir, Yigal, 12-13, 300-304, 312-313, 319
- Amit, Meir, 90, 181
- Amiral, Yehuda, 307
- años transcurridos entre los dos mandatos de Rabin como primer ministro (1977-1992):
 a propósito del sitio de Beirut (1982), 199
 compite con Peres en las primarias del Partido Laborista (1979), 192-193
 horas más bajas de la figura pública de Rabin (1977-1980), 189-190
 papel de Eini como intermediario entre Peres y Rabin, 193
- popularidad de Rabin durante los, 190
- Rabin decide seguir en política, 190
- Rabin trata de ajustar cuentas con Peres, 191
- Rabin viaja para reunirse con figuras internacionales, 194
- Rabin, diputado en la Knéset, 190
- Rabin, en contra de implicarse en la guerra civil del Líbano, 195
- se forma el primer gobierno de unidad (1984-1988), 201, 203-204
- se forma el segundo gobierno de unidad (1988-1992), 217-223
véase también ministro de Defensa (1984-1990)
- AP, *véase* Autoridad Palestina
- árabes palestinos:
 cambio de opinión de Estados Unidos sobre los, 161, 183
 deseosos de controlar su propio destino, 73
 el movimiento Kahane comete crímenes contra los, 319-320
 en guerra civil con los judíos (1947-1948), 33
 expulsados de Lod y Ramla (1948), 41-42
 negociaciones complicadas con los, 235-236
 opiniones de Rabin sobre los, 164-170
 plan de autonomía para Cisjordania y la Franja de Gaza, 214-225
 Primera Intifada (1987-1991), 207-210
 problema de los refugiados, 43, 100

- revueltas en Jerusalén (1920), 21
 Segunda Intifada (2000-2005), 313
 y el acuerdo de Camp David (1978), 197
 y la segunda legislatura de Rabin como primer ministro, 287
véase también OLP; asentamientos y colonos; territorios
- Arabia Saudí, 69, 72, 154, 232
- Arafat, Yasir:
 Al Fatah y, 70
 Asad y, 267
 el proceso de Oslo y, 252-254
 firma de los Acuerdos de Oslo en la Casa Blanca (13 de septiembre de 1993), 263-265
 firma del acuerdo del Protocolo de París (29 de abril de 1994), 266
 Huseini versus, 242-243
 negociaciones complicadas con, 235-236
 no cumple con sus compromisos, 312-313
 opiniones de Netanyahu sobre, 312
 regresa para hacerse cargo de la Autoridad Palestina, 253-254, 274
 respuesta de la opinión pública israelí a, 269
 se traslada del Líbano a Túnez, 198
véase también OLP
- Arens, Moshé, 199, 204-205, 211-213, 216-219
- Argelia, crisis de (en Francia), 12
- Argov, Shlomo, 95, 113, 197
- armas, acuerdos de compra de, *véase* venta de armamento militar de Estados Unidos a Israel
- Asad, Háfes al:
 actitud hacia los países vecinos, 162
 Arafat y, 267
 en la situación jordana (de septiembre de 1970), 118
 Hezbolá y, 245, 255-256, 308
 Kissinger y, 162
 se reúne con Clinton (enero de 1994), 268
 se reúne con Clinton (octubre de 1994), 273
 y el fracaso del proceso de paz (1983), 204
 y el proceso de paz (1974), 149
 y el proceso de paz (1975), 160
 y el proceso de paz (1993-1994), 234, 240-241, 244-246, 255-257, 259-262, 267-269, 272-279
 y el proceso de paz (1996), 308
 y la intervención en el Líbano, 162, 164
véase también Siria
- asentamientos y colonos, 164-172
 campaña contra Rabin, 291-292
 continúan su expansión, 315
 nuevos asentamientos en Cisjordania (1990), 222
 opiniones de Rabin sobre los, 159, 165, 170-171, 231, 292
 protestas del Gush Emunim sobre los, 158
 Rabin frena la construcción de, 288
 sensibilidad ante las acusaciones de haber influido en el asesinato de Rabin, 318
 y el Likud, 314
 y el proceso de Oslo, 253

- y la retirada de Gaza, 314-315
 y la retirada del Golán, 286
 asesinato de Rabin:
 actos que conmemoran el, 314
 Amir, el asesino, 12-13, 300-304
 analogía con otros asesinatos, 11-13
 apégo emocional popular a Rabin tras el, 305
 aprobación por parte de rabinos extremistas de la muerte de un judío según las circunstancias, 295, 300
 ausencia de castigo desde el Estado para los instigadores, 315
 cadena de acontecimientos incendiarios que condujo al, 298-299, 308
 distorsionado en algunos libros de texto escolares, 318
 el Shabak no logró proteger adecuadamente a Rabin, 304
 examen de conciencia y temor de guerra civil justo después del, 305, 315, 319
 funeral, 306
 mentalidad (en el entorno de Rabin) de que «un judío no mata a otro», 302
 no aplicación de medidas de seguridad apropiadas por parte del propio Rabin, 301
 predicción y prefiguración del, 290
 secuelas inmediatas del, 11-15, 304-307
 sensibilidad en Netanyahu ante el hecho de haber contribuido al clima que propició el, 311
 teorías de la conspiración a propósito del, 301, 319
- Asociación de Inmigrantes de Estados Unidos y Canadá, 299-300
 «autobús de la línea 300», escándalo del (1984), 203
 Autoridad Palestina (AP):
 acuerdo para el Protocolo de París (29 de abril de 1994), 266
 Carta Nacional Palestina, 281
 Jordania y la, 296
 negociaciones de Oslo para la creación de una, 253-254
 puntos de control y cuestiones de seguridad, 66
 reacción de la opinión pública israelí a la, 285
 y partición de Cisjordania, 277-278
 véase también Arafat, Yasir
 autovía transisraelí, 288
 Auya al Hafir, desmilitarización de, 48
 Avneri, Uri, 166, 324
 ayuda humanitaria para el Líbano, 163
- Baader-Meinhof (banda), 173
 Baaz, régimen del (Siria), 71, 75
 Baker, James, 217-219, 221-223, 232, 234-235, 245
 Banda de Stern, 46
 Bar Ilán, David, 297
 Bar Ilán, Universidad, 300, 303
 Barak, Aarón, 180
 Barak, Ehud, 211, 275, 278, 313-314
 Barbour, Walworth, 102
 Bar-Lev, Haim:
 como candidato a ministro de Defensa, 193
 elegido por Dayán antes que Rabin para el Mando Sur, 134

- elegido por los líderes del Partido Laborista antes que Rabin para un puesto en el gabinete, 128
 nombrado por Rabin como jefe adjunto del Estado Mayor, 88-89
 nombrado por Rabin para el Estado Mayor de las FDI, 67
 relación de Rabin con, 140
 Barnea, Nahum, 264-265, 324
 Bastien-Thiry, Jean-Marie, 12
 Beguin, Menájem:
 aceptado por fin dentro del *establishment* israelí, 180
 critica la estrategia de paz de Rabin, 155
 forma un gobierno de coalición (mayo de 1977), 188
 iniciativas de paz con Sadat, 194, 197, 241
 líder de los Sionistas Generales, 89
 líder del Irgún, 39
 relación de Ben Gurión con, 39
 sufre un colapso anímico y dimite como primer ministro, 168, 294
 victoria electoral (1977), 139, 178
 victoria electoral (1981), 193
 y el Líbano, 195-196
 y el plan de autonomía palestina, 220
 Beilin, Yosi, 192, 246-249, 253, 324
 Ben Aarón, Yosi, 233-234
 Ben Eliézer, Fuad, 299
 Ben Gurión, David:
 asiste al funeral de Rosa Rabin, 21
 Beguin y, 181
 comparación entre Rabin y, 170
 critica el desfile del Día de la Independencia en Jerusalén (14 de mayo de 1967), 80
 destituye al jefe de la División de Oficiales de las FDI (1959), 60-31
 forja alianzas con vecinos de la región, 62
 forma el partido Rafi, 65
 Galili y, 146
 Jerusalén como objetivo estratégico de, 35-38
 ley aprobada para honrar la memoria de, 316
 nombra a Tsur jefe del Estado Mayor, 62
 ordena la retirada del frente egipcio (1948), 47
 papel político de, 26
 prefiere unas fuerzas armadas basadas en el modelo británico, 31, 40
 proclama la independencia de Israel (14 de mayo de 1948), 35
 reacciona a la negativa de Rabin de obedecer una orden suya, 56, 58
 relación con el alto mando del Palmaj, 31, 40-41, 53
 relación con Laskov, 64-65
 relación con Rabin, 53-54, 58
 retiene la cartera de Defensa, 31, 146
 se retira, 65
 Sharón, como favorito de, 66
 y el incidente del Altalena, 37, 38, 318
 y la expulsión de árabes palestinos, 42-43

- y la guerra de los Seis Días (1967), 84-85
zanja el conflicto entre Tsur y Rabin, 64-65
- Ben Nun, Yoel, 296
- Benet, Naftali, 317
- Bernadotte, Folke, 46
- Bitan, Moshé, 113
- Brigada Etzioni (del Palmaj), 34
- Brigada Harel (del Palmaj), 32, 34-35
- Brigada Judía del ejército británico, 31, 56
- Brown, William, 219
- Brzezinski, Zbigniew, 184
- Bunche, Ralph, 48
- Bund judío, 18
- Burns, Arthur, 96
- Bush, George H. W., 217-218, 222-223, 232-234, 287
- Canal 7 (emisora de radio), 294
- Caradon, Lord, 98
- «carretera de Birmania» (acceso alternativo a Jerusalén), 37
- Carter, Jimmy, 165, 183-187
- Casa Judía (partido de los colonos), 317
- Centro Rabin, 316-317, 320, 323-324
- Círculo Etgar, 136
- Cisjordania:
asentamientos en, 166-167, 296
el movimiento Kahane comete crímenes contra palestinos en, 217
en las propuestas de un proceso de paz, 184
Jordania y, 43, 72, 76, 166
la OLP y, 151
Netanyahu no implementa las disposiciones de Oslo II en, 313
ocupada en la guerra de los Seis Días, 90-92, 97
postura de Rabin sobre, 137
Primera Intifada (1987-1991), 216
propuesta de Shamir para la celebración de elecciones en (1989), 217
y el acuerdo de Oslo II (24 de septiembre de 1995), 278
y el Acuerdo del Sinaí II (1975), 148-149
y el proceso de Oslo, 252
- Clifford, Clark, 102
- Clinton, Bill:
en el funeral de Rabin, 306
orador en la concentración en memoria de Rabin, 311
relación con Rabin, 237-238, 263, 273
se reúne con Asad (enero de 1994), 268
se reúne con Asad (octubre de 1994), 273
se reúne con Rabin (marzo de 1993), 239-242
se reúne con Rabin (octubre de 1994), 273-274
visita Siria (octubre de 1994), 273
y la firma de los Acuerdos de Oslo en la Casa Blanca (13 de septiembre de 1993), 263-264
y Siria, 247, 255, 262-263, 267-268
- «Club de los Primeros Ministros» (Peres, Shamir, Rabin), 202-203
- Cohen, Isaac (abuelo), 18
- Cohen, Rosa, véase Rabin, Rosa
- Comisión Agrinat, 135, 137

- Comisión de Asuntos Internacionales de la Cámara de Representantes (EE.UU.), 161, 183
- Comité Americano Israelí de Asuntos Públicos, *véase* AIPAC
- Conferencia Económica de Oriente Próximo (Casablanca, 1994), 277, 284
- conferencias de Ginebra sobre la paz árabe-israelí, 135, 157, 160, 185, 215, 269
- Consejo de Seguridad de Naciones Unidas:
- debate sobre la OLP, 162
 - Resolución 242, 98
 - Resolución 338, 160
- Consejo de Seguridad Nacional (EE.UU.), 103, 184, 243
- Consejo de Yesha, 291
- Consejo para la Conmemoración de Presidentes y Primeros Ministros, 316
- contención dual, estrategia de la, 238-239
- corrupción, 179, 256, 284
- crisis de mayo de 1967, 69-70, 73, 77, 79; *véase también* guerra de los Seis Días
- cumbres árabes:
- Jartum (1968), 97
 - Rabat (1974), 153
- Cygielman, Victor, 290-291
- Chamoun, Camille, 163
- Chernijovski, Saúl, 321
- chiíes, 199, 205-206, 245
- Christopher, Warren:
- negociaciones con Asad (1994) tras los Acuerdos de Oslo, 274-275
 - visitado por Peres en California para alcanzar un acuerdo de paz, 263
 - y el acuerdo de alto el fuego con Hezbolá, 255-256
 - y la participación de Huseini en la delegación palestina, 244
 - y la vía siria de la paz, 239, 244, 257-259, 268
- Davar* (periódico), 191
- Dayán, Moshé:
- a propósito de la retirada israelí del canal de Suez, 120
 - a propósito del compromiso sobre Cisjordania, 166
 - Alón versus, 138
 - asciende a Rabin a general de división, 58-59
 - como jefe del Estado Mayor, 58, 61-62
 - como ministro de Defensa, 89
 - comparado con Rabin, 14
 - cuenta con el favor de Ben Gurión, 58-59
 - destitución de Rabin de su puesto en el Mando Sur, 53
 - Eban y, 144, 170
 - en el gabinete de Meir, 137
 - en la campaña del Sinaí (1956), 61
 - en la Segunda Guerra Mundial, 25
 - exonerado por la Comisión Agranat, 137
 - forma el partido Rafi con Ben Gurión, 85
 - relación con Rabin, 52-53, 58-59, 66, 85-86, 144
 - sustituye a Alón en el Mando Sur, 52
 - y el desacuerdo Eban-Rabin por la situación egipcia (1969), 112-113

- y el Partido Laborista, 127
 y la acción militar en el Líbano, 125
 y la conquista de Lod, 41
 y la guerra de los Seis Días (1967), 85-86, 89
 y la guerra de Octubre (1973), 134
 y Peres, 147, 166
- De Gaulle, Charles, 12, 184
- Declaración de Washington (25 de julio de 1994) que pone fin al estado de guerra entre Jordania e Israel, 272
- Deri, Arie, 226, 256, 284
- desarrollo nuclear, 63, 82, 102-103, 280
- desobediencia civil, 295
- Dinitz, Simja, 112, 157
- Djerejian, Edward, 243-244
- Dobrinin, Anatoli, 107
- Doctrina Nixon, 119
- Dori, Yacov, 52, 54-55
- drusos, 75
- Eban, Abba,
 busca una solución diplomática a la crisis de mayo de 1967, 83
 Dayán y, 144, 170
 desaira a Rabin en una visita a Washington, 110
 encabeza la oposición a Rabin, 126, 128, 144
 habla de los territorios con Rusk, 97
 negocia la compra de armamento militar estadounidense, 102
 Rabin evita tener que colaborar con, 111, 142
 se opone a una escalada con Egipto, 110-112
- se opone al nombramiento de Rabin como embajador en Estados Unidos, 94, 110
- economía, 142, 214, 288
- Egipto:
 acuerdo de paz con Israel (1979), 279
 antecedentes y conclusión del Acuerdo del Sinaí II (1975), 148-161
 efecto del declive del naserismo en, 69
 en negociaciones sobre los territorios con la administración Johnson, 96-97
 hostilidades en el canal de Suez (1969), 98
 implicación en Yemen de, 69
 Jordania y, 78
 negociaciones de paz (1949), 49-50
 Rabin, siendo embajador en Estados Unidos, insta a lanzar ataques de represalia contra, 110, 112
 reacción siria a la firma del Sinaí II por, 162
 remilitariza el Sinaí (1960), 63
 y el acuerdo de separación de fuerzas combatientes (1974), 159
 y la guerra de la Independencia de Israel, 46-47
 y la guerra de Octubre (1973), 134-135
 y la República Árabe Unida (RAU), 63
véase también Mubarak, Hosni; Náser, Gamal Abdel; Sadat, Anuar el
- Eilat, 49, 81, 273

- Ein Yabrud (asentamiento de Ofra), 167
- Eini, Guiora, 193-194, 265
- Eisenhower, Dwight, 97
- Ejército del Sur del Líbano, 206, 245
- Elazar, David, 67
- elecciones, *véanse partidos políticos concretos*
- embajador en Washington (1968-1973), 93-131
- acuerdos militares para la adquisición de armamento estadounidense, 99
- agenda de la relación Estados Unidos - Israel, 96
- alto el fuego violado por Egipto y los soviéticos, 114-115
- deseo de Rabin de acceder a un puesto en el gabinete, 127-128
- Eban en desacuerdo con las posturas del, 110-112, 128
- eficacia de Rabin como, 93-94, 99, 101, 131
- el desarrollo nuclear como problema, 102, 104
- énfasis de la administración Johnson en los territorios como activos con los que negociar un plan de paz, 96-98
- Iniciativa Rogers (1970), 114-116, 120
- Plan Rogers (1969), 108, 115, 122
- política de Nixon para Oriente Próximo, 105-106
- propuesta de acuerdo provisional para Oriente Próximo, 121
- propuestas para negociar la paz con Egipto, 123-124
- relación con la comunidad judía estadounidense, 93-95
- relación de Meir con Rabin durante su etapa como, 110-111, 124-125, 127
- término de su misión como, 131
- véase también* Kissinger, Henry; Nixon, Richard
- Entebbe (1976), 172-178
- Eran, Amos, 126, 324
- escándalos:
- arresto de Pollard acusado de espionar para Israel (1985), 203
 - cuenta bancaria de Leah Rabin en Estados Unidos (1977), 179, 192
 - del «autobús de la línea 300» (1984), 203
 - del Partido Laborista (1975 y 1976), 178-179
 - véase también* corrupción
- Escuela de Comandantes de Batallón, 55
- Eshkol, Levi:
- Beguin y, 181
 - Johnson y, 95
 - muerte de, 110
 - nombra a Rabin embajador en Estados Unidos, 94
 - nombra a Rabin jefe del Estado Mayor, 66
 - opinión de Ben Gurión sobre, 79
 - opinión de Dayán sobre, 85
 - reprende a Rabin, 78-79
 - retiene la cartera de defensa, 146
 - Siria y, 74
 - sobre el desarrollo nuclear, 102
 - y la guerra de los Seis Días (1967), 80-81, 84-86
 - y la política de seguridad nacional de Rabin, 76

- «Estado Mayor conjunto» (de la coalición de derecha), 291
- Estado palestino, 184-185, 197, 22, 254
- Estados Unidos:
- admiración de Rabin por, 131
 - ataque contra la embajada en Beirut (1983), 196, 204
 - cambio con Carter de la relación de Israel con, 184-185
 - comunidad judía estadounidense, 93-95, 157, 296
 - daño de las acciones de Shamir (1990) a la relación con, 222
 - el Proyecto Laví y, 211
 - fundamentalistas cristianos en, 297
 - garantías de préstamo de, 287
 - importancia de Israel para, 93-94
 - Jordania y, 273-274
 - la opinión pública israelí, a favor de una relación positiva con (1992), 225
 - memorando de entendimiento con Israel en el momento del Acuerdo del Sinaí II (1975), 160
 - periodo de reevaluación durante la administración Ford, 157-158, 160
 - se niega a ayudar a Israel a reasentar a los judíos soviéticos, 222
 - Siria y, 160-161, 239, 245, 255, 263, 267-269
 - y el Acuerdo de Londres (1987), 216
 - y el hecho de que los intereses petroleros estén con los Estados árabes, 216
 - y el proceso de Oslo, 253
 - y la cuestión palestina, 161, 183
 - y la guerra de los Seis Días (1967), 82-84, 90
 - y la OLP, 160
 - y la propuesta de acuerdo provisional para Oriente Próximo, 118-119
 - y la resolución de la invasión israelí en el Líbano, 204
 - y su papel en el Acuerdo del Sinaí II (1975), 148-161
 - véase también* embajador en Washington y *presidentes concretos*
- Etiopía, 62
- Étzel, *véase* Irgún
- Europa oriental, judíos de la, 13, 182, 200
- Evron, Efraím («Eppy»), 95
- Facción B, 26
- Fatah, Al:
- fundación de, 70
 - intenta agitar a los palestinos, 208
 - primer atentado terrorista de, 73
 - Siria y, 74
 - toma de rehenes en el hotel Savoy de Tel Aviv (marzo de 1975), 173
- FDI (Fuerzas de Defensa de Israel):
- alto mando de las, 32, 66-67
 - cadena de mando del jefe del Estado Mayor de las, 146-147
 - Departamento de Planificación de las, 57
 - el ejército británico y las, 35
 - el primer ministro Rabin trata directamente con las, 176

- en la guerra de la Independencia de Israel, 43-45, 47-48
 Entebbe (1976) y las, 172-178
 Escuela de Comandantes de Batallón, 55
 Hezbolá y las, 245
 iniciativas de reforma, 142
 integración en el sistema de defensa occidental establecido, 58
 intentos de asegurar el acceso a Jerusalén (1948) a cargo de las, 40
 la Comisión Agranat destituye en 1974 al jefe del Estado Mayor y otros oficiales de las, 137
 mala gestión de un ejercicio de movilización de reservistas (1959) por parte de las, 61
 papel del ministro de Defensa en las, 146
 Primera Guerra del Líbano y retirada, 198, 202, 204-205
 Rabin se queda tras la absorción del Palmaj, 51
 Rabin se va fortaleciendo a lo largo de su carrera militar, 62, 84, 321
 relaciones de los líderes del Palmaj con las, 56
 Siria y las, 74
 y el acceso al canal de Suez, 124
 y la cancelación del Proyecto Laví, 212
 y la Primera Intifada, 208-209
véase también servicio militar prestado por Rabin
 Federación de Sindicatos (Israel), 179, 193
 Feiglin, Moshé, 295
 Feinberg, Abe, 95
 Fisher, Max, 96
 Fogel (compañía de publicidad), 191-192
 Ford, Gerald, 148, 152, 157-158, 160, 169, 184
 Fortas, Abe, 95
 Francia:
 apoya a Israel (1956), 86
 apoya al Irgún, 38
 y el incidente de Entebbe (1976), 174
 y la crisis de Argelia, 12
 y la política de Nixon para Oriente Próximo, 106
 y las iniciativas de la ONU sobre los territorios ocupados por Israel, 98
 Frente de Liberación Nacional (Argelia), 12
 Frente Popular para la Liberación de Palestina, 117, 172
 Friedman, Tom, 268, 312
 Fuerzas de Defensa de Israel, *véase* FDI
 Gahal, 89
 Galili, Israel, 39, 63, 103, 145, 150, 166
 Gamasi, Abdul Gani, 135
 Garment, Leonard, 96
 Gavish, Yeshayahu, 67
 Gaza, 81, 92, 97, 251, 257-258, 274
 Primera Intifada (1987-1991), 207-208
 Gemayel, Amin, 199, 204-205
 Gemayel, Bashir, 196-198
 Gemayel, Pierre, 163, 196
 «generación de las velas», 306
 globalización, 289
 gobierno de unidad nacional, 201-224

- el Partido Laborista abandona el (1990), 221
 primer gobierno de unidad (1984-1988), 201-217
 segundo gobierno de unidad (1988-1990), 217
véase también ministro de Defensa (1984-1990)
- Golán, altos del:
 asentamientos en los, 166
 combates en una «guerra de desgaste», 99
 en las negociaciones de paz, 97, 149, 162, 235-236, 240, 245, 257-259, 276
 Ford, a propósito de la postura de Estados Unidos sobre los, 160
 propuesta de ley sobre una potencial retirada (julio de 1995), 286
 utilizados por los sirios para atacar a los israelíes desde ellos, 60-61, 74
- Golán, propuesta de Ley de Consolidación del (1994), 276
- Goldberg, Arthur, 95
- Goldstein, Baruj, 266
- Golfo, guerra del, *véase* Primera Guerra del Golfo
- Golomb, Eliyahu, 23
- Gore, Al, 237
- Gran Bretaña:
 apoyo a Israel (1956), 80
 y la política de Nixon para Oriente Próximo, 106
 y las iniciativas de la ONU sobre los territorios ocupados por Israel, 98
- Gran Revuelta Árabe (1936-1939), 23
- Grinzwieg, Emil, 318
 «guerra de desgaste» (1969-1970), 99, 109, 113
 guerra de la Independencia de Israel, 32-50
 como experiencia formativa fundamental en la vida de Rabin, 321
 lecciones que Rabin aprendió y extrajo de la, 35-36, 50
 negociaciones de paz (1949), 47-50
 Operación Danny, 41, 43
 Operación Jorev, 47
 Operación Uvdá, 49
 y el acceso a Jerusalén, 32-38, 40-41
 guerra de los Seis Días (1967), 69, 79-92, 242
 guerra de Octubre (o del Yom Kipur, o del Ramadán) (1973), 117, 119, 137, 176
 investigación e informe de la Comisión Agranat sobre la, 135, 137
 surgimiento de los sionistas ortodoxos tras la, 136
 «guerra fría árabe», 69, 77
- Guerra Fría en Oriente Próximo, la, 114; *véase también* Unión Soviética
- Gur, Mota, 147, 167, 177
- Guri, Haim, 168
- Guri, Hana (Rivlin), 24
- Gush Emunim:
 actitud tolerante del gobierno con el, 292
 crítica de Rabin al, 170-171
 cuestiona la política de Rabin sobre los asentamientos, 166-167

- inmediatamente después de la guerra de Octubre, 143
 protestas contra Kissinger, 158
 y el caso de Sebastia, 166
 y la supremacía de la Tierra de Israel, 283, 292-293
- Haaretz* (periódico), 154, 179, 182, 191, 248
- Haber, Eitan, 194, 229, 271, 324
- Hacohen, David, 19
- Hacohen, Mordecái Ben Hilel, 19, 23
- Haddad, Wadi, 172
- Haganá, 20-21, 24-25, 28-29, 145
- Haifa, 20-21
- Hakibutz Hameujad, 26, 34, 40
- Halevi, Efraím, 271
- Halevi, Shlomi, 303
- Hamás, 237, 266, 285, 294, 308, 313
- Hamilton, Lee, 161
- Hanegbi, Tzahi, 291
- Har Braja, asentamiento de, 296
- Harkabi, Yehoshafat, 290
- Harman, Abraham, 95
- Harriman, Averell, 103
- Har-Shefi, Margalit, 303
- Harvard, Universidad de, 61
- Hasán (príncipe heredero), 270
- Hashomer Hatzair (movimiento sionista marxista), 40
- Hazani, Mijael, 136
- Hebrón, 266, 313
- Hecht, Abraham, 297
- Herut, 89
- Herzog, Yacov, 79
- Hezbollah, 206, 245, 254-255, 308
- Hirschfeld, Yair, 246-247, 324
- Holst, Ian, 263
- Hoz, Dov, 23
- Humphrey, Hubert, 106
- Huseín (rey de Jordania):
 como aliado potencial (década de 1990), 230
 en el funeral de Rabin, 306
 firma un acuerdo de paz con Israel (1994), 229
 se reúne con Peres (noviembre de 1993), 270
 se reúne con Rabin (28 de mayo de 1994), 272
 serie de reuniones con Rabin (durante la primera legislatura de este como primer ministro), 151
 sobre el acuerdo de separación de fuerzas combatientes (1974), 151
 y el Acuerdo de Londres (1987), 215-216
 y el proceso de paz (1993-1994), 229, 225, 267, 269-271
 y el Septiembre Negro (7 de septiembre de 1970), 117
véase también Jordania
- Huseín, Sadam, 222, 232, 272
- Huseini, Abdelkader, 242
- Huseini, Faisal, 242
- Industrias Aeronáuticas Israelíes (IAI), 213
- Indyk, Martin, 243, 262-263, 269, 273, 275, 324
- informe de la Institución Brookings sobre el proceso de paz en Oriente Próximo, 184-185
- Iniciativa Rogers (1970), 114-116, 120
- inmigrantes:
 inmigración ilegal en Palestina, 28

- llegada de judíos soviéticos a Israel, 222, 231, 289
 trato dispensado a los mizrajies por los judíos askenazíes, 200
- Instituto Wingate, agresión verbal a Rabin en el (septiembre de 1995), 300
- inversión extranjera, 288
- Irak:
 ataques con misiles contra Israel (1991), 255
 destrucción de instalaciones nucleares (mayo de 1981), 193
 estrategia de contención frente a, 238
 opiniones de Rabin sobre, 234
 y la Primera Guerra del Golfo, 222, 232
- Irán:
 apoya a los chiíes sirios, 205
 Ben Gurión e, 62
 como amenaza de seguridad, 234
 el proceso de Oslo e, 238, 243
 Hezbolá e, 245
- Irgún, 37-39, 319
- ismaelitas, 75
- Ismail, Háfez, 123, 125
- Jackson, Henry, 130
- jaredismo (judaísmo ultraortodoxo), 300
- Jarring, Gunnar, 98, 120-121
- Jericó, 149-150, 253, 257-258, 274, 278
- Jerusalén:
 barrio judío, 20, 35
 celebración del día de la Independencia (en mayo de 1967) en, 80
 deseo de Ben Gurión de asegurar el acceso a, 36-37, 40-41
- designada ciudad internacional en el Plan de Partición, 33, 38
- el Palmaj en los combates de la guerra de la Independencia por, 33-34, 40
- el problema de Jerusalén Este, 151, 218, 242-243
- postura de Rabin respecto a, 139
- revuelta palestina en (1920), 20
- Johnson, Lyndon B.:
 a propósito de los territorios ocupados en la guerra de los Seis Días (1967), Eban y, 110
 el desarrollo nuclear como problema, 103-104
 interés limitado por Oriente Próximo, 96-97
 y la guerra de los Seis Días (1967), 82, 84, 90
 y la venta de armamento militar a Israel, 102-103
 y los judíos estadounidenses, 94
- Jordán, río, 60, 72-73, 76, 97, 151-152, 270, 281
- Jordania:
 alcanzar un acuerdo de paz con Jordania, una prioridad para Estados Unidos e Israel, 160
 como aliado potencial (década de 1990), 230
 Declaración de Washington (25 de julio de 1994) con Israel, 272
 el Septiembre Negro (7 de septiembre de 1970) y la derrota de la OLP en, 117
 escaramuzas fronterizas (1969-1970), 97
 Estados Unidos y, 272-273
 firma de una Agenda Común (14 de septiembre de 1993), 270

- Siria y, 72-74
 tratado de paz con Israel (26 de octubre de 1994), 229, 241, 273
 y el Acuerdo de Londres (1987), 215-216
 y el problema palestino, 165
 y el proceso de paz (1974), 148-149
 y el proceso de paz (1993-1994), 229, 237, 266-267, 269-273
 y la cumbre árabe de Rabat (1974), 153
 y la estrategia libanesa de Sharón, 196
 y la guerra de los Seis Días, 80, 82
- Jorev, Amos, 47, 67, 324
- Judea, véase Cisjordania
- Judenrat*, 294
- «judío», definición de «quién es judío» y quién no lo es, 104
- Kadoorie, Instituto Agrícola, 22, 27, 321
- Kahane Hai, 298-299, 319
- Kahane, Meir, 292
- Kaniuk, Yoram, 35
 1948 (novela), 35
- Katzenbach, Nicholas, 101
- Katzenelson, Berl, 19
- Keisar, Israel, 224
- Kenen, Isaiah («Si»), 96
- Kenia-Israel, relaciones, 174, 176
- Kennedy, John F., 12-13
- Kerr, Malcolm, 69, 77
- Kfar Kana, tragedia de (1996), 308
- Kibutz, Movimiento Unido de los (TAKAM), 133
- Kidron, Peretz, 42
- Kissinger, Henry:
 Asad y, 162-164
 como persona que conectó a Nixon con Rabin, 111
 conferencia de paz árabe-israelí (Ginebra, 1974) y seguimiento posterior, 135, 158
 cuestiona la incursión israelí en el Líbano, 125
 en los actos en memoria de Rabin, 321
 final de la política de (1976), 183
 política para Oriente Próximo de, 105-107
 propuestas de Kissinger para las negociaciones de paz entre Egipto e Israel, 118-119
 protestas del Gush Emunim contra, 158
 relación de Rabin con, 101, 105-108, 124-125, 154-155
 rivalidad de Rogers con, 105-106, 109
 Siria y, 161-162
 sobre la personalidad de Rabin, 17
 sobre la rivalidad Eban-Rabin, 113
 sobre la situación jordana (en septiembre de 1970), 117-118
 visita a Oriente Próximo (febrero de 1975), 152
 visita a Oriente Próximo (marzo de 1975), 155-156
 y el Acuerdo del Sinaí II, 148-150
 y la Iniciativa Rogers (1970), 114-115
- Knéset:
 diputados árabes israelíes de la, 226

- discurso de Rabin (11 de julio de 1990) sobre la Primera Intifada, 209
 discurso de Rabin (13 de julio de 1992) al convertirse en primer ministro, 231
 discurso de Rabin (5 de octubre de 1995) sobre Oslo II, 280
 Rabin como diputado de la, 190
 Rabin rehúsa presentarse como candidato a diputado de la (1969), 126
 sobre los honorarios por conferencias de Rabin cuando era embajador en EE.UU., 180
 votación de los Acuerdos de Oslo, 284
 votación de una moción de censura (1976), 187
véase también política (1992-1995) y *leyes y partidos políticos concretos*
 Komer, Robert, 103
 Krim, Arthur, 95
 Krim, Mathilde, 95
 Kurnass, 68, 84
 Kurtz, rabino, 297
 Kurtzer, Daniel, 243, 247, 253
 Kuwait, invasión iraquí de, 222, 232
L'Express contra Rabin, difamaciones en, 192
 Lahad, Antoinette, 206
 Lake, Tony, 242
 Larsen, Terje, 246
 Laskov, Haim, 55-56, 61-65
 Latrún, 36-37, 41, 43
 Lavón, Pinjas, 58-59
 legado de Rabin, 14, 316
 Legión Árabe jordana en la guerra de la Independencia, 35
 Legión Judía, 20
 Levy, David, 299
 Lewis, Sam, 243-244
 «ley del delator», 296
 «ley del perseguidor», 295, 297
 Líbano:
 acción militar israelí en el, 125
 atentado contra la embajada de EE.UU. en Beirut (1983), 199
 comunidad maronita del, 163, 195-196, 199
 crisis libanesa de 1976, 195
 Ejército del Sur del Líbano, 206, 245
 escaramuzas fronterizas (1969-1970), 78
 FPNUL, Fuerza Provisional de las Naciones Unidas para el Líbano, 206
 guerra civil en el, 162-164
 Primera Guerra del Líbano (1982), 197, 202, 204-206
 retirada parcial del, 204-206
 sur del, 163, 165, 195, 206, 237, 245, 254-255, 308
 Likud (partido político):
 aliado con los partidos ortodoxos y de los colonos, 231, 291, 295, 314
 años en el poder, 178, 314
 aumento de popularidad del, 181-182, 201
 elecciones de 1977, 187-188
 elecciones de 1984, 200-201
 elecciones de 1988, 217
 elecciones de 1996, 309, 314, 318
 líderes moderados del Likud que se distanciaron de las protestas violentas contra Rabin, 299

- manifestación de protesta el mismo día de la votación sobre Oslo II, 298-299
 oposición del Likud a los Acuerdos de Oslo, 291
 sensibilidad ante el hecho de haber contribuido al clima que propició el asesinato de Rabin, 318
 votación sobre los Acuerdos de Oslo, 284
 y la Primera Guerra del Líbano, 204-205
véase también gobierno de unidad nacional, *dirigentes y primeros ministros concretos de ese partido*
- Lincoln, Abraham, 11, 13
 Lindsay, John, 155
 Línea Roja, Acuerdo de la (1975), 164-165
 Lod, 41-43
 Londres, Acuerdo de (1987), 215-216
 LRLR (u Operación Danny), 41
 Lubrani, Uri, 233
- Maalot, secuestro con muertos en (mayo de 1974), 173
 Madrid, proceso de paz de (1991), 232-233, 245
 Mailer, Norman, 12
 Majteret Clandestina Judía, 292
 Maklef, Mordecái, 40, 58
 Manara (kibutz), 29
 Mandato (británico) de Palestina, 20, 22, 26, 47, 274, 280
 Mando Árabe Unificado, 72-73
 Mapai (partido político), 26, 58, 85, 138-139, 144
 Mapam (partido político), 40
- Marcus, David Mickey (Stone), 36-37
 Marcus, Yoel, 154, 170, 172
 Margalit, Dan, 179-180, 324
 maronita, comunidad (del Líbano), 163, 195-196, 199
 Maté Maamatz (gabinete coordinador de la coalición de derecha), 291
 Mayali, Abdul Salam, 270
 mayo de 1967, crisis de, 73, 77, 79; *véase también* guerra de los Seis Días
 McGovern, George, 129-130
 Meir, Golda:
 como primera ministra, 110
 comparada con Rabin, 170
 dimite (1974), 137
 Eban y, 170
 exonerada por la Comisión Agranat, 137
 postura dura (de «halcón») en la cuestión de los territorios, 150
 promete a Rabin un puesto en el gabinete pero luego no se lo ofrece, 127
 propuestas de negociaciones de paz con Egipto, 119-120
 relación de Rabin con, 110-111, 122-123, 129-130, 136, 140, 144
 retrasa las elecciones de 1974, 135
 se reúne con Nixon (diciembre de 1971), 124
 se reúne con Nixon (febrero de 1973), 130
 se reúne con Nixon (septiembre de 1969), 111
 sobre la situación jordana (en septiembre de 1970), 117-119

- y el Acuerdo del Sinaí II (1975), 153
 y el Círculo Etgar, 136
 y la Iniciativa Rogers (1970), 115, 120
 y la venta de armamento militar a Israel, 103
 y las relaciones con África, 62
- Melamed, Eliezer, 296
- Méretz (partido político), 225
- Meridor, Dan, 299, 324
- Miller, Aron, 243
- Ministerio de Comercio e Industria, 288
- Ministerio de Defensa, 140, 146; *véase también* ministro de Defensa (1984-1990)
- Ministerio de Educación, 317-318
- Ministerio de Exteriores, 111, 113, 151; *véase también* ministerios de exteriores concretos
- Ministerio de Trabajo (1974), titular del, 135-137
- ministro de Defensa (1984-1990), 199-204
 cancelación del Proyecto Laví, 211-214
 culpa a Peres de la pérdida del cargo (1990), 222-223
 decide volver a competir por la nominación como candidato a primer ministro, 223
 discurso sobre el plan de autonomía palestina (1989), 220-221
 plan de autonomía para Cisjordania y la Franja de Gaza, 215-222
 poder de Rabin en su cargo de, 202-203
 Primera Intifada (1987-1991), 207-210, 216
 retirada parcial del Líbano, 204-207
 y el Acuerdo de Londres (1987), 216
- Mitla y Guidi, pasos de, 124, 153, 156-157
- Mizraji, Betzalel, 192
- Mizraji, Partido (posterior Partido Religioso Nacional), 54, 200
- Montgomery, Bernard, 25
- Mosad, 90, 195
- Movimiento de Resistencia Islámica, *véase* Hamás
- Movimiento Democrático por el Cambio (MDC), 181
- movimiento laborista, 22, 26, 31, 34, 145, 289, 321
- Movimiento Nacional Palestino, 230
- Movimiento Unido de los Kibutz, *véase* Movimiento Unido de los Kibutz
- Mualem, Walid, 260, 275
- Mubarak, Hosni, 156, 266, 306
- Murphy, Richard, 205
- Naan, kibutz, 45, 51
- Naciones Unidas (ONU):
 Estados Unidos bloquea una resolución de retirada israelí de los territorios, 98
 fuerzas de paz, 161-162, 206
 resolución de la Asamblea General denunciando el sionismo como una forma de racismo, 167
véase también Consejo de Seguridad de Naciones Unidas
- Narkís, Uzi, 64
- Náser, Gamal Abdel:
 busca ayuda soviética (1970), 114

- convoca una cumbre árabe (enero de 1964), 71-72
 declive del poder de, 69
 muerte de, 119
 opiniones de Dayán sobre, 86
 panarabismo de, 62
 Rabin desea derrocar a, 109
 remilitariza el Sinaí, 81
 rivalidad con el Baaz sirio, 71, 75
 y el alto mando militar egipcio, 77
- Navón, Isaac, 201
- Neemán, Yuval, 169
- negociaciones de paz:
 Acuerdo del Sinaí II (1975), 148-161
 conferencia de paz árabe-israelí (Ginebra, 1974), 135, 157, 160
 el liderazgo de Rabin como caso ilustrativo de las condiciones propicias para las, 14-15
 la administración Carter y las, 185-186
 lecciones aprendidas por Rabin, 49
 proceso de paz de Madrid (1991), 232-233, 245
 radicalización del proceso cuando el interlocutor era el colectivo de naciones árabes en su conjunto, 233
véase también política de paz (1992-1995) y países y acuerdos concretos
- Néguev, 46-47, 49
- Nekudá* (publicación de los colonos), 295
- Netanyahu, Benjamín:
 como contribuidor al clima que alentó el asesinato de Rabin, 318
 como viceministro de Exteriores, 222
 comparado con Rabin, 318
 culpa a Rabin del terrorismo de Hamás, 294
 en la manifestación de protesta en el día de la votación parlamentaria de Oslo II, 298-299
 en la marcha de protesta en Raanana (marzo de 1994), 298
 en la política actual, 311-312, 314
 en los actos en memoria de Rabin, 318-319
 líder del Likud, se enfrenta a Rabin, 291
 menospreciando la nostalgia por Rabin, 311
 no implementa las disposiciones de Oslo II, 313
 vence en las elecciones (1996), 304, 309, 313
 y el libro «Diario de Entebbe» de Peres, 177
- Netanyahu, Yonatan (Yoni), 176
- Nikui Rosh* (programa de televisión), 182
- Nixon, Richard:
 elecciones (1972), Rabin expresa su apoyo a, 129
 Meir se reúne con (diciembre de 1971), 124
 Meir se reúne con (septiembre de 1969), 111
 política y opiniones en relación con Oriente Próximo, 104-105, 114, 117, 123
 relación de Rabin con, 95-96, 99, 104, 130
 viaje de despedida por Oriente Próximo (junio de 1974), 148

- y el Acuerdo del Sinaí II (1975), 148
 y la ayuda militar a Israel, 104
 Noche de los Generales, 136
Nouvel Observateur, Le, 290
- O'Brien, Lawrence, 130
 Ofer, Abraham, 179
 Ofir, Natán, 300
 Ofra, asentamiento de, 167
 Olmert, Ehud, 313-314
 OLP (Organización para la Liberación de Palestina):
 el Acuerdo del Sinaí II y la, 148, 165
 el proceso de Oslo y la, 236-237, 242-244, 246-254, 258
 el Septiembre Negro (7 de septiembre de 1970) y la, 117
 en el sur del Líbano, 163, 195
 en las negociaciones del proceso de paz, 185-186
 formación de la, 72-73
 Irak, la Primera Guerra del Golfo y la, 232
 Kissinger y la, 262
 la crisis libanesa (1976) y la, 195-196
 la cumbre árabe de Rabat (1974) y la, 154
 la Primera Guerra del Líbano y la, 196
 la Primera Intifada y la, 208
 líderes locales cisjordanos para resolver el problema palestino en vez de la, 220
 Rabin como primer ministro (en el primer gobierno Rabin) y la, 15, 185-186
 reacción de Jordania a los Acuerdos de Oslo con la, 267-268, 270
 reconocida como «única representante legítima» de los palestinos, 154
 regresa de Túnez, 254, 266, 274
 relaciones de Estados Unidos con la, 160, 217
 se traslada del Líbano a Túnez, 198
 Siria y la, 165
véase también Arafat, Yasir
 Operación Danny (1948), 41, 43
 Operación Jorev (1948-1949), 47
 Operación Paz para Galilea (1982), 197
 Operación Responsabilidad (1993), 254
 Operación Uvdá (1949), 49
 Operación Yoav (1948), 47
 Organización para la Liberación de Palestina, *véase* OLP
 Oz, Amos, 7, 324
- Palmaj, 17-50
 absorbido por las FDI, 51
 Ben Gurión y el, 26, 39-40, 45-46, 51-52
 Brigada Etzioni, 34
 Brigada Harel, 32, 34-35
 combate el Irgún, 37-39
 consecuencias de la asistencia de Rabin a la concentración de despedida del (24 de octubre de 1949), 53, 55-56, 58, 64, 87
 en la Segunda Guerra Mundial, 26
 Hakibutz Hameujad y, 26, 34
 Leah y Rabin como pareja de póster del, 44
 operaciones contra los británicos, 28-31
 papeles de Rabin en el, 24-28, 31

- panarabismo, 62
- Partido de los Obreros Unidos (Mapam), 40
- Partido Laborista:
- años en el poder, 314
 - apoyo a los colonos desde el, 286
 - cambio de candidato a primer ministro: de Peres a Rabin (1992), 223-225
 - cambio del procedimiento para elegir candidato a primer ministro, 224
 - crítica a la Primera Guerra del Líbano desde el, 198
 - disminución de poder del, 178-180
 - el Círculo Etgar y el, 136
 - elecciones de 1973, 133-134
 - elecciones de 1977, 141, 178, 180, 187-188
 - elecciones de 1984, 200-201
 - elecciones de 1988, 217
 - elecciones de 1992, 224-225
 - elecciones de 1996, 308-309, 314, 321
 - elige a Bar-Lev antes que a Rabin como jefe del Estado Mayor, 128
 - la opinión pública pide un cambio al (1974), 144
 - las hostilidades Peres-Rabin, percibidas como perjudiciales para el, 191
 - Navón no logra el apoyo de Rabin para presentarse contra Peres (1984), 201
 - necesidad de un líder centrista, 314
 - Rabin, decepcionado con su búsqueda de un papel político en el, 126-127
 - sobre los indultos a la Majteret clandestina judía, 292
 - tras la dimisión de Meir (1974), 138
 - y el Acuerdo del Sinaí II (1975), 148, 165
 - y la rivalidad Peres versus Netanyahu, 309
 - véase también* gobierno de unidad nacional y *dirigentes y primeros ministros concretos de ese partido*
- Partido Religioso Nacional (PRN):
- apoya los asentamientos, 168
 - opiniones sobre la cuestión de los territorios, 141-142, 150
 - Rabin destituye a los ministros del PRN (1976), 187
 - se opone a la respuesta militar dada por Rabin al encontronazo con Siria en el lago Tiberiades (1967), 75
 - y el Acuerdo del Sinaí II (1975), 150
 - y la guerra de los Seis Días (1967), 86
- Partido Shas (ultraortodoxo), 226, 256, 283-284
- partidos políticos árabes en Israel, 226
- Patir, Dan, 175
- Peled, Elad, 57, 324
- Peled, Mati, 67, 166
- Peres, Simón:
- acompañando en la balconada a Rabin la noche en que lo asesinaron, 301
 - apoya a Tsur para el puesto de jefe del Estado Mayor, 64, 146
 - como candidato a primer ministro (1974), 137-138

- como candidato a primer ministro (1977), 147-148
 como ministro de Defensa en el primer gobierno Rabin, 140, 146, 170, 214
 como ministro de Exteriores en el segundo gobierno Rabin (1992), 226-227
 como primer ministro en funciones (1976), 180
 comparado con Rabin, 143, 221
 compite con Rabin por el liderazgo del Partido Laborista y la nominación a candidato a primer ministro, 89, 138-139, 144, 146, 190-192, 282, 286-287
 descontento de Huseín con, 271
 descrito por Rabin en sus memorias, 190-191
 «Diario de Entebbe», 177
 discrepancias y compromisos de Rabin con, 61-62, 66, 139-140, 147-148, 170-172, 177-178, 182, 201-202, 286
 en el gabinete de Meir de 1974, 136, 140
 en el gobierno de unidad nacional (1984-1985), 202, 212
 Entebbe (1976) y, 178-179
 firma de los Acuerdos de Oslo en la Casa Blanca (13 de septiembre de 1993), 263-265
 forja una relación de trabajo con Rabin (a partir de 1981), 194-195
 insatisfacción popular ante la animosidad entre Peres y Rabin, 182
 la política de «la buena frontera» de, 163
 nominado por el Partido Laborista como candidato a primer ministro, 178
 orientación proeuropea de, 62-63
 papel de Peres en los grupos multilaterales de trabajo, 235
 proceso de Oslo y posible asalto al liderazgo de Rabin en las siguientes elecciones, 246-255, 259, 261
 Rabin lo apoya como líder del laborismo, 200-201, 223
 se reúne con el príncipe heredero Hasán (octubre de 1993), 270
 se reúne con el rey Huseín (noviembre de 1993), 270
 Shamir destituye a (1990), 221
 sobre la cuestión del desarrollo nuclear, 102-103
 sucesor de Rabin como primer ministro a la muerte de este, 307-308
 y el Acuerdo de Londres (1987), 215-216
 y el plan de autonomía palestina (1989), 217-220
 y el Proyecto Laví, 211
 y la cuestión de los asentamientos, 166-167, 186
 Peri, Yoram, 133-134, 324
 plan de autonomía, 211-225, 231, 243
 proceso de Oslo y, 246, 253-254, 256
véase también Autoridad Palestina
 Plan Rogers (1969), 108, 115, 122, 186
 política (1992-1995), 283, 304

- condenas públicas a Rabin de rivales políticos y desde la derecha, 292-293
- deriva hacia la derecha tras el asesinato de Rabin, 307, 314
- desarrollo económico, 287
- efecto del terrorismo, 285
- fragilidad de la mayoría de Rabin, 285
- obras de infraestructuras, 287-288
- políticas interiores, 287-288
- reacción de los colonos a los Acuerdos de Oslo, 287
- reacción de los grupos «halcones» y derechistas a los Acuerdos de Oslo, 283-284, 286-287
- relación Peres-Rabin tras los Acuerdos de Oslo, 287
- tasa de desempleo, 288-289
- véase también* asesinato de Rabin
- política de paz (1992-1995), 229, 282
- centrada en la OLP, 243-244, 246-254, 258-259
- Declaración de Principios definitivos de las relaciones palestino-israelíes durante el periodo provisional, 249-247, 252
- dificultades iniciales y apogeo del proceso de paz (1994), 265-276
- discurso de Rabin sobre Oslo II en la Knéset (5 de octubre de 1995), 283-284
- ejecución del acuerdo de Oslo II (24 de septiembre de 1995), 277-278
- el movimiento Tercera Vía y la, 276
- estrategia de contención dual, 238-239
- Jordania (1993-1994) y el, 266-267, 293-279
- la propuesta de Ley de Consolidación del Golán (1994) y la, 276
- la vía Washington, 233-246
- opción siria, 259, 261-262
- papel de Peres en la, 246-255
- participación de Estados Unidos como condición, 257-258
- participación israelí en la Conferencia Económica de Oriente Próximo, 277
- punto de inflexión en agosto de 1993, 255-265
- reconocimiento mutuo Israel-OLP y la, 254-255, 259
- referéndum en Israel como condición, 241, 258
- reuniones de las autoridades militares sirias e israelíes sobre los términos de una posible paz (1994), 276, 278
- tendencias contradictorias (1995), 277-282
- voluntad de Rabin de buscar la paz, 231-245
- Pollard, Jonathan, 203
- Premio Nobel de la Paz (1994), 287
- primer ministro (primer gobierno Rabin, 1974-1977), 133-188
- Acuerdo del Sinaí II, 148-161
- consejeros clave, 144-145
- consigue la nominación del Partido Laborista venciendo a Peres por un estrecho margen, 137-138, 143, 145
- dimite (abril de 1977), 180, 187

- discrepancias y compromisos de Peres con Rabin, 140-141, 147-148
 el problema palestino y los asentamientos, 164-171
 el reto de la economía, 142
 el reto de recuperar la confianza popular, 142
 el reto de reformar las FDI, 142
 Entebbe (1976), 172-178
 final del primer gobierno Rabin, 178-195
 papel de Alón, 142, 145
 papel de Sapir, 137-143
 Rabinovich, apoyo de Rabin, 142
 rechaza el Plan Jericó con Jordania, 150
 renuncia a la nominación por el Partido Laborista (abril de 1976), 180
 se presenta candidato a, 137
 serie de reuniones con Huseín, 151
 Siria y Líbano, 161-164
 visita a Estados Unidos (enero de 1976), 169
 visita a Estados Unidos (junio de 1975), 157
 visita a Estados Unidos (marzo de 1977), 184
 visita a Estados Unidos (septiembre de 1974), 152
 y la administración Carter, 184-187
 y la diplomacia con los Estados árabes, 142
 y la fragilidad de la coalición de gobierno, 140-143
 primer ministro (segundo gobierno Rabin, 1992-1995):
 inicia negociaciones de paz, 227
 Peres, ministro de Exteriores, 227
 Rabin, candidato laborista a primer ministro, 224-228
 relación Clinton-Rabin, 238
 relación Peres-Rabin durante el segundo mandato de Rabin como, 226
 véase también política de paz (1992-1995)
 Primera Guerra del Golfo, 222, 232, 272
 Primera Guerra del Líbano (1982), 197, 294
 Primera Intifada (1987-1991), 204, 207, 216
 PRN, *véase* Partido Religioso Nacional
 Protocolo de París, acuerdo para el (29 de abril de 1994), 266
 Proyecto Laví, cancelación del, 211-214
 puesto en el gabinete:
 Rabin en el Ministerio de Trabajo (1974), 135-137
 deseo de Rabin de acceder a un, 126-128
 véase también ministro de Defensa (1984-1990)
 Pundak, Ron, 246-247

 Qadam y el asentamiento de Kedumim, 168, 170-171
 Quandt, William, 184

 Raanana, marcha de protesta en (marzo de 1994), 298
 Rabin, Dalia (hija), 58, 192, 323
 Rabin, Isaac:
 analogías con otros líderes internacionales, 11-12

- aprobación de una ley reguladora de los homenajes a la memoria de, 320-321
 educación de, 22-23
 en un campo de detención británico, 29-30
 funeral de, 306
 hijos de, 58
 infancia de, 22
 legado de, 316-317, 320-321
 matrimonio de, 44-45
 memorias de, 36, 42, 44, 50-51, 54, 86-88, 129, 139, 153, 156, 169, 171, 177, 190
 nacimiento de, 17-18
 nostalgia que inspira su figura en el vigésimo aniversario de su asesinato, 311
 relaciones familiares con su hija y sus nietos, 192
 resumen de la vida de, 14-15
 viviendo en casa de la familia Hachoen, 23
véase también años transcurridos entre los dos mandatos de Rabin como primer ministro (1977-1992); asesinato de Rabin; embajador en Washington; Rabin, Isaac, carácter de; servicio militar prestado por Rabin; política; primer ministro
- Rabin, Isaac, carácter de:
 analista y estratega, 142, 194, 244, 320
 atención a los detalles y meticulosidad de, 46, 55-56, 68, 207
 ausencia de carisma, 14, 189
 autoridad e integridad, 189, 207, 223, 238
 complejo de inferioridad y ausencia de confianza, 24, 144
 guardándose sus pensamientos para sí mismo, 23, 52, 84
 «halcón» en el plano militar y «paloma» en el político, 199, 208, 320
 impaciencia con otras personas y dificultad para controlar los arrebatos, 146-147, 225
 lado desenfadado de, 29
 pensamiento independiente, 16, 52, 231
 poco amigo de la charla intrascendente y la cordialidad trivial, 17, 138
 problemas por la rotundidad de algunas de sus declaraciones a los medios de comunicación, 154, 170, 199
 serio y cauto por naturaleza, 24, 144, 173-174
 visión militar de, 55-56
- Rabin, Leah (Schlosberg) (esposa):
 difamada en la prensa (1979), 192
 efecto de Estados Unidos en, 131
 en Inglaterra, mientras Rabin estaba en el Staff College del ejército británico, 58
 escándalo por mantener una cuenta bancaria en Estados Unidos, 179, 192
 llama al director médico de las FDI para que examine a Rabin, 88
 noviazgo y matrimonio con Rabin, 36, 45
 orígenes de, 44
 papel como esposa del embajador, 95, 131

- Rabin, Nehemías (Rubijev) (padre), 17, 20-21
- Rabin, Noa (nieta), 193, 306
- Rabin, Raquel (hermana), 21, 29, 317, 323
- Rabin, Rosa (Cohen) (madre), 17-21, 51, 131
- Rabin, Yuval (hijo), 58, 169, 321
- Rabinovich, Itamar (autor):
 a propósito de las concesiones israelíes en el proceso de paz, 238
 en la reunión Clinton-Rabin de marzo de 1994, 239-240
 en la reunión Clinton-Rabin de octubre de 1994, 275
 en la reunión Peres-Christopher de agosto de 1994 en California, 263
 en la reunión Rabin-Christopher del 2 de agosto de 1993, 256
 nombrado negociador jefe con Siria, 236, 238, 275
- Rabinovich, Yehoshua, 142, 144-145
- Rafi (partido político), 85, 89, 138-139, 141
- Ramala, 36, 41, 43, 136, 208, 210
- Ramat Yohanan (kibutz), 25
- Ramón, Haim, 251
- Raviv, Avishai, 300, 303, 319
- Reagan, Ronald, 203, 212, 217
- República Árabe Unida (RAU), 63
- Resolución de Naciones Unidas para la Partición (29 de noviembre de 1947), 33
- riqueza petrolera de los Estados árabes, 143, 153
- Riyad, Mahmud, 100
- Rogers, William, 105
- Rommel, Erwin, 25
- Ross, Dennis, 218-219, 243, 255-256, 258, 260-261, 269, 275, 324
- Rostow, Walt, 84, 101
- Rotem, Operación, 63, 81
- Rubijev, Nehemías, véase Rabin, Nehemías
- Rubinstein, Amnon, 180-181
- Rubinstein, Eliakim, 233, 252, 270-271
- Ruppin, Arthur, 23
- Ruppin, Rafael, 24
- Rusk, Dean, 97, 100-102
- Sábado Negro (29 de junio de 1946), 29
- Sabra y Shatila, masacre de refugiados en (1982), 198-199
- Sadat, Anuar el:
 antecedentes y conclusión del Acuerdo del Sinaí II (1975), 149, 152-153
 Beguín y, 194, 197, 241
 se aleja de los soviéticos y se acerca a Estados Unidos, 121, 123
 se suma al consenso de la cumbre árabe en torno al reconocimiento de la OLP, 152
 sienta un precedente para otros acuerdos de paz, 257, 269, 274
 sucede a Násir, 119-120, 126
- Sadeh, Isaac, 32, 40
- Samaria, véase Cisjordania
- Sapir, Pinjas, 128, 134, 138-140, 142, 144, 179
- Sarig, Nahum, 28
- Saunders, Harold («Hal»), 161
- Savir, Uri, 187

- Scopus, monte, 90
- Schlosberg, Leah, *véase* Rabin, Leah (Schlosberg)
- Schultz, George, 216-217, 263
- Sebastia, asentamiento de, 167-170
- Segunda Guerra Mundial, 22-26
- Segunda Intifada (2000-2005), 313
- Septiembre Negro (7 de septiembre de 1970), 117, 119
- servicio militar prestado por Rabin (1949-1967), 51-92
- años en el Palmaj, 17-50
- apoyo de Rabin al desarrollo de la capacidad de inteligencia militar, 62
- castigo por desobedecer una orden, 54-55
- como buen conocedor del papel de la fuerza aérea, 57, 74, 84
- como comandante de la 12.ª Brigada, 53
- como comandante general del Mando Norte (abril de 1956-abril de 1959), 60-61
- como comandante instructor en la Escuela de Comandantes de Batallón, 55
- como jefe adjunto del Estado Mayor, 64
- como jefe del Departamento de Operaciones del Cuartel General (CG) (1951-1952), 56
- como jefe del Estado Mayor (1964-1967), 64-79
- consecuencias de su asistencia a la concentración de despedida del Palmaj (24 de octubre de 1949) (castigo por desobedecer una orden), 53-55, 58, 64, 87
- en el Staff College del ejército británico (1953), 58
- Estado Mayor reunido por Rabin, 67, 89
- extenuación física y mental en los momentos previos a la guerra de los Seis Días (1967), 87-88
- guerra de los Seis Días (1967) y su periodo previo, 79-92
- jefe de la División de Instrucción del Cuartel General (CG) (1953), 58
- jefe de la División de Oficiales del Cuartel General (CG) (1959), 61
- las FDI se fortalecen a lo largo del, 84, 321
- «Planificación bélica en las FDI» (trabajo presentado por Rabin, 24 de diciembre de 1951), 57
- viaje a Etiopía y el Congo, 62
- y la fricción Tsur-Rabin, 64-65
- y la política de compras y adquisiciones de material militar, 61
- y las actividades terroristas sirias, 78
- véase también* Palmaj; venta de armamento militar de Estados Unidos a Israel
- Shaat, Nabil, 252, 266
- Shabak (servicio de seguridad interior de Israel), 300-304
- Shahak, Amnon, 266, 279
- Shajam, Natan, 29-30
- Shaltiel, David, 34-35, 41
- Shamgar, Meir, 307, 324
- Shamir, Isaac:
- en un gobierno de unidad con Peres, 202-203, 214

- Peres y, 214-215
 Rabin bloquea la formación de un gobierno Shamir (1992), 223
 se convierte en primer ministro (1983), 198
 y el Acuerdo de Londres (1987), 216
 y el plan de autonomía palestina (1989), 218-219
 y la presidencia de Bush (padre), 217-218
 y las propuestas de retirada del Líbano, 205-206
 y los «halcones» de la derecha, 222
 y los indultos a la Majteret clandestina judía, 293
 Shamir, Simón, 210
 Shapira, Haim Moshé, 54, 86-87
 Shapira, Yonatan, 144
 Shara, Faruk al, 244, 255
 Sharet, Moshé (Shertok), 19, 170, 191
 Sharm el Sheij, 175, 185
 Sharón, Ariel:
 califica a Rabin de «demente», 295
 carrera militar de, 67-68
 como asesor de Rabin durante su primer mandato como primer ministro, 147
 como ministro de Defensa de Begin, 195
 críticas de Sharet a, 191
 en el Estado Mayor de las FDI reunido por Rabin, 67-68
 en el sitio de Beirut, 199
 estrategias libanesas de, 196-197
 forzada su dimisión como ministro de Defensa, 198
 relación de Rabin con, 66-68
 retirada de Gaza, 313-314
 Shamir y, 222
 sobre los asentamientos, 168
 Shas, véase Partido Shas
 Shavit, Ari, 43
 Shertok, Moshé, véase Sharet, Moshé
 Shifer, Simón, 264
 Shihabi, Hikmat, 275, 278-279
 Shinui («Cambio»), movimiento, 180
 Shójat, Abraham («Baiga»), 266, 288-289
 Shomrón, Dan, 176
 Shukeiri, Ahmed, 73
 Sinaí II, Acuerdo del (1975), 148-161, 165
 Sinaí, campaña del (1956), 61
 Sinaí, península del, 47
 remilitarización egipcia de la, 77, 80
 Sinaí, territorio del, 97, 148, 158, 161, 185
 Singer, Joel, 247-250, 263
 sionismo ortodoxo, 136, 143
 sionismo religioso, 91, 300, 305, 307, 315-319
 véase también partidos ultraortodoxos
 sionismo, 91, 167; véase también sionismo religioso
 Sionistas Generales, 89, 181
 Siria:
 Acuerdo de la Línea Roja (1975), 164-165
 conferencia de paz árabe-israelí (Ginebra, 1974) y seguimiento posterior, 157
 dificultad de las relaciones fronterizas con, 60-10, 74-76

- Hezbolá y, 245, 254-255, 308
 interviene en el Líbano, 163-164, 205-206, 235
 interviene en Jordania en defensa de la OLP, 117
 Jordania y, 76
 opiniones de Rabin sobre, 266
 postura estadounidense sobre las negociaciones con Israel y, 160-161, 329
 radicalización de, 60, 69-71, 75
 reacción al Sinaí II (1975) de, 161-163
 régimen baasista en, 69-72, 75
 se niega a aceptar la Resolución 242 del Consejo de Seguridad (1968), 98
 y el acuerdo de separación de fuerzas combatientes (1974), 149, 161-162
 y el enfrentamiento por Zahlé (1981), 195
 y el fracaso de las negociaciones de paz (de 1984), 205
 y la cumbre árabe de Rabat (1974), 153
 y la guerra de Octubre (1973), 135
 y la República Árabe Unida (RAU), 63
 y las negociaciones de paz (de 1949), 49, 60
 y las negociaciones de paz (de 1974), 149
 y las negociaciones de paz (de 1975), 161-162
 y las negociaciones de paz (de 1993-1994), 233, 241, 245, 257-259, 267-269
 y las negociaciones de paz (de 1996), 308
- véase también* Asad, Háfes el; altos del Golán
 Sisco, Joseph, 107, 109, 112, 115, 118, 126
 Smoli, Eliezer, 22
 Sneh, Efraím, 251-252
 socialrevolucionarios rusos, 18
 SS *Ruslan* (buque), 19
 Strashnov, Amnon, 209
 Suez, canal de:
 acceso de Israel al, 124, 159
 hostilidades (1969), 98
 propuesta de retirada de Israel (octubre de 1970), 120
 rearme egipcio y soviético en torno al (1970), 116
 suníes, 71
 sur del Líbano, 163, 195, 237
 Symington, Stuart, 130
- Tabenkin, Isaac, 26, 34, 40, 145
 Tabenkin, Yosef (Yosef'le), 34
 TAKAM, *véase* Kibutz, Movimiento Unido de los
 Tal, Israel, 57, 67
 Tamir, Samuel, 181
 Tekoa, Yosef, 98
 Tel Aviv, 21, 37
 Tel Aviv, Universidad de, 233
 Telem (grupo de estudiantes), 24
 teorías de la conspiración en torno al asesinato de Rabin, 301, 319
 Tercera Vía, movimiento, 276, 286
 territorios:
 argumentos a favor y en contra de las concesiones territoriales, 96-97, 142-143, 150-151
 ocupación (en la guerra de los Seis Días de 1967), 90-92
 opiniones del PRN sobre la cuestión de los, 142

- papel del Ministerio de Defensa en los, 146
- postura de la administración Johnson sobre la cuestión de los, 97, 99, 101
- postura de Rabin sobre la cuestión de los, 137
- véase también* Gaza; altos del Golán; asentamientos y colonos; Cisjordania
- terrorismo:
- actividades terroristas sirias, 78
 - apuñalamientos cometidos por palestinos (1993), 244
 - Asad sobre la cuestión del, 274
 - atentados de Hamás, 237, 266, 285, 294, 308
 - atentados suicidas de terroristas chiíes, 199
 - Hezbollah y el, 245
 - masacre de musulmanes en la Tumba de los Patriarcas (1994), 266
 - posicionamiento de la OLP y la AP en contra del (tras los Acuerdos de Oslo), 278
 - primer atentado terrorista de Al Fatah, 74
 - promovido por la OLP, 208
 - toma de rehenes, 173-177
- Tevet, Shabtai, 59
- Thant, U, 81
- Tiberíades, lago, 19, 27, 60, 71, 73, 75, 274-275
- Tibi, Ahmed, 251
- Tierra de Israel, defensa de la, 283, 292, 297, 300
- el movimiento Kahane aspira a crear el Reino de Israel, 298-299
- Tirán, estrecho de, 77, 81, 110
- Tratado de No Proliferación, 280
- Tsera, *véase* Tsur, Zvi
- Tsur, Zvi (Tsera), 62, 64-65, 146
- Tumba de los Patriarcas, incidente terrorista en la (1994), 266
- Turquía, 62
- Tzadok, Haim, 138, 145
- Tzadok, Rubén, 291
- Tzamid, Dov, 133-134, 324
- Tzomet (partido político), 286
- Tzur, Mijael, 286
- ultraortodoxos, partidos, 221, 314
- Um Hashiba, estación de vigilancia de, 153, 155
- unidades hebreas de choque, 24; *véase también* Palmaj
- Unión Soviética:
- caída de la, 232
 - conferencia de paz árabe-israelí (Ginebra, 1974) y seguimiento posterior, 135, 155
 - defensa aérea de Israel frente a la, 114
 - Egipto y la, 81, 98, 114, 123, 154
 - en la Asamblea General de la ONU impulsando una resolución que denunciaba el sionismo como una forma de racismo, 167
 - inmigración de judíos desde la, 222, 231, 289
 - Siria y la, 149
 - y diversas iniciativas de la ONU sobre territorios ocupados por Israel, 98
 - y la política de Nixon para Oriente Próximo, 105
- Universidad Hebrea, 80, 90

- Uvas de la Ira, Operación (1996), 308
- Vance, Cyrus, 184, 186
- venta de armamento militar de Estados Unidos a Israel, 102-103, 116, 154-155, 160, 186, 211
- Warnke, Paul, 102-104
- Washington Post*, crítica a Rabin por apoyar públicamente a Nixon en las elecciones de 1972, 129
- Weizman, Ezer, 66-68, 84, 87-89, 140, 211
- Whitman, Walt, 11
- «¡Oh, capitán, mi capitán!», 11
- Wingate, Instituto, véase Instituto Wingate
- Yaacobi, Gad, 167-168
- Yabotinski, Zeev, 20
- Yadín, Yigael, 48, 180-181
- Yadlin, Asher, 179
- Yariv, Aarón, 66-67, 112, 128, 135-136
- Yatom, Danny, 271
- Yediot Aharonot* (periódico), 194
- Yishuv (comunidad judía del Israel preestatal):
- arresto y detención por orden británica de líderes de la (Sábado Negro, 29 de junio de 1946), 29
- Ben Gurión, líder de la, 26, 31
- crítica de Rabin a los líderes de la, 39
- estrategia sobre Jerusalén de la, 32-35
- inmigración ilegal en la, 28
- papel de los parientes de Rabin en la, 23
- véase también Palmaj; guerra de la Independencia de Israel
- Yosef, Ovadia, 226, 283
- Yost, Charles, 183
- Yozmá (fondo de inversiones), 288
- Zahlé, enfrentamiento por (1981), 195-196
- Zamir, Zvi, 67
- Zeevi, Rehavam, 295
- Zo Artzenu, movimiento, 295
- zona desmilitarizada en la frontera con Siria, 60